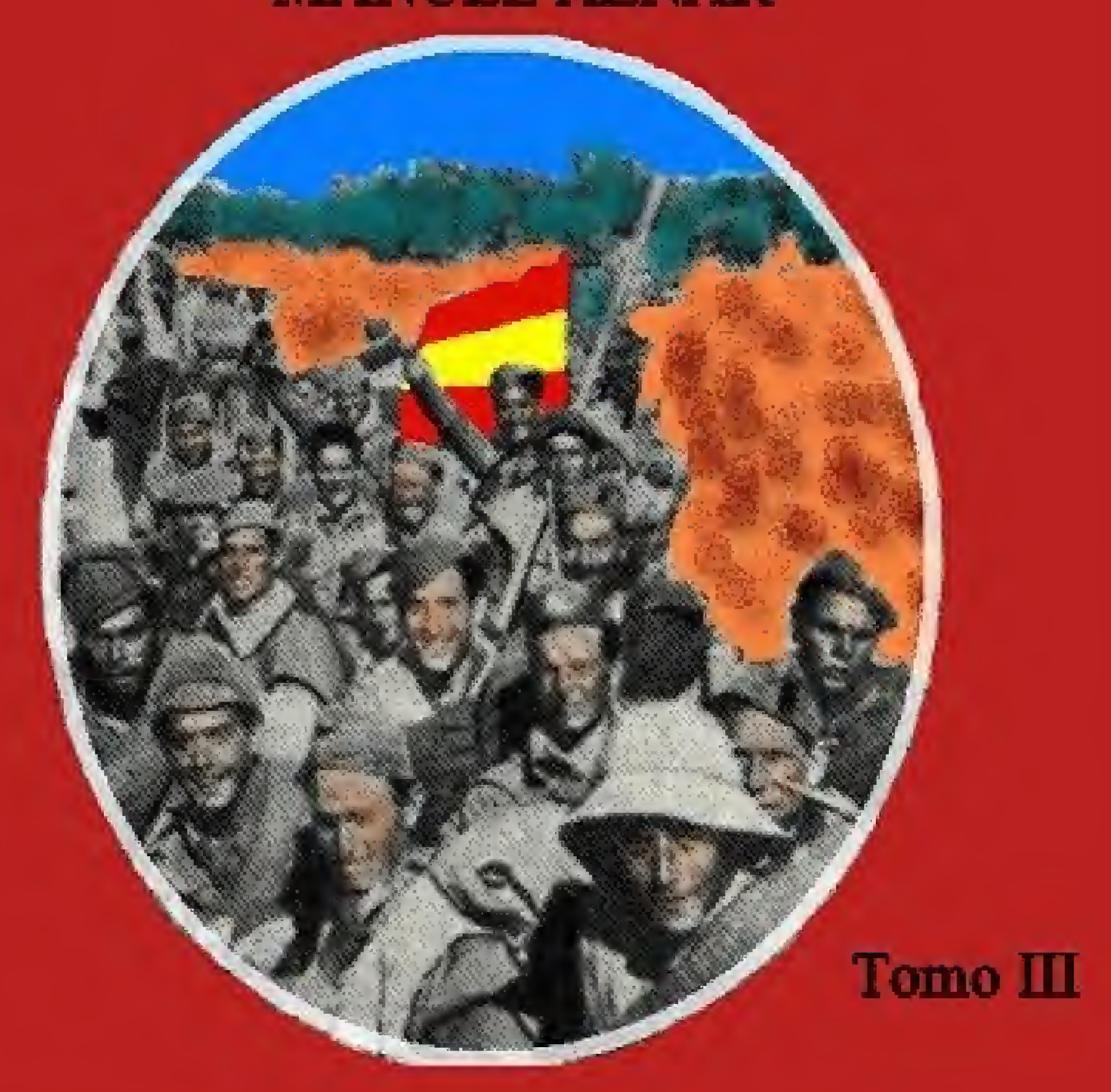
MANUEL AZNAR



Tomo III

HISTORIA MILITAR DE LA GUERRA DE ESPAÑA

(Contraportada)

Nadie mejor que el propio autor, Manuel Aznar, ilustre escritor y periodista, para orientarnos acerca del propósito que le impulsó a escribir esta obra sin par:

«Poner al alcance del lector, en general, y especialmente del profano en arte militar, un relato sistemático, hasta donde me ha sido posible, de la guerra de Liberación de España. Para ello he tenido en cuenta que un Ejército no es una sucesión de episodios o de anécdotas nido o menos brillantes, sino un sistema nacional en marcha. He pretendido contribuir al estudio y vulgarización de los pensamientos y planes que nacieron en la mente del Generalísimo Franco para alcanzar la victoria. Y, finalmente, aspiro a que esta obra acreciente en los españoles —dentro de la modesta medida que me es propia — la afición hacia la literatura militar.»

MANUEL AZNAR

HISTORIA MILITAR DE LA GUERRA DE ESPAÑA

TOMO TERCERO

1969

ÍNDICE DEL TOMO TERCERO

CAPITULO PRIMERO

LA BATALLA DE ARAGÓN O «GRAN BATALLA DE FRANCO» — LA ESTRATEGIA DEL GENERALÍSIMO ENSANCHA Y AMPLÍA SU VUELO

Plan general de la batalla de Aragón. – Unidad de propósito y libertad de maniobra. – Fijación exacta de objetivos y de misiones y distribución de medios adecuados. – Organización del Ejército del Norte. – Intensificación de la producción industrial de la guerra. – Situación en la retaguardia. – Política internacional. – La victoria nacional, siempre segura, aparece ahora rigurosamente exacta. – Los rojos empiezan a acusar su desesperación. – Sobre campos vastos y frente a horizontes muy lejanos, Franco concibe su más bello proyecto de operación ofensiva. –Examen del mencionado plan y de las instrucciones dictadas. – Víspera de los ataques de ruptura. – Cinco Cuerpos de Ejército y cinco marchas por las orillas de ríos históricos.

¿Por qué, a juicio del autor de este libro, merece especialmente la batalla de Aragón el nombre de «gran batalla de Franco?» ¿Es que, por ventura, no son «batallas de Franco» todas las demás, igual las grandes que las de ámbito reducido, y no han nacido en la mente y en el corazón del Generalísimo todos los planes de guerra? Sí; y a pesar de ello, creo que la batalla de Aragón tiene derecho a ostentar ese título como especial definición.

Para mí, la gran batalla de Franco es aquella que dio comienzo en los alrededores de Teruel el día 15 de diciembre de 1937 y terminó en las orillas del Mediterráneo, concretamente en Vinaroz, el 15 de abril de 1938. Como si una poderosa concentración de la voluntad del Generalísimo y una visión panorámica de la guerra dictaran de pronto el plan completo, Franco pronunció esta frase el día mismo en que le dieron noticia de que los rojos estaban atacando Teruel, y cuando no faltaron técnicos que le aconsejaban la insistencia en el primitivo plan de ataque hacia Madrid:

«Lo primero, Teruel, y luego llegaré al mar, al Mediterráneo.»

He ahí, en esas breves y tajantes palabras, el esquema ideal, la magnífica intención de toda la batalla aragonesa.

El General Millán Astray, en su libro *Franco, el Caudillo*, generaliza más el concepto de esta batalla y amplia acertadamente su significado hasta abarcar la batalla del Ebro y la reconquista de toda Cataluña; así, le da el nombre de «batalla del Nordeste de España».

«Esta es —dice el General— la gran batalla del Nordeste de España, que comprende: rescate de Teruel, toma de la posición de resistencia del Ebro y persecución sin respiro, que es el fruto y el botín de la victoria, con Tarragona, Barcelona, Gerona y la frontera, la desaparición del Ejército rojo del Este, inmenso botín de prisioneros y material bélico y el comienzo decisivo del fin de la guerra de liberación de España por Franco y por sus tropas.

Esta gran batalla del Nordeste de España, que trae como fruto de la victoria la caída de la Cataluña roja y la posesión por Franco de toda la frontera francesa, responde exactamente al pensamiento primordial con que Franco ha planeado sus grandes operaciones y sus batallas. Para Franco el objetivo principal fue siempre el enemigo, buscando batirlo, desamarlo, rendirlo. Y si otras operaciones las planeó tomando como objetivo principal el terreno, fue porque en él se asentaban los grandes centros de producción, de elementos de vida y de riqueza industrial; fundamentalmente, los elementos de guerra. Siempre movió sus tropas persiguiendo el dejar a los rojos dentro de una bolsa. Y esas son las ya célebres, y luego serán clásicas, *bolsas de Franco*. A Franco, la victoria que se obtiene con la ocupación de las posiciones fortificadas y del terreno del enemigo nunca le ha satisfecho. Para Franco no ha sido victoria satisfactoria la que no ha sido seguida de una persecución sin respiro del enemigo, llegando en esto hasta utilizar el máximum de la capacidad de resistencia, de marcha y de combate de sus tropas. La gran batalla ganada por Franco en el Nordeste de España ha reunido en sí todas las expresiones fundamentales que caracterizan a un gran Capitán.»

Los conceptos que el General Millón Astray recoge en las palabras anteriores son exactos y corresponden a la realidad. Séame permitido, sin embargo, reiterar mi designación de «batalla de Franco» para referirme al conjunto de operaciones que, iniciadas en Teruel, acaban en la playa de Vinaroz. ¿Por qué?

Porque dentro de la campaña general ese conjunto de operaciones se presenta como una unidad cerrada, como un sistema concluso, como una maniobra completa. En esta maniobra las distintas partes se corresponden con tal armonía y se integran tan acordadamente en el todo de la batalla, que ésta se ofrece con la belleza, el número y la cadencia de una obra de arte clásico. El plan general se caracteriza por esa *unidad de propósito* que ni por un momento desaparece, y por una tan perfecta *libertad de*

maniobra, que la voluntad del enemigo no consigue recobrarse, ni siquiera en grado mínimo, desde el principio al fin de la batalla. La fijación de objetivos se hace con una verdadera gracia matemática; la distribución de misiones a las distintas fuerzas tiene la claridad y el rigor de un verso antiguo o de un dibujo sin error; la aplicación de los medios adecuados a cada una de las misiones y a cada una de las fases de la batalla es de una exactitud insuperable.

Bella, militarmente bella, ha sido la maniobra de Vizcaya, y no le va en zaga la de Santander, parecida a la de Málaga; magnífica fue, desde ese mismo punto de vista del arte castrense, la contraofensiva de Brunete; perfecta la ofensiva sobre el río Alfambra; pero la batalla de Aragón despliega sus alas victoriosas en ámbitos mucho más extensos; la marcha de los Cuerpos de Ejército tiene ambiciones de horizontes de mayor anchura; los mecanismos empleados son extraordinariamente más complejos y, finalmente, el enemigo se opone con medios más poderosos.

Franco tiene el talento que distingue a los grandes Capitanes. Cuando al principio de la guerra de España guerreaba con efectivos de operación africana o colonial, se reveló como un admirable «General africano». Cuando llegó el momento de transición de lo «colonial» a lo continental europeo (campaña del Norte), las fases de adaptación encontraron en el Generalísimo al hombre que supo acomodar todos los elementos de la batalla a las nuevas circunstancias. En Aragón, la fase de transito ha terminado y nos encontramos con un planteamiento típicamente europeo, propio de los grandes Ejércitos modernos; por primera vez el Caudillo de la España nacional halla ocasión de mostrar integralmente cuán grandes son los planos de vida, de lucha y de acción que su mente alcanza, abarca y aprieta.

Durante los primeros meses de guerra el triunfo dependía frecuentemente, más que de los medios puestos en juego, del ardimiento concreto de un General subordinado, de un coronel al frente de un Regimiento o de un capitán a la cabeza de una Compañía. Franco supo entonces dejar a la decisión individual el margen que las circunstancias exigían. A partir de la batalla de Aragón, la victoria depende preferentemente de la sistematización, del método, y ya no importan tanto las reacciones individuales cuanto la armonía completa de los mandos, automáticamente sometidos en su pensamiento y en su voluntad a la iniciativa y orientación única del Generalísimo. Así se concibe la batalla de Aragón y así se acaba. Su planeamiento y su realización ofrecen

características tan magníficas de obra bien terminada, que no dudo en aislarla dentro de la batalla general del Nordeste de España y estudiarla como algo que tiene personalidad aparte, vida propia, y que por sí sola se alza en la historia militar de España, a la manera de un mármol o de un bronce imperecederos.



Franco estudia las operaciones del Ebro en su Puesto de Mando

Derivación de la campaña del Norte y problemas políticos

Cuando los rojos atacaban en Aragón (Belchite), pretendiendo paralizar las operaciones del Cantábrico y frustrar así el propósito de rescatar todo el territorio septentrional todavía dominado por los rojos, Franco dijo:

> «En Aragón, que resistan; pero yo no detengo ni amenguo las operaciones del Norte, porque en el Norte está la victoria.»

¡Y claro que la victoria estaba en el Norte! En primer término, porque con la desaparición del enclave cantábrico Franco ponía fin a las incomodidades y a las dificultades nacidas de la existencia de dos frentes. La unificación de la guerra en un solo frente le daría una libertad maniobrera esencial, y de ella sacaría el Generalísimo frutos decisivos. En segundo lugar, la terminación de la lucha en el Norte le permitiría trasladar a otros frentes una masa de 150 Batallones muy adiestrados en el combate y de moral elevadísima, puesto que estaban habituados a vencer y jamás se habían relacionado con la derrota. Esos 150 Batallones representaban, naturalmente, docenas de baterías de todos los calibres, material de transporte abundantísimo, varios centenares de aviones de bombardeo y de

caza, elementos de transmisiones y —dato importante— le daban lugar a la organización de un sistema de transportes de gran eficacia.

Pero no era solamente esto. La reconquista del Norte de España equivalía al aumento de la producción agrícola e industrial en proporciones extraordinarias. Así, por ejemplo, la cuenca minera de Bilbao elevó sus coeficientes de producción de 25 a 180, y todas las fábricas cantábricas, desde las que se asientan en la ría de Bilbao hasta las que rodean Oviedo y Gijón, señalaron un crecimiento enorme en el suministro de material de guerra, hasta el punto de conseguir rápidamente un auténtico superávit, especialmente en lo que se refería a fusiles, ametralladoras, municiones de fusil y de automáticas, granadas de campaña, artillería ligera y bombas de aviación. La reparación, conservación y entretenimiento de todo el material, grande o pequeño, tuvieron a su servicio docenas de talleres perfectamente montados, con utillaje moderno y con obreros especialistas.

Todo ello no podía menos de tener repercusiones interesantes en la retaguardia nacional, en el sentido de elevar aún más el tono de la confianza y de la seguridad en el triunfo definitivo. Se asombraban los visitantes extranjeros del aspecto que esa retaguardia ofrecía: tranquila, ordenada, embebida en el trabajo, beneficiaria de un orden público que nadie quería alterar y que nadie hubiese alterado; satisfecha con el disfrute de una situación económica interior que parecía increíble por los índices de precios que regían y por la enorme abundancia de artículos alimenticios; de modo que mientras en la España roja el Gobierno se veía obligado a mantener constantemente, a lo largo de meses y de años, un régimen de terror que jamás conseguía resultados plenos, Franco descansaba y se apoyaba en una retaguardia plácida y normal, cuyos cuidados no le distraían de las preocupaciones de la guerra sino en la natural y lógica medida en que la política y la economía de un país exigen la atención de quien lo gobierna y dirige.

En otro lugar de este libro hemos dicho cómo empezó a advertirse un cambio profundo en las relaciones internacionales de España una vez que Franco alcanzó la gran victoria del Norte. De un lado, los países europeos que apoyaban la Causa nacional vieron claramente que no se habían equivocado y decidieron continuar hasta el fin, sin temor ninguno a que en la guerra de España se produjeran virajes decisivos capaces de alterar el curso de los hechos y de poner en riesgo la victoria de Franco. Esa victoria, siempre segura, aparecía ya como irrevocable. Los Estados que desde el principio ayudaban al Gobierno rojo comprendieron, en cambio,

que cometían un error grave en la apreciación de las realidades españolas, y aunque no quisieron dar su brazo a torcer sino al final de la guerra, porque la presión de las organizaciones internacionales no cejaba en sus amenazas, creyeron oportuno ir dibujando una pequeña desviación en su conducta, y ya que no rindieron la debida justicia a Franco al menos empezaron a cubrirse contra un futuro que se anunciaba inexorablemente ligado a la fortuna de las armas nacionales.

Con este cambio en la política internacional vino el acrecentamiento de las relaciones comerciales; éstas trajeron un aumento en el crédito y una mejor situación en nuestro mercado de divisas extranjeras. En resumen: Franco llegaba a la batalla de Aragón en condiciones políticas y económicas de mayor firmeza.

Organización del Ejército del Norte y preparación general de la batalla

Es muy importante, y por así decirlo esencial, que el lector, al poner sus ojos en el examen y estudio de la batalla de Aragón, no olvide un solo instante las fases de Teruel y del Alfambra, porque sin ellas serían difícilmente explicables este capítulo y el siguiente.

Al día siguiente de haber sido expulsados de Teruel por la contraofensiva de Franco, los rojos recibieron de su Estado Mayor un mensaje en el que se les invitaba a mantener el ánimo tranquilo, porque era «en las adversidades de la guerra donde se probaba el buen temple de los auténticos combatientes». Este mensaje daba a entender que el Ejército de Franco había quedado deshecho en el esfuerzo de Teruel y del Alfambra y que, en cambio, el Ejército de Levante —principal masa roja de maniobra — estaba prácticamente intacto. La verdad era exactamente contraria a semejantes afirmaciones. Los nacionales habían sufrido bajas de consideración, indudablemente, pero su masa de maniobra, gracias al principio de economía de fuerzas, a la mejor recluta, a la organización prudente de las reservas y al sistema de movilización, permanecía en toda la integridad de su potencia, mientras la masa levantina de maniobra roja había de hecho desaparecido. El Gobierno de Barcelona, que tuvo un instante de respiro con ocasión del transitorio éxito de Teruel, daba muestras de inquietud creciente, y lo mismo en las órdenes dictadas para la movilización de nuevas clases que en las medidas políticas que adoptaba, acusaba principios de desesperación que no son compatibles con la normal

y razonable dirección de una guerra. Es digno de la mayor admiración el hecho de que mientras detenía la gran ofensiva roja de Teruel, disponía los movimientos contraofensivos y montaba la fulminante batalla del rio Alfombra, el Generalísimo procediese, sin pérdida de tiempo, a la reorganización general del Ejército del Norte, el cual estuvo listo para la batalla de Aragón quince días después de haber terminado las durísimas fases de Teruel. La velocidad de ese ritmo indica cuán poderosa fue la pluralidad de actividades del Generalísimo y cómo supo coordinar horarios, armonizar movimientos y mecanizar servicios para hacer compatibles el trabajo ardoroso de la batalla en curso y la preparación de maniobras más extensas y complicadas.

A primeros de marzo de 1938 ya estaba cumplida la reorganización del Ejército del Norte. Bajo el mando del General Dávila, con el General Vigón como jefe de Estado Mayor, el frente aragonés aparecía cubierto por cinco Cuerpos de Ejército que de Norte a Sur eran los siguientes:

Cuerpo de Ejército de Navarra: General Solchaga.

Idem íd. de Aragón: General Moscardó.

Idem íd. Marroquí: General Yagüe.

Idem íd. de Tropas Voluntarias: General Berti.

Idem íd. de Galicia: General Aranda.

División de enlace número 15: General García Escámez.

División autónoma1.ª de Navarra: coronel García Valiño.

Al Sur de este dispositivo, como un extenso cubreflanco y como frente de fijación, venia, a lo largo de la provincia de Teruel, el Cuerpo de Ejército de Castilla, mandado por el General Varela.

Aún hay que añadir a las unidades anteriormente citadas las Divisiones 105 y 108, que estaban en línea y que con la 1.ª de Navarra formaban la reserva de Ejército.

Los núcleos artilleros organizados para las diferentes roturas del frente rojo eran durante la primera fase de la batalla de Aragón (operaciones al Sur del Ebro):

En el sector de Vivel del Río (Galicia)…	48 baterías.
En el de Rudilla (C. T. V.)...	58 »
En el de Bádenas-Vértice Herrera (1.ª)…	12 »

Cuerpo de Ejército Marroquí… 47 »

La misión inmediata encomendada per el Generalísimo al Ejército del Norte comprendía un primer ciclo encaminado a batir al enemigo en la región comprendida entre los ríos Ebro y Guadalope. Por consiguiente, sólo debían maniobrar en esta primera fase, que se llama del «Sur del Ebro», los Cuerpos Marroquí, Voluntario, 108 División, 1.ª División y Cuerpo de Ejército de Galicia. Quedaban en expectativa de la segunda fase (Norte del Ebro) los Cuerpos de Aragón y de Navarra.



El Cuerpo de Ejército de Galicia, formado por las Divisiones de Navarra, 82, 83 y 84, debía avanzar inicialmente en la dirección Montalbán-Alcorisa.

El Cuerpo Voluntario, formado por todas sus fuerzas, avanzaría en la dirección general Rudilla-Cortes de Aragón.

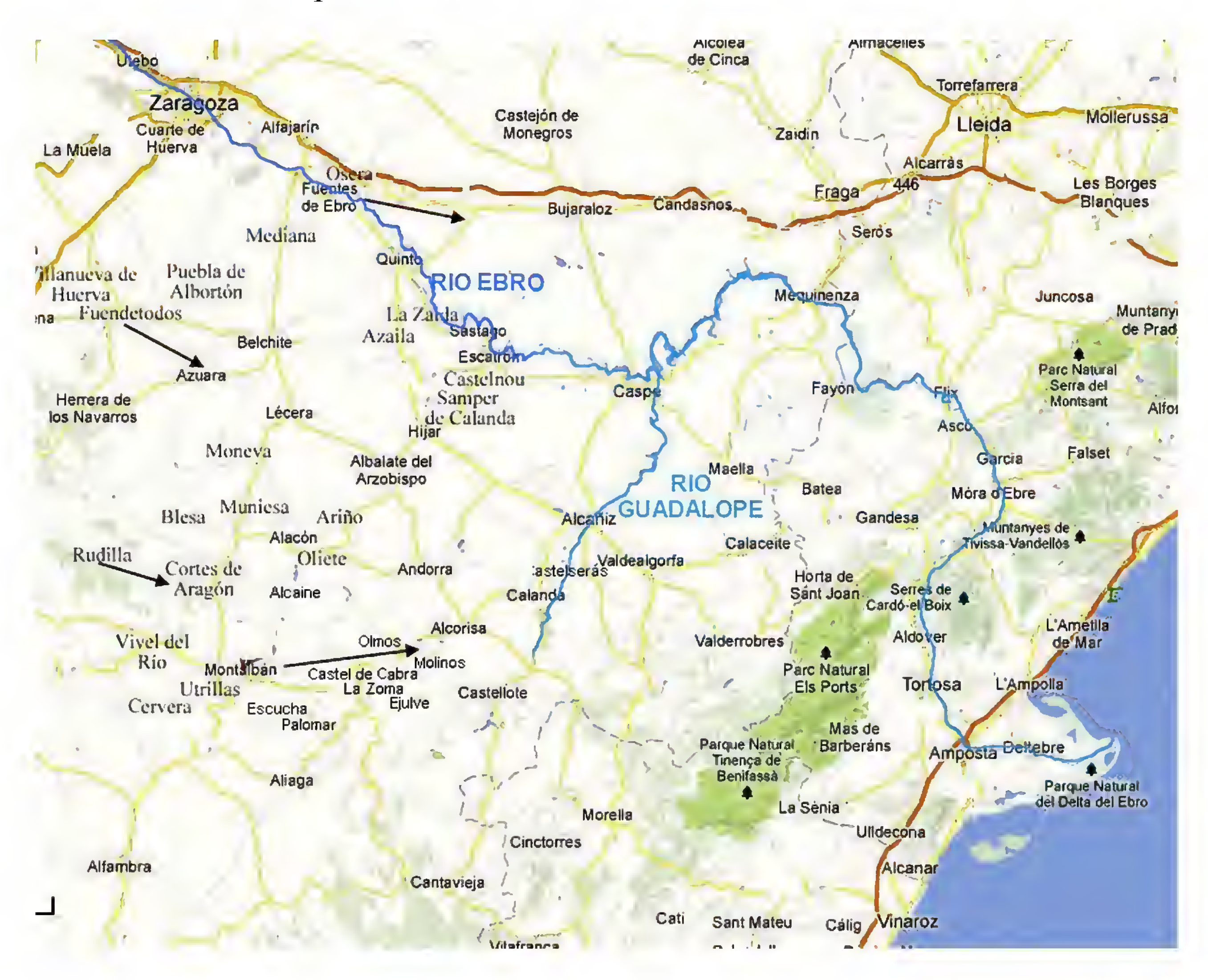
El Cuerpo de Ejército Marroquí, integrado por las Divisiones 5.1 de Navarra, 13, 150 y 105 (en línea), comenzaría operando sobre Fuendetodos-Azuara.

Posteriormente, la División 15, partiendo del frente de Fuentes de Ebro, quedaría afecta al Cuerpo Marroquí, y la 108 (en línea), al Cuerpo de Galicia.

La misión del Cuerpo de Castilla consistía en organizar en los sectores de Teruel una nueva línea defensiva que asegurase todo el frente desde Albarracín al Alfambra. Al propio tiempo evacuaría la cabeza de puente de Villalba Baja y las posiciones de los Altos de La Torana y Los Lomones.

Según el plan del Generalísimo, habría que batir al enemigo desplegado al Sur del Ebro desde Fuentes a Vivel del Río y seguidamente perseguirlo, destruir las fuerzas que afluyeran a la zona comprendida entre el Ebro y el Guadalupe y llevar la línea al valle de este último río.

El enemigo quedaría fijado al Norte del Ebro por los Cuerpos de Aragón y de Navarra, y en Teruel por las tropas de Varela. El frente sería roto en los sectores de Villanueva de Huerva, Rodilla y Vivel del Río, y una vez abiertas las brechas se irrumpiría por ellas con tres masas convergentes en dirección general de Alcañiz. Simultáneamente, la División franquearía el paso de Bádenas a la División de Caballería (General Monasterio), y las dos fuerzas establecerían enlace entre las masas central e izquierda.



El Cuerpo de Ejército Marroquí produciría la ruptura al Suroeste de Fuendetodos-Puebla de Albortón y avanzaría después a fin de abordar Belchite por el Oeste, Sur y Sureste, para lo cual llevaría el centro de gravedad de sus fuerzas en la dirección Azuara-Lécera. Al mismo tiempo debía concentrar las fuerzas disponibles de las Divisiones 105 y 15 en la región de Puebla de Albortón, tomando de revés las organizaciones enemigas de los sectores de Mediana y Fuentes de Ebro. En una segunda fase, con fuerzas de la 15 División, se constituiría un flanco sobre el Ebro y el ala derecha reforzada marcharía hacia Escatrón y Samper de Calanda.



Fuerzas del Cuerpo de Ejército Marroquí

Se asignaba al Cuerpo de Tropas Voluntarias la misión de romper el frente enemigo en la zona de Rudilla y avanzar a Blesa, Cortes de Aragón y Muniesa. En una segunda fase continuaría su marcha por Oliete y Ariño sobre Albalate del Arzobispo e Hijar.

La ruptura del frente en el sector de Vivel del Río, o sea en el correspondiente al Cuerpo de Ejército de Galicia, había de tener lugar al Norte de Vivel, a fin de ganar así la divisoria y extenderse por ella en dirección de Montalbán y La Planilla, enlazando inmediatamente sus fuerzas con el Cuerpo de Tropas Voluntarias. Por la derecha maniobraría partiendo de la región de Cervera y envolvería la región minera de Utrillas, alcanzando las alturas de La Muela, al Sur de Montalbán.

La dirección de marcha de la 1.ª División de Navarra pasaba por la divisoria entre el Camarás y el Herrera, y el avance se haría hacia las Ventas de Muniesa.

Moneva y Lécera eran los objetivos de la División de Caballería en la primera fase; en la segunda, la línea del Ebro en La Zaida y Escatrón, para apoderarse más tarde del paso de Sástago y establecer una cabeza de puente sobre el monte de Rueda.

Dos Batallones de la 105 División quedaban a disposición de la de Navarra, y el resto de las fuerzas a las órdenes del Cuerpo de Ejército Marroquí.

En cuanto a la División 108, enviaría dos Batallones a disposición del Cuerpo Voluntario a fin de constituir un flanco defensivo. Una vez que la 1.ª de Navarra alcanzara la zona de Muniesa, la 108 pasaría a las órdenes del General-Jefe del Cuerpo de Ejército de Galicia.

Se estipulaba en las «Instrucciones generales» que los Cuerpos Marroquí y Galicia debían constituir una masa de artillería cada uno y concentrar el esfuerzo de esa masa, junto con la artillería divisionaria, en un solo sector de dimensiones adecuadas para asegurar la destrucción de las obras comprendidas en él. La artillería de la 15 División cooperaría con la del Cuerpo Marroquí. Se fijaron dos horas de tiempo para las preparaciones.

De modo general, el Cuerpo Marroquí tendría el apoyo aéreo de la «Legión Cóndor»; el Voluntario contaría con toda la aviación legionaria; el de Galicia, con las escuadrillas de la B. A. H.

El día señalado para el comienzo de la ofensiva fue el 8 de marzo. Posteriormente se retrasó la iniciación de la batalla hasta las seis horas y 30 minutos del día 9 de marzo.

Estas órdenes generales, que eran expresión detallada del plan concebido y estudiado minuciosamente por el Generalísimo, se tradujeron, como es natural, en otras, igualmente puntualizadas, de cada uno de los Cuerpos de Ejército.

Reproduzco algunas del Marroquí, a fin de que el lector advierta con cuánto celo y buen orden han sido guiadas las operaciones de guerra por parte del Ejército de Franco. Decía el General Yagüe a sus Divisiones:

«La misión de este Cuerpo de Ejército es romper el frente enemigo; avanzar en la dirección Villanueva del Huerva-Belchite-Azaila-Escatrón. Limpiar la bolsa que se produzca. Cubrir en una primera fase el frente Codo-Belchite-Lécera, y en la segunda fase el frente Escatrón-Samper de Calanda.

En la primera fase atacará partiendo de Loma Gorda-Villanueva-Tozos, con las Divisiones acoladas. La División de la derecha debe avanzar más rápidamente.

En la segunda fase, el esfuerzo principal lo desarrollará la 5.ª División, en su avance Azaila-Escatrón, cubierto su flanco derecho por la 150, mientras la 13 limpia la bolsa producida.

A la hora «H» (1,30 h.) la División 150 ocupará las alturas Norte de Aguilón, avanzando sobre Portichuelo y Entredicho, para rebasar las fortificaciones. Abrirá paso a la 5.ª División y seguirá rápidamente sobre Azuara y Lécera, a fin de rebasar las posiciones de Belchite y atacarlas si fuera preciso. Enlazará en Lécera con la Caballería y en Castelnou con la

5.ª División, tomando contacto al Sur con el Cuerpo de Tropas Voluntarias.

A la misma hora, la División 5.ª avanzará precedida de carros, rompiendo la línea enemiga. Irá a marchas forzadas hasta ocupar las antiguas posiciones rojas de Belchite. En la segunda fase avanzará enlazada con la División 150 a ocupar la línea Escatrón-Castelnou, dejando vigilado el Ebro.

Al propio tiempo, la División 13 tomará de revés las posiciones de la carretera de Jaulin y de El Contadero Una vez rebasado el bosque que hay el Este de Fuendetodos, ocupará Puebla de Albortón, siguiendo hasta Codo, atacando Belchite por el Norte, si fuera necesario. En la segunda fase, avanzará sobre Mediana y Osera para abrir paso a la 15 División. Esta concentrará su artillería en la zona de Mediana, para ayudar a la División 13 en su avance. Después guarnecerá la orilla del Ebro, quedando parte concentrada en Azaila. La 105 cooperará en la ocupación de Puebla de Albortón. Tendrá misiones de protección y limpieza.»



5ª División de Navarra antes de conquistar Belchite

Por lo que toca al despliegue de fuerzas enemigas, el peso de la maniobra de Franco iba a caer preferentemente sobre los Cuerpos de Ejército rojos números XX, XXII y XXI, que pronto fueron reforzados por una parte del XVIII y por Divisiones del V y el III, que estaban considerados como los mejores, y fueron arrollados sin permitirles la más pequeña ocasión de reaccionar contraofensivamente.

El Mando rojo, que todavía no había salido del estupor de Teruel y del Alfambra, se vio muy sorprendido por las informaciones que acusaban grandes concentraciones al Sur del Ebro y anunciaban ataques de mucha mayor escala que los del Alfambra. Apenas quisieron creerlo los dirigentes del Frente Popular. Pensaron, en todo caso, que se trataba de un esfuerzo

reducido, con aspiraciones limitadas, y que todo acabaría en la cesión de una exigua faja de terreno, porque suponían que Franco estaba agobiado por las bajas de Teruel y no contaba con elementos para maniobrar a fondo.

Por ejemplo, nos encontramos con una Orden que el jefe de la 44 División roja, perteneciente al XII Cuerpo de Ejército, envía al comandante de la 144 Brigada mixta. Esa Orden dice:

«*Primero*. — Las Brigadas emplearán en el abastecimiento y servicios el número de camiones indispensable; los restantes se agruparán la inmediación de los Batallones de reserva En caso de ataque enemigo, esos camiones trasladarán las reservas al lugar que aconsejen las circunstancias para contener el ataque y cumplir su misión.

Segundo. — No se efectuará repliegue alguno sin orden escrita del escalón superior.

Tercero. — Los pueblos y caseríos serán defendidos hasta el último extremo, teniendo en cuenta los estudios que para la defensa de Codo, Quinto y Belchite hayan realizado los Jefes de Brigada con arreglo a mi Orden de 20 de febrero último.

Cuarto. — Se establecerá en todas las fases de combate un enlace estrecho entre todos los escalones, especialmente entre Batallones y Brigadas. Entre la 145 Brigada y la 24 División, además de la posición mixta existente, destacará la 145 Brigada un pelotón de enlace del Batallón colindante con la 24 División, asegurando el enlace por varios circuitos telefónicos y, a ser posible, por heliógrafo o Biosca.

Quinto.—Los contraataques parciales por Batallones de reserva, en caso de rotura en el frente, se dirigirán desde El Cuarto-Pedrira con dirección Patillas, desde Ermita Bonastre-Tosqueta hacia Los Charcos-Patillas; desde Vértice Pueyo-Valmayor hacia el Cabezo de los Dineros y desde Valdecanchurel hacia la carretera de Belchite al Burgo, impidiendo a toda costa la unión de las columnas atacantes...»

Y así, por este mismo estilo, siguen otras instrucciones, en las que si se aprecia cierta inquietud, no es tanta como fuera natural, dados los preparativos que se hacen en el frente de Franco. Lo cual indica que la información roja en ese momento fue tardía o deficiente.

Así llegamos a la víspera de la ofensiva. La tensión de los ánimos en el frente nacional es extraordinaria. El eco de los preparativos ha llegado hasta la retaguardia, donde ya se comenta el alcance de los planes del Generalísimo. La seguridad de la victoria es completa. Nadie, ni en los mandos superiores ni en las filas de los soldados, duda de que el frente enemigo será roto, deshecho, aplastado desde las primeras horas de contacto.

En silencio profundo y con buen tiempo se aguarda la hora «H», que es, como hemos dicho antes, la de las 6,30 de la mañana del día 9 de marzo. Cada uno de los Cuerpos de Ejército ha comunicado al Cuartel General del Norte que se encuentra listo para la batalla. El inmenso estruendo de las concentraciones artilleras va a empezar de un momento a otro. Una vasta emoción cruza bajo el cielo de la España nacional. El plan de maniobra de Franco ensanchará dentro de unas horas su vuelo aguileño.

Segundo tiempo de la batalla Operaciones al Norte y Sus del Ebro. Rumbo a Cataluña y al mar Mediterráneo

Hemos examinado hasta aquí solamente una parre del admirable proyecto de batalla concebido por el Generalísimo para batir al grueso del Ejército enemigo; esa parte se refiere a las operaciones cuyo escenario se abría y proyectaba al Sur del Ebro, entre este río y el Guadalope. Veamos ahora la segunda parte o el segundo tiempo de ese plan, aún más impresionante que el anterior y más bello.



Lo mismo que el primer tiempo, se desenvuelve en dos fases.

Los Cuerpos de Ejército designados para estas operaciones Norte-Sur del Ebro son los siguientes:

Cuerpo de Ejército de Navarra: General Solchaga (Divisiones de Navarra, 61, 62 y 63).

Cuerpo de Ejército de Aragón: General Moscardó (Divisiones 51, 53 y 54, y la Brigada de Posición y Etapas).

Cuerpo de Ejército Marroquí: General Yagüe (Divisiones 5.ª de Navarra, 13 y 150, más la Brigada Móvil de Caballería (comandante Jurado), una Compañía de carros ligeros y otra de pesados).

Ulteriormente se incorporará al frente Norte del Ebro la División 55 (coronel Adrados), que será reserva de Ejército.

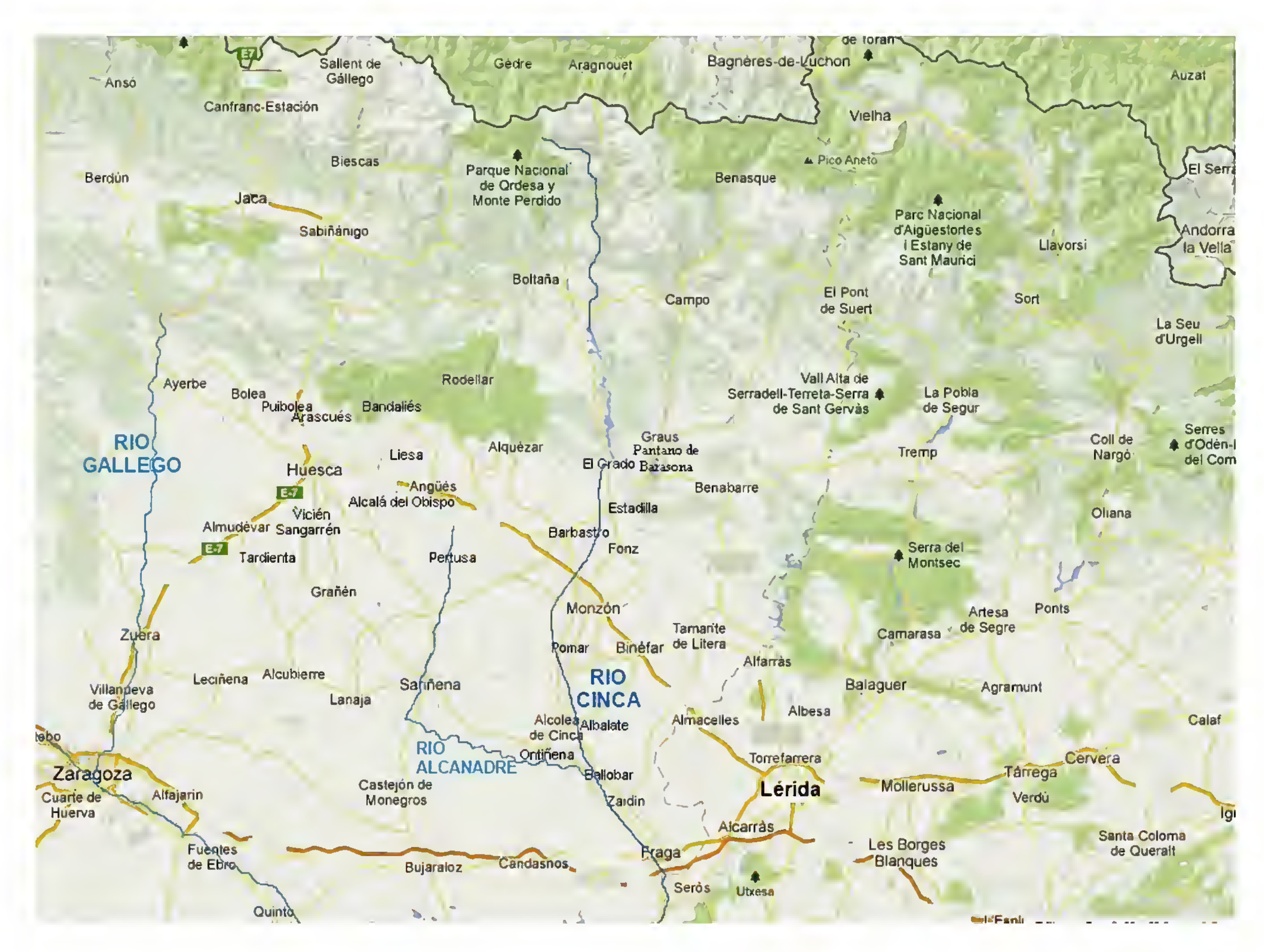
Estos tres Cuerpos de Ejército —ordena el Ejército del Norte— desarrollarán al Norte del Ebro una serie de acciones coordinadas con otras que se encomiendan a las fuerzas situadas al Sur del Ebro. El objeto de la batalla al Norte del río es batir y destruir al enemigo que se halla establecido entre el Ebro y el Cinca, adelantando la línea nacional hasta

este último rio y eventualmente hasta el Segre. El objeto de la batalla al Sur es arrollar los núcleos rojos que intenten rehacerse al Este del Guadalope y alcanzar la costa mediterránea, a fin de escindir el territorio dominado por el enemigo y dejar a Cataluña aislada del resto de España.

Para las operaciones del Norte conviene sacar partido del despliegue angular de las tropas nacionales en las líneas de los ríos Gallego y Ebro y lanzar sobre el enemigo ataques convergentes que fijen y envuelvan todas las líneas al Oeste del río Cinca, impidiendo, hasta donde sea posible, la retirada de las tropas atacadas.

El Cuerpo de Ejército de Navarra fijará a los rojos en todo el frente que va de Jaca a Puibolea, lo romperá en el sector de Arascués y progresará con una División en la dirección Arascués-Bandaliés-Liesa. Además, cooperará con una División a la ruptura en el sector de Cuezos y a la marcha en dirección de Vicién-Alcalá del Obispo. Una vez envueltas de ese modo las líneas de Huesca, liberada definitivamente esta ciudad y alejado el enemigo, el Cuerpo de Navarra, restablecido el enlace entre sus Divisiones, avanzará resueltamente en la dirección Huesca - Barbastro hasta alcanzar una línea jalonada por El Grado-Estadilla-Barbastro-Monzón, y constituirá cabezas de puente en los dos primeros puntos.

El mismo día y a la misma hora, el Cuerpo de Ejército de Aragón fijará al enemigo en todo su frente y lo romperá en el sector Mascariello-Cuatro Cuartos; luego de abierta la brecha irrumpirá en ella con las vanguardias de tres Divisiones acoladas, una de las cuales será de Navarra, transitoriamente afecta al Cuerpo contiguo; ésta marchará por la izquierda en dirección Vicién-Alcalá del Obispo; otra División (la 51) avanzará en dirección de Sangarrén; la de la derecha envolverá la línea enemiga en el sector de Tardienta, ensanchará la rotura, y después todas las unidades, bien enlazadas, progresarán en la dirección general Sariñena-Albalate de Cinca, con objeto de establecerse en la línea Pomar-Albalate de Cinca-Ballobar y disponer en Albalate de Cinca una cabeza de puente. Cuando todo el frente rojo se derrumbe, las fuerzas que guarnecen sectores pasivos deberán reagruparse rápidamente por Regimientos y dedicarse a rastrillar toda la zona, concentrándose finalmente en línea de vanguardia.



En fin: un día después de la fecha «D» el Cuerpo de Ejército Marroquí deberá forzar el paso del Ebro en el sector de Quinto y Gelsa, avanzar rápidamente en la dirección Bujaraloz-Candasnos, envolver por el Sur la Sierra de Alcubierre, lanzar la Brigada de Caballería hacia Ontiñena y avanzar sobre Fraga, donde habrá de constituir otra cabeza de puente.

Los ejes de marcha son: para Navarra, la carretera Huesca-Barbastro; para Aragón, la de Sariñena-Albalate de Cinca; para el Cuerpo Marroquí, la de Gelsa a Bujaraloz, Candasnos y Fraga.

El día «D» equivale al 22 de marzo; la hora «H» a las 6,30.

Segunda fase de la batalla Norte-Sur del Ebro

Cumplida la primera fase del segundo tiempo —que acabamos de resumir en cuanto a la preparación—, se pasa a la segunda y última, que el plan del Generalísimo se corona de gloria y se rodea de victorias resplandecientes. Como el enemigo resiste al Sur del Ebro e intenta rehacerse al Este del Cinca, ordena Franco que continúen las operaciones

para alcanzar la costa del mar Mediterráneo, según estaba ya previsto en las primeras instrucciones del plan general; mientras tanto, al Norte del Ebro deberán continuar su progresión los tres Cuerpos de Ejército mencionados y llegar a las orillas del río Segre, estableciéndose en la línea Mequinenza-Lérida-Balaguer-Artesa de Segre-Pons. El Cuerpo de Tropas Voluntarias y la División avanzarán en dirección de Gandesa y el Cuerpo de Ejército de Galicia convertirá rumbo al Sur en dirección de Morella; entre ambas masas, la División 15 enlazará las dos alas y expugnará las posiciones montañosas a la derecha de la carretera Valdealgorfa-Gandesa.

El Cuerpo Marroquí, apoyada su derecha en el Segre, alcanzará Lérida y organizará cabezas de puente allí donde éstas sean utilizables, preparando la habilitación de nuevos pasos en zona próxima a Lérida.

El de Aragón se dirigirá desde Albalate de Cinca sobre Binéfar y Tamarite de Litera, y desde Ballonar a Zaidín y Almacellas. Seguidamente, desde Almacenas y Tamarite progresará sobre Balaguer, Artesa de Segre y Pons.

Las tropas de Navarra marcarán una conversión sobre su derecha y dejarán un escalón a la izquierda; cortarán las carreteras del Norte, establecerán destacamentos y fortificaciones en Grau y Benabarre, avanzarán sobre Alfarrás y finalmente pasarán a la línea Bellvís-Bellcaire-Artesa de Segre y Pons.

Este plan sufrió en los últimos momentos de la operación algunas modificaciones importantes. Navarra tuvo que emplear una División completa en las importantes operaciones encaminadas a dominar los embalses, presas y organizaciones hidroeléctricas de Tremp, y el de Aragón recibió orden superior de detenerse en la cabeza de puente de Balaguer por haber encontrado un fuerte campo atrincherado en las zonas Artesa-Pons, cuya expugnación exigía otras preparaciones y una especial acumulación de medios.



Posición roja del llamado "cinturón del Cinca"



Destrucción de un puente de la carretera de Lérida

En líneas generales, el Generalísimo iba a poner pie en las primeras tierras de Cataluña y alcanzar el Ebro; mediante esas dos operaciones partía en dos el territorio de la España roja y al propio tiempo anunciaba en Lérida, Balaguer y Tremp, el golpe contra la organización militar de Cataluña. O sea: la batalla de Aragón deja ya anunciado, con claridad de mediodía, el perfil de lo que en su día será «la batalla decisiva de Cataluña».

He aquí el esquema de la «batalla de Franco» o de Aragón. Recomiendo a mis lectores una especial atención hacia los croquis cuando quieran estudiar o comprender sin dificultad ninguna este plan del Caudillo español, luminoso como el desarrollo de una operación matemática. Cinco Cuerpos de Ejército van a ponerse en marcha por las orillas de ríos históricos: el Ebro, el Gallego, el Alcanadre, el Guadalope, el Cinca, el Noguera-Pallaresa, el Noguera-Ribagorzana, el Matarraña, el Segre...



Prisioneros rojos durante el avance en Aragón



Carro de combate ruso capturado al enemigo en la batalla de Aragón

CAPÍTULO II

DESARROLLO Y TRIUNFO DE LA BATALLA DE FRANCO O DE ARAGÓN. — CINCO CUERPOS DE EJÉRCITO Y CINCO MARCHAS

Consideraciones generales. – La flecha del Cuerpo de Ejército Marroquí desde Fuendetodos hasta Caspe, dentro del primer ciclo de operaciones conocidas por el nombre de «maniobra al Sur del Ebro». – El elemento «velocidad» en la explotación del éxito. – El grueso del Ejército Rojo, arrollado en todas sus líneas, se repliega desordenadamente hasta sus retaguardias lejanas. – Intento de fijación en torno a la ciudad de Caspe. – Marcha del Cuerpo de Ejército Voluntario hasta Alcañiz y Gandesa. – Fulgurante aplicación de los principios de la escuela italiana en la maniobra de las Divisiones legionarias. La 1.ª División de Navarra se cubre de gloria por su capacidad de ruptura y de profundización. – Audaz carrera hacia Maella, con ocupación y rebasamiento de Gandesa. Primera fase de la operación encomendada al Cuerpo de Ejército de Galicia desde la zona de Montalbán hasta las montañas del Maestrazgo.

La batalla de Aragón, si hemos de emplear esta palabra en su exacto significado, es el conjunto de operaciones que, iniciadas entre Fuentes de Ebro y la Sierra de San Just, tiende a alcanzar la destrucción del Ejército enemigo del Este. Esta batalla se refiere a la solución estratégica de la guerra de España, y su concepción pertenece a la mente creadora del Generalísimo; el desarrollo de la gran maniobra general concebida por Franco se va tejiendo en innumerables acciones parciales, de carácter táctico, cuya ejecución y cuidado corresponden a los distintos mandos subordinados.

Sobre el campo de los combares de Aragón, frente al panorama del heroísmo nacional, comprendemos la gran inspiración militar del Caudillo español. En las interpretaciones castrenses de Franco encontramos siempre un sistema perfectamente construido. No se trata de misceláneas más o menos ingeniosas, ni de una serie de corazonadas felices, pero incoherentes, que por azar de muchas circunstancias condujeran los sucesos hacia la victoria. La estrategia franquista se caracteriza por una

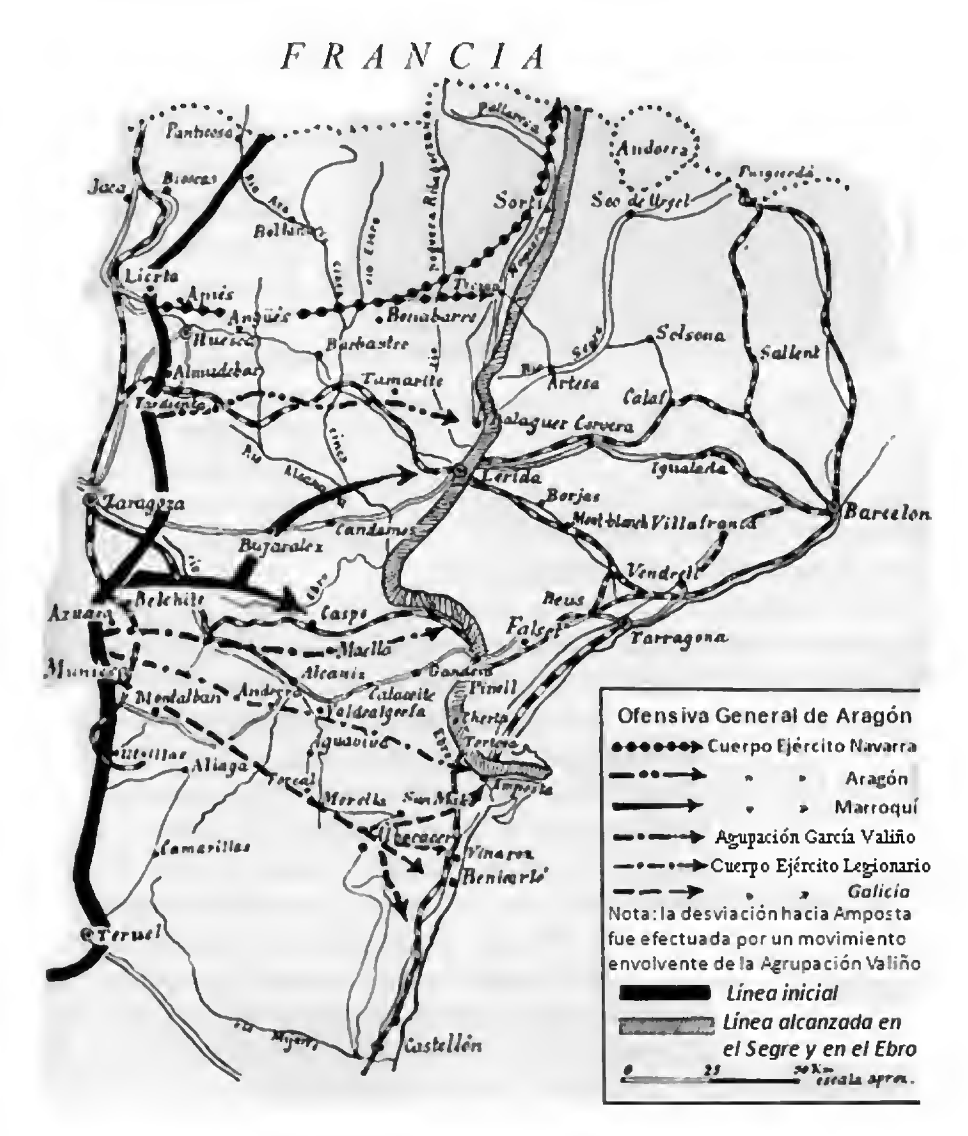
apretada sistematización, dentro de la cual no cabe separar unos movimientos de otros ni hemos de considerar aisladamente las distintas maniobras, porque todas ellas forman parte de un plan único y responden rigurosamente a una concepción matemática de la guerra. Históricamente, en esto se ha reconocido siempre la personalidad de los grandes Capitanes.

Limitemos ahora nuestra mirada a la batalla de Aragón; veremos perfectamente que, en principio, había quedado resuelta sobre los montes de la Sierra Palomera y en las orillas del río Alfambra. Allí aplicó Franco —según ya hemos demostrado— la implacable teoría de que en la guerra la finalidad esencial de un General en jefe consiste en aniquilar los Ejércitos enemigos. Sin las victorias que tuvieron como escenario las tierras cercanas a la ciudad de Teruel no se podría explicar la marcha de la batalla de Aragón, destinada a conseguir la decisiva consecuencia estratégica de la llegada de las vanguardias nacionales al mar Mediterráneo.

Un enorme frente se mueve en dirección Occidente-Oriente. Arriba, junto a las nieves pirenaicas, las Divisiones de Navarra que manda el General Solchaga se disponen a reconquistar los riscos y despeñaderos del Alto Aragón; a su derecha, el Cuerpo de Ejército aragonés, organizado sobre una línea extensa y difícil, lleva sobre sí una parte importante de la responsabilidad en el afán de la victoria; en el centro, el Cuerpo de Ejército Marroquí, a las órdenes de Yagüe, impulsa la flecha de su ardimiento hacia el corazón de Cataluña y busca, como el feliz esgrimidor con la punta de su espada, algunas de las zonas vitales del sistema estratégico enemigo; lanzadas a fondo, van a su derecha las Divisiones legionarias, superándose a sí mismas; junto a ellas marcha la gran División del General García Valiño; finalmente, en el ala derecha, cara a los abruptos montes del Maestrazgo, el General Aranda, con su cuerpo de Ejército de Galicia, asegura la marcha del resto de las tropas maniobreras, maniobra él mismo en condiciones de excepcional dificultad, expugna la torturada zona de Montalbán y de la cuenca minera de Utrillas y rompe la marcha sobre tierras cuyo dominio exige denuedos inagotables.

En el conjunto de esta batalla ocurre que escuchamos frecuentemente denominaciones distintas; unas veces hablan los cronistas de la «batalla del Ebro», otras de «la de Lérida», en algunas ocasiones de da de Teruel», y así sucesivamente, cuando todos esos episodios no son sino elementos que vienen a integrar la «batalla de Franco», por la misma razón que la de los Lagos Masurianos recibe entre los tratadistas militares el nombre de

Hindenburg, y la de la primavera de 1918 en Francia se llama «batalla de Ludendorff», la de Verdún «batalla Petain» y las del verano y otoño de 1918 no reciben otro nombre que el de Foch.



Sobre tierras de Aragón, mientras resuenan los ecos del bombardeo y los redobles de las ametralladoras, no se ven solamente los signos parciales de la victoria, sino la victoria misma, amplia, profunda, compleja y difícil, propicia a la meditación y al estudio, como los principios de la matemática.

Es en la batalla de Aragón donde se aprecia de qué modo han quedado superadas por el Ejército de Franco las viejas tendencias guerrilleras; no sólo aquellas de las guerras civiles del siglo XIX, sino las otras, más finas y gloriosas, de Africa. Ni guerra guerrillera, ni guerra colonial; en Aragón, perfeccionando los métodos de la campaña del Norte, se hace una guerra de tono universal, en la que todo es fruto de la inteligencia, de la técnica y el valor, y no quedan márgenes para la milagrería o el arranque improvisado.

A la vista de las unidades que marchan y maniobran en esta batalla, se recuerda el encendido elogio de la Infantería española que, con motivo de la muerte de Conde, pronunció el primero de los oradores sagrados de Francia. Y se recuerda igualmente la loa que los historiadores antiguos hacen de las tropas españolas de a pie, que Aníbal solía emplear en el centro de sus líneas de combate.

Pero sería injusto aludir únicamente a la Infantería española, porque si ésta ha escalado las cimas de la eficacia y del honor, le acompañan en ello todas las Armas y servicios, con lo cual se quiere decir que no es solamente una Infantería magnifica lo que la España nacional posee en el momento de la batalla de Aragón, sino un verdadero Ejército.

La batalla de Aragón vista desde el
Observatorio de la de Teruel

Insistamos una vez más: la finalidad de la batalla, según los principios clásicos del arte militar, es la destrucción del Ejército enemigo. Creo indispensable recordar constantemente esta doctrina si se quiere entender claramente la genialidad de la campaña concebida y desarrollada por el Caudillo de España.

La toma de una ciudad o de un pueblo, la conquista de núcleos más o menos importantes de población, no constituyen en sí mismos objetivo esencial dentro de la batalla, sino en la medida en que todo ello sirva para destruir por su base la potencia de las organizaciones militares enemigas. Así, por ejemplo, cuando el Estado Mayor alemán, a fines de agosto de 1914 y primeros de septiembre del mismo año, dejó la ciudad de Paris sobre el flanco derecho y convirtió oblicuamente su ala de marcha (General von Kluck) hacia el Sureste, se atuvo a las permanentes y puras teorías del arte de guerrear. Si el resultado no fue afortunado, ha de encontrarse la razón del fracaso en otros motivos.

El pensamiento general de Franco en la guerra de liberación de España se rige por las orientaciones clásicas. Sin la destrucción del Ejército rojo de campaña era imposible pensar en una efectiva victoria de las armas nacionales. Había que procurar esa destrucción por todos los medios. El Generalísimo entrevió la ocasión propicia en la batalla de Teruel, y entonces se lanzó con ánimo resuelto al cumplimiento de su plan, asegurando en los alrededores de la capital bajo-aragonesa el éxito culminante de toda la campaña.



El frío causó numerosas bajas durante la batalla de Teruel

La gran ofensiva que los rojos lanzaron sobre Teruel a mediados de diciembre era una operación bien concebida, fue ejecutada hábilmente en los primeros momentos y muy mal continuada en sus fases ulteriores, porque no se lanzó el gran ataque rojo en el momento más oportuno, ni contaba el Mando asaltante con los medios adecuados para tan arduo empeño. Comprendió Franco que el propio enemigo le brindaba oportunidad magnífica de acometer la campaña destructora del Ejército marxista. Muchas gentes no lo entendieron así, pero el Caudio, sereno e imperturbable, sintió en sí mismo la inspiración genial de los grandes Capitanes y se resolvió a aprovechar plenamente la hora crítica. Allí planeó su batalla de destrucción. Iba a empezar la maniobra general que, en resumen, decidiría la guerra de España. Iba a empezar la batalla de Franco.

El enemigo llevó a cabo un esfuerzo que ni se puede ni se debe desdeñar. Mantuvo regularmente cubiertos los frentes habituales, pero consiguió además crear un Ejército de maniobra, con el que pensó asestar a Franco el golpe capaz de cambiar la suerte de las armas. Esa masa de maniobra estaba constituida por los Cuerpos de Ejército números V, XVIII, XX, XXI y XXII, a los cuales se unieron dos Cuerpos más, pertenecientes al Ejército de Levante, señalados por los números XIII y XIX. Franco tenía, pues, delante de sus líneas siete Cuerpos de Ejército, integrados por las Divisiones 11, 25, 27, 28, 34, 35, 39, 40, 41, 42, 45, 46, 47, 64, 66, 67, 68 y 70; en conjunto, dieciocho Divisiones, comprendidas en esta cifra las que quedaron a retaguardia como reserva táctica o estratégica.

Terminada la batalla de Teruel, que no es otra cosa sino la primera parte de la batalla de Aragón, Franco vio que había sonado la hora decisiva de la guerra. Era la ocasión de plantear rápidamente la batalla de Aragón, a los dos lados del Ebro. Por muchos esfuerzos que los rojos llevaran a cabo,

ya no podían situar frente al Ejército nacional del Norte sino unidades residuarias de la masa de maniobra aplastada en Teruel. Había que ensanchar, en consecuencia, el campo de batalla, llevar hasta el límite la elasticidad de las unidades maniobreras y consumar el propósito esencial. Entonces abrió Franco la fase central de la batalla de Aragón, y obtuvo las resonantes victorias que le llevaron hasta las tierras catalanas y hasta las orillas del Mediterráneo. Esta batalla de Aragón, consecuencia directa de la de Teruel, es como una segunda parte del plan general del Caudillo.

* * *

Constantemente resuenan, durante el relato de los combates, los nombres de varios ríos históricos. El objetivo final es, concretamente, sino de ellos, el Segre, el más importante de los ríos pirenaicos españoles, alojado en la vaguada de la extensa depresión de la Cerdaña, con sus 265 kilómetros de recorrido.

Su caudal abundante fluye con rumbo Nordeste a Suroeste, hasta encontrar al padre Ebro en Mequinenza; por su orilla derecha recibe, y en el orden que se citan, al Noguera-Pallaresa, al Noguera-Ribagorzana y al Cinca. El Noguera-Pallaresa (146 kilómetros) fluye todo él por el Pirineo de la provincia de Lérida; el Noguera Ribagorzana (130 kilómetros) sirve en la mayor parte de su recorrido de límite entre las provincias de Huesca y de Lérida, esto es, entre Aragón y Cataluña, y el Cinca (181 kilómetros) es un río aragonés, aun cuando en los últimos kilómetros de su ruta, aguas arriba de Torrente de Cinca, sirva también de fronterilla entre Huesca y Lérida, hasta confluir con el Segre poco más arriba de Granja de Escarpe.

Es rasgo común a todo este sistema de ríos —con la excepción del Noguera-Pallaresa, el más septentrional— el que en su alto y medio curso son de tipo montañés pirenaico, y entrados en la depresión y hondonada de la fosa tectónica del Ebro, bajo un clima de extrema aridez, cambian de carácter, quedando, por razón de su caudal y de su régimen mismo, extraños al país que recorren durante todo el trayecto de su bajo valle. Su caudal, mermado en buena parte por la dura sequía estival de la fosa tectónica del Ebro, incongruente con la física que lo envuelve, es, con todo, grande merced al aflujo de las lluvias y fusión de nieves y de heleros de sus montuosas y altas cabeceras pirenaicas.

El Cinca, el más occidental de los cuatro, arranca del macizo de Monte Perdido, y a lo largo del valle de Pineta hasta Bielsa lo van alimentando fuentes, arroyos y torrentes en que se derraman y fluyen ibo-

nes —lagos de génesis glaciar— y heleros diversos de la alta montaña en que se yerguen, plegadas, cuarcitas y pizarras de fecha paleozoica. Desde Bielsa adquiere decidida dirección Norte-Sur, y encajado en gargantas o valles angostos atraviesa y baja transversalmente los anticlinales de los plegados sedimentos secundarios —triásico, cretáceo— y terciarios —eoceno— que envuelven la alta zona axial paleozoica y estrato-cristalina de los Pirineos. Desde el Sur de Peña Montañesa hasta la altura de Estada, corre entre los potentes materiales del largo sinclinal nummulítico (pudingas, margas, calinas), alargando el hilo de sus aguas en hondas gargantas (desfiladero del Entremont), entre el Ara que ha recibido en Ainsa por su derecha y el Esera —hoy prolongado en el Canal de Aragón y Cataluña—. A la altura de Estada, el río Cinca abandona su último desfiladero en la zona propiamente montañosa para entrar en la depresión aragonesa, atravesando primeramente la masa de sus propios aluviones detenidos a la salida de las gargantas; Barbastro, Selgua, Monzón se han edificado en estos depósitos. Desde la hoya de Huesca a la Litera (Tamarite), esta zona, que en el país llaman Somontano, ostenta taludes y materiales detríticos que los ríos han dejado al descubierto en sus tajos. En Ballobar recibe por su derecha el río Alcanadre, y aguas más abajo Fraga se alza en su orilla izquierda, enhiesta en el borde de la meseta terciaria, a cuyos pies fluye mansamente el Cinca caudaloso, dejando al Oeste la árida depresión de Los Monegros, que la Sierra de Alcubierre separa del valle del Ebro.

Al Este, y paralelos al valle del Cinca, fluyen igualmente de Norte a Sur, y nacidos también en la zona axial de los Pirineos, los dos Nogueras —Noguera-Ribagorzana y Noguera-Pallaresa— por territorios que históricamente han sido gérmenes de Aragón —Ribagorzana— y de Cataluña (Pallars), siendo más septentrionales las fuentes del segundo río que las del primero. Se encajan igualmente en hoces profundas, y las capas secundarias que desde Villaler en el caso del Noguera-Ribagorzana, y desde Sort en el del Noguera-Pallaresa, han de atravesar hasta la Sierra de Piñana el uno y hasta su afluencia al Segre el segundo, son de tectónica harto más complicada que las que en su trayecto atraviesa el Cinca más al Oeste. Los plegamientos y fallas, en escalones, dan una extrema dureza al paisaje (citemos la Sierra del Monsech, 1.685 metros atajados por ambos Nogueras, más céntricamente el Noguera-Pallaresa). El hecho de que los altos valles de ambos ríos se alojen en un modelado glaciar, y las gargantas abiertas en el espesor de las capas secundarias envolventes de la zona pirenaica axial, explican, de un lado, su dirección y régimen en los

diversos trayectos, y de otro sus aprovechamientos como energía hidroeléctrica (desfiladero de Collegats, pantano de Tremp; Portells del Terradets en la Sierra de Monsech. central eléctrica de Alós), o como regadío (canal de Piñana, que arranca aguas arriba de Andaní, de la margen derecha del Noguera-Ribagorzana, y riega la huerta de Lérida, la tercera de España, después de las de Valencia y Murcia.

El Segre, la gran vena fluvial, nace en territorio francés, allende Llivia, penetra en la depresión de la Cerdaña, que recorre en toda su longitud, atraviesa el núcleo estrato-cristalino-primario pirenaico —aquí hundido— y las fajas secundarias envolventes, recibiendo por su derecha los importantes ríos pirenaicos Valira, Noguera-Pallaresa y, ya descendido a la depresión de los llanos de Urgel y de Lérida —clima seco, vegetación de garrigas—, el Noguera-Ribagorzana y el Cinca, con cuyos caudales poco más allá, en Mequinenza, desemboca en el Ebro.

Nos cumple en este capítulo describir el primero de los tiempos de la batalla aragonesa, y nos referiremos, por consiguiente, a las operaciones llevadas a término, por los Cuerpos de Ejército Marroquí, Legionario, División 1.ª y Cuerpo de Ejército de Galicia entre el Ebro y el Guadalupe; o sea, se tratará del desarrollo de la maniobra al Sur del Ebro. En el capítulo anterior hemos expuesto los pormenores del plan; veamos ahora por Cuerpos de Ejército, su aplicación.

Marcha del Cuerpo de Ejército Marroquí desde Fuendetodos hasta Caspe y combates por la posesión de esta ciudad

El día 3 de marzo de 1938 el Cuartel General del Cuerpo de Ejército Marroquí dictó las instrucciones pertinentes a fin de dar cumplimiento, dentro de su sector, a las órdenes recibidas del Ejército del Norte.

Su misión era romper el frente, avanzar en la dirección Villanueva del Huerva-Belchite-Azaila-Escatrón, limpiar la bolsa que se produjera, cubrir en una primera fase el frente Codo-Belchite-Lécera y en la segunda fase el frente Escatrón-Samper de Calanda.

Iba la División 5.ª (coronel Juan Bautista Sánchez) en el centro, y en las alas las Divisiones 150 y 13.ª (coroneles Muñoz Grandes y Barrón). La División 105, que estaba en línea, debía proceder a retirar de los pueblos próximos al frente todas aquellas personas sospechosas de inclinación a la

causa roja para evitar que se produjeran filtraciones de noticias o intentos de espionaje.

La reserva de Infantería del Cuerpo de Ejército estaba formada por dos Banderas de la Legión (14 y 16), una Compañía de morteros de 81 milímetros, tres Secciones de ametralladoras de 20 mm., una batería antitanque de 37 milímetros y un grupo de carros de combate.

A las órdenes del teniente coronel Alarcón de la Lastra, comandante principal de Artillería del Cuerpo de Ejército, quedan 28 baterías, aparte las divisionarias.

Una orden de la 14 División roja (XII Cuerpo de Ejército), dada en Azaila el día 5 de febrero de 1938 y otra, de igual fecha y origen, particular para la 144 Brigada Mixta, nos revelan que el Estado Mayor de Barcelona había adoptado en todo el frente Sur del Ebro una situación francamente defensiva. Esta idea prevaleció durante todo el mes de febrero. A primeros de marzo de 1938, el enemigo advirtió la inminencia del ataque. El XII Cuerpo rojo aproximó sus reservas y encomendó a la 95 Brigada de Infantería de Marina la unión entre las Divisiones 24 y 30.

El día 7 se encontraban frente al Cuerpo de Ejército Marroquí las siguientes unidades rojas:

143 Brigada Mixta, desde el Ebro hasta la cota 289.

144 Brigada Mixta, desde la cota anterior hasta el kilómetro 17 de la carretera Belchite-Burgo de Ebro.

145 Brigada Mixta, que, enlazando con la anterior, se extendía hasta el sector del Vértice Sillero.

6.ª Brigada Mixta, que iba desde el sector de Sillero hasta la carretera Jaulín-Fuendetodos.

135 Brigada Mixta, que enlazaba con la anterior y cubría el frente hasta el pueblo de Herrera.

Las tres primeras Brigadas integraban la 44 División, y las otras dos formaban la 24, ambas del XX Cuerpo de Ejército.

Además de estas fuerzas y de la 95 Brigada de Infantería de Marina, los rojos aproximaron a la supuesta zona de acción otras tropas.

La 15 Brigada internacional, después de su actuación en Teruel fue retirada a Puebla de Valverde; en esta localidad se encontraba, acampada al amparo de un pinar, cuando la noche del 5 de marzo, un comandante de nacionalidad inglesa reunió a los voluntarios internacionales y les anunció

el propósito de Franco de atacar Belchite, y les expuso la necesidad de marchar a la defensa del citado pueblo. En efecto; se pusieron en marcha hacia Híjar y el día 7 estaba la 15 Brigada en los alrededores de Belchite; el comandante inglés situó su puesto de mando en Letux.

La 11 Brigada internacional, que con la anterior componía la 35 División roja, apareció horas antes de la batalla frente a las vanguardias del Cuerpo de Ejército de Galicia. Se agregó la 140 Brigada Mixta a la División 24 en Almonacid de la Cuba, y llegaron dos Batallones de la 13 Brigada (45 División) a Samper de Salz, procedentes del frente Sur. El día 9 de marzo se lanzó a fondo el ataque nacional. Una gran preparación de artillería y tres «pasadas» de aviación de bombardeo dejaron el terreno dispuesto para el paso de la Infantería. A las nueve de la mañana quedaba roto el frente rojo. Irremisiblemente roto. Las posiciones comprendidas entre las llamadas «del Frontón» y el Vértice Portichuelo, quedaron rebasadas y envueltas, y las fuerzas enemigas del sector empezaron a retirarse con bastante desorden, a caballo de la carretera de Villanueva de Hueva a Fuendetodos. Este pueblo —patria chica de Goya— fue rápidamente ocupado, y antes del anochecer treparon las vanguardias atacantes hasta la cima del Vértice Cruz, con amenaza directa sobre la aglomeración de Belchite. La División roja 24 es la que inicia el repliegue, no sin embeber antes en la lucha los cuartos Batallones que, según costumbre, eran la reserva inmediata del frente.

La rotura del frente no se produjo solamente en el centro, sino que fue complementada por otras en el ala izquierda y en el flanco derecho; las posiciones de segunda línea que pretendieron resistir también fueron arrolladas y era evidente que por momentos se iría aflojando el resorte moral de las tropas rojas, porque en algunos puntos bien fortificados las guarniciones de los nidos y parapetos abandonaron sus puestos sin hacer el uso habitual de las armas automáticas. La pérdida de una parte de la artillería de campaña indicaba, por otra parte, que el temple de las ropas atacadas era bastante mediocre.

* * *

Para el día 10 se asignó a la División de Navarra la misión de reconquistar el martirizado pueblo de Belchite. Durante la noche habían llegado al sector las unidades de la 35 División internacional, las cuales se

alinearon entre las alturas de la Virgen del Pueyo y las estribaciones del macizo de La Zoma.

Pero la 35 División mencionada no aportó ninguna modificación esencial, porque probadas las armas en las horas del amanecer, la defensa se fue replegando rápidamente y el ataque directo a Belchite quedó montado con bastante facilidad. A las cuatro y media de la tarde Belchite, montón de ruinas ensangrentadas, cementerio de héroes (requetés, falangistas y soldados del Ejército de Aragón), volvía a quedar presidido por la Bandera nacional, y los primeros elementos de la 5.ª División avanzaban resueltos hasta el pueblo de Almonacid de la Cuba, porque la consigna del Generalísimo era la de no detenerse un instante, a fin de no permitir que el enemigo encontrara la menor posibilidad de rehacerse, ni siquiera a los efectos de un contraataque local.

Toda la zona de Puebla de Albortón quedaba igualmente liberada, y atacado violentamente el pueblo de Codo, donde un grupo de carros, alentando la resistencia de dos Batallones, puso al jefe de la División en trance de tener que maniobrar con verdadera velocidad y aspereza. Igual en este ala que en la del Sur el avance tomó caracteres decisivos, y no sólo Codo, sino Azuara, Letux, Lécera y todas las posiciones circundantes fueron conquistados al asalto, con un número de bajas que no correspondía al territorio ganado, y que era pregón cierto de la retirada a que se entregaban las unidades enemigas.



Retirada roja

En las últimas horas del 10, o sea, al terminar la segunda jornada de la ofensiva, el Cuerpo de Ejército Marroquí había alcanzado la línea prevista como final de la primera fase de la batalla.

Ante la rapidez del avance el Mando rojo manda que entre en línea la 140 Brigada, excepto un Batallón que fue enviado a los alrededores de la Estación de Belchite. La 15.ª Brigada internacional despegó también, y lo hizo en la forma siguiente: en las inmediaciones de Letux, dos Batallones ingleses; a continuación, en la línea Pueyo-Seratilla, los Batallones Washington, Lincoln y Mackenzie-Papineau. Todo este sector fue reforzado con una batería de 15,5 y con una Compañía de carros formada por 15 unidades. A las 9 de la mañana se replegó este dispositivo, en vista de la progresión nacional hacia Codo. A esa hora la 13.ª Brigada internacional, a la que se le pidieron dos Batallones, contestaba que las fuerzas estaban dispuestas, pero que se carecía de camiones para transportarlas. Esto hizo que los citados Batallones no llegaran al campo de la acción hasta las siete de la tarde.

El día 10 se trasladaba el frente a la línea Azuara-Belchite-Codo. Si la pérdida de las dos primeras localidades era grave para los rojos, constituía mayor peligro la retirada de Codo, pues con ello se extendía el frente y una parte de la 44 División quedaba expuesta al cerco. Para evitarlo, el Mando marxista dio orden de atacar en el flanco izquierdo nacional y ensayar violentamente la posible desarticulación del movimiento que por aquella parte se insinuaba.

De nada sirvió el esfuerzo; en el transcurso de la jornada fracasaron todos los contraataques; la 15.ª Brigada es cada vez menos eficaz; los dos Batallones de la 13.ª se han gastado inútilmente; la 6.ª Brigada inicia una retirada en desorden; la 140 Brigada tiene ya en línea escasamente los efectivos de un Batallón; el Batallón de Ametralladoras puede considerarse desaparecido; las Brigadas de la 44 inician también su repliegue, que pronto se convierte en desbandada. El Mando rojo va echando mano de todas sus reservas. A la zona de Híjar llega la División 72, creada el 8 de febrero por Orden del Ejército del Este. También llega de Andalucía la 12.ª Brigada internacional.

A lo largo de este día la 13.ª División avanzó sobre Mediana de Aragón; la 105 adelantó las líneas hasta enlazar con la División anterior, y como resultado de esta maniobra, se desplomó todo el frente rojo en las inmediaciones del Ebro, se amplió el desplome a una faja de frente de 40 kilómetros de extensión y pudo la División nacional número 15 profundizar ocho kilómetros, con lo cual quedó de hecho desbaratada la totalidad del dispositivo rojo al Sur del río y cumplida la esencial misión

que el Generalísimo había señalado a sus fuerzas en las «Instrucciones Generales» comunicadas por el Ejército del Norte.

El día 12 recogió el Cuerpo de Ejército Marroquí los frutos de las jornadas anteriores, porque la rotura de la resistencia enemiga, el arrollamiento de las fuerzas que salían al paso, el fracaso de las reservas que hora tras hora iban llegando con ánimo de impedir la catástrofe, adquirieron caracteres sensacionales a los ojos de España y del extranjero. Treinta y cinco kilómetros de profundidad alcanzó el avance durante la jornada del 12 de marzo. Setenta en cuatro días de ofensiva. Los soldados de la vanguardia tenían que esforzarse por mantener el contacto con el enemigo, el cual trataba constantemente de romperlo, de escapar a la presión y de establecer entre sus campamentos provisionales y la línea enemiga de ataque una zona vacía, en la cual fueran a perderse los ataques de las Divisiones de Yagüe. Pero todo fue inútil; porque al ritmo rapidísimo de la retirada respondió una formidable velocidad de marcha agresiva, y el empleo de los más modernos medios de motorización dio los resultados apetecidos. La aviación pudo, durante el día entero, batir las carreteras y los caminos que atravesaban el campo, dispersar concentraciones, acelerar el proceso de la descomposición y desarticulación de fuerzas; de tal suerte que, con estupefacción general, el comunicado de las ocho de la noche pudo dar la noticia de la ocupación de Azaila, Vinaceite, Almonchel y Puebla de Híjar. Mas no era éste el único resultado, sino que a la par de estas pérdidas territoriales, los rojos dejaban presos en la maniobra unos 2000 prisioneros, pertenecientes a las Brigadas internacionales 11.ª, 13.ª y 15.ª, y por añadidura, varios Batallones del Ejército del Este quedaban copados en la bolsa táctica creada al Sur del Ebro, aplastados contra las orillas del río, y con la única solución de atravesar su corriente bajo el fuego de las baterías nacionales y bajo el bombardeo de los aviones; cinco baterías de mediano calibre, en perfecto estado y en situación de hacer fuego, abandonadas precipitadamente por los derrotados, mostraban a las claras la precipitación del repliegue.

El comandante del 2.º Batallón de la 121 Brigada roja (situado al Norte del Ebro) eleva a su superior jerárquico un informe sobre lo que vio el 12 de marzo, y en ese informe le dice que «en la bolsa creada entre el río y las posiciones enemigas, quedan los restos de la 44 División, de la 6.ª Brigada Mixta, de la 11ª, 13.ª, 15.ª, 140 y 153 Brigadas, así como lo que aún se tiene en pie de dos Batallones de la 224; conocedores de la crítica situación en que se encuentran, sólo piensan en cruzar el río y alejarse del campo de batalla. Esta huida toma caracteres de desbandada general; el

pánico más enorme reina entre los que huyen; los Mandos abandonan a sus fuerza, la tropa tira sus armas y equipos para correr mejor».

Sólo una parte de las Brigadas 95, 11.ª, 140 y 224 intentan resistir seriamente en diversos puntos. La 12.ª Brigada internacional, que había empezado a moverse hacia vanguardia, recibe orden de recoger todos sus elementos y concentrarse en la zona de Caspe. De la desorientación reinante dará idea el hecho de que varias horas después de ocupado el pueblo de Escatrón se presentó allí el jefe de la 72 División, que con todo su Estado Mayor fue hecho prisionero. La resistencia enemiga se ha desmoronado en todas partes. Unas fuerzas —las cercanas al Ebro— pasan el cauce y huyen en dirección de Bujaraloz; otras, las más alejadas del Ebro, tratan de reorganizarse malamente al amparo del Guadalope; la confusión acredita perfectamente que no existe un Mando superior dueño de sus decisiones y que se ha dejado a cada unidad entregada a su suerte.

El día 13 quedaban ocupados los pueblos de Quinto, La Zaida y Sástago, y por el ala derecha entraban los soldados de Galicia en las localidades de Castelnou, Jatiel y Samper de Calanda. Nuevas baterías, nuevos tanques, nuevos depósitos de municiones caían en poder del Cuerpo de Ejército Marroquí. ¿Bajas de este día en las cinco Divisiones de Yagüe? ¡Dos heridos de tropa! Esta cifra dice más de lo que pudiéramos escribir aquí sobre el alcance del desastre rojo.

Perdidas todas las esperanzas de contratacar y de recuperar el terreno perdido, el jefe de Estado Mayor de las fuerzas marxistas ordenó que todos los esfuerzos de la defensa fueran a concentrarse en los alrededores de la ciudad aragonesa de Caspe, donde debían resistir hasta la muerte las Brigadas internacionales 11.ª, 12.ª, 13.ª 14.ª y 15.ª, rápidamente reorganizadas, aunque de mala manera; la 12.ª había llegado —como se ha dicho— procedente del sector extremeño de Zalamea de la Serena; la 14.ª procedía de la reserva del sector de El Escorial.

Encomendóse a la tenacidad y a la violencia de Lister una disposición defensiva cuya finalidad era resguardar la ciudad de Caspe y constituirla en núcleo capaz de permitir la reorganización de las tropas derrotadas. Mientras tanto, los días 14, 15 y 16 de marzo, la 13.ª y la 150 División avanzaban, limpiando el territorio; el coronel Muñoz Grandes, mandando la segunda de las unidades mencionadas alcanzaba la línea del río Guadalope; el coronel Barrón, al frente de la primera, cubría la línea del Ebro hasta las inmediaciones de Caspe; y la 5.ª (Juan Bautista Sánchez), apoyados sus flancos en las dos anteriores, cercaba la ciudad,

rebasaba sus puntos de apoyo, combatía en la estación al arma blanca, rechazaba los empujones de los internacionales, y después de dos días de una lucha subrayada por su fiereza, entraba en Caspe triunfadora, mientras sobre cinco Brigadas rojas caía la tormenta de fuego de todas las baterías divisionarias, de las del Cuerpo de Ejército y de las de Ejército, más las bombas de los aviones de bombardeo y las ráfagas de ametralladora de los aparatos de caza. El desastre enemigo, frente al Cuerpo de Ejército Marroquí, se había consumado íntegramente. La línea del Guadalope estaba alcanzada, y el Ejército rojo quedaba roto, deshecho, desbaratado con una profundidad y una significación grandes, de tal suerte que todo parecía anunciar derrumbamientos verticales de la resistencia general marxista.

Llega al frente la 139 Brigada Mixta, procedente de Andújar. ¡Todo inútil!

Fue el día 17 de marzo cuando Yagüe pudo comunicar al Ejército del Norte que todos los objetivos señalados en las «Instrucciones Generales» estaban cubiertos.

Justamente sorprendido el enemigo, no sólo por la violencia del asalto nacional, sino por el sector del frente en que el ataque se había producido, perdió desde el primer momento las posibilidades de resistencia, sintió que se acababa su moral y comenzó a batirse en franca retirada. Un Batallón de carros, situado en Azara para apoyar a la Infantería, había sido el primero en abandonar el campo. No tuvieron los rojos otro medio de escapar al copo que replegarse a campo traviesa. El Generalísimo pudo comprobar que todos los movimientos señalados dentro de su plan de batalla sobre el territorio al Sur del Ebro se habían cumplido con matemática precisión.

Maniobra de la 1.ª División de Navarra y de la División de Caballería

En vísperas de la ofensiva, la 1.ª División de Navarra (coronel García Valiño) había concentrado sus tropas en la línea de la Sierra de Cucalón, a la altura de Daroca, y debía cumplir la misión de ganar la divisoria entre el Camarás y el Herrera, envolver el pueblo de Bádenas y sus defensas y establecerse entre Herrera y Villar de los Navarros. Inmediatamente abriría paso a la División de Caballería que mandaba el General Monasterio.

La brecha en el frente marxista quedó abierta en las primeras horas del día 9; por ella se lanzaron los 2.500 jinetes del General Monasterio con gran brío; inmediatamente, las dos unidades avanzaron en dirección de Moyuela, Moneva y Ventas de Muniesa, y aún alargaron la marcha hasta alcanzar los pueblos de Loscos y Monforte de Moyuela. La 1.ª División ensanchó aún más la rotura, con lo cual pudo la División de Caballería convertir hacia la izquierda y adelantarse a Lécera, donde conectó con la triunfante ala derecha del Cuerpo de Ejército Marroquí. García Valiño servía al propio tiempo de apoyo y de cubreflanco al Cuerpo de Tropas Voluntarias; y dominando rápidamente la zona Norte de Muniesa, se abalanzó, sin que nadie pudiera contener su ímpetu, hasta la risueña vega de Albalate del Arzobispo, torció la marcha hacia el pueblo de Andorra y forzó las etapas para ocupar Calanda y dominar la carretera de Alcañiz, flanquear esta ciudad, subir inmediatamente a Caspe, y relevar allí a la 5.ª División de Navarra después de la victoria de ésta sobre las Brigadas internacionales. Llevó a cabo el magnífico paso del río Guadalupe, destrozó en los combates del mencionado paso a los restos de las Brigadas enemigas 11.ª, 12.ª, 13.ª y 14.ª, y, sin perder minuto bajó a Maella, donde recibió a la División 55 (coronel Adrados), que agregada a la 1.ª vino a constituir en realidad un verdadero y eficacísimo Cuerpo de Ejército. Rompió nuevamente el frente enemigo, y cuando nadie lo esperaba —ni siquiera el Mando nacional— llevó a cabo la rápida y audaz penetración hacia Gandesa. ¡Gran marcha ésta a que acabamos de aludir, durante la cual la 1.ª División de Navarra avanzó en cuña, perforó la organización enemiga en más de 20 kilómetros de profundidad, sin cuidarse de los flanqueos, porque la información llegada a manos de García Valiño le permitía probar fortuna, desafiar los riesgos de tan gran progresión y colocarse a retaguardia de una parte del dispositivo rojo, creando a éste una situación insostenible y determinando un repliegue enemigo aún más vasto del calculado, al Este del río Guadalupe!

«El Tercio de Lácar —dice el propio García Valiño al referirse a estas operaciones— en formación concentrada y con su jefe a la cabeza, en un impetuoso asalto a la bayoneta, conquista al fin la cota 201, en cuyo momento irrumpe también por el vado inmediato la Compañía de carros, que decidió definitivamente el resultado victorioso del combate

* * *

Iniciada la persecución en terreno libre de fortificaciones, se ocupaba al día siguiente la Sierra de Caspe, mientras el Tercer Regimiento iba ocupando las alturas al Norte del Camino de la Trolsa, rechazando fuertes reacciones enemigas con infantería y carros. Por el Sur la Brigada de Caballería pasaba al fin el Guadalupe por Miraflores apoyado por el primer Regimiento y la Compañía de Carros, y en amplia estirada ocupaba en fin de jornada el Vértice Pantorrillas. El enemigo había dejado el campo materialmente cubierto de cadáveres, armas, municiones y artefactos de todas clases.»



El Coronel García Valiño dirige el ataque de la 1.ª de Navarra

No dejó por eso de atender a la línea del Ebro, y en ella se hicieron los necesarios trabajos de consolidación, tomando como núcleos principales los pueblos de Ascó, Flix y Mora de Ebro, mientras la División de Caballería se unía al Cuerpo de Ejército Marroquí y cubría el frente del Ebro en las zonas de Chiprana, Escatrón y Sástago.

Decisiva influencia tuvo esta maniobra atrevida de la de Navarra en relación con la marcha del Cuerpo de Tropas Voluntarias; pero fue mayor, si cabe, su influjo en el episodio de Caspe, porque una vez rebasada la carretera Caspe-Alcañiz, la brillante División 150, con su flanco cubierto, rebasó todas las líneas defensivas de Caspe, y la 5.ª de Navarra pudo transformar en una operación envolvente de la ciudad lo que hasta ese momento tenía carácter de durísimo ataque frontal.

El Cuerpo de Tropas Voluntarias rompe el frente y avanza desde la línea de contacto hasta Gandesa

El día señalado para la operación de ruptura el General Berti tenía a su disposición las Tropas Voluntarias de las Divisiones «Littorio», «23 de Marzo», «Flechas Azules» y «Flechas Negras»; la totalidad de la artillería legionaria y la aviación correspondiente al Cuerpo expedicionario.

En el centro del frente legionario figuran las tropas de «Flechas»; frente al monte fortificado de Rodilla, las «Azules»; ante la cuenca del pueblo de Anadón, las «Negras». Después de tres horas de fortísimo bombardeo, la Infantería voluntaria partió al asalto; los rojos se defendieron bien en los primeros momentos, pero al cabo, el frente quedó despedazado y la masa de ataque irrumpió sobre la llanura de Huesa, sin que nadie pudiera detener su impero. El General Berti comunicó inmediatamente que la ruptura de la organización defensiva roja, solicitada por las «Instrucciones Generales», había quedado cumplida.

Los pueblos de Rodilla y Anadón, la posición de La Muletilla y la carretera transversal que de Vivel del Río sube a Muniesa, estaban dominados. Los observadores de la operación han comprobado que la preparación artillera llevada a cabo por los legionarios puede considerarse como modelo en el género. Rápidamente los cañones, los carros, los camiones de transporte, las ambulancias, surgen de todas partes por centenares, y como un torrente indescriptible adelantan sus líneas más allá de la línea prevista para la primera jornada.

Sin dar tiempo a las reacciones del enemigo, continúa el avance legionario, en estrecha unión con los soldados de la 1.ª de Navarra; se ve por todos los datos del frente que el Cuerpo de Tropas Voluntarias quiere llevar la operación a fondo; en consecuencia, las unidades marxistas resuelven emprender una retirada general. Es la División roja número 34 la que por unas horas ha querido cerrar el paso; pero ese intento ha sido pagado a muy alto precio, porque la Brigada 92 de la citada División queda materialmente destrozada sobre el terreno, y la Brigada 68, de la misma División, sufre pérdidas muy elevadas; los restos de esas unidades abandonan francamente el frente y los legionarios aceleran el ritmo de su marcha, toman Muniesa, siguen a los pueblos de Oliete y Alcaine, adelantan sobre la carretera que por Alloza y Andorra sale a Calanda, y descienden a la gran comunicación que une a Montalbán con Alcañiz.

El día 13 se encuentra el grueso de las vanguardias del General Berti en la zona de Andorra; los objetivos logrados sobrepasan el plazo fijado por las instrucciones; la primera fase del combate ha sido corta, gracias al ímpetu de los atacantes; ahora, en la segunda fase —ocupación de la ciudad de Alcañiz— aún será más fulgurante el resultado. Porque en la jornada del 13, durante la noche, Berti ha dado orden de que los Batallones «Lupix y «Ardente», acompañados por 30 carros de combare, una Compañía de moto-ametralladoras, la artillería de la División «23 de Marzo» y dos baterías antitanques, se lancen hacia Alcañiz sin ninguna clase de preparativos especiales; la artillería toma bajo su fuego las lomas que se alzan a la espalda de Alcañiz; allí baten las concentraciones de dos Brigadas rojas encargadas de la defensa; cunde el pánico en estas dos Brigadas, y como, por otra parte, García Valiño y Muñoz Grandes han rebasado al Norte la carretera de Alcañiz a Caspe, los italianos llevan a efecto su ataque frontal, sorprenden a las Brigadas rojas —una parte de las cuales se entregaba todavía al descanso— y terminan la maniobra con la ocupación de Alcañiz, que ve a los triunfadores en sus plazas y en sus calles cuando apenas las iluminaban las primeras luces de la mañana. La rapidez, maniobrabilidad, exactitud del tiro, violencia del ataque y aprovechamiento de la sorpresa revelan el subido valor de las tropas legionarias. Ya ha sido alcanzado el Guadalope; ya está acabada la segunda fase de la «batalla de Franco»; ya han perdido los rojos uno de los nudos de carreteras más esenciales de esta importantísima zona, cuyo dominio abre al Ejército nacional una de las rutas directas hacia la costa mediterránea.

Pero, como si el Cuerpo de Tropas Voluntarias quisiera superarse, la División «23 de Marzo», sobre el ala derecha, quiere colaborar en la victoria del Cuerpo de Ejército de Galicia, y flanqueando con extraordinaria habilidad, unida a una magnífica energía, pasa el día 16 a la zona de Alcorisa y Castelserás, con lo que se inicia la conversión de los gallegos hacia los montes del Maestrazgo. Por allí anda Lister, con sus tres Brigadas —1.ª, 9.ª y 100—; Lister que, desde Guadalajara, tiene especial afición a disputar el terreno al Cuerpo Voluntario; pero con toda su tenacidad no consigue detener la marcha de la «23 de Marzo», que arrolla a Lister y le obliga a abandonar el campo, con sus Brigadas muy descompuestas y muy mermadas. La artillería italiana se ha mostrado insuperablemente eficaz y exacta.

En la primera decena del mes de marzo, a la hora justamente señalada por el Generalísimo, que ni por un solo momento ha dejado de dirigir su plan y de articular la participación de cada una de las grandes unidades en el movimiento general hacia el río Guadalope, las tropas del Cuerpo de Ejército de Galicia (General Aranda) dan comienzo a su avance. Se trata de las Divisiones de Navarra (coronel Alonso Vega), 82 (coronel Delgado Serrano), 83 (coronel Martín Alonso), 84 (coronel Galera) y 108 (en sector, mandada por el coronel Lafuente).



El General Alonso Vega, jefe de la 4ª de Navarra

Idénticos preparativos artilleros y de aviación que en el resto del frente. La misión del Cuerpo de Ejército es marchar en la dirección general Montalbán-Alcorisa, para lo cual debe forzar previamente el desfiladero de Vivel del Río a Montalbán y ocupar la áspera zona minera de Utrillas. En la distribución de misiones ha correspondido al Cuerpo de Galicia una tarea durísima. Nadie lo desconoce. La línea mandada por Aranda va desde Vivel del Río hasta las riberas del Alfambra, bordeando la sombría y difícil Sierra de San Just. La organización de las defensas rojas es potente.

A las primeras de cambio se hace necesario asaltar la villa de Montalbán. Ahí ha reunido el Mando rojo efectivas que le inspiran gran confianza. Pocos días antes de iniciarse el ataque, dice un periódico rojo: «Todo podrán intentar los facciosos, menos la invasión del territorio que rodea Montalbán. Allá se estrellarán sus esfuerzos, porque sabemos lo que nos jugamos en torno a Utrillas».

En efecto, la cuenca minera de Utrillas es el depósito de carbón de las industrias rojas.

Desde el primer instante el Cuerpo de Galicia tropieza con una resistencia muy obstinada. Durante las tres primeras jornadas los combates son de una singular violencia. Se reiteran los asaltos, uno tras otro, sin descanso, y sin que parezca que la progresión nacional ofrece resultados importantes. Todo acaba en la ocupación de cotas que nada dicen a la imaginación popular, pero que representan el comienzo del descalabro enemigo. Bien apoyado el flanco izquierdo en el Cueree Voluntario, invade Aranda desde el 10 al 15 de marzo toda la primera gran zona de defensa, ocupa Montalbán, rompe el frente rojo por todas partes, arrolla la terca resistencia, supera los formidables obstáculos allí acumulados por el Mando contrario, domina el desfiladero de Montalbán, alcanza la línea del Martín entre Escucha y Alcaine, sube a la cota 1.480 de la Sierra de San Just; y el 15, la 84 División se adueña del pueblo y de las minas de Utrillas, con lo cual queda desarticulado el dispositivo del enemigo. Este contrataca, sin resultado, pero con una intención que el General Aranda no desdeña. A la derecha de su línea está la Sierra de San Just, magnífica posición que los rojos dominan todavía, y desde la cual se puede aventurar un flanqueo peligroso. Es necesario subir a cotas de más de 1.500 metros de altura, constituir un frente defensivo en ese flanco y enlazar bien con el ala izquierda del Cuerpo de Ejército de Castilla. Esta fase de la batalla es enconada; los rojos defienden el terreno palmo a palmo, contrataran con muchos tanques, tratan de romper el flanco defensivo y se aferran al terreno, pero el 16 los encuentros se resuelven en favor de las armas nacionales, que sobre dominar varios pueblos importantes, ya son dueñas de las alturas más señeras de la Sierra de San Just, mediante lo cual las Divisiones 84 y 108 enlazan perfectamente con el Cuerpo de Ejército de Castilla.

Una vez terminada esta operación inicial, todo el Cuerpo de Ejército se pone en marcha, tomando como eje la carretera de Montalbán a Alcañiz; pero ha de proceder con gran cuidado en cada instante. Las

progresiones del frente deben ir acompañadas de una serie de combates duros en el flanco derecho; así se le ve a Galicia ocupar los pueblos de Escucha, Palomar, Castel de Cabra, La Zoma, Molinos, las cotas sobre Ejulve, las que se alzan junto al pueblo de Olmos, y finalmente, todas las estribaciones serranas que dominan el importante pueblo bajo-aragonés de Alcorisa, donde el ala izquierda de Galicia se une con el ala derecha del Cuerpo de Tropas Voluntarias.

Al llegar a esta villa, puede considerarse terminado el primer tiempo de la marcha encomendada por el Generalísimo a las unidades del General Aranda. El plan de batir al enemigo al Sur del Ebro hasta la línea del Guadalupe está cumplido. El Cuerpo de Ejército de Galicia se prepara a la primera de las conversiones del frente que ha de llevar a cabo hasta el mar Mediterráneo.



Cuerpo del Ejército de Castilla, avanzando

Resumen general del primer tiempo de la batalla de Aragón (Sur del Ebro)

Un documento de carácter oficioso, redactado al final de la batalla del Sur del Ebro, nos permite resumir claramente las características de la operación que este capítulo y el anterior han querido presentar con la minuciosidad posible, dados los elementos de información que el autor ha conseguido reunir.

Según ese resumen, «la campaña del Sur del Ebro puede ser considerada como una operación perfectamente concebida y llevada a término. La ofensiva nacional trajo consigo la ocupación de cerca de 7.000 kilómetros cuadrados de territorio. Los nacionales ocuparon cinco ciudades: Belchite, Híjar, Montalbán, Alcañiz y Carpe. La profundidad máxima del avance ha sido de 120 kilómetros en una semana de marchas. Dominan, por Alcañiz y Caspe, las carreteras que conducen al Mediterráneo, pasando por Morella y Gandesa, respectivamente. Han destruido y dispersado cuatro Divisiones enemigas. El número de prisioneros se aproxima a 10.000. El botín de guerra representa más de 100 piezas de artillería, 300 ametralladoras, 27 aviones derribados y una cantidad enorme de víveres, de armas y de municiones de todas clases. Al cabo de una semana de operaciones victoriosa« el Ejército de Franco se apoya sobre un frente natural delimitado por el Ebro, el río Guadalope, la carretera de Montalbán y la Sierra de San Just, frente mucho más sólido que aquel de donde partió la ofensiva.

Si estudiamos atentamente esta gran maniobra de las fuerzas de Franco, hay que distinguir tres aspectos que dan idea completa de los acontecimientos.

Poco tenemos que decir sobre la ruptura del frente. El Ejército nacional, que rompió en una jornada memorable el «cinturón de hierro» de Bilbao y que escaló una a una las crestas fortificadas de Asturias, ha encontrado, en realidad, un frente fácilmente vulnerable. En el sector del General Yagüe, como en aquellos en que operaban las tropas legionarias y la primera División de Navarra, los soldados del Generalísimo Franco apenas tuvieron que emplearse a fondo para franquear el obstáculo de la primera línea. El acceso a la zona confiada al Cuerpo de Ejército del General Aranda fue el más difícil; pero a pesar de la dificultad del terreno y de la resistencia enemiga, la lucha eta el sector de Montalbán no fue comparable a los choques del Norte.

El aspecto más interesante de estas jornadas de ofensiva, y también el más característico, ha sido la rapidez vertiginosa del avance, debido al transporte motorizado de las tropas y a la habilidad de la maniobra concebida en el curso del ataque.

Las líneas del avance nacional están marcadas en el mapa y en el terreno por las pequeñas carreteras que se entrecruzan sobre el suelo reseco del campo aragonés. Por estos caminos polvorientos marchaban las filas de camiones transportando a los soldados de Franco. Cubrían la vanguardia Compañías de tanques, y las Divisiones completas, con sus servicios y con todas sus fuerzas, iban por las carreteras de primer orden. Al llegar a los pueblos o ante las posiciones fortificadas desplegaban los Batallones, dibujando un movimiento envolvente, con el fin de anular toda resistencia enemiga; después de la caída de cada pueblo o posición, las fuerzas continuaban su avance vertiginoso e infatigable. El ejemplo que de un modo más perfecto nos enseña lo que puede lograrse en un avance organizado de ese modo lo dio el Cuerpo de Ejército Marroquí, durante su marcha del día 12 de marzo, desde los alrededores de Belchite hasta Escatrón, situado a 38 kilómetros de distancia. El General Yagüe ordenó el avance motorizado de la 5.ª División de Navarra. Toda la División ocupó los camiones y, llevando en vanguardia varias secciones de carros de asalto, formaba

un convoy interminable sobre la ardiente llanura de Aragón. En el cielo, varias escuadrillas de aviación aseguraban el servicio de protección y reconocimiento. El avance del convoy tuvo que detenerse al encontrar fuerte resistencia enemiga en un solo punto: la zona comprendida entre Belchite y el pueblo de Azaila, donde estuvo estabilizado el frente antes de la ofensiva roja de agosto de 1937. En dos horas la Infantería desplegó, las piezas de artillería quedaron asentadas, la sección de tanques apoyó la operación, se produjo el asalto y la División continuó su marcha hacia el objetivo inmediato.

Naturalmente, un avance de esta naturaleza, que a los dos lados de las fuerzas que avanzan crea flancos de una considerable profundidad, debe ir acompañado, como ha sucedido en la ofensiva de Aragón, de movimientos muy hábiles para cerrar las bolsas que se forman, y en cuyo centro ha de ahogarse toda posibilidad de resistencia enemiga. El examen de la campaña de Aragón es muy interesante desde este punto de vista.

Las grandes bolsas de esta operación se han cerrado en los cruces de comunicaciones de Lécera, Albalate del Arzobispo, Híjar, Andorra y Escatrón, en el momento en que las fuerzas nacionales estuvieron bien apoyadas sobre el Ebro. Una columna de fuerzas del General Yagüe, procedente de Belchite, y las de los Generales Valiño y Monasterio, precedentes de Monévar, efectuaron su unión en Lécera. Las mismas fuerzas tomaron al día siguiente contacto entre Híjar y Albalate y enlazaron en Andorra con las tropas legionarias. Así se fue creando sobre el mapa de Aragón una red de enlaces que dejó aislados todos los intentos de resistencia marxista. Al quedar interceptados los cruces de las comunicaciones principales, la Caballería limpiaba las grandes zonas comprendidas en las bolsas. Como todas las amplias concepciones, esta síntesis del movimiento llevado a cabo por el General Franco en Aragón parece muy sencilla y elemental. Lo es, en el fondo, y esta sencillez en un arte tan complejo y difícil como el de la guerra moderna es uno de los mayores méritos de toda la campaña. La sencillez constituye la perfección de la obra de arte. Pone de manifiesto la claridad de las concepciones del mando, la perfecta elasticidad y disciplina de la tropa, la maravillosa organización de esta complicada máquina que es un Ejército en campaña. Una vez más, la nueva batalla del General Franco en Aragón da a los que examinan la maniobra de los Ejércitos la misma impresión que subrayamos después de las victoriosas jornadas del Alfambra y de Teruel. La guerra así concebida viene a ser una obra maestra en su belleza estética, hecha de cálculo y de medida. Pero al lado de esta impresión encontramos la emoción palpitante de la guerra vivida y sentida en todo su valor de esfuerzo, de dolor y de desgarramiento.

La guerra española en su marcha vertiginosa, con sus hombres dotados de magnífico ímpetu, sobre la llanura aragonesa, recordaba las magníficas etapas del avance en el Sur, de la marcha sobre Madrid al principio de la guerra, que tanto hicieron descollar los valores puramente humanos de la lucha. Este es el mejor elogio que podemos hacer del espectáculo guerrero que ha ofrecido la ofensiva de Aragón».



Caballería, preparándose para combatir

CAPÍTULO III

CONTINÚA EL RELATO DE LA BATALLA DE ARAGÓN O DE FRANCO. SEGUNDO TIEMPO DE LA OFENSIVA. OPERACIONES AL NORTE Y SUR DEL EBRO Y EN DIRECCIÓN A CATALUÑA Y AL MEDITERRÁNEO

Liberación de Huesca y hundimiento de todo el frente rojo al Norte del Ebro. – La sierra de Alcubierre, fortaleza natural próxima a Zaragoza, queda envuelta y es abandonada por el Ejército marxista del Este. – Marcha del Cuerpo de Ejército de Navarra en la dirección Barbastro-Monzón. – El Cuerpo de Ejército de Aragón maniobra en la dirección Tardienta-Sariñena-Albalate de Cinca-Almacellas. – Paso del río Ebro por el Cuerpo de Ejército Marroquí, avance hacia Fraga, forzamiento del río Cinca, progresión hasta el Segre y conquista de la ciudad de Lérida después de tres días de combate. – La línea del Segre queda alcanzada en todas partes. – Cabeza de puente de Balaguer. – Al Sur del Ebro, la 1.ª División de Navarra, con la 55, sale en dirección Caspe-Gandesa-Mora de Ebro; merced al audaz movimiento de García Valiño, el cuerpo de tropas voluntarias consigue instalarse en Gandesa y amenaza la zona de Tortosa. – El Cuerpo de Ejército de Galicia conquista el Maestrazgo, entra en la ciudad de Morella, convierte su marcha hacia el Mediterráneo y a mediados de abril llega a la costa levantina en el pueblo de Vinaroz. – Maniobra de la 1.ª de Navarra para envolver Tortosa, en colaboración con los legionarios. – La gran batalla de Aragón ha terminado.

Entramos en el segundo tiempo de la gran batalla de Aragón. Recordemos que en las «Instrucciones» del Ejército del Norte se asignaba a este segundo tiempo una misión de amplitud extraordinaria. Esa misión consistía en «desarrollar al Norte y al Sur del Ebro dos acciones coordinadas». El objeto de la primera era batir y destruir al enemigo establecido entre el Ebro y el Cinca, adelantando las líneas nacionales hasta este último río y eventualmente hasta el Segre; el objeto de la segunda, arrollar los núcleos enemigos que intentaran rehacerse al Este del Guadalope y alcanzar la costa para escindir al enemigo y aislar a Cataluña del resto del territorio ocupado por el Gobierno marxista.

Más tarde se dictó otra Orden general del Ejército que modificaba la misión en el sentido de que al Sur del Ebro debían continuar las

operaciones previstas para alcanzar la costa mediterránea, y al Norte se mandaba avanzar resueltamente hasta el Segre, a fin de establecerse en la línea Mequinenza-Lérida-Artesa de Segre-Pons. Una tercera Orden rectificó la anterior y mandó que las tropas no avanzaran hasta Artesa y Pons, sino que establecieran una cabeza de puente en el Segre (región de Balaguer) y se fijaran a lo largo del mencionado río.

En el segundo tiempo de la operación concebida por Franco habían de intervenir todos los Cuerpos de Ejército desplegados sobre el frente de Aragón, o sea Navarra, Aragón, Marroquí, Agrupación Valiño (Divisiones 1.ª y 55), Cuerpo de Tropas Voluntarias y Cuerpo de Ejército de Galicia. La División 15 (General García Escámez) enlazaría al Cuerpo Voluntario con el de Galicia.

En realidad, después de la fulminante operación que llevó las tropas del Sur del Ebro hasta la línea Caspe-Alcañiz-Alcorisa, quedaba el frente muy retrasado al Norte del río, de manera que la maniobra del segundo tiempo, por lo que se refiere a los Cuerpos de Navarra y Aragón, podía ser considerada como una inmensa rectificación de líneas, o sea como una alineación del frente general para establecer los niveles y alturas correspondientes y coherentes, dentro de una organización adecuada del dispositivo de marcha.

Pero esa rectificación o alineamiento tuvo tales caracteres y tan gran importancia, que por sí solo constituye uno de los capítulos resplandecientes de la batalla de Aragón.

Una masa superior a 20 Divisiones completas, más la reserva de Cuerpos de Ejército, asistidas por centenares de cañones y de aviones, se lanzaban en pos de dos objetivos que, si desde el punto de vista militar tenían caracteres extraordinarios, desde el psicológico eran fundamentales: el mar Mediterráneo, con la división de la zona roja en dos partes, y la llegada a tierras de Cataluña.

Como en capítulos anteriores ha quedado expuesta la misión de cada Cuerpo de Ejército y la idea de maniobra, no haremos ahora sino describir los movimientos llevados a término por los distintos Cuerpos, igual que hemos hecho al describir las operaciones del Sur del Ebro.

Y así empezaremos la descripción por los hechos militares del ala izquierda, o sea por el frente asignado al Cuerpo de Ejército de Navarra.

Desde Huesca al río Noguera-Pallaresa, pasando por Barbastro y Monzón, bajo el mando del General Solchaga

No es necesario insistir sobre la situación en que se encontraba la ciudad de Huesca, unida a la retaguardia por un estrecho pasillo —única comunicación— que los rojos, desde fuertes posiciones, batían a 600 ó 700 metros de distancia.

El Cuerpo de Ejército de Navarra cubría, en el momento de iniciarse el segundo tiempo de la batalla de Aragón, 150 kilómetros de frente; 150 kilómetros que se extendían sobre uno de los trozos de terreno español más complicados, sobre una de las zonas más difíciles e intrincadas.

El día fijado para el comienzo del ataque era el 22 de marzo. El General Solchaga tenía a sus órdenes las Divisiones 3.ª de Navarra (coronel Iruretagoyena), 63 (coronel Tella), 62 (General Sagardía) y 61 (coronel García Navarro). En el primer momento colaboraba con Navarra la División 51 (coronel Urrutia), que inmediatamente volvió a depender del Cuerpo de Ejército de Aragón.

El dispositivo de Navarra sobre el ala izquierda del frente total se iniciaba al Sur de Huesca, donde enlazaba con el Cuerpo de Aragón, rodeaba Huesca como un cíngulo apretado, torcía después en sentido Noroeste por la Sierra de Aniés y de Javierre, cruzaba el Gallego para crear el frente defensivo de la plaza de Jaca, continuaba la línea del río hasta Sabiñánigo, producía allí un gran entrante en el campo rojo, volvía a repasar el río al Oeste de Biescas y finalmente se dirigía a la frontera de Francia por el sector Este de Panticosa.

La misión del Cuerpo de Navarra era fijar todo el frente de Jaca a Puibolea, romperlo en el sector de Arascués, cooperar a la ruptura en el de Cuezos, y una vez envueltas las líneas de Huesca y bien enlazadas todas las Divisiones, avanzar en la dirección Barbastro-Huesca-Monzón. Si el avance se detenía en el río Cinca, la línea tendría como centro a Monzón; pero al modificarse las órdenes en el sentido de progresar hasta el Segre por el centro del ataque general se ordenó a Solchaga alcanzar las corrientes de los ríos Noguera-Ribagorzana y Noguera-Pallaresa, a fin de adueñarse de las importantísimas instalaciones eléctricas existentes en las regiones de Tremp y de Camarasa. El frente que debían romper los navarros era sólido, porque en toda la zona de Huesca se esmeraron mucho

las unidades de Cataluña y trabajaron durante año y medio en el perfeccionamiento de las fortificaciones de campaña.



Presa de Tremp en el Noguera-Pallaresa

El día 22 de marzo dieron comienzo las operaciones. Por el Norte de Huesca, la División 63, que fue la que encontró mayor resistencia, consiguió abrir una brecha con cuatro Batallones, siguiendo en marcha de montaña; el resto de la División, tras eficaz preparación de artillería, rompió igualmente, en brioso asalto, las líneas al Este de Puibolea y ocupó todas las alturas fortificadas que defendían el pueblo de Lierta. Por el Sur de la ciudad la División 62 alcanzó igual éxito en el sector de Cuatro Cuartos. El General Solchaga pudo comunicar al Jefe del Ejército del Norte:

> «En cumplimiento de la orden de V. E, el Cuerpo de Ejército ha roto hoy el frente enemigo al Norte y Sur de Huesca.»

Las Divisiones de Tella y de Sagardía, que fueron las atacantes, tenían delante de sí a la Brigada roja número 135, apoyada por dos Batallones más y por una parte del Batallón de Esquiadores organizado en Barcelona; a la Brigada número 141, reforzada por un Batallón más, y a parte de las Brigadas 132 y 134, situadas frente a Huesca.

Los resultados del asalto, como antes queda dicho, fueron concluyentes. Cuando la fuerte resistencia enemiga se sintió dominada, las diferentes Brigadas iniciaron un repliegue que poco a poco fue desordenándose. De pronto, una lluvia muy abundante y muy tenaz obligó a detener la marcha. Perdióse un día entero por esta causa; tiempo suficiente para que los rojos consiguieran rehacerse un poco de la derrota inicial y

establecerse sobre una segunda línea que Solchaga tuvo necesidad de romper mediante un nuevo asalto dispuesto para el día 24 de marzo.

El 23 entró en acción la División 61, con la intención de envolver las obras defensivas de Huesca. Se rompió el frente en Arascués y en Cuezos, pero el reflejo de esta ruptura no fue demasiado grande en torno a la ciudad sitiada, porque las fortificaciones semipermanentes permitieron al enemigo prolongar su defensa durante buen número de horas.

Llegado el 24, las unidades de la 63 División sostuvieron «el combate más duro que habían conocido en la campaña». El enemigo trató de evitar nuevas resquebrajaduras del frente y consiguió aprovechar excelentemente las ventajas del terreno, pero al final de la jornada la brecha quedaba abierta, lo cual permitió a la 61 invadir las obras de Huesca; más al Sur, la 62 reconquistaba el pueblo de Vicien y cruzaba por tres puntos el Flumen.

Los días 25 y 26 la marcha de todas las Divisiones de este Cuerpo de Ejército hacia el río Alcanadre encuentra una resistencia mucho más floja porque el frente rojo está hundido en todas partes y, por consiguiente, desmontado. En este momento ya se ha perdido la esperanza roja en el Batallón de Esquiadores, así como en la Brigada de Carabineros jóvenes, enviada a toda prisa para reforzar la línea, y en las dos Brigadas de sector, que parecían dispuestas a no retroceder.

La retirada enemiga se produce en términos tales que llama la atención, no sólo de España entera, sino de la opinión internacional; porque las Brigadas en derrota, al perder el sistema de fortificaciones muy modernas en que se hallaban apoyadas, cayeron en inquietudes gravísimas de cerco y de copo, perdieron la moral, desobedecieron a los Mandos, tomaron libremente las rutas más inverosímiles, y remontando las líneas del Cinca buscaron la frontera francesa y entraron en Francia; 4.000 hombres de la División 31, que se habían opuesto en parte a Sagardía y en parte a Tella, llegaron a Luchon y de allí fueron devueltos a Barcelona; con ellos escaparon asimismo 700 hombres de la Brigada 141, y sólo quedaron en el camino de la huida 300 carabineros rezagados, que vinieron a situarse, con pocos deseos de combatir, entre Benasque y Campo.

El día 26, a los cuatro de ofensiva, el Cuerpo de Ejército de Navarra ha alcanzado las alturas que dominan el río Alcanadre, lo cruza en el pueblo de Pertusa y deja a retaguardia, reconquistadas para siempre, más de 40 localidades. Los depósitos de municiones caen con una frecuencia que indica que el Ejército batido no se ha detenido a retirar su material y

que el desconcierto de una ruptura tan violenta como la producida el 24 ha causado una profunda sorpresa en el Mando rojo. La cartuchería que cede a los atacantes se cifra por millones.



Fortificacines de cemento creadas por los rojos

El 27 y el 28 se lleva a efecto el paso del Alcanadre con todos los efectivos de las tres Divisiones marchantes; al par que la de Navarra, que cubre el sector de la alta montaña, rectifica sus líneas porque el enemigo se repliega sin combatir, temeroso de quedar descubierto por su flanco Sur y expuesto a una maniobra de envolvimiento.

Barbastro ha caído el día 18 en manos de la División 63, y los días 28 y 30 de marzo Solchaga está pasando el Cinca y estableciendo cabezas de puente en varios puntos. El coronel Tella ha dividido sus fuerzas en dos direcciones; una marcha hacia el Norte, para cortar las comunicaciones del Pirineo y dejar encerrados en una bolsa a los milicianos de la División 42, que se oponen a la marcha de la 3.ª de Navarra; la otra parte de la División 63 conviene hacia el Cinca y amenaza el sector del Pantano de Barasona.

Los rojos, que ven perdida la línea del Cinca, apelan a un último esfuerzo; varias toneladas de dinamita vuelan las presas de Barasona, y el Cinca experimenta una súbita e importante creada. Como ya han pasado el Cinca fuerzas de Navarra, de Aragón y del Cuerpo Marroquí, ese repentino torrente vertido en el río puede originar situaciones muy críticas si los rojos reaccionan a tiempo, pues las fuerzas nacionales trasladadas a la orilla izquierda del Cinca son débiles en número. La artillería las protege enérgicamente, pero en todo caso el contrataque rojo no se produce y las vanguardias extremas pueden esperar el decrecimiento del río.

Mientras tanto, la 3.ª de Navarra ha iniciado su progresión el día 27 de marzo. Internada en el complicadísimo terreno de montaña que tiene delante de sus líneas, sale a alcanzar el Alcanadre por su derecha, en combinación con el movimiento desbordante de la División 63; este plan se revela tan eficaz, que cuando Iruretagoyena y Tella se unen y se crea una inmensa bolsa en las sierras de Gratal y de Cuera, el frente enemigo vuelve a desplomarse y el dispositivo del ala izquierda de Franco se transforma ventajosamente. En esta fase de la batalla la desorganización y desmoralización del frente rojo se acentúa por momentos, como consecuencia de la maniobra que los nacionales llevan a cabo.

Los Batallones 517, 519, 520, 405, 406, 407, 408, 286, 287, 288 y otros, desposeídos de las escasas líneas de comunicaciones que tenían a su alcance, porque está reiteradamente amenazada su retaguardia, toman libremente iniciativas que no corresponden a ningún plan y abandonan extensas zonas de territorio, sin acertar siquiera a apoyarse o a reorganizarse en las líneas estratégicas dispuestas por la Naturaleza.

A partir del día 31 de marzo el ritmo de las operaciones se acelera. En la frontera pirenaica la 3.ª División va encerrando en la bolsa llamada «de Bielsa» a todas las unidades milicianas de la División 43; mientras tanto, se ordena a la 63 una marcha sobre Boltaña, se intenta cortar la retirada de los Batallones que se repliegan hacia Benabarre y se completa el paso del Cinca, en cuya orilla izquierda ocho Batallones nacionales han estado incomunicados con el puesto de mando durante tres días, salvo las comunicaciones establecidas por medio de los puestos de «radio». Los días 1 y 2 de abril el Cuerpo de Ejército ocupa Boltaña y Benabarre, y como interesa sobremanera salvar las centrales eléctricas de Tremp, se ordena a la División 63 la formación de una columna ligera que, cuando el grueso llegue al río Noguera-Ribagorzana, se lance a apoderarse de la mencionada cuenca hidroeléctrica. Dicha columna se integra con la primera media Brigada, el Batallón «B» de Las Navas, los Grupos de montaña de 7 y de 105/19, el Grupo de Zapadores y los servicios, entre ellos una Agrupación de 500 mulos, a base de la Compañía de Montaña divisionaria, otra del Cuerpo de Ejército y dos de mulos de requisa.

Los primeros intentos de cruzar el Noguera-Ribagorzana fracasan por la resistencia enemiga; al fin, tras una fuerte preparación artillera, pasan el río los soldados, con agua hasta la cintura: son el 4° Batallón de Arapiles y el «D» del Regimiento de San Fernando los que en primer término ponen pie en la orilla izquierda. La División del coronel Tella ha marchado con la

velocidad del rayo, atravesando zonas que exigen nueve horas de caballo, porque no hay caminos que permitan el empleo del automóvil, ni es posible pensar en la rápida construcción de pistas, dados los grandes desniveles del terreno. La División va cubriendo el flanco izquierdo por medio de avances metódicos muy seguros; el propio jefe de la 63 crea con una parte de sus fuerzas un flanco defensivo en dirección Nordeste, apoyándose en los macizos montañosos situados al Norte de la carretera de Benabarre. El problema reside en llegar pronto a Tremp y en apoderarse de los embalses y las centrales. Los rojos están preparados para recibir el ataque de frente; no esperan a Tella tan rápidamente, pero éste envuelve aquella zona en un triple movimiento, lanzando tropas hacia el Norte, el Sureste y el Sur.

Una hora de retraso en la marcha y todo el esfuerzo habría quedado perdido; en ese caso los rojos, que estaban perfectamente dispuestos para ello, hubiesen volado las presas, liberado violentamente el agua embalsada, destrozado los puentes y desbaratado las centrales. La fulminante operación ha permitido conquistar intacta una importantísima riqueza hidroeléctrica y situar el frente de las tropas de Navarra en tierras de Cataluña. Algunos Batallones rojos llevados a Tremp como socorro de urgencia quedan aplastados y Solchaga se establece a lo larga de una línea que va desde las presas mencionadas hasta las estribaciones de la Sierra de Monsech. Inmediatamente se completa la operación con un movimiento que remonta las aguas del Cinca hacia el Norte y se asegura así una gran zona pirenaica.

Ocurría esto el día 7 de abril. La División 63 cruzó la corriente del río Noguera-Pallaresa por la presa de Tremp, sorprendiendo a los rojos con la audaz maniobra. Quedaron ocupados el pueblo de Tremp, la presa, el pantano, el pueblo de Vallmitjana; se estableció una cabeza de puente en Tozal, se fijaron grandes guardias en los pasos del río Abella y en Salas de Pallars y se lanzaron reconocimientos a Pobla de Segur, que quedó ocupado; con ello se apoderó el Cuerpo de Ejército de la central y quedaron cortadas las dos líneas de alta tensión que suministraban el fluido industrial a Barcelona. Decenas y decenas de pueblos habían ido quedando a retaguardia desde el 22 de marzo; la zona reconquistada era muy extensa; representaba la totalidad de la provincia de Huesca y una parte de la de Lérida.

En rectificaciones de frente y en operaciones complementarias de positivo interés pasan los días de la primera decena de abril, ocupando valles,

asegurando la posesión de montañas a 2.000 metros de altura, llegando hasta las fronteras pirenaicas, extendiendo la zona de dominio y reconquista allá donde hay riqueza nacional que salvar, todo ello en condiciones de notoria dificultad que hacen decir al General Solchaga, en un parte enviado al Ejército del Norte:

> «Me permito señalar a V. E. el magnífico espíritu y dotes maniobreras de las fuerzas, que se superan cada día, ya que el terreno en que se han desarrollado las operaciones rebasa en dureza toda descripción; los mulos se despeñan, los caballos de los Mandos no pueden avanzar, y puede afirmarse sin exageración que la tropa necesita para cada día de operación un par de calzado. He felicitado por su esfuerzo asombroso a las fuerzas operantes.»

Establecida la línea en el Noguera-Pallaresa, se dispone que una parte de la 62 División se traslade hacia el Norte a fin de ocupar el Valle de Arán. En medio de lluvias y nieves incesantes, con temperaturas muy bajas y frente a un enemigo que se oculta entre arbustos y matorrales, las tropas nacionales, que se apoyaban en la ciudad, ya reconquistada, de Sort, llegan el día 17 de abril al Puerto de la Bonaigua y el 20 ocupan los puestos fronterizos en los sectores de Pont du Roi y Le Portillon.

Al final del ciclo ofensivo de este Cuerpo de Ejército, —cosa que, por otra parte, acontece con la misma intensidad en los sectores de los Cuerpos, de Ejército restantes— aparecen núcleos poderosos de aviación enemiga recién llegados a Barcelona; se trata, principalmente, de aviones de caza que constantemente ametrallan a las columnas en marcha y que aplican en su ametrallamiento el sistema llamado de la «cadena», del que trataremos en otro lugar de este libro. Igualmente llegan al frente unidades de refuerzo que intentan contratacar en el sector de Tremp, someten a un muy duro fuego las comunicaciones entre Sort y el Valle de Arán y obligan a las Divisiones de Sagardía y de Tella a vivir en constante centinela.

A fines de mes el frente ha quedado prácticamente estabilizado, y ya no volverá a moverse sino con ocasión de las operaciones efectuadas para reducir la «bolsa de Bielsa» o en la resistencia contra las reacciones rojas de Tremp o, finalmente, cuando el Cuerpo de Ejército de Urgel, en su día, se ponga en marcha hacia el corazón de Cataluña.

Este es el resumen de las operaciones llevadas a cabo por el Cuerpo de Ejército de Navarra durante el segundo tiempo de la batalla de Aragón. Cien kilómetros de profundidad en el avance, 6.000 prisioneros y una

provincia totalmente recuperada, son el resultado de la maniobra. El Cuerpo de Ejército de Navarra puede estar satisfecho.

Desde Zaragoza y Almudévar hasta la cabeza de Puente de Balaguer, bajo el mando del General Moscardó

Con tres Divisiones toma parte en la ofensiva general el Cuerpo de Ejército de Aragón: la 51 (General Urrutia), la 53 (coronel Marzo) y la 54 (coronel Amado, que toma el mando de esta unidad por enfermedad del coronel Sueiro). La misión prescrita al General Moscardó es la de fijar al enemigo en todo su frente, desde Huesca hasta el Ebro, y romper el dispositivo rojo entre Mascatiello y Cuatro Cuartos.

El día 22 de marzo la artillería truena desde Banariés y Cuarte hasta el Sur de Almudévar. Momentáneamente, la División 51 coopera con el ala derecha del Cuerpo de Ejército de Navarra. Esa División 51 es, como si dijéramos, la especialista de la zona de Huesca, porque ha sido siempre el General Urrutia el que ha tenido que mantener, a durísimas penas y con muy pocos elementos, el frente del Alto Aragón contra embates continuados del enemigo y en condiciones de precariedad que aun hoy mismo, al recordarlas, infunden inquietud.

Frente al Cuerpo de Ejército de Aragón está el XI Cuerpo rojo con sus efectivos al completo, muy bien seleccionados. Lo integran las Divisiones 31, 32 y 26, dos Brigadas de Carabineros, un Batallón autónomo de ametralladoras y algunas fuerzas auxiliares. En los primeros días de la batalla, igual que luego, en los momentos finales, esos efectivos experimentan aumentos notables.

En la operación de ruptura, que se logra brillantemente, aunque el tiempo es hostil y perturba la marcha, cae toda la primera línea enemiga; rápidamente intentan los rojos rehacerse el día 23 sobre la línea de resistencia, pero una violenta irrupción de tres Divisiones acoladas pasa por la brecha abierta el primer día, y el avance se hace profundo en las direcciones de Vicién-Alcalá del Obispo, Sangarrén y Tardienta. Una nueva División se une al Cuerpo de Ejército: es la 55, de formación reciente, encomendada al coronel Adrados, jefe de los acendrados defensores de Huesca. Se da orden de atacar sin descanso hacia Sariñena, que es uno de los centros de concentración y de aprovisionamiento del Ejército rojo del Este. La carretera de Huesca a Zaragoza, en cuyos bordes

se había situado la base de partida para la ruptura, queda rebasada por todas partes y restablecida, por consiguiente, la comunicación entre las dos ciudades, que estaba cortada desde las primeras semanas de la guerra. La reconquista del pueblo de Tardienta, lograda mediante una violenta acometida de las vanguardias, abre paso a una operación de flanco que tiene por objeto evitar las defensas de la Sierra de Alcubierre y rebasar este macizo, que los rojos habían fortificado concienzudamente. El ataque frontal a esas defensas era, sin duda, posible, pero a costa de dejar cubiertas las laderas serranas con centenares de soldados nacionales muertos. En cambio, una maniobra hacia el Nordeste, marchando bien acoladas las Divisiones de Urrutia, Marzo y Amado, permitía dominar el centro de comunicaciones de Grañen, cortar la carretera de Huesca a Sariñena y dominar todo el curso del río Alcanadre. En efecto, esto fue lo que aconteció.

En torno a Sariñena, los rojos trataron de resistir enérgicamente, porque en ello les iba la posibilidad de replegarse con cierto orden frente al Cuerpo de Navarra, pero un intensísimo bombardeo de la aviación, unido a una marcha veloz de las Divisiones aragonesas, frustró sus planes; Sariñena cayó en manos de Moscardó el día 27 de marzo; la retirada de las Brigadas empeñadas en la lucha con Navarra quedó cortada en un punto vital. Entretanto, la 55 recorre las estribaciones de la Sierra y hostiga a las guarniciones del sector, que ya no aciertan a parar los golpes y no saben cuál de los movimientos nacionales encierra más peligro para ellas. La Sierra de Alcubierre es objeto de un doble envolvimiento, porque coincidiendo con esta maniobra del Cuerpo de Aragón, sucede que el Marroquí ha cruzado el Ebro entre Quinto y Gelsa y rebasa el macizo por el Sur y el Suroeste. La maniobra es muy elástica y no deja respiro. Ante la doble amenaza, toda la organización roja de Alcubierre se viene abajo y comienza un repliegue que a la segunda jornada se convierte en desordenado abandono; porque los puntos por donde lógicamente debía pasar la retirada están siendo ocupados merced a la táctica de las «bolsas» que hemos explicado en otro capítulo, y cada una de las unidades, en vez de seguir sus direcciones normales, invade las comunicaciones de las fuerzas que tiene a sus lados, con lo cual aumenta la confusión y la incertidumbre. De aquí nace la decisión que algunas Brigadas adoptan de tomar resueltamente los caminos que conducen a Francia.

El repliegue, que hasta este momento había tenido algún carácter de regularidad, se convierte en huida; las resistencias se aflojan por todas partes; se confunden los Batallones rojos entre sí buscando una salida;

tropiezan unos con otros y se producen fenómenos de embotellamiento que terminan con la rendición de millares de combatientes y el abandono de la mayor parte del material. El dispositivo de campaña ha quedado completamente desarticulado y la desbandada toma caracteres agudos. Algunas tropas rojas que lógicamente debían retirarse hacia Lérida encuentran su retaguardia picada y escapan con rumbo Nordeste. Pero los caminos que eligen corresponden —como se ha dicho— a otras unidades, y finalmente todos los movimientos del Ejército del Este se hunden en un verdadero caos. Es, por consiguiente, llegada la hora de la persecución tenaz y fructífera. Los soldados tienen motivos para estar abrumados de fatiga, pero ante las perspectivas que les ofrece la derrota enemiga parece que sienten renovados sus bríos. La marcha si hace cada vez más fácil. Hay que aprovechar el instante para saltar sobre el Cinca antes de que los rojos se consoliden en la orilla izquierda del gran río y se defiendan allí con todas las ventajas que un terreno excepcionalmente favorable les proporciona.

El día 30 de marzo, el Cuerpo de Ejército de Aragón está en las orillas del Cinca. El salto se produce inmediatamente. Las tropas de Moscardó cruzan la corriente por dos puntos: al Norte de Zaidín y al Norte de Albalate de Cinca. Como los puentes han sido volados, hay que improvisar otros de fortuna, y ello exige un esfuerzo intenso de los pontoneros. En los sectores de Albalate y Zaidín se establecen dos pequeñas cabezas de puente. Es en ese momento cuando los rojos vuelan el pantano de Barasona y precipitan sobre el Cinca millones de metros cúbicos de agua. La avenida es considerable. Los puentes improvisados se rompen por la violencia de la corriente. Hay un momento delicado que el Estado Mayor de Aragón resuelve rápidamente. Unas cuantas baterías sostienen con tiro ininterrumpido a los elementos ligeros que pasaron el río. Como los contrataques rojos son muy débiles, basta con ese fuego artillero para aniquilarlos en flor. Apenas decrecen las aguas se ordena el paso rápido de las tres Divisiones; sobre los ejes de marcha Albalate-Binéfar y Zaidín-Almacellas marchan los vencedores, arrollando cuanto les sale al paso. El día 2 de abril entran en Binéfar. El 3 se encuentran a dos kilómetros de Tamarite de Litera y sobre el kilómetro 10 de la carretera Huesca-Lérida. Los observadores comunican que están llegando tropas rojas de refuerzo; la aviación se presenta en agrupaciones importantes; los ensayos de reacción que hemos presenciado frente al Cuerpo de Ejército de Navarra se repiten frente al de Aragón, como en

forma todavía más clara se están produciendo dentro del sector atacado por el Marroquí.

Al Cuerpo de Aragón llegan noticias de que la defensa de Lérida tiende a ser encarnizada y que la División «El Campesino» se bate con desesperación, dificultando notablemente el asalto final de las Divisiones de Yagüe; entonces Moscardó ordena que el centro de gravedad del ataque, en todo su Cuerpo de Ejército, se traslade al ala derecha y que con la máxima velocidad se flanquee en dirección Norte de Lérida, a fin de apoyar las operaciones del Cuerpo Marroquí. Se conquista el día 3 de abril el pueblo de Almacellas, se sigue luego hacia el Segre, y en el espolón que se alza sobre la risueña vega de Lérida se libra un combate sangriento, de graves resultados para los rojos, que dejan allí 600 muertos. Este combate marca el final de la resistencia en ese flanco, y el Cuerpo de Aragón llega al kilómetro 9 de la carretera de Lérida, por donde la ciudad queda rebasada. Coincidiendo con estos movimientos, Yagüe asalta la ciudad catalana y la incorpora a la España nacional.

Pero aún ha de hacer más en esta batalla el Cuerpo que manda Moscardó. Su avance corta y ocupa la carretera de Tamarite de Litera y la de Alfarrás a Lérida; entra en Balaguer, sobre el Segre, envuelve y hace suyas todas las comunicaciones altas de Lérida hacia el Nordeste, rompe una vivísima resistencia enemiga en Almenar, rodea por el Sur la Sierra de Monroig y reitera su pujanza hasta coronar este movimiento mediante la conquista de las presas de Camarasa, que en unión de las de Tremp representan el suministro de fluido a las industrias catalanas. Los ríos Noguera-Ribagorzana y Noguera-Pallaresa están dominados.

Contra las advertencias de peligro que algunos técnicos formulan, Moscardó manda establecer una gran cabeza de puente en Balaguer; no un pequeño punto de apoyo, sino una extensión fortificada de nueve kilómetros de anchura por siete de profundidad, o sea el espacio suficiente para alojar una de las Divisiones. La operación se cumple perfectamente, apenas interrumpida por los vuelos y bombardeos de algunos aviones rojos. Cuando el enemigo quiere reaccionar ya es tarde. Sin duda, no esperaba que en el sector de Balaguer se llevara a cabo operación tan importante. La División Marzo, que ocupa la cabeza de puente deshace los contrataques y el frente queda estabilizado en virtud de órdenes superiores. Para el Cuerpo de Ejército de Aragón ha terminado la maniobra de la «batalla de Franco».

La gran marcha Quinto-Lérida, cubierta por el Cuerpo de Ejército Marroquí

Apenas el Cuerpo de Ejército Marroquí ha terminado su brillante maniobra desde Fuendetodos a Caspe —primer tiempo de la batalla de Aragón—, cuando ya el Generalísimo lo destinaba a tomar parte principalísima en el segundo tiempo, caracterizado por las acciones coordinadas del Norte y el Sur del río ibérico. Las tres Divisiones (13, 150 y 5.ª) del Marroquí se concentraron inmediatamente, dejando a la 1.ª de Navarra (García Valiño) el cuidado de relevarlas en la zona de Caspe, y a la División de Caballería (General Monasterio) la preocupación de cubrir los meandros del Ebro.

En este segundo tiempo de que ahora tratamos, el Caudillo había encomendado al Cuerpo de Ejército Marroquí la operación más emocionante de una campaña: el paso de un gran río. Batido el enemigo —dicen las «Instrucciones generales»—, hay que continuar las operaciones al Este de Quinto, en la dirección Bujaraloz-Fraga, para lo cual es necesario, en primer término, pasar el Ebro. Una vez en la orilla izquierda, el Marroquí tenderá a conquistar el terreno suficiente para el despliegue de las tres Divisiones, ocupará la carretera Zaragoza-Lérida, envolverá por el Sureste la Sierra de Alcubierre, en combinación con el Cuerpo de Aragón, que a la misma hora la está envolviendo por el Nordeste, y situado sobre el eje de marcha —carretera Zaragoza-Barcelona— se dirigirá hacia el Cinca, lo pasará en Fraga y se situará en condiciones de atacar la ciudad de Lérida. Para ello, en una segunda fase, apoyará el flanco derecho en el río Segre, organizará cabezas de puente y preparará la habilitación de nuevos pasos en zonas próximas a Lérida.

El General Yagüe dispone todo lo necesario para el paso del río. Al otro lado merodea el Batallón de carros rojos, que ha intervenido en la defensa de Caspe. Yagüe comienza a batir con su artillería la zona en que ha de establecer la cabeza de puente, y procura con la dispersión del fuego desorientar al enemigo sobre el punto de paso que el Mando ha elegido.

El orden marcado a las unidades es el siguiente:

Primero. Durante la noche del 21 al 22 de marzo pasará la División número 13, según detalle contenido en las instrucciones complementarias.

Segundo. Inmediatamente comenzará el paso de la 5.ª, que cruzará completa.

Tercero. Después de la 5.ª División pasará la Brigada de Caballería (comandante Jurado) y elementos afectos. La 5.ª dejará paso a la Caballería si cuando ésta inicie su tránsito no hubiese terminado aquélla su traslado.

Cuarto. La 150 recibirá en su zona de concentración la orden y horario de paso del Ebro.

Quinto. En último término pasaran la Artillería del Cuerpo de Ejército y los servicios.

Sexto. Durante el día 22 habrá pasado todo el Cuerpo de Ejército.

Las zonas de concentración quedan minuciosamente señaladas.

Además de la 5.ª, 13 y 150 Divisiones, tomará parte en las operaciones de este Cuerpo de Ejército una Brigada móvil, compuesta por una Agrupación de ocho Escuadrones de sables y uno de armas automáticas, una Bandera del Tercio, un Batallón ciclista, dos Escuadrones pie a tierra y una Sección de Transmisiones. A las órdenes directas del comandante principal de Artillería (teniente coronel Alarcón de la Lastra) va la artillería del Cuerpo de Ejército (10 baterías), más tres baterías de antiaéreas que manda el comandante Constantino Lobo. El Cuerpo de Ejército Marroquí dispone para esta maniobra de una Compañía de carros ligeros y otra de carros-cañón.

La idea de la aludida maniobra es ocupar rápidamente el nudo de carreteras de la Venta de Santa Lucía para dar espacio al despliegue del Cuerpo de Ejército, provocar el derrumbamiento del frente enemigo entre el Ebro y Farlere, liberar las fuerzas nacionales que guarnecen Farlere y Monegrillos, así como Castejón de Monegros, asegurar de este modo el flanco y la retaguardia, avanzar con dos Divisiones en primera línea (con el flanco izquierdo cubierto por la Caballería), a caballo sobre la carretera de Fraga, hasta constituir una cabeza de puente en esta ciudad. La tercera División del Cuerpo marchará por la zona Norte. A las siete de la tarde del día 22 —no el 21— empezará el tendido del puente provisional sobre el Ebro. El paso comenzará sobre pontones capaces para 14 hombres, con armamento y sin equipo. Todos los soldados irán calzados con alpargatas, a fin de evitar los ruidos. Durante la travesía de cada pontón queda prohibido contestar al fuego enemigo. El silencio debe ser absoluto. Pata el primer momento del paso se dispone de 24 pontones. Cada viaje de ida y vuelta tardará 15 minutos. Al mismo tiempo que se inicie el paso discontinuo —o sea por medio de pontones—, empezara la construcción del puente de maniobra. Se calcula que la construcción exigirá tres horas

de tiempo. Por el puente de maniobra sólo pasará Infantería, Caballería y Artillería ligera; ésta será transportada a brazo mientras no se arreglen los accesos de la orilla opuesta del río. La construcción del puente pesado dará comienzo en cuanto las fuerzas primeras hayan creado la zona de seguridad correspondiente. Como artillería de protección del paso se cuenta con 31 baterías.

En la Memoria de la 13 División encontramos estas alusiones al momento que estamos describiendo:

«La 13 División tiene el honor de que se le ordene pasar el río y abrir camino al Cuerpo de Ejército. El día 22, a las nueve de la noche, cerrada como boca de lobo y lloviznando, se inicia el paso, que ha sido cuidadosamente preparado.

Acaso sea éste uno de los momentos de más emoción y aventura de la campaña. Las tropas llegan en la noche cerrada, en silencio, hasta el lugar de la carretera en que un oficial de Estado Mayor da órdenes en voz baja y les proporciona un guía; éste les lleva hasta otro que da a su vez órdenes misteriosas; parece un ritual de una secta secreta; no se ve nada; no se sabe adónde se va. Por fin, en el río aparecen los grandes pontones. En cada uno embarcan veinticinco hombres (¡bien sobrecargados iban!); en silencio absoluto se despega de la orilla y bogan hacia lo desconocido; ¡qué emoción y qué ancho parece el río!

Hasta las doce de la noche no suenan los primeros disparos enemigos, tímidos primero, luego en descargas cerradas, nerviosas. Nuestras fuerzas avanzan sin disparar; la 4.ª Bandera de la Legión va en cabeza y llega en la noche a chocar con las líneas enemigas. Se lanzan al ataque sin ver y a pecho descubierto; son detenidos por los defensores rojos que, animados de la mejor moral, les gritan: «¡Si vosotros sois legionarios, nosotros somos de la F. A. I.!»

No ha servido ni el sacrificio de la vida del capitán Navarro, que mandó la Compañía de vanguardia y que ha dado tales pruebas de valor y de capacidad que es propuesto para el ascenso y para la Cruz Laureada.

El momento es difícil y el General Barrón decide una audaz maniobra: el Tabor de Ifni-Sahara y el 5.° Tabor de Melilla se filtran por la orilla del río en que está el enemigo y en la otra rama de la curva en que éste hace resistencia; pasan entre sus posiciones y ocupan unas alturas a retaguardia; desde ellas atacan la línea roja, que al mismo tiempo es atacada de frente, y que cae en nuestro poder. Nunca ayudó mejor la fortuna a los audaces.

Desde este momento continúa el avance con rapidez, y al día siguiente se llega a cortar la carretera de Zaragoza a Barcelona, que pasa por Fraga y Lérida, y se hace caer el frente del río hasta la capital aragonesa.»

Antes de iniciarse esta fase, los rojos han hecho un esfuerzo de reorganización. Entre Monte Oscuro y Escatrón la División 26 cubre el

frente después de haberse reforzado con elementos de las Brigadas 134, 224 y 140. A retaguardia se reconstituye con gran rapidez la División 44.

El día 23, en el Cuartel General del Ejército del Norte se recibe una comunicación del Cuerpo de Ejército Marroquí dando cuenta de que «a pesar de la tenaz resistencia encontrada», ha sido forzado el paso del Ebro; que hubo que desalojar las posiciones enemigas al arma blanca y que la totalidad del Cuerpo de Ejército se encuentra ya en la orilla izquierda. El pueblo de Gelsa, situado en la indicada orilla, ha sido ocupado.

Así se cumple el plan de Franco, que desea estrangular la flecha enemiga en la izquierda del Ebro y provocar la caída de todo el frente estabilizado en las cercanías de Zaragoza. El paso del río había dado lugar a una de las operaciones más perfectas desde el punto de vista técnico y más bellas si se mira a la ejecución. Los primeros soldados que cruzaron los cien metros del cauce se desplegaron en línea de tiradores y tropezaron con la resistencia enemiga, apoyada en las Casas de Aznares, de los Catalanes y de Miralrío, desde las cuales cruzaban los fuegos de las ametralladoras marxistas, Un vasto movimiento envolvente llevaba a las vanguardias de Yagüe hasta el monte de Retuerta de Pina. Al final del día 23 la profundidad del avance era de cerca de 10 kilómetros. El 24 se rompió nuevamente el frente para cortar por varios puntos la carretera de Lérida y fueron ocupados los pueblos de Pina y de Velilla de Ebro.

Un Batallón rojo de la 134 Brigada, enviado a Miralrío, fue materialmente arrollado; en plena dispersión, arrastró a la 44 División, cuyas Brigadas se retiraron en distintas direcciones, pues mientras la 143 tomaba rumbo al Norte, la 144 se alejaba hacia el Este y la 145 huía hacia el Sureste.

En las últimas horas del día 24 quiso el Mando rojo reconstituir varias unidades; creó para ello la «Agrupación Autónoma del Norte del Ebro», cuya finalidad era oponerse al avance de los nacionales utilizando las heterogéneas fuerzas que quedaban en la orilla Norte. Se le fijó una línea de resistencia que iba del vértice Valdebarranco al cruce del río con la carretera de Caspe a Bujaraloz. Integraban la Agrupación roja las fuerzas ya conocidas, y además la 134 Brigada, un Batallón de la Brigada 102 (División 43), procedente de Huesca, un Batallón de Ametralladoras deshecho frente a Belchite y reorganizado a toda prisa, la 140 Brigada, puesta al completo en Villalba de los Arcos, y un Grupo de Asalto.

La línea antes mencionada no pudo cubrirse por tres razones: es la primera (y con ella bastaría) la de que varias de las posiciones indicadas en

la «Orden de operaciones» estaban ya en poder de los soldados nacionales; la segunda, que varias de las unidades encargadas de la maniobra no llegaron a recibir la Orden; la tercera, que las tropas se negaban a obedecer, y así se daba el caso de que el Mando accidental de la 144 Brigada comunicase el día 25 al jefe de la Agrupación, cerca de doce horas después de dadas las instrucciones, que la 140 no había enlazado con él ni él con la 49. «No es de extrañar, por tanto —comenta un juicio crítico nacional— que a pesar de este esbozo de organización y de los refuerzos entrados en línea, el matiz de esta jornada sea análogo al de las anteriores».

El 25 se dirigió uno de los flancos a la zona (Oeste-Noroeste) que amenazaba la retaguardia del frente estabilizado de Zaragoza y se tomó contacto con la División 55, que bajaba del Cuerpo de Ejército de Aragón. Desplomado el frente y ocupado el pueblo de Osera, se adoptó resueltamente como eje de marcha la carretera de Fraga, y antes del anochecer tenían los nacionales los pueblos de La Almolda y Bujaraloz. El material de guerra que quedaba en poder de las tropas atacantes era enorme. Llegaban las sombras de la noche cuando se ordenó un descanso para las tropas, que habían avanzado en una profundidad de 32 kilómetros.



Los puentes, destruidos por los rojos en su retirada, son reconstruidos rápidamente

El 26 se ocupan Penalba y Candasnos y continúa la rápida marcha de las columnas motorizadas, que tienen que improvisar continuas desviaciones de la carretera, porque los puentes, las alcantarillas, y en general todas las obras de fábrica, han volado entre explosiones de dina-

mita. Un Batallón había recorrido a las tres de la tarde del día 26 una distancia de 33 kilómetros y se hallaba a 12 de Fraga, junto a la vanguardia de la cabeza de puente que los rojos tenían construida sobre la orilla derecha del río Cinca. Varias baterías de tracción hipomóvil recorrían 50 kilómetros en el curso de la jornada. La cabeza de puente de Fraga, de 11 kilómetros de profundidad, estaba defendida por dos Brigadas, pero sobre uno de sus flancos se lanzó la División 150, que al mando del coronel Muñoz Grandes impidió a los defensores organizarse cumplidamente. Por añadidura, la columna de Caballería enviada hacia Onteniente infundió a los rojos el temor de un envolvimiento. Y, en fin, los servicios de información del Cuerpo de Ejército indicaron al General Yagüe que fuera de la cabeza de puente se encontraba muy debilitado el frente, por lo cual se pensó en bordearlo y dejarlo a retaguardia.

Terminada con pleno éxito esta operación, que fue llevada a cabo de una manera impecable por la División de Muñoz Grandes, se inició el paso del río Cinca, porque fácilmente advertía el Mando que los núcleos rojos no estaban suficientemente organizados para resistir y que los farallones de la orilla izquierda apenas presentaban aspecto de estar defendidos. El mismo día se ocupa Fraga, y en el ala derecha los pueblos de Torrente y Velilla de Cinca. Los rojos han dejado en poder de los atacantes 15 piezas de artillería, millares de fusiles, millones de cartuchos y varias docenas de ametralladoras.

El 29, Yagüe amplía las cabezas de puente sobre el Cinca, sigue su avance y ocupa los pueblos de Aytona y Serós. En este último tiende también una pequeña cabeza de puente sobre el río Segre. Caen en su poder cuatro nuevas piezas de artillería, asentadas en casamatas de hormigón, y seis millones de cartuchos de fusil.

El día 26 había llegado como refuerzo rojo el primer Batallón de Carabineros de la Comandancia de Barcelona, formado por tres Compañías de ametralladoras. El 27, el desorden en el campo rojo es total. Un informe de la vanguardia nacional dice:

«La localización de unidades, que en los días pasados fue difícil, se hace en el día de hoy materialmente imposible. Ante nosotros tenemos una mezcolanza enorme, en la que apenas si podemos especificar tres núcleos. En la parte Norte de la carretera están los restos de las Brigadas 121 y 149 y fuerzas de Carabineros; en la parte central, las 140, 144, 15 y 136; en el Sur, los restos de las fuerzas de Asalto y de la 224 Brigada.»

También ha llegado al frente como refuerzo la 142 Brigada (32 División), y en la zona de Mequinenza se han concentrado las 23, 24 y 147; se anuncia la llegada de la División 46 ("El Campesino»). El 28, el Mando rojo retira todas las fuerzas que combatían y las sustituye por las tres Brigadas llegadas a Mequinenza, las cuales son sometidas a durísimo castigo.

El 30 de marzo empieza a advertirse una especial resistencia por parte de los rojos. No hay duda de que tratan de reorganizarse y de restablecer la moral y la disciplina en las tropas. Mandos más enérgicos intervienen en la batalla. ¿Qué ha sucedido para que cambie tan bruscamente el panorama? Dos documentos secretos del Estado Mayor rojo nos dan la clave. Uno de ellos pertenece al instante crítico en que el Cuerpo de Ejército Marroquí, luego de haber pasado el Ebro, desplegó sus tres Divisiones y atacó enérgicamente hasta despedazar el frente contrario. Este documento dice:

«EJERCITO DEL ESTE
26 DIVISION-DURRUTI
121 BRIGADA
2.° BATALLÓN

»Estando con mi Batallón en reserva en las inmediaciones de Monegrillo, y habiendo recibido a las tres horas de la mañana del día 22 del presente una orden telefónica de personarme en el puesto de mando de esta Brigada, lo efectué seguidamente, comunicándome el jefe de la misma que por órdenes superiores recibidas tuviera dispuesto el Batallón para salir inmediatamente con camiones en dirección a Sástago, en cuyo sitio me serían dadas nuevas instrucciones. A las 4,15 tenía dispuesto el Batallón para dirigirme al lugar que se me había ordenado, no pudiendo realizarlo hasta las dos de la mañana del día siguiente, hora en que se presentaron los camiones que tenían que efectuar dicho traslado.

Una vez llegados al sector de Sástago, ordenóseme que momentáneamente me situara entre los kilómetros 4 y 5 de la carretera de Bujaraloz a Sástago.

Sobre las doce horas de este mismo día advertí que un gran contingente de fuerzas propias, pero de otras Brigadas, marchaban en dirección a Bujaraloz, observando en ellas un desorden rayano en pánico. En vista de ello consulté con mi jefe de Brigada, por el cual me fue ordenado que invitara a los Mandos de dichas fuerzas para que procurasen por todos los medios reorganizar las mismas a fin de prestar la ayuda que los momentos difíciles requerían; encontrándome con la desagradable sorpresa de que dichas fuerzas iban sin Mandos a juzgar por las manifestaciones de la tropa y la ausencia de los mismos, excepto un comandante de la 145 Brigada, cuyo nombre no recuerdo, pero cuyas características son: edad avanzada, estatura baja y creo que mandaba el 32 Batallón de dicha Brigada, el cual

se ofreció a cooperar conmigo y las fuerzas a mi mando para ir recogiendo el armamento abandonado y entregarlo a los que carecían de ello, dándoles al mismo tiempo ánimos para que se mantuvieran en los sitios que se les asignara, haciéndoles ocupar las alturas dominantes que existen en la parte N. O. del río Ebro, formando así una línea de resistencia en previsión de cualquier eventualidad, ya que aquellos momentos así lo exigían, a causa del desorden cada vez más pronunciado de aquellas fuerzas, encontrándose casos tan vergonzosos como el abandono de fusiles necesarios en tan críticos momentos.

A las doce de la mañana siguiente fui requerido por mi jefe de Brigada, el cual, haciéndome presente la gravedad del momento, me ordenó que me trasladase con mis fuerzas a ocupar la parte izquierda del río Ebro comprendida entre las inmediaciones de la Paridera de Menuza y la cota 185, lo cual efectué tomando las precauciones que el caso requería. Para la ocupación del terreno designado tuvimos que entablar un nutrido fuego con el enemigo.»

Junto a este documento, que da alguna idea de lo que fueron los momentos siguientes a la ruptura del frente al Norte del Ebro, vamos a reproducir otro que revela cómo procuró el Alto Mando marxista re-componer el dispositivo rojo e inyectar una fuerte dosis de moral en las unidades milicianas. Este segundo documento coincide con la fecha en que, pasado ya el Cinca, el General Yagüe se dirige de Fraga a Lérida y el General Moscardó va de Zaidín a Almacellas. Se advierte la inminencia de la caída de Lérida. Las cosas han ido muy de prisa y los rojos se encuentran abrumados por la sorpresa. Un jefe no profesional intenta hacer el milagro del restablecimiento de la combatividad perdida, y en buena parte logra los propósitos que se le han confiado. Ese jefe es un elemental, un instintivo, que sabe aplicar procedimientos de terror cuando no puede dominar a sus tropas por otros medios más normales. Se trata de «El Campesino».

El jefe de Estado Mayor del III Cuerpo de Ejército rojo, que es el que se bate contra Yagüe, comunica a «El Campesino» la siguiente orden:

«EL GENERAL-JEFE DEL EJÉRCITO DEL ESTE ME COMUNICA PARA QUE LA TRASLADE A USTED, COMO JEFE DE LA 46 DIVISION, LA SIGUIENTE ORDEN PARTICULAR

»Al recibo de esta Orden procederá con urgencia a cumplimentar cuanto se le ordena a continuación:

1.º Tomará usted el mando de un sector limitado al Norte por el pueblo de Zaidín y la carretera de Almacenas (ambos excluidos) y al Sur por el río Segre.

2.º Las fuerzas a sus órdenes serán los que siguen (además de la 46 División):

Dos Batallones de la 27 División, a los que se ordena se trasladen desde su

actual estacionamiento hasta la zona de Lérida, donde quedarán a sus órdenes.

Todas las fuerzas que se encuentren actualmente en el sector anteriormente indicado. (La 16 División, dos Batallones de la 62 Brigada mixta, una Brigada Mixta de Carabineros y las Fuerzas de Asalto que se encuentran situadas en las inmediaciones de Lérida.)

Todas las Compañías de Tanques blindados y la artillería que se encuentra en las inmediaciones de Lérida.

3.º Queda autorizado para efectuar la movilización civil del sector de su mando a fin de defender a toda costa la población de Lérida. Igualmente procederá a la organización militar de esta ciudad.

4.º La misión de las fuerzas de su mando será establecer el contacto con el enemigo, desalojándolo de la orilla izquierda del río Cinca. Lo que le comunico para su conocimiento y cumplimiento.—P. C.—29 de marzo de 1938.—El Jefe de Estado Mayor, *Diego R.*»

Ya tenemos, pues, a «El Campesino» como jefe de todo el sector de Lérida, con fuerzas y material en cantidad suficiente para una defensa encarnizada, ya que el contrataque con el fin de arrojar a los nacionales hasta la orilla derecha del Cinca no es probable que tenga éxito. «El Campesino» toma las previsiones elementales con objeto de resistir, y en ningún momento se le advierten deseos —ni tiene posibilidad de montar una contraofensiva.

Con la ocupación de los pueblos de Soses y Alcarraz termina realmente la marcha fácil del Cuerpo de Ejército Marroquí, porque el día 31 los contrataques locales comienzan al amanecer y no ceden en todo el día.

Las tres Divisiones de Yagüe reciben orden de apresurar el ataque. El día 31, después de sostener combates de una violencia exasperada, llegan los nacionales a la vista de Lérida y ocupan algunas alturas que dominan la ciudad por el Suroeste, a dos kilómetros de las primeras casas.

La información permite registrar claramente que en el frente rojo combaten elementos de las Brigadas 10, 101, 23, 24, 122, 123, 124. 62, 149, 140, 142, 144, 102, 224, 119, 146, 137, 211 de Carabineros y un Grupo de Asalto. En las huertas de Lérida se mueven 12 tanques rusos y 10 carros blindados. La artillería enemiga tira con los calibres 7,5, 10,5, 15,5 y 12,40. Al otro lado del Segre truenan cinco baterías correspondientes a la División 27.



Blindado rojo

El centro del dispositivo Marroquí tiene forma de flecha audaz lanzada sobre Lérida. La guerra es un arte, y en el arte ocupa siempre lugar importante la inspiración. La imaginación como elemento único en la dirección de las batallas, sería recusable, pero ¡ay del jefe que no sepa entregarse a ella en algunos momentos decisivos!

Impulsado por la imaginación, por la seguridad de su fuerza y por la calidad de sus tropas, el Mando nacional no ha vacilado, pese a las informaciones que acusan la llegada de importantes refuerzos enemigos. Los centros de resistencia al Este de Alcarraz son deshechos; el flanco derecho se apoya sólidamente en el Segre, por donde marcha la 5.ª venciendo obstáculos fuertes; pero el flanco izquierdo está menos consolidado, porque existe un desnivel de líneas respecto del flanco derecho del Cuerpo de Ejército de Aragón. Las baterías rojas, situadas en las cercanías de Torre del Segre, Montolíu y Albarratech, someten a constante cañoneo la circulación de tropas y de vehículos por la amplia carretera general que conduce a Lérida. Desde el otro lado del río, en los barrios de la propia ciudad, cañones ligeros y nidos de ametralladoras crean una barrera de plomo delante de las tropas nacionales. Las Brigadas mejores se esfuerzan hasta el último extremo en una defensa tenacísima, según se les ha ordenado. La distribución de fuerzas que han hecho los rojos es acertada y acusa una dirección técnica en el Estado Mayor.

Durante dos días seguidos —1 y 2 de abril— la lucha adquiere caracteres de ferocidad. El enemigo no cede el terreno sino metro a metro, y multiplica sus contrataques en todas direcciones, de noche, de día, siempre con tropas que parecen impulsadas por la desesperación. La 5.ª de Navarra, que marcha bordeando el Segre, ocupa unas alturas junto a la ciudad; la 150, que cubre el ala izquierda, trata de envolver la ciudad por el Norte, y tras reiterados esfuerzos llega a la carretela de Monzón a Lérida, donde sólo con una energía indomable logra sostener la línea alcanzada.

La 13, que va en el centro del dispositivo, sólo avanza a costa de grandes sacrificios. A los días sin bajas, o con muy pocas bajas, han sucedido los partes que acusan 300 el día 1, 400 el 2, 250 el 3; la 4.ª Bandera de la Legión lucha en vanguardia con una fiereza indescriptible; frente a las 16 baterías enemigas que los observatorios han registrado, tiran incesantemente todas las piezas del Cuerpo de Ejército; los aviones luchan en el aire con particular furia.

Se acusa la llegada de la 37 Brigada roja, procedente del frente madrileño de Las Rozas. El día 3 los atacados recurren a las últimas fuerzas de que disponen: el 40 Batallón de Carabineros y los Grupos de Asalto 4.º, 5.° y 15, toman posiciones en las masías inmediatas a la población. El 4 entra en fuego la 13 Brigada internacional.

«Desde los primeros momentos, al llegar a Alcarraz —dice la Memoria de la 13 División— se recibe fuego de artillería, encontrándose más tarde los camiones con fuertes resistencia de carros e Infantería enemiga, viéndose obligadas las tropas a bajar de ellos para desplegar a cinco kilómetros de Lérida.

Los días 31 de marzo y 1 de abril se monta el ataque, avanzando nuestras líneas para buscar la base de partida. A Lérida ha legado «El Campesino» con sus dos viejas Brigadas, ha detenido a los que huían, les ha dado armamento nuevo y ha fusilado a unos cuantos para volver a la disciplina; todo ello además de saquear la población (las mochilas de los milicianos muertos estaban llenas de medias de seda); a su derecha entran en línea dos Brigadas internacionales. Su manera de actuar es la de siempre; resistencia tenaz, seguida de contrataques de día y de noche.

El día 2 se inicia el ataque; el avance sobre el Castillo de Gardeny —que cubre la ciudad a la derecha— es contenido con carros y un fuego feroz de ametralladoras que rasan la meseta sobre que se eleva; al mismo tiempo, desde la otra orilla del Segre y por nuestro flanco, el enemiga realiza imponentes concentraciones de artillería que corrige sobre nuestras fuerzas. El momento es bien difícil, pero el Tabor de Ifni, en una de sus más valiosas actuaciones, precedido por los carros que manda el capitán Godoy —muerto gloriosamente más tarde con la Laureada sobre su pecho — y haciendo caso omiso del fuego, del que es imposible guardarse, se lanza bravamente al través de la meseta y ocupa el Castillo. El capitán Baliño, que ha arrastrado con su ejemplo de valor insuperable a sus hombres, cae muerto antes de llegar a él. Ocupada esta posición que domina los puentes y es ya un barrio de Lérida, continúa el avance para cercarla y ocupar el Castillo principal que la domina, pero la noche llega y se suspende el ataque.

El día 3 se estrecha el cerco, venciendo la enorme resistencia que opone el enemigo, amparado en un terreno de huertas cortado por acequias de riego y en el que el arbolado impide corregir y actuar a la artillería, y hacia las cuatro de la tarde, después de ocupada la estación, Ifni-Sahara ocupa el Castillo. Lérida está en nuestro poder.

Inmediatamente, la 150 remontó el frente hacia el Segre, lo consolidó mediante el dominio de todas las posiciones al Norte de la ciudad, enlazó estrechamente con el Cuerpo de Ejército de Aragón y coronó esa operación brillantísima y especialmente áspera, que ponía fin, por este lado, a la batalla de Aragón. Dos enormes voladuras destrozaron en pedazos los puentes de Lérida sobre el Segre, la ciudad quedó sin comunicación hacia el interior de Cataluña, apostáronse los rojos en los barrios de la orilla izquierda y Yagüe recibió orden de hacer alto y esperar nuevas órdenes. El 4 de abril, las Instrucciones Generales del Ejército habían quedado cumplidas totalmente. Se había llegado a la confluencia del Noguera con el Segre, fortificado la margen derecha de este río, destrozado al enemigo en campaña, tomado el parque de artillería del Ejército del Este, con seis piezas más, cinco blindados, dos carros rusos con cañón, los talleres de carga de cartuchería, un taller de construcción de cajas de fusil, documentación inacabable, cartografía, depósitos de municiones y dos hospitales. El número de prisioneros hechos por el Cuerpo de Ejército Marroquí pasaba de 7.000. Así terminaba en Lérida uno de los capítulos más importantes de la guerra de España.»

Con García Valiño y el Cuerpo de Tropas Legionarias en ruta hacia Gandesa y Tortosa

En la descripción que hemos hecho de las operaciones llevadas a cabo al Sur del Ebro durante el primer tiempo de la batalla de Aragón dejamos al Cuerpo de Tropas Voluntarias (General Berti) en la línea del Guadalope, ocupados la ciudad de Alcañiz y el pueblo de Castelserás, donde se establecieron dos cabezas de puente. Al dictar las «Instrucciones generales» para el segundo tiempo, se indicaba que el enemigo trataba de rehacerse al Este del Guadalope y que era necesario batirlo en una nueva etapa ofensiva, para lo cual se asignaba al Cuerpo Voluntario la misión de reanudar la marcha hacia el mar, en dirección Alcañiz-Gandesa-Tortosa, llevando su flanco derecho cubierto por la 15 División (General García Escámez), y enlazando por la izquierda con la Agrupación García Valiño, que marcharía en la dirección Caspe-Gandesa-Mora de Ebro, mientras la División de Caballería, en líneas móviles, cubriría el Ebro.

Este segundo tiempo aparece en el frente legionario muy matizado de singularidades delicadas y de gran complejidad. La fina sensibilidad de un Mando muy preparado podrá llevar adelante la maniobra con la precisión y belleza que vienen siendo características de la «batalla de Franco».

En efecto; apenas las columnas se ponen en marcha el día 20 de marzo, rumbo al Este, el enemigo, que, como en el resto del frente, ha

recibido muchos refuerzos, recobra su tesón y su espíritu defensivo. Parte del Cuerpo de Ejército Voluntario toma como eje de marcha la carretera de Alcañiz a Gandesa y trata de situarse en la vital zona de comunicaciones de Valdealgorfa; otra parte sale de la zona de Casrelserás y toma la carretera que sigue hacia Torrevelilla. Antes de llegar a este pueblo hace su aparición una Brigada de Carabineros que, pegándose tercamente al terreno, cruza fuegos intensos; las tropas legionarias varían bruscamente su dirección local, y remontando hacia el Norte se lanzan sobre los pueblos de La Codoñera y Torrecilla.

Dos Divisiones rojas, traídas a toda prisa del Ejército del Centro, se oponen al avance legionario; una de ellas es la de Lister; en la otra va una Brigada de «El Campesino»; las otras dos se dirigen a Lérida, donde ya hemos visto cómo se batieron contra el Cuerpo Marroquí. Una Orden del día comunica a la División Lister que va a combatir contra fuerzas «que ya ha vencido en otras ocasiones», y para reforzar más la moral se le añade que los legionarios están replegándose y abandonando el terreno conquistado en días anteriores; debieron haber añadido que por aquel sector andaba victoriosa, la 1.ª de Navarra.

La división «Littorio» se adueña el día 20 del pueblo La Codoñera, pero durante la noche quedan los Batallones de vanguardia sometidos a violentísimos contrataques, en los que toma parte Lister, apoyado por una brigada de la División roja, llegada del frente de Madrid. Pasa el día 21 sin que los contrataques cedan; los legionarios conservan encarnizadamente el terreno, mas no pueden progresar porque la actividad de las reacciones rojas no les permite un instante de reposo.

En el núcleo de Valdealgorfa la resistencia es igualmente poderosa. Hay que renunciar al ataque frontal a fin de evitar bajas inútiles, y se maniobra ampliamente para rebasar las líneas rojas y envolverlas.

Otro punto donde la resistencia se presenta encarnizada es el sector de Torrevelilla. «Flechas Azules» y «Flechas Negras» conciertan una operación que consiste en encerrar dentro de una «tenaza» las posiciones enemigas; pero el número de ametralladoras y la decisión de los atacados impide que la marcha pueda llevarse a efecto en el tiempo calculado. Cuando la noche se echa encima, los rojos, no sólo dispuestos a defenderse, sino resueltos a contratacar con todas sus fuerzas, desencadenan una violenta acción que toma de frente el dispositivo de los «Flechas Negras». Estos no se mueven; en medio de la oscuridad, las órdenes se circulan con normalidad plena y el fuego se sostiene incesante.

Hora tras hora, los contrataques tratan de romper el frente legionario, pero transcurre la noche sin que el propósito se cumpla. Por el contrario, son los propios «Flechas» legionarios quienes a las siete de la mañana del 22, y a la vista de la fatiga que se ha apoderado de las vanguardias rojas, se lanzan al asalto de las posiciones, arrollan las defensas y obligan a la 3.ª División a retirarse hacia las estribaciones de la Ginebrosa. Mediada la mañana, nuevas órdenes mandan disponer los Batallones de «Flechas» para apoyar las operaciones principales hacia Gandesa, y el sector de Torrevelilla queda a cargo de la 15 División. García Escámez continúa el ataque legionario, y mediante una embestida irresistible conquista Torrevelilla tras varias horas de choque.

Los días 27, 28 y 29 de marzo el Cuerpo Voluntario mantiene su vigoroso ataque contra el centro del dispositivo rojo entre Alcañiz y Gandesa; las líneas enemigas no ceden; pero ese ardor del encuentro permite a las dos alas —entre Caspe y Torrevelilla— maniobrar rápidamente, de suerte que García Valiño llega a Maella y García Escámez sube a las alturas de la Ermita de San José. Entonces las vanguardias de las tropas legionarias abandonan hábilmente el ataque frontal, suben hacia Mazaleón, cortan la carretera que sube desde Calaceite, descienden veloces al pueblo y ponen a las Brigadas rojas en la ineludible necesidad de abandonar este durísimo sector del frente y replegarse en dirección de Gandesa.

El 1 de abril toda la masa de tropas, desde la Agrupación Valiño hasta el ala derecha legionaria, ha cruzado el río Matarraña; la 100 Brigada roja ha combatido con verdadera violencia para cerrar el paso, pero se ha impuesto el ímpetu del Cuerpo Voluntario, que por la noche dejó a retaguardia una de las zonas de operaciones que más dificultades presentaba.

Según Valiño, la marcha de su Agrupación se llevó a cabo en un amplio frente de dos Brigadas, sin otra artillería que la divisionaria a lomo y una dotación reforzada (200 cartuchos) por individuo.

El objeto de la operación —añade— no era combatir, sino sorprender al enemigo con aquel cambio rapidísimo del punto de aplicación del avance, atravesando una zona desprovista de comunicaciones importantes y que por tal causa era de esperar que estuviese muy poco vigilada.

Es clarísimo que el Estado Mayor del Ejército del Este conoce los propósitos generales de Franco, y sabe que es intención de las tropas nacionales seguir hasta el mar Mediterráneo y cortar en dos la España roja.

Por eso ponen tan extraordinaria tenacidad en impedir que a lo largo de la carretera de Gandesa a Tortosa se produzca un avance rápido. El día 2 de abril las vanguardias legionarias se encuentran a unos 60 kilómetros de Alcañiz. Esta velocidad de marcha ha sido posible gracias a la maniobra envolvente que la División «23 de Marzo» ha desarrollado para situarse a la espalda de Valdealgorfa y tomar de revés las fortificaciones enemigas. Están en poder de los «Flechas» todas las alturas de La Codoñera y del macizo de Mirablanco. Las tropas italianas se baten admirablemente. Con justicia puede escribir un corresponsal:

> «Desde Alcañiz al Matarraña, el camino recorrido es el más duro, el más sangriento que hemos conocido en toda esta campaña, la cual encuentra en sus cruces de carreteras, en estos caminos que llevan al mar, su conclusión. El enemigo no solamente ha intentado resistir, sino contratacar con todos sus medios. Ha traído este sector sus mejores tropas de choque, ha concentrado toda su artillería; los legionarios, la Infantería legionaria, han sostenido durante diez días y diez noches un continuo combate, han avanzado en terreno descubierto, han capturado carros rusos, han parado todos los golpes, los esperados y los inesperados, de frente y por la espalda, siempre alineados, compactos, entusiastas como el primer día. El enemigo, que esperaba superar en este terreno el obstáculo de la artillería legionaria, ha recibido la lección más dura merced al coraje, al ímpetu, al sacrificio de la Infantería.»

Y he aquí que el día 2 de abril, mientras Yagüe está entrando en Lérida, la Agrupación Valiño acomete y da remate a una maniobra envolvente del más admirable estilo. En el capítulo anterior, al dar cuenta de los movimientos llevados a cabo por la 1.ª División de Navarra, hemos aludido a la sorprendente marcha que, durante la noche, sin preparación especial y sin cobertura en los flancos, efectuó García Valiño al Norte de Gandesa. No repetiremos aquí lo que en aquella página ha quedado expuesto. Gandesa parecía muy lejana todavía de las armas legionarias, y aunque la resistencia de los núcleos de comunicaciones había sido vencida, algunas observaciones permitían sospechar que en los alrededores de Gandesa sería necesario librar nuevos combates. En la noche del 1 al 2 García Valiño pareció lanzarse a lo desconocido. Escalando lomas, salvando barrancos, esquivando puestos de centinela, ocultándose a la observación de las patrullas enemigas, toda la División, con otras fuerzas de Infantería y algunos elementos de Caballería se lanzó hacia adelante. Al amanecer, dos Brigadas rojas que cubrían el sector se vieron sorprendidas por el movimiento, y dicho sea en justicia, trataron de reaccionar rompiendo el ataque. Otras dos quisieron abrirse paso; pero las cuatro fueron derrotadas inexorablemente, y hubieron de abandonar sobre el

campo gran parte de su material. La 1.ª de Navarra se hizo cargo de 20 camiones cargados de municiones, una cantidad considerable de gasolina, seis automóviles, 100 ametralladoras, 200 fusiles-ametralladores, centenares de fusiles de repetición, un tanque ruso, seis cañones antitanques y varios depósitos completos de municiones de artillería. Una Brigada entera de prisioneros fue enviada a la retaguardia, y con ella, dos jefes de Estado Mayor, 10 comandantes y unos 50 oficiales. La marcha había pasado por Villalba y Batea, entró en Gandesa después de rebasarla por el Norte, conquistó el pueblo de Corbera y subió a los picos de la Sierra de Caballs.

Al mismo tiempo, las Divisiones legionarias recogieron el fruto de sus durísimas jornadas anteriores y vinieron a instalarse en Gandesa, confirmando oficialmente dicha ocupación.

El comunicado oficial del Cuartel General del Generalísimo elogió el comportamiento del Cuerpo Voluntario diciendo:

«El Cuerpo de Tropas Legionarias ha alcanzado hoy una señaladísima victoria. Después de haber arrollado la dura y tenacísima resistencia del enemigo, una parte de estas tropas ha conquistado brillantemente la importante ciudad de Gandesa. Otra parte, marchando por la parte de la carretera de Bot y de Prat de Compte, cruzó el paso de la Sierra de Pandols y, mediante una amplia y admirable maniobra, alcanzó las posiciones situadas a dos kilómetros del cruce y de esta carretera con la de Gandesa a Tortosa. La resistencia que las fuerzas legionarias han vencido en este punto ha sido fortísima, porque el enemigo se hallaba atrincherado en importantes obras de fortificación, muchas de ellas de cemento, y las ha defendido furiosamente.»

Al día siguiente las vanguardias legionarias continuaron el avance, conquistaron el pueblo de Pauls y el Vértice Rey. ¡Emocionante recuerdo el de los combates por el Vértice Rey! Allí quisieron encontrar un punto de apoyo las Brigadas de Lister; allí asaltó frenética una parte de la División «Littorio»; allí contratacó Lister, y por un momento pensó haber obtenido un éxito local; pero la «Littorio» se revolvió sobre sí misma, y al final del día había llegado al kilómetro 4 de la carretera de Pauls a Cherta. A 22 kilómetros de Tortosa se encontraba el Cuerpo de Tropas Voluntarias el día 7 de abril.

Es interesante leer el relato que el ilustre jefe de la 1.ª de Navarra nos ofrece al referirse a la dramática marcha sobre Gandesa. Veamos:

«El Tercer Regimiento, avanzando por la carretera de Gandesa en medio de un silencio impresionante, emprendía su marcha hacia el objetivo final; se le pedía un esfuerzo sobrehumano que solamente fuerzas como aquélla, excepcionales, serían

capaces de llevar a cabo. Duró la marcha cinco horas, que parecieron interminables, hasta que un súbito y rudo combate de fusilería y granadas nos anunció que se había establecido contacto con los servicios exteriores de la ciudad. A poco, un parte escueto de su jefe confirmaba su ocupación a las cinco horas treinta minutos del día 2 de marzo.

Que la operación había sido decisiva lo demostraban los hechos acaecidos desde la tarde anterior: ya en Villalba de los Arcos se había hecho prisioneros a las fuerzas de un Batallón enemigo, que transportado en camiones se dirigía al frente. Durante la noche la agitación no había cesado. El enemigo reaccionaba sobre Villalba de los Arcos y Pobla de Masaluca para abrirse paso; fuerzas que iban y venían de la retaguardia al frente y viceversa iban cayendo en nuestro poder irremisiblemente En Villalba, donde quedó establecido el Cuartel General de la División 1.ª, las patrullas de vigilancia propias tenían que defenderse con granadas de mano y fusilería de las agresiones en las encrucijadas de las calles y desde las casas del pueblo.

Amaneció el día 2 en la mayor de las incertidumbres. Tras de las columnas equipadas a la ligera, ni un solo elemento de aprovisionamiento o evacuación había llegado de Nonaspe. La comunicación entre Pobla de Masaluca y Villalba de los Arcos había quedado cortada por el enemigo, que cogía prisioneros a cuanto personal propio había intentado pasar durante la noche o al amanecer. Las municiones de Infantería y Artillería, que tan necesarias iban a ser aquel día, ni habían llegado, ni se tenía la más remota noticia de ellas. Todo dependía del ataque de la División 55, a la que se había ordenado que lo hiciera al punto del día a fin de completar el desmoronamiento del frente enemigo, al que todavía a aquellas horas no habrían llegado sino noticias confusas de que nuestras fuerzas cerraban por retaguardia sus comunicaciones y, por tanto, se mantenía inalterable, al parecer, en sus posiciones. Pero la División 55 no atacaba, puesto que ningún síntoma de combare se advertía desde Villalba, situada a unos 15 kilómetros a retaguardia La angustia en el Cuartel General iba en aumento, sin que trascendiera a las tropas y mandos subalternos, que nada sospechaban. Sin comunicación telefónica ni radio, con la base de partida del día anterior y, sin que, como se ha dicho, ningún síntoma de descomposición fuera advertido en el enemigo. Irradiando de Villalba, nuestros escasos batallones de reserva se emplearon, unos a restablecer la comunicación con Pobla de Masaluca y buscar enlace a retaguardia, y otros en protección cerrada de la Artillería y en reconocimiento de pequeño radio sobre los bosques próximos donde se escondían los desorientados efectivos enemigos que, perdida la noción de su situación, se entregaban dócilmente a patrullas propias muy inferiores en número.

Las casas de Villalba estaban abarrotadas de prisioneros. Las municiones no llegaban. No se restablecía la comunicación con retaguardia. El desbordamiento provocado del río Algas continuaba imposibilitando el paso de ganado y vehículos por el itinerario seguido el día anterior. ¿Quiénes eran los prisioneros? ¿Ellos o nosotros?

Por fin, a las 11 de la mañana avanzaba sin resistencia la División 55 en dirección a Villalba; el brillo de las armas y una densa polvareda nos lo anunció. Los pechos se ensancharon y un suspiro de alivio y satisfacción salió de todos los que

componían el Cuartel General de la División 1.ª La victoria estaba consumada, y ya nadie nos la podría arrebatar. Como por arte de magia todo se consiguió fácilmente desde entonces; se restableció la comunicación telefónica y por radio; pasó la Artillería y el convoy de municiones el Algas y se pudo hacer el recuento del botín conseguido; se cogieron al enemigo 1.200 muertos con armamento abandonados en el campo de la acción, entre ellos, el jefe de Estado Mayor de la 11.ª Brigada Internacional; 1.560 prisioneros, casi todos ellos de las 11.ª y 14.ª Brigadas Internacionales, que fueron aniquiladas; el jefe de Estado Mayor de la 14.ª Brigada Internacional y la compañía de ametralladoras de la escolta personal del cabecilla Walter, jefe de las fuerzas enemigas; más de 4.000 fusiles, 29 ametralladoras y dos piezas contracarro a más de gran cantidad de material de guerra de roda clase.

A las pocas horas se recibió el siguiente telegrama, que fue recompensa preciada para tan brillantes tropas y que reflejaba la importancia que el Alto Mando concedía a esta operación:

«Del Generalísimo a General Jefe 1.ª División.—Felicito a V. E. por la brillantísima operación realizada venciendo primero tenaz resistencia del enemigo y aprovechando después el éxito obtenido para con gran rapidez llegar a la ocupación de Gandesa. Hago extensiva esta felicitación a jefes, oficiales, clases y soldados que con tanto acierto le secundan.—Generalísimo FRANCO.»

* * *

No había que desconocer los esfuerzos enemigos. La experiencia del Vértice Rey señalaba una decisión violentísima por parte de los rojos de resistir a toda costa. Durante cuarenta y ocho horas se habían mantenido en la altura de Rey, bajo un fuego de artillería que teóricamente parecía insoportable. Fue necesario que el 7.º Regimiento de la «23 de Marzo» maniobrara y se apoderase por sorpresa de la cota 183, dominada la cual tuvo el enemigo que ir dejando otras cotas de menor altitud. Por fin, la operación fue ganando bases de partida para los legionarios, y se pro dujo el emocionante asalto en masa a la cota 416, término de una serie de combates encarnizados. La enseñanza de estos combates y las informaciones del campo enemigo señalaban un recrudecimiento de la defensiva. ¿Sería posible continuar de frente la marcha hasta Tortosa? Antes había que conquistar el poblado de Cherta; pero se encontraban los legionarios con que desde la orilla izquierda del Ebro, situados en montañas formidables, los rojos hacían un constante fuego de contrabatería, el cual apoyaba profundamente una innumerable serie de nidos de ametralladora, perfectamente establecidos y muy bien calculados para taponar los posibles pasos hacia el Este.

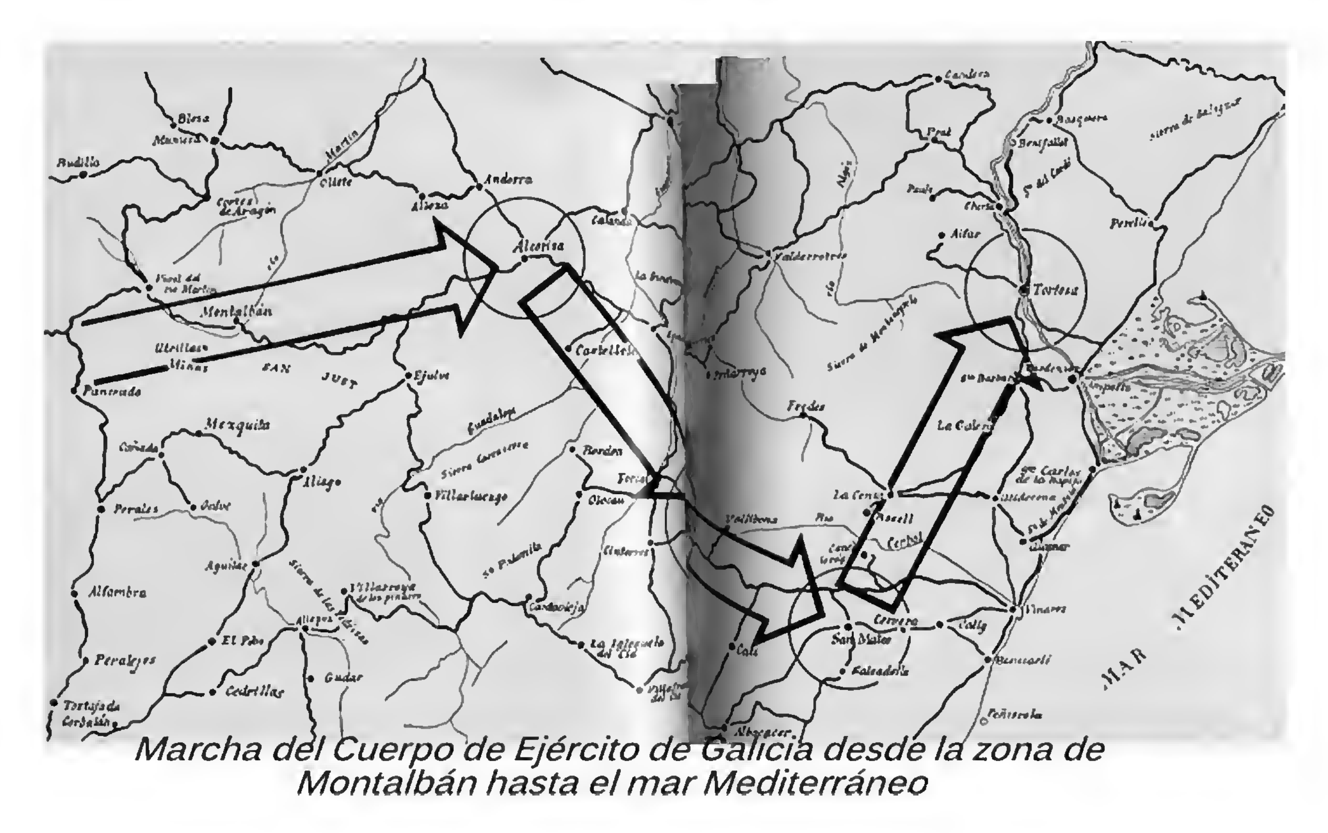
Podrán muchas gentes creer que los territorios gandesinos y tortosinos, ya tan próximos al mar azul, son fáciles, apacibles, dulces. Pero no es así. La aspereza del terreno y la elevación de las cotas, el cruzamiento de los vericuetos entre sí y la sucesión de lomas de áspero acceso, se mantienen prácticamente hasta la misma costa; de suerte que las dificultades topográficas no cesan hasta que los soldados llegan a bañar sus cuerpos en las aguas del Mediterráneo.

El avance legionario desde Gandesa a Pauls y a Pinell fue duro, pero tolerable; las tropas de Valiño, que iban a la izquierda, alinearon su frente con el legionario mediante la ocupación de Ascó, Flix y Mora de Ebro; las de García Escámez, que iban a la derecha, dedicaron días y más días a cruzar Sierras imponentes, hasta que consiguieron establecerse triunfales en los montes de Beceite, refugio de los Batallones del General carlista Cabrera durante la guerra civil de los siete años.

Al llegar frente a Cherta, el Cuerpo Legionario se encontró con que su avance se encajonaba entre posiciones muy bien defendidas; algunas de ellas estaban fuera de su alcance, porque se trataba de cotas vigilantes sobre la orilla izquierda del Ebro. Gran parte de la División Lister, más las Brigadas 68, 31 y 33 estaban allí, con una densidad fuerte, con mucho armamento y no escasa decisión. Los rojos no podían menos de advertir la inmensa importancia que para ellos tenía la conservación de Tortosa. Por eso se defendían desesperadamente, poniendo en la defensa su máximo esfuerzo y toda la furia y el coraje de que eran capaces. Frente a esa resistencia enemiga cabía un gran ataque frontal, que una vez más hubiera roto el frente rojo en la región de Cherta. Esto suponía una cantidad considerable de bajas, dado el fuego enemigo. Cabía, igualmente, un movimiento envolvente por los montes de Beceite, empleando en ello núcleos importantes de tropas maniobreras. Pero esos montes y pasos de Beceite —refugio inviolado de los carlistas durante la guerra antes aludida — están absolutamente desprovistos de comunicaciones. El envolvimiento por las montañas ofrecía, en consecuencia, pésimas condiciones logísticas. El Generalísimo, que es hombre de mirada vasta y que gusta de encaminar sus planes por los caminos de la lógica y de la eficacia, considerando la situación que la realidad creaba delante de las Divisiones legionarias, concibió un movimiento mucho más amplio. Las ciudades o los sectores vitales se envuelven unas veces por sus cercanías, otras a gran distancia; en ambos casos se puede lograr el efecto táctico apetecido; pero la maniobra a distancia suele tener la virtud —cuando triunfa, como en esta ocasión— de añadir a los resultados tácticos importantes consecuencias

estratégicas. A este tipo de maniobra vamos a asomarnos ahora. La Agrupación García Valiño empieza a salir apresuradamente del sector que ocupaba a la izquierda de los legionarios. ¿A dónde se encamina? ¿Qué nueva misión se le asigna?

Esperemos Para terminar este resumen sobre la maniobra legionaria, digamos solamente que esas tropas han dado, durante toda la batalla de Aragón, muestra, muy cumplida de organización, técnica, exactitud en los servicios, estudio serio de los problemas, espíritu de disciplina, de obediencia y de fe; el arrojo de la Infantería ha sido en todo instante admirable; la Artillería y la Aviación han obtenido los resultados que se les pedía; ahora, el Cuerpo Voluntario se encuentra orientado en una dirección erizada de dificultades que no hay para qué afrontar inútilmente, ya que pueden ser superadas por otros métodos. Cuando la situación táctica se haya modificado, lanzarán su último ataque triunfal en un paisaje hecho de vericuetos olorosos a olivo y a tomillo serrano.



Marcha del Cuerpo de Ejército de Galicia desde la zona de Montalbán hasta el mar Mediterráneo

Marcha y conversiones del Cuerpo de Ejército de Galicia desde la carretera de Alcañiz hasta el mar Mediterráneo

Nos toca ahora resumir la última parte de la gran batalla de Aragón, aquella que corresponde al Cuerpo de Ejército de Galicia y que no,

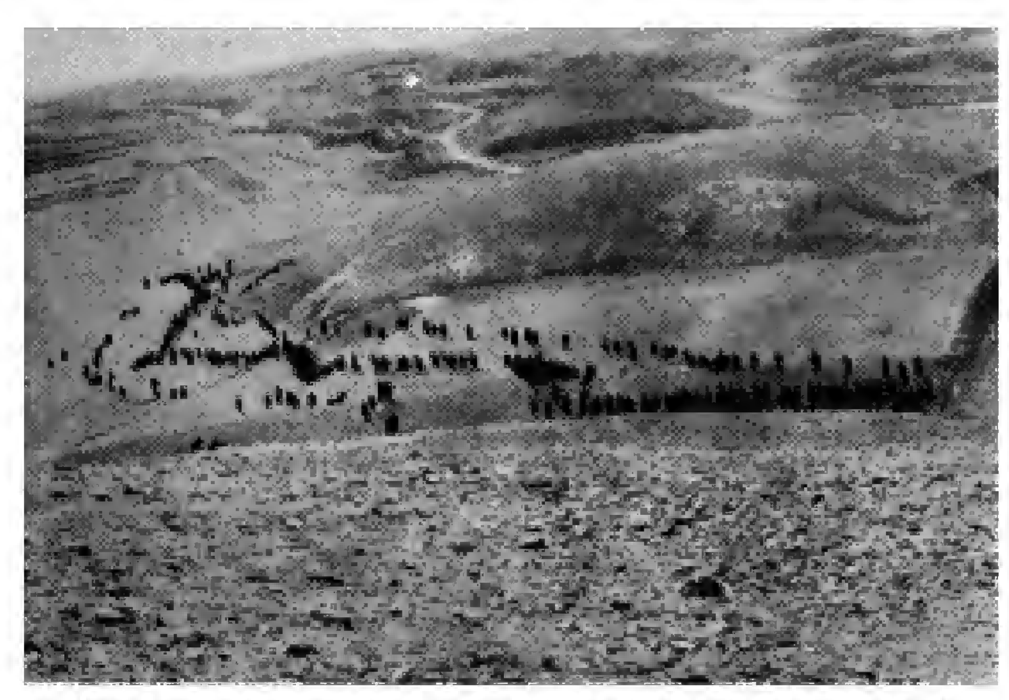
conducirá en muy pocas jornadas, aunque todas ellas extremadamente duras, hasta las aguas mismas del mar Mediterráneo.

Al terminar el primer tiempo de la batalla (operaciones Sur del Ebro) quedaba ese Cuerpo en la zona de Alcorisa, orientado al Este, en dirección general Alcañiz. Cuando todo el dispositivo se pone nuevamente en marcha, el General Aranda va a cumplir dos misiones que, en realidad, se reducen a una invadir el Maestrazgo, con ocupación de su capital, Morella, y continuar el avance hasta el mar; así partirá en dos el territorio de la España sometida al Gobierno de Barcelona.

A una con el Cuerpo Voluntario, con la División 15.ª y con la Agrupación Valiño, Aranda reanuda su maniobra. Bruscamente, desde el sector de Alcorisa, ordena una conversión del frente hacia el Sudeste. Es el primero de los movimientos de esta índole que le veremos llevar a efecto antes de que haya terminado la batalla. Las tropas de Galicia van a enfrascarse en la difícil aventura —doy a esta palabra su sentido más noble — del Maestrazgo. Al flanco izquierdo de Aranda marcha la División 15.ª, que por el ala opuesta apoya al Cuerpo Voluntario. El Cuerpo de Galicia encuentra delante de sí un terreno que, si se me permite la palabra, llamaré endemoniado.

Allí, las perspectivas se cierran a unos centenares de metros, porque las enormes montañas se cruzan y entrecruzan en un laberinto inextricable, y hace falta, o un dominio serio de la táctica, o un aguzado instinto guerrero para no arriesgar ningún paso en falso y para no caer en las tretas y celadas que tiende el enemigo. Al propio tiempo, el esfuerzo que se exige a las tropas es penoso; el General del Cuerpo de Galicia cuidará excepcionalmente de no sobrepasar el límite de la resistencia física de sus soldados y de señalarles objetivos que puedan cumplirse en la jornada mediante marchas razonables.

En esta primera conversión, rumbo al Sureste, Aranda busca la corriente del río Guadalope; antes del río hay un obstáculo de consideración el pueblo de Castellote; después del Guadalope se alza la imponente Sierra de La Ginebrosa.



Columnas nacionales en un avance durante la batalla de Aragón

En vanguardia salen la 4.ª de Navarra, la 82 y la 83 Divisiones; la 84 queda encargada de cubrir el flanco, constituyendo una línea defensiva móvil; una de sus primeras misiones consiste en ocupar el macizo de La Ginebrosa. Sin él resultaría muy difícil el avance, no sólo del Cuerpo de Ejército de Galicia, sino de las tropas que lleva a la izquierda. Del 27 de marzo al 15 de abril, las más altas montañas quedan conquistadas por ese lado.

Enfrente del grueso de las tropas de Galicia está la línea del río Bergantes, y más allá la carretera que partiendo de Valdealgorfa va a Castellón de la Plana por Morella. Para alcanzar este segundo objetivo hay que luchar mucho, trepar a cumbres difíciles siguiendo senderos casi intransitables, dominar zonas peligrosas y reducir fuerzas enemigas insistentemente agresivas. Aranda llega previamente a los pueblos que dominan los accesos transversales hacia la carretera mencionada, tales como Zorita y Ortells; después de estas operaciones de acercamiento, las vanguardias pisan la carretera de Morella, y se sitúan en Monroyo, en Torre de Arcas y en la crítica posición de La Poblera. A partir de ahí, la marcha hasta Morella es relativamente fácil; pero sólo relativamente, porque si seguimos ese movimiento sobre un mapa de la región, nos daremos cuenta de que mientras se llevaba a cabo el avance Aranda iba creando a su derecha un flanco de un centenar de kilómetros, aproximadamente; ese flanco le obligaba a dejar tropas y guarniciones situadas sobre posiciones muy escogidas, a fin de que el enemigo no pudiera reaccionar jamás con probabilidades de éxito contra las líneas de comu-

nicaciones. Esta creación de un flanco tan extenso, y la organización de su solidez y de su defensa, son, desde el punto de vista militar, el mérito mayor de la maniobra emprendida por el Cuerpo de Ejército de Galicia al través del Maestrazgo.

La lucha tuvo características de gran dureza en los dos primeros días; pasados los cuales, los accesos a la provincia de Castellón quedaron abiertos, y aunque fue siempre difícil el avance, ya se pudo advertir que el resultado triunfal no se haría esperar.

El día 3 de abril la ofensiva reanudada en Alcorisa el 24 de marzo había conquistado toda la Sierra de San Marcos, o sea, el corazón montañoso del Maestrazgo; el 4, la 4.ª de Navarra pudo salvar los 19 kilómetros que le separaban de Morella y conquistar esta romántica ciudad, que es una de las llaves del Mediterráneo.

Ya han llegado a Morella los soldados gallegos. La sede invicta de don Ramón Cabrera durante la primera guerra carlista entraba así en el seno de la España nacional. Un movimiento envolvente de las vanguardias permitió al General Aranda conquistarla, pese a las excelentes defensas que la Naturaleza se ha complacido en acumular en torno a Morella. Es en esta ciudad, prodigiosamente sugestiva, donde Aranda se dispone a cumplir la última parte del plan del Generalísimo el salto hasta el mar. El terreno es difícil y las comunicaciones muy exiguas; una sola carretera, en mal estado, deberá servir para el transporte de todas las tropas y de todo el material. Sobreviene en este momento la segunda conversión del frente; conversión que toma rumbo franco hacia el Este; los objetivos son el pueblo de San Mateo y el cruce de carreteras de Chert.

Pero he aquí que, para colmo del interés militar, acaba de llegar a estos sectores del Maestrazgo la 1.ª División de Navarra, aquella que hemos dejado tomando los camiones en Corbeta, en Flix, en Mora de Ebro…

Va a colaborar con el Cuerpo de Ejército de Galicia. Operará por las alas y forzará el desfiladero de Chert. Como misión principal de esta División figura la de alcanzar la costa a la altura de Alcanar y llegar al Ebro entre Tortosa y la desembocadura.

El 5 de abril las primeras unidades de Galicia dan vista al Mediterráneo.



Jubilosa llegada de los soldados nacionales al Mediterráneo

Desde los altos puestos montañosos se adivinaba, a los lejos, la bruma marina el viento era más suave; la luz más clara; el cielo más sereno; el paisaje más abierto.

Unos días más tarde, la conquista de Cati y de Rosell permitió establecer un frente de 30 kilómetros de extensión sobre la carretera de Morella a San Mateo y Vinaroz.

Todas estas victorias locales, que tejen la gran victoria general, se logran a costa de muchos combates y de fuertes sacrificios, porque a lo largo del frente mediterráneo 40 Brigadas rojas se esfuerzan en parar el terrible golpe que les amenaza. Cuarenta Brigadas de distinto valor combativo, pero entre ellas hay algunas que no dejan nada que desear en cuanto a tenacidad y encarnizamiento.

La ocupación del pueblo de Chert el día 12 de abril dio lugar a que el 13 desembocaran tres Divisiones de Galicia en las llanuras levantinas y ocuparan Cervera y San Mateo. Ha tronado la artillería sobre los picos de Turmell; el enemigo ha tenido que ceder el terreno por todas partes; ante el espectáculo de la batalla, Arando pronostica sin temor a equivocarse:

«El día de Viernes Santo estaré en Vinaroz y se habrá cumplido uno de los fines estratégicos más importantes que el Caudillo español ha perseguido».

Alcanzado el cruce de carreteras de Chert, tiene lugar la última conversión del frente gallego. García Valiño recibe orden de envolver por el Sur la región de Amposta y Tortosa. Las tropas del Cuerpo de Galicia tornan rumbo Este-Nordeste. Una de las Divisiones maniobreras —la 84— cubre el flanco de la marcha, orientándose hacia Albocacer; la 4.ª de Navarra sigue la carretera de Vinaroz; la 82 y 81 se lanzan hacia Benicarló. El día 15 de abril la espada del coronel Camilo Alonso, jefe de

la 4.ª de Navarra, traza la señal de la cruz sobre las aguas del mar Mediterráneo. Franco dijo hace tiempo que la guerra estaba ganada; el creador de la maniobra de Aragón lo sabía de antemano; el mundo entero lo comprendía ahora.

La 1.ª División de Navarra marcha velocísima en dirección Norte-Nordeste, y arrolla los obstáculos en Cenia, en Canes, en San Rafael del Río, en Ulldecona. Entre el 14 y el 15 había ya alcanzado la costa mediterránea por el sector de Alcanar; el 18 de abril llega a la ciudad de Amposta y San Carlos de la Rápita; el 19 ocupa los barrios de Tortosa sobre la orilla derecha del Ebro. Todo este río ha quedado libre por la mencionada orilla; desde su nacimiento en los montes de Reinosa hasta su desembocadura en el mar, la ribera derecha del Ebro pertenece al Generalísimo Franco. Así ha terminado la batalla de Aragón, la más grande, la más vasta, la más bella y la más perfectamente ejecutada de toda la guerra.

El Cuerpo de Ejército Voluntario avanza desde sus posiciones de Pauls y Pinell hasta Cherta y Roquetas, y la victoria resplandece por todas partes. Tras Vinaroz, las tropas de Aranda, convirtiendo sobre el Sur, descienden hacia Benicarló, y aún bajan más a lo largo de la costa; en dos días, el frente marítimo, abierto como un abanico, tiene 30 kilómetros de extensión.

La España roja está partida en dos. Los objetivos de la batalla han quedado absolutamente logrados en una sucesión de maniobras que empezaron el día 9 de marzo y han terminado el 15 de abril.



La bandera de España es besada por el mar latino

Tres provincias completas, parte del territorio catalán, otra parte Levante, todas las instalaciones eléctricas del Noguera-Ribagorzana, del

Noguera-Pallaresa y del Segre, la Fábrica de productos químicos de Flix —la más importante de España—, docenas de miles de prisioneros, centenares de cañones, millares de fusiles, parques enteros de ametralladoras, material inmenso, han quedado en manos de los vencedores. El Ejército rojo ha sido batido en toda la línea, y sus mejores unidades han quedado destruidas. La derrota tiene para el Gobierno de Barcelona caracteres de catástrofe. Por añadidura, tendrá que batirse desde ahora sobre dos frentes incomunicados entre sí.

Atengámonos al juicio crítico que esta batalla de Aragón mereció al General francés Baratier, quien escribió en la *Revue Politique et Parlementaire*:

> «Es probable que esta maniobra esté destinada a ser el tema de comentarios detallados en las Escuelas de guerra europeas. Nos parece, en efecto, digna de admiración, y susceptible de ser citada como un modelo del ataque decisivo que debe seguir a los sucesivos desplomes de la moral del adversario, una vez que éstos han provocado la discontinuidad de su frente.»



Alegría de sentirse liberados

CAPÍTULO IV

CAMPAÑA DE TERUEL Y DE CASTELLÓN DE LA PLANA. REACCIÓN ROJA EN EL SEGRE

Nueva maniobra del Cuerpo de Ejército de Castilla en la provincia de Teruel. – Reducción del saliente rojo de Aliaga y proyecto nacional de acortamiento de líneas. – Triunfos de la Agrupación Valiño en el Maestrazgo. – Progreso del Cuerpo de Ejército da Galicia hasta Castellón de la Plana. - Importante reacción roja en los sectores de Balaguer y de Tremp. – La bolsa pirenaica de Bielsa. – Avance en el frente andaluz.

Cuando se da por terminada la batalla de Aragón y queda escindido en dos el territorio de la España roja, batidos sus Ejércitos e incomunicado el Gobierno de Barcelona con todas las provincias del Centro y del Sur del territorio, salvo la irregular e insuficiente comunicación aérea y marítima, constantemente hostigada por las fuerzas del bloqueo, hay un instante de expectación. ¿Cuál va a ser la decisión de los Mandos marxistas? ¿Comprenderán, finalmente, que la guerra está perdida para ellos y renunciarán, por consiguiente, a continuar la batalla? O por el contrario, ¿se obstinarán en la lucha y sacrificarán todavía millares y millares de vidas jóvenes, sin otra esperanza que la de un vasto conflicto internacional?

Cualquier gran Estado Mayor, en la posición roja, a la vista de los resultados que ofrece el conjunto de las operaciones de Aragón, pensaría lógicamente en abandonar la partida, porque la situación estratégica y política derivada de la tremenda derrota reciente cierra los horizontes a toda esperanza lógica.

El momento de expectación dura muy poco. Los marxistas, por muy absurdo que ello parezca, se disponen a continuar la guerra. Les anima a ello una serie de factores y de circunstancias que los historiadores políticos deberán examinar, y que aquí enunciaremos brevísimamente:

a) El consejo y aliento de las organizaciones comunistas de todo el mundo, dedicadas a fomentar las posibilidades de conflagración mundial.

b) La incertidumbre dramática de la política europea, que anunciaba una guerra próxima.

e) La situación de la política interior, en la que los cuadros de dirigentes no encuentran otro medio de mantener su dominio y sus privilegios que la guerra.

d) El anuncio de nuevos y fortísimos envíos de material bélico por parte de las fuerzas internacionales simpatizantes con el marxismo.

En todos los pueblos del orbe civilizado la impresión producida por el triunfo de Franco en Aragón y en las orillas del Mediterráneo es decisiva. La seguridad de la victoria nacional aparece claramente ante los ojos de amigos y de enemigos. Sin embargo… hay que seguir adelante. Los rojos no cejan.

Acabada la ocupación de la orilla derecha del Ebro, mediante la maniobra de Valiño y del Cuerpo Legionario entre Pauls y Tortosa, Franco ordena que comience otra campaña inmediatamente, sin tregua, sin descanso.

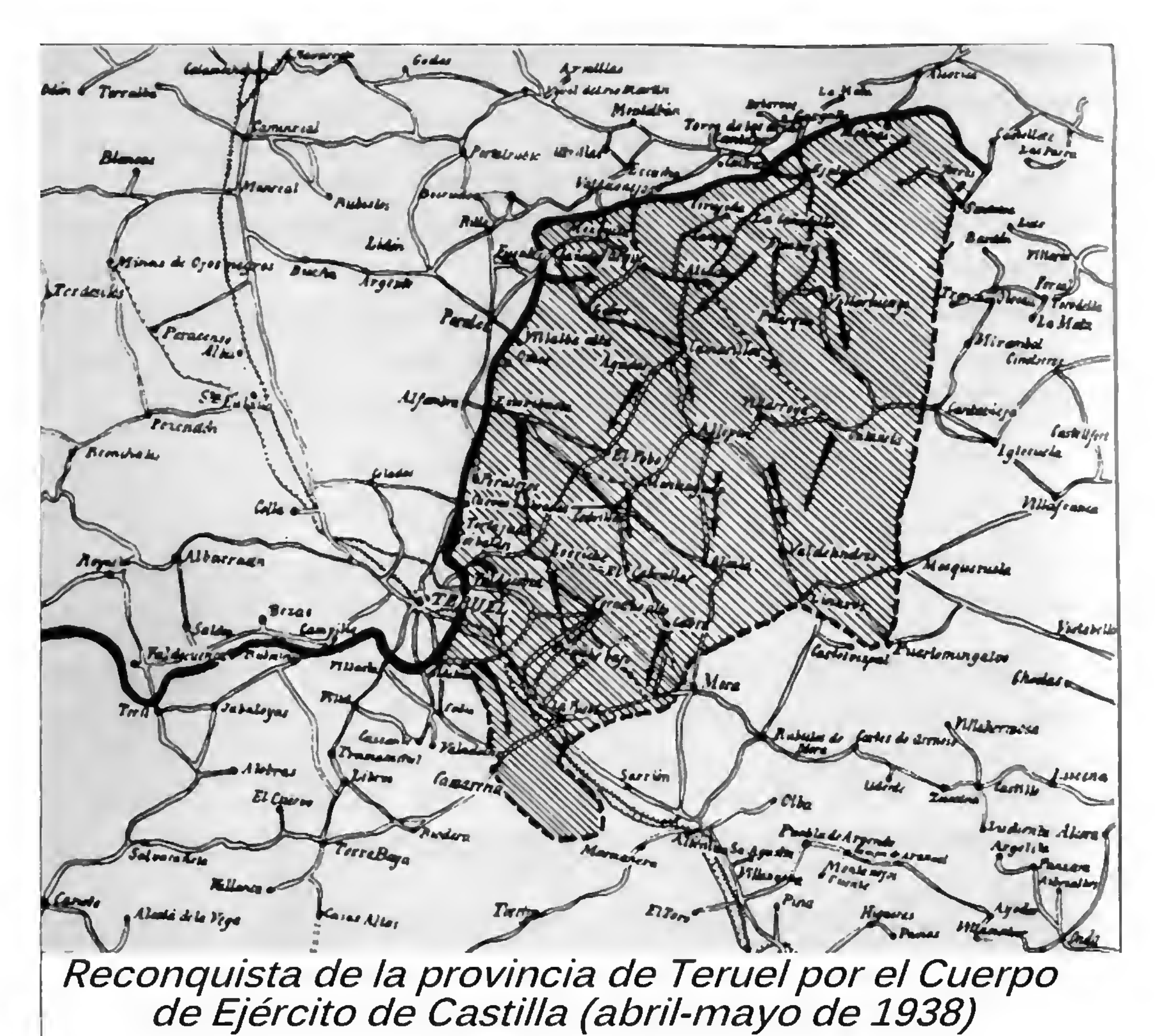
Esta nueva campaña se abre el día 23 de abril, tiene por escenario la provincia de Teruel y por protagonista de la maniobra al Cuerpo de Ejército de Castilla, bajo el mando del General Varela.

Campaña de la provincia de Teruel

El Ejército del Norte ha puesto a disposición de Varela siete Divisiones que cubren un largo frente desde el sector de Los Molinos y Ejulve, en las proximidades de la carretera Montalbán-Alcorisa, hasta los derrumbaderos de los Montes Universales. De las siete Divisiones en cuestión, solamente tres intervienen en las primeras etapas de la operación.

Tiene ésta por objetivo reducir el enorme saliente que el frente rojo dibuja en el Norte de la provincia de Teruel, acortar las líneas para ahorrar efectivos, alejar de la carretera de Alcorisa el peligro que supone la presencia próxima de grandes efectivos marxistas y preparar adecuadamente la futura gran batalla de Levante. La ingente curva que el frente nacional dibuja desde el mar Mediterráneo hasta los Montes Universales absorbe un número excesivo de Divisiones, y el Mando del Ejército del Norte desea aminorarlo, para aumentar de ese modo la masa de maniobra.

El acortamiento de líneas ocupará dos fases de la campaña; en la primera, el Cuerpo de Ejército de Castilla debe suprimir la bolsa del Norte de Teruel y descender, atravesando durísimas Sierras, hasta la carretera de Teruel a Sagunto; en la segunda, ese mismo Cuerpo de Ejército, unido al del Maestrazgo (Valiño) y al de Galicia (Aranda), deben alinearse a lo largo del río Mijares, sobre un frente continuo y casi recto, jalonado por la carretera citada, por el valle del Mijares y por las ciudades de Sagunto y Segorbe.



Reconquista de la provincia de Teruel por el Cuerpo de Ejército de Castilla (abril-mayo de 1938)

Finalmente, el Cuerpo de Ejército de Galicia, que ha llegado triunfalmente al mar, se esforzará en bajar hacia el Sur para ampliar todo lo posible la zona marítima dominada; allí le esperan objetivos importantes, como son la ciudad de Castellón de la Plana, las huertas castellonenses, con sus naranjales y sus limonares, los riquísimos pueblos entre Castellón y Valencia y, por último, la huerta valenciana, tentación maravillosa de muchas campañas españolas, antiguas y modernas.

El día 23 de abril de 1938, toda el ala izquierda del Cuerpo de Castilla se pone en movimiento. En una línea que parte del pueblo de

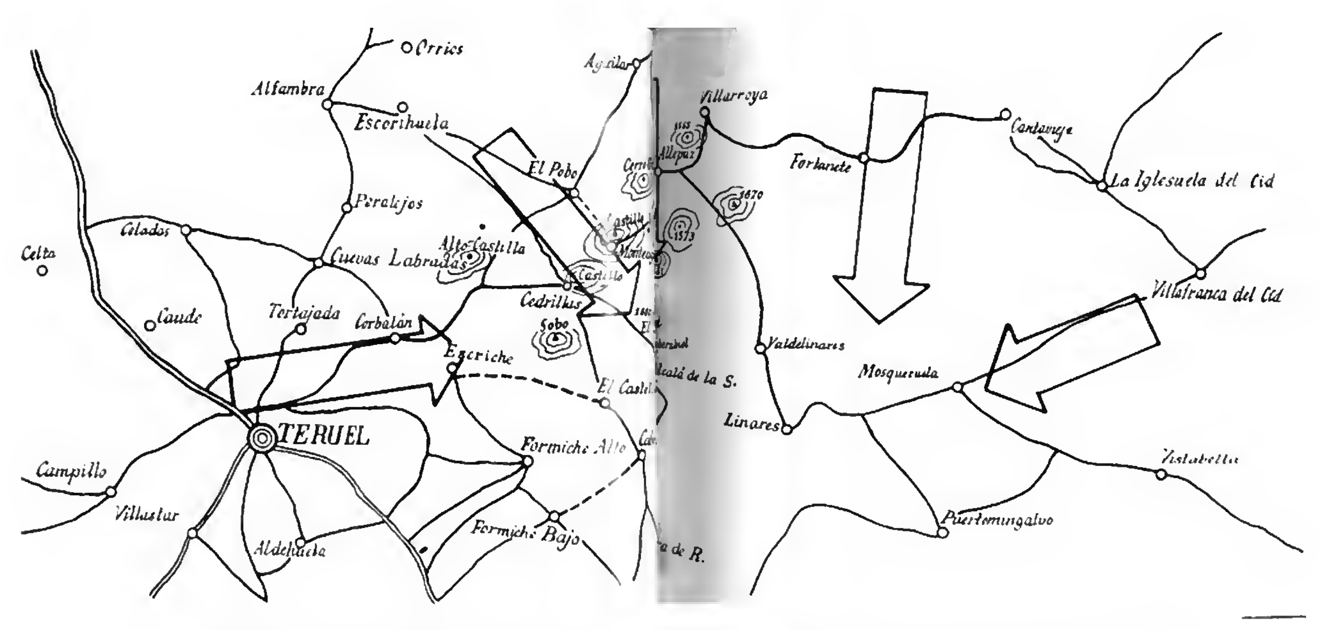
Fuentescalientes y se dirige a la zona de Los Molinos, pasando por Valdeconejos, los soldados nacionales se lanzan al asalto. Son las Divisiones 5.ª y 82 (Bautista Sánchez y Delgado Serrano) las encargadas de la rotura. En el extremo del ala izquierda, la 108, mandada por él General Lafuente, debe invadir los montes de Ejulve y cortar la carretera entre este pueblo y Cantavieja.

Las posiciones rojas están muy bien servidas por la carretera de Aliaga a Monreal del Campo, y por otra que cruza una parte de la Sierra de Gúdar, atraviesa El Pobo y sigue hacia los pueblos de Ejulve y Alcorisa, después de tocar la villa de Aliaga. Los objetivos señalados para el primer día de operaciones representan el corte de las señaladas comunicaciones. Todos ellos fueron alcanzados, sin que ninguna de las previsiones se quebrase. Pese a la aspereza del terreno y a las excelentes condiciones defensivas que éste ofrece, el ala izquierda de Castilla ha operado admirablemente; las Divisiones principalmente operantes han recorrido una distancia que oscila entre los 20 y los 25 kilómetros de profundidad, y una vez más se ha puesto de manifiesto la capacidad maniobrera del Ejército de Franco. Los pueblos de Campos, Mezquita de Jarque, Cuevas de Almudén, Jarque, Hinojosa de Jarque, Cobatillas, Aliaga y Galve, amén de un número considerable de posiciones montañosas, así como la carretera de Aliaga, han quedado rebasados, envueltos; casi toda la carretera de Aliaga a Alcorisa se halla ya en poder de los atacantes; el terreno reconquistado equivale a unos 600 kilómetros cuadrados, y las Brigadas rojas 117 y 118, así como los Grupos de Asalto 14 y 16, están en derrota. Por añadidura, las otras fuerzas que defendían el saliente de Teruel se sienten amenazadas y deciden retirarse a favor de la noche, en busca de comunicaciones más libres y tranquilas.

El movimiento que dibuja el Cuerpo de Ejército de Castilla es una amplia maniobra del ala izquierda con el propósito de envolver el flanco derecho del Ejército marxista. Los factores «sorpresa» y «velocidad» han funcionado perfectamente en los primeros momentos de la maniobra; los rojos esperaban el ataque en dirección de Ejulve, pero jamás en el sector de Fuentescalientes: de otro lado, contaban con que las organizaciones de campaña resistieran más largamente. Pero por efecto de la velocidad de maniobra, las unidades rojas se encontraron al mediodía de la primera jornada con que sus comunicaciones estaban desbordadas y casi envueltas.

Este primer asalto de la batalla librada en el Norte de la provincia de Teruel tuvo, además, otra característica: la violencia y brevedad de la

preparación artillera y aérea. Varela no pidió a sus artilleros sino una hora de fuego antes de ordenar el movimiento de la Infantería.



Maniobra del Cuerpo de Ejército de Castilla en la provincia de Teruel (abril de 1938)

Los días 27 y 28 de abril el grueso de las tropas de Castilla estaba embebido en la Sierra del Pobo. Cayeron en poder de las tropas nacionales los pueblos de Orrios, Escorihuela y Villalba Alta. Se trata de unos pueblecitos serranos, próximos al río Alfambra, humildes, recogidos en sí mismas, olvidados de los hombres, solamente recordados de Dios, que los ha sostenido como a las aves del Evangelio, durante muchos años, en medio de unas tierras hoscas, graves y ásperas. El español medio, que sabe muy poca geografía de España, dirá: «¡Bah! ¿Dónde tan las aldeas de Orrios, de Villalba Alta y de Escorihuela?» Realmente, como nombres de pueblos, no alcanzan espectacular cotización. Y sin embargo, los soldados de Franco han tenido que derrochar denuedo para que las Brigadas enemigas, bien resguardadas detrás de sus trincheras y de sus parapetos, los hayan abandonado, al grito ya clásico entre los rojos:

« ¡Camaradas! !Estamos copados! »

En la Sierra del Pobo, cuyas estribaciones albergan los pueblecillos citados, las Brigadas marxistas se creyeron seguras, porque según costumbre en el Ejército rojo, millares de hombres dedicados a las tareas de fortificación habían construido allí sucesivas líneas de resistencia perfectamente orientadas, dispuestas para un eficaz cruce de fuegos, con nidos de fusiles y ametralladoras, bajo disimulos de tierra y hojas que pretendían ocultar la organización de la defensa a los ojos de la aviación

nacional. Toda una Brigada ocupaba la vertiente de la Sierra del Pobo sobre el cauce del río Alfambra. La carretera que descendía hacia Teruel estaba dominada por el tiro fácil del enemigo. El día 28 de abril esa carretera quedó en disposición de ser ampliamente utilizada por el Cuerpo de Castilla, porque los rojos se habían retirado montaña adentro. Una Brigada de la División número 28 pensó en resistir indefinidamente. Estaba compuesta casi íntegramente de anarquistas. Cuando los soldados de la 5.ª de Navarra aparecieron en el pueblo de Ababuj las esperanzas anarquistas se desplomaron.

Para Teruel, la ciudad martirizada, la ciudad-pesadilla, la ciudad-espectro, fue muy aliviadora la noticia de que los milicianos de la División 28 se retiraban a toda prisa de la Sierra del Pobo y buscaban nuevas líneas de resistencia en el interior de la Sierra de Gúdar. Estas líneas, aún más abruptas que las anteriores, fueron a su vez envueltas en los primeros días de mayo. Monte a monte, sierra a sierra, barranco a barranco, los soldados del Cuerpo de Ejército de Castilla, obligados a moverse entre frenos impuestos por la Naturaleza, avanzaron incesantemente.

¡Qué tierras las de Teruel! ¿Escarpadas y ásperas? Ninguna otra las aventaja. ¿Duras y difíciles? No tienen rival. En el Norte de España, durante la campaña cantábrica, se presentaban ante el Ejército nacional grandes sistemas montañosos; pero los valles eran risueños, el aire aquietador, el horizonte muy dulce. En la provincia de Teruel todo es hosquedad, molestia física, agobio, descarnadura... ¡ Montes, montes, montes !... ¡Piedras, piedras, piedras !... Siempre igual; sin esperanza; sin descanso; sin reposo para el alma o para los ojos fatigados. Si el día es frío, hace en Teruel más frío que en ninguna parte de España; si el mediodía es caluroso, el calor es allí asfixiante. El horizonte parece cubierto de lava antigua y de fríos ceniceros de volcanes. El paisaje lunar tiene en las tierras turolenses la mejor interpretación. Es atroz. Pueblos grises, sembradíos raquíticos, confines de la montaña, pedregales sin fin, panoramas desérticos... Pura desolación.

En la última decena de abril, la línea nacional en la provincia de Teruel pasaba por Santolea y Dos Torres —donde enlazaba el Cuerpo de Ejército, de Castilla con el de Galicia—, ocupaba las alturas al Norte de Ejulve y de Los Molinos, seguía por La Zoma, Palomar, Valdeconejos y Son del Puerto, proseguía por Fuentescalientes, Perales de Alfombra y Alfombra, trepaba a las alturas de Celadas y a los montes situados sobre Valdecebro y se prolongaba hacia los Montes Universales por delante de

Teruel. Esa línea, al cabo de quince días de lucha, ha sido considerablemente acortada, porque Varela ha conseguido reducir la bolsa o saliente del frente rojo.

Sin embargo, las consecuencias de la batalla son para los rojos menos inmediatamente catastróficas de lo que debieran, porque a partir del 24 de abril, o sea desde la segunda jornada de ofensiva, se han abierto sobre la provincia de Teruel las cataratas del cielo. Llueve sin cesar; torrencialmente. Grandes oleadas de agua envuelven a los soldados. Caen las borrascas con ira sobre las peladas crestas de los montes. Los Batallones parecen encarcelados entre rejas de lluvia. Tierras que casi habían olvidado el agua quedan anegadas.

El Mando rojo aprovecha frenéticamente el mal tiempo para fortalecer su defensa. Brigadas de trabajadores abren trincheras, construyen parapetos, trazan pistas. Los observatorios nacionales aprecian perfectamente la extraordinaria intensidad del trabajo que han acometido las unidades de enfrente.

Pero, además, los frentes de Madrid y de Extremadura están enviando Brigadas de refuerzo en proporciones que revelan un decidido propósito de apurar la resistencia.

En primero de mayo la cantidad de efectivos marxistas en el frente de Teruel se ha duplicado, si los comparamos con los que existían el 20 de abril. Veinticinco Brigadas de Infantería se concentraron contra el Cuerpo de Ejército de Castilla; son las 6.ª, 12, 28, 39, 64, 86, 96, 97, 117, 125, 126, 127, 129, 168, 212, 214, 218, 219, 220 y 225; añadamos tres Grupos de Asalto con los números 25, 14 y 16 y las Brigadas de Carabineros 87 y 222. También acusan su presencia los Batallones de ametralladoras números 1 y 19, y tres Escuadrones de Caballería. Esta densidad de fuerzas rojas se extiende a partir de la zona de Terriente y Masegoso hasta el extremo flanco izquierdo, y en algunos puntos, como, por ejemplo, en los montes que descienden hacia Cantavieja y Allepuz, se advierte una concentración fortísima no inferior a 16 Brigadas. Estas tropas están muy bien armadas de ametralladoras y de fusiles-ametralladores.

La primera gran concentración ideada por Miaja y Matallana, con Vicente Rojo, iba exclusivamente dirigida contra el Cuerpo de Ejército de Galicia, que avanza a lo largo de la costa mediterránea; al desencadenarse la ofensiva de Castilla sus planes se han visto seriamente perturbados por la necesidad de atender paralelamente a dos ataques distintos. De todas suertes, ya no es posible llevar a cabo la maniobra del ala izquierda en la

provincia de Teruel, ni abatirse en tromba sobre los sectores de Mora de Rubielos y Rubielos de Mora, pues los rojos están perfectamente advertidos de las intenciones nacionales, y al amparo de la lluvia han tenido tiempo sobrado de prevenirse enérgicamente.

La batalla amplía su aliento

Al llegar a este punto, cuando el Cuerpo de Ejército de Castilla, mediante un esfuerzo y sacrificio continuo de sus soldados, ha conseguido romper todos los primeros sistemas de la resistencia enemiga, el Generalísimo amplía el aliento de la batalla. Dada la situación de los rojos y los hombres de que disponen, se hace imprescindible alimentar la ofensiva con nuevos efectivos y combinar diversos movimientos más complejos. Puesto que la misión impuesta a los atacantes consiste en vaciar por completo la gran bolsa de la provincia de Teruel, y dado que las Sierras del Pobo y de Gúdar oponen graves dificultades para la marcha frontal, se organizan dos ataques por las alas; uno será llevado a cabo por tres Divisiones del Cuerpo de Castilla (82, 5.ª y 15.ª); la otra queda encomendada a la Agrupación Valiño (Divisiones 1.ª y 55), la cual ha sido trasladada desde la desembocadura del Ebro a la región de Morella.

Varela se propone llegar, en un primer brinco, a la línea Monteagudo-Cedrillas-Gúdar y en una segunda fase alcanzar las posiciones decisivas de Cabizgordo, montes de Corbalán, Santa Bárbara y, finalmente, cortar la carretera de Teruel a Sagunto en Puebla de Valverde.

Valiño, operando a la izquierda del Cuerpo de Castilla, debe apoderarse de la línea Forranete-Cantavieja-Mosqueruela.

Una vez que los dos ataques hayan llegado al punto culminante, el Cuerpo de Castilla, apoyado en la marcha de Valiño por la izquierda, envolverá la importante región de Mora de Rubielos, donde los rojos hacen fortísimos preparativos para la resistencia.

Coincidiendo con el cumplimiento de estos planes, el Cuerpo de Ejército de Galicia arreciará sus movimientos ofensivos en la provincia de Castellón de la Plana para alcanzar en una primera fase la línea Albocácer-Cuevas de Vinromá-Alcalá de Chisvert. El conjunto de la maniobra desde el mar hasta el Norte de Teruel absorberá los efectivos de ocho a diez Divisiones.

Dentro de la provincia de Teruel, Varela ha de vencer dos núcleos muy bien dispuestos de fortificaciones de campaña: hacia su centro y

derecha el de Corbalán, ante el cual cubre el sector la División número 15, mandada por el General García Escámez; sobre su izquierda, el de Mora de Rubielos, cuya expugnación exige el esfuerzo e intervención de dos Divisiones.

Un documento oficioso resume de la siguiente manera la serie de operaciones que tuvieron lugar con arreglo a las directrices señaladas. Dice así:

1.º *El combare se generaliza.*—Las operaciones llevadas a término por el General Varela desde el 23 de abril al 3 de mayo, y por el General García Valiño del 4 al 7 de mayo, habían dibujado sobre el ancho frente un movimiento de convergencia; el General Valiño se movía en dirección de Norte a Sudoeste por Cinctorres y Portell; el General Varela, por su parte, emprendía una vasta maniobra que por Aliaga tomaba la dirección Norte-Sudeste y aspiraba a enlazar con el General Valiño. En el centro del dispositivo, de Ejulve a Los Molinos, la 108 División había avanzado igualmente sobre la Sierra de La Garrocha. Esta era la situación del frente cuando se reanudaron los combates el día 10 de, mayo en estos sectores. Todo el resto de la operación ha tendido únicamente a completar los movimientos de esa manera iniciados. Las fuerzas procedentes de Aliaga, de Ejulve y de Morella han convergido hacia la carretera de Allepuz a Iglesuela del Cid, a fin de reducir esta bolsa cuyo centro estaba en los alrededores del pueblo de Fortanete.



Primera fase de las operaciones sobre Castellón (23 de abril-23 de mayo 1938)

2.° *Las vías de penetración.*—El avance, en una región tan accidentada, está necesariamente determinado par las vías de comunicación. La gran bolsa reducida por las fuerzas nacionales en el curso de estas jornadas está atravesada por cuatro carreteras principales que van de Norte a Sur y por una transversal que va de Oeste a Este. En el sector Oeste de la zona ocupada, el eje normal de marcha es la carretera

que va de Montalbán hacia Aliaga por Valdeconejos y Mezquita de Jarque, desde donde baja hacia Mora de Rubielos; de ella salen dos ramales en dirección de Teruel por Camarillas y Allepuz. Esta carretera ha servido de eje de marcha al Cuerpo de Ejército de Varela, especialmente a la 5.ª División de Navarra mandada por el General Juan Bautista Sánchez.

En el centro del dispositivo, de Norte a Sur, encontramos la carretera que pasa por Ejulve y Villarluengo hacia La Cañada de Benatanduz y termina en la de Teruel a Albocácer. Esta es la carretera que otra de las Divisiones de Varela, la 108, tomó como eje de marcha, eje que cortaba la gran bolsa producida por las fuerzas nacionales.

En el sector Este hay dos carreteras de penetración de Norte a Sur: la de Aguaviva a Cantavieja por Forcall y Olocau del Rey, y la de Morella a La Iglesuela del Cid por Cinctorres. Estas dos carreteras desembocan también en la transversal de Teruel a Albocácer.

Precisado de esta manera el sistema de comunicaciones de esta región, se comprende mejor la armonía y precisión del movimiento de conjunto llevado a cabo por las tropas del General Franco, quo en tres días han avanzado su frente en una profundidad de 50 kilómetros, sobre una extensión superior a los 100 kilómetros y han llegado a la carretera transversal que actualmente constituye el frene.

3.º *El movimiento convergente*.—E1 día 10 fue la 1.ª División de Navarra (García Valiño) la que más progresó, operando en tres sectores. Al Norte, cerca del pueblo de Castellote, estas tropas ocuparon Luco del Bordón y Las Planas. En los alrededores de Forcall se apoderaron de Todolellas, Olocau del Rey y La Mata de Morella. Más al Sur, partiendo de Albaredas y de Portell de Morella, avanzaron hasta ocupar una serie de posiciones muy importantes que dominan los pueblos de Cantavieja y de Iglesuela del Cid y progresar en dirección de Villarluengo.

Al día siguiente el avance fue general. Las fuerzas de Castilla, saliendo de Peralejos de Alfambra, avanzan sobre El Pobo y envuelven por completo la Sierra de este nombre. La 108 División ocupa y rebasa el pueblo de Mirambel. A mediodía, los soldados nacionales habían entrado en Iglesuela del Cid, que como hemos visto, tiene una grandísima importancia en el conjunto del sistema de comunicaciones ocupado por los marxistas, pues en Iglesuela cortan los nacionales la carretera de Teruel a Albocácer. Esta carretera estaba ya ocupada más al Oeste en Villarroya de los Pinares. La ocupación de Iglesuela corta la retirada a las fuerzas rojas que se defendían en Allepuz y en Cantavieja.

Durante la mañana del 12 de mayo estos pueblos caían igualmente en poder de las tropas de Franco. Allepuz había sido envuelto por las tropas de la 5.ª División de Navarra; y parte de las fuerzas del General Valiño (la 55 División mandada por el coronel Adrados), procedentes de Mirambel y de Iglesuela del Cid, convergieron sobre Cantavieja y ocuparon esta localidad, considerada como la posición más fuerte de la Sierra del Maestrazgo

El mismo día, la División 108, llegada de Villarluengo, se apodera de La Cañada de Benatanduz y sigue su marcha hacia el Sur, efectuando su enlace al

principio de la tarde con las fuerzas de Valiño, que una vez tomado Cantavieja, continuaron avanzando hacia el Oeste. La unión de estas dos columnas completó la maniobra de envolvimiento prevista por el General Franco. Las fuerzas que la han llevado a efecto dominan el pueblo de Fortanete y corran en tres puntos la carretera de Allepuz a Cantavieja.

El 13 la maniobra se dibuja con toda claridad hacia la carretera de Teruel a Albocácer. Las tropas nacionales ocupan Fortanete; las de la 5.ª División enlazan con la 108, y las tres grandes unidades operan sobre la carretera transversal, que llegan a ocupar por completo y que rebasan hacia el Sur, estableciéndose de tres a cinco kilómetros más allá de la mencionada carretera.

En cuatro días de operaciones el movimiento convergente de estas columnas ha coronado de victoria los esfuerzos de los soldados de Franco. Su avance, de una precisión matemática, ha reducido la gran bolsa formada de ese modo, liberando una superficie de cerca de 50 kilómetros de profundidad y 120 de extensión, en una de las regiones más duras y más difíciles de España.

4.° *Una lucha heroica*.—El día 12 de mayo la División 15 (General García Escámez), perteneciente al Cuerpo de Castilla, rompió el frente de Corbalán, cuyas posiciones de resistencia estaban sostenidas por obras de cemento armado y por nidos de ametralladoras con fuegos cruzados, magníficamente organizados y que no dejaban libre una pulgada de terreno. El enemigo agotó sus posibilidades de defensa y tuvo que evacuar la posición siguiendo caminos cubiertos. Toda la Sierra y el pueblo de Corbalán cayeron en poder de las tropas nacionales después de una lucha heroica. Las posiciones de Collado del Aire, Cabizgordo y El Chaparral fueron rebasadas. En otro sector, de Allepuz a Alcalá de la Selva, la profundidad del avance es de 30 kilómetros. Lo mismo ha sucedido con el avance logrado entre Iglesuela del Cid y Mosqueruela. La batalla se extiende, y la importancia estratégica de las últimas operaciones es considerable, porque permite alcanzar la carretera de Sagunto.

En el curso de las últimas jornadas se ha desatado de nuevo el temporal de lluvias; a pesar de esto, ha sido franqueada la Sierra del Pobo y alcanzada la cumbre de Peñarroya, situada a 2.024 metros de altura, dominando los pueblos de Valdelinares y Castellar.

En los sectores de la costa las tropas de la 4.ª División de Navarra, mandadas por el General Camilo Alonso, han roto el frente enemigo en el sector de Catí. Al terminar el día 18 de mayo la lluvia ha interrumpido otra vez las operaciones.»

Los choques entre el ataque nacional y la defensa roja se caracterizan durante toda esta campaña por su fiereza. Los milicianos resisten con más ardor que nunca, y aprovechando las condiciones del terreno lo disputan palmo a palmo. Por ejemplo: el paso de las Divisiones de Varela hacia la carretera Teruel. Sagunto ha costado combates encarnizados. Ese núcleo de Mora de Rubielos, al que hemos aludido en distintas ocasiones, no cede fácilmente; hay que envolverlo. Los atrincheramientos de Santa Bárbara se extienden, antes de llegar a la Puebla de Valverde, como una red

inexpugnable; los diversos órdenes de trincheras de Corbalán exigen raudales de sangre; sin embargo, en este último sector Varela idea una maniobra de envolvimiento por el Norte y García Escámez la ejecuta de noche, para aparecer de madrugada en la retaguardia roja sin que los puestos enemigos se hayan enterado; así cae Corbalán; las Divisiones de Delgado Serrano, Cuervo y Bautista Sánchez van abatiendo todas las resistencias por los caminos y vericuetos de Formiche Alto y Formiche Bajo, y en una formidable embestida ocupan Santa Bárbara, con lo cual tienen los rojos que abandonar todo el sector Este de la ciudad de Teruel, retirarse del Puerto de Escandón y alejarse hacia Sarrión y Albentosa...

Pero he aquí que cuando la maniobra va a culminar en Mora de Rubielos reciben las Divisiones de García Valiño orden urgente de hacer una rápida conversión hacia el Sudeste, abandonando la dirección Suroeste que traían. En cumplimiento de esa orden, Valiño se dirige hacia Villafranca y hacia Lucena del Cid, con la finalidad de apoyar el flanco derecho del Cuerpo de Ejército de Galicia, que tropieza con mucha resistencia en su esfuerzo por ocupar la línea de Albocácer y de Cuevas de Vinromá. La modificación del movimiento de Valiño deja en el aire todo el flanco izquierdo del Cuerpo de Castilla, que al verse sin cubreflanco tiene que hacer alto, renunciar al asalto de las fortificaciones de Mora de Rubielos y colocarse a la defensiva. El enemigo cree que acaba de obtener un triunfo importante, porque ha observado el cambio operado en el ala izquierda de Castilla y ve que las tropas nacionales se dedican a fortificarse; pero si todo esto es cierto por lo que se refiere al frente de Varela, se encuentran, en cambio, con una nueva amenaza grave en el frente levantino, cubierto por el Cuerpo de Galicia y asistido por la marcha flanqueante de la Agrupación del Maestrazgo.

Formidable reacción roja contra la línea Balaguer-Tremp

Sin duda para aminorar la violencia del ataque en las provincias de Teruel y Castellón de la Plana el Ejército rojo de Cataluña, que ha reorganizado unas cuantas Divisiones después de sus desastres de Aragón, monta una ofensiva de gran estilo en la zona de Balaguer, donde el Cuerpo de Aragón mantiene una sólida cabeza de puente, y en los sectores de Tremp y Sort, ocupados por tropas del Cuerpo de Navarra.

La operación se inicia en la noche del 22 al 23 de mayo de 1938. Atacan las Brigadas 18, 26, 143 y 150, asistidas por una cincuentena de tanques y por un centenar de aviones. Treinta baterías de diversos calibres preparan el asalto mediante un bombardeo bien estudiado y excelentemente dirigido. En el curso del ataque hace acto de presencia otra unidad, recientemente formada por las Juventudes Socialistas. La misión de las tropas rojas consiste en apoderarse de la cabeza de puente, obligar al Cuerpo de Aragón a repasar el Segre y envolver por el Sur la región de Tremp, con todas sus grandes instalaciones hidroeléctricas.

El día 23, informaciones facilitadas por los prisioneros rojos dan cuenta de que no se trata de una ofensiva local, sino de una maniobra de amplio alcance, para la cual disponen los rojos de 120.000 hombres y de importante material recientemente recibido.

En el sector de Tremp, sobre un frente de 40 kilómetros por 15 de profundidad, las Divisiones mandadas por los Generales Tella y Sagardía reciben una verdadera catarata de proyectiles artilleros y un constante bombardeo de la aviación. La línea nacional está apoyada por el Norte en el macizo de San Cornelio, y por el Sur en las estribaciones de la Sierra de Monsech. El ataque es tan violento y decidido que en los primeros momentos consigue ganar algún terreno. El esfuerzo por alcanzar Tremp y ocupar las centrales eléctricas es tenaz. Hay un momento crítico, al cual asiste sobre el campo de las vanguardias el propio General Solchaga, jefe del Cuerpo de Ejército de Navarra. Durante seis días el combate es muy encarnizado; pero al final, agotados los ánimos de los atacantes y sembrada la tierra de cadáveres, los rojos ponen punto final a la ofensiva, que les ha traído una nueva desilusión.

Uno de los lugares que más rudamente fueron disputados es el conocido por el nombre de Piedras o Peñas de Aolo. En la noche del 22 al 23 las avanzadas de la División 62 hubieron da abandonar la posición citada. Al día siguiente se dio orden de recuperarla. Dos veces se lanzaron los nacionales al contrataque y consiguieron ocupar su primitiva línea; otras tantas se vieron obligados a replegarse ante lo extraordinariamente duro del ataque y la densidad del fuego de mortero y artillería a que el enemigo les sometía inmediatamente de instalados en la posición.

Este mismo día 23 los rojos atacaron en el frente de la 61 División desde Conques hasta Llenia, pero no consiguieron avanzar.

En cambio, aprovechando una zona desenfilada, consiguieron apoderarse por sorpresa de la posición llamada Costa Grand y llegaron hasta

las trincheras nacionales de San Cornelio, que atacaron seis veces, apoyados por una Compañía de tanques rusos.

Fuerzas de la 61 y la 62 Divisiones nacionales montaron nuevos contrataques contra las Peñas de Aolo. Intervinieron en ello la primera Bandera de Falange, la 15 Bandera de la Legión, el 5.° Batallón de América, la 5.° Bandera de Falange y el Tercio de Requetés de Oriamendi. Estas tropas lograron subir hasta la cota más alta, y a 1.560 metro; de altitud establecieron un centro de resistencia que los rojos atacaron violentísimamente dos veces en el espacio de tres horas. En ataques y contrataques pasó la tarde sin que la totalidad de las Peñas de Aolo quedara en poder de los nacionales, pero también sin que los rojos pudieran tampoco conservar la posición en su integridad.

A cargo de las Brigadas 62, 104, 119, 120, 121 y 134 se produjo el día 24 un nuevo ataque rojo de especial intensidad. Tuvo lugar, principalmente, en el sector ocupado por la 63 División nacional. Durante toda la noche la actividad del fuego fue importante; de madrugada comenzaron los asaltos, con grandes contingentes y considerables refuerzos de tanques-cañón. A las siete de la mañana los rojos consiguieron ocupar las cotas 882, 800 y 721, después que las guarniciones defensoras hubieron perecido íntegramente, con todos sus oficiales. Al perderse estas posiciones se produjo un boquete en la línea; una agrupación de la División 150 (General Muñoz Grandes) llegó a taponarlo y sufrió continuos ataques, pero los contuvo enérgicamente.



El General Muñoz Grandes explica al Generalísimo
el desarrollo de las operaciones

Hasta el día 1 de junio no cede la intensidad de la ofensiva. Seis, siete y ocho veces atacan los rojos toda la línea de San Cornelio y la posición de las Peñas de Aolo (Mogote 1.560); el despliegue de artillería, aviación y tanques es enorme; se ve que pretenden buscar un punto débil en los sectores cubiertos por las Divisiones 62 y 63, pero éstas resisten con fiereza, sin ceder terreno. Por otra parte, los relevos de fuerzas permiten aumentar la densidad de efectivos por la llegada de la 40, la 150 y la 152 Divisiones al teatro de la ofensiva marxista.

Al propio tiempo, una pequeña cabeza de puente establecida en el sector de La Baronía, sobre el curso del río Noguera-Pallaresa, es igualmente asaltada. La División 51 (General Urrutia), del Cuerpo de Ejército de Aragón, no cede un palmo de tierra.

Finalmente, en la cabeza de puente de Balaguer, sobre el Segre, la operación es constantemente alimentada por reservas rojas bien dotadas, y llegan a tomar parte en el ataque seis Divisiones. Guarda esa cabeza de puente la número 53 (General Marzo), que para salvar algunas cotas decisivas tiene que sacrificarse con un heroísmo rayano en la locura. El General Moscardó observa que la División 53 está muy castigada y que los rojos pueden seguir atacando; entonces procede a una operación delicada que termina perfectamente; ordena a la División 54 (General Sueiro) que sin esperar a que la noche llegue releve a la División Marzo dentro de la cabeza de puente; el relevo se lleva a efecto desde las horas de la media tarde hasta las del amanecer, y antes de que rompa el alba están ya perfectamente ocupados por la nueva División las trincheras y los parapetos; cuando los rojos reanudan sus asaltos se encuentran con tropas frescas, con ímpetus renovados en la resistencia, y ante las ametralladoras de las pequeñas cotas de 300 metros de altura fracasan las continuas oleadas de asaltantes. Durante la noche del día 26 se libran ocho horas de combase con bombas de mano, mezclados entre sí los atacantes y los defensores; las Compañías que suben a las líneas de choque tienen que pasar entre los tanques rusos que han cercado la posición clave; los episodios heroicos, inverosímiles, se suceden constantemente, pero la cabeza de puente resiste como una estructura de acero.

«La táctica empleada por los marxistas —dirá un relato oficioso— responde al tipo que se generalizó durante la Gran Guerra con ocasión de la roturas del frente; enormes masas de protección y olas compactas de Infantería; en resumen, derroche de vidas humanas sobre objetivos de escaso valor militar. La defensa empieza por un fuego cruzado de ametralladoras que siega las primeras filas de asaltantes. Al continuar la oleada resulta inconveniente el arma de largo alcance. Los atacantes, en

una lucha agotadora, llegan hasta las alambradas, pasando sobre los cadáveres de sus compañeros. Entonces empieza la lucha de bombas de mana Durante estos combates, reiterados veinte veces por día sobre el frente de Cataluña, los rojos no han podido pasar las alambradas. No han tomado una sola posición interesante defendida por los nacionales. Las pérdidas, que podemos evaluar en 25 ó 30.000 hombres, han destruido lo mejor de la nueva masa de maniobra del Ejército rojo.

A lo largo de estos ataques el Ejército nacional no sólo ha destrozado la ofensiva y diezmado las unidades básicas del Ejército enemigo, sino que ha hecho prisioneros. Detalle éste de gran interés para juzgar de la moral de las fuerzas en presencia; son los asaltantes los que caen prisioneros. Las fuerzas nacionales no abandonan sus posiciones, no salen de sus trincheras sino para recibir los asaltos con bombas de mano, limitándose a una estricta defensa; y, sin embargo, han hecho más de 3.000 prisioneros.»

Así termina la gran ofensiva, tan predicada y tan orgullosamente anunciada al mundo rojo. Evidentemente, el Estado Mayor ha hecho un esfuerzo de reorganización para contar con masas de maniobra; pero al empleadas las ha perdido nuevamente. Anotemos —cosa que habremos de decir en otra ocasión— la energía que los rojos ponen en la recuperación de las Divisiones que resultan destrozadas.

¡Terribles días finales de mayo, en que las tropas no descansaron ni de día ni de noche! Cuando la embestida roja cedió, millares y millares de bajas habían dejado vacíos profundísimos en las unidades encargadas del ataque. Entre las fuerzas nacionales las dos Divisiones que resistieron principalmente la oleada roja también hubieron de proceder a la reorganización de varios de sus Batallones.

Acerca del fracaso de Tremp y Balaguer ha escrito el propio Vicente Rojo, supremo técnico militar del Gobierno de Barcelona:

«Un nuevo objetivo aborda el enemigo; ampliando su maniobra sobre la costa, trata de alcanzar Castellón, Sagunto y Valencia. Se inicia así la maniobra del Maestrazgo, que termina con la batalla defensiva de Levante, nueva prueba de la tenacidad de nuestros combatientes y cuya batalla quedó cancelada el 24 de julio a nuestro favor (!), sin que el enemigo hubiese logrado más que el primero de aquellos objetivos. Habíamos perdido, en cambio, una considerable extensión de terreno y se había acentuado el desgaste de nuestro Ejército.

»Simultáneamente a tales sucesos, en Cataluña nuestro Ejército había podido rehacerse gracias a la interrupción del movimiento pendular con que inició su maniobra de conjunto el adversario. No ocurría lo mismo en

la región Central; donde la batalla de Levante había consumido las mejores unidades y casi todas las reservas.

»Hicimos en mayo, en Cataluña, la prueba ofensiva de Balaguer con nuestras tropas reorganizadas, pudiendo descubrir la fortaleza defensiva del frente enemigo y la buena calidad de sus tropas y, en contraste, la inconsistencia que aún tenían nuestras Grandes Unidades, precipitadamente rehechas en la región catalana.»

Maniobra sobre Castellón de la Plana y ocupación de la ciudad

Habíamos dejado, párrafos más arriba, a la Agrupación Valido embebida en su movimiento de conversión Norte-Sureste, con dirección general a Lucena del Cid, y habíamos advertido que ese brusco cambio de marcha y el alejamiento de estas fuerzas del flanco izquierdo de Castilla tenían por principal misión aligerar la resistencia que el Cuerpo de Galicia encontraba en su ofensiva hacia Castellón de la Plana.

Efectivamente, la División 81 (General Martín Alonso) lucha denodadamente por abrirse camino en Alcalá de Chisvert, sin lograr más que avances parciales. La División 84 (coronel Galera) tropieza delante de sí con los macizos montañosos de la región de Albocácer y de Cuevas de Vinromá. El General Aranda dispone un movimiento desbordante para salvar así el grave obstáculo que representan las defensas enemigas, cuya defensa dirige el teniente coronel Matallana, jefe de Estado Mayor del General Miaja. Dicho movimiento desbordante está a cargo de la 4.ª División da Navarra; pero sin un fortísimo apoyo en el flanco, el intento sería ilusorio y muy peligroso. Ese apoyo es el que está prestando la Agrupación del Maestrazgo, que en la región de Ares del Maestre y en las carreteras y pistas que conducen a Lucena del Cid progresa enérgicamente. Los rojos no parecen advertir, de momento, la intención nacional, y suponen que la Agrupación citada seguirá otras direcciones.

El día 31 de mayo la División 84 rompe el frente enemigo en su sector y ocupa el importante macizo de La Nevera. En los cuatro primeros días de junio alcanza las posiciones denominadas Tosal del Puig, Sierta al Sur de Catí, Mas de Gises, Mas de Busquet, Monte Gordo y el contrafuerte que cae sobre la Rambla Carbonera.

La División 83 rompe igualmente el frente en el sector de Alcalá de Chisvert y al Este de Cuevas de Vinromá. Parece que por esas zonas se va

a producir la ofensiva principal; sin embargo, las dos Divisiones mencionadas, una vez que se han establecido en posiciones fuertes, reciben la orden de mantener una actitud de incesante agresividad para fijar bien al enemigo. La fijación será aprovechada por la 4.ª División de Navarra, que lleva a cabo una vertiginosa marcha de desbordamiento en dirección de los pueblos de Adzaneta y Villafamés. Los rojos —insisto— no comprendieron el sentido de la maniobra hasta que estuvieron en situación crítica. Entonces sus reacciones no podían improvisar el remedio. Era tarde.

La operación se hace difícil por el mal tiempo y por la dureza del terreno. Frecuentemente hay que servir los aprovisionamientos a brazo, siguiendo caminillos montañeses y salvando despeñaderos.

En los primeros días de junio la Agrupación Valiño llega al valle del río Valdelinares y corta en dos el frente rojo. Al propio tiempo, la División de Navarra baja desde las alturas del río San Cristóbal y cruza el torrente de Monileó. El objetivo del General Alonso Vega es el pueblo de Adzaneta, cruce importante de carreteras que van a unirse con la general de Castellón. Los rojos mueven hacia el sector izquierdo varias Brigadas, pero la ofensiva de la 4.ª División es tan violenta que no les permite ni siquiera tomar posición ordenadamente.

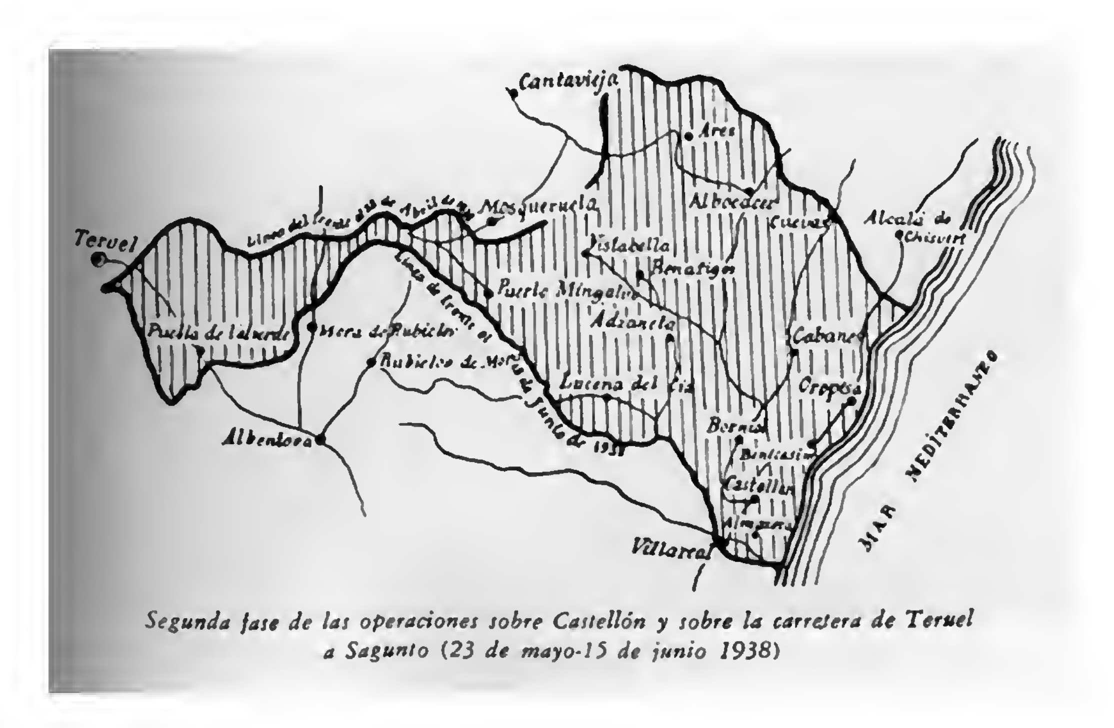


Tabores de Regulares avanzan entre los naranjos de Castellón

El día 8 de junio las vanguardias desbordantes han llegado a una profundidad que les permite abatirse sobre el flanco del frente rojo. Los rojos no tienen otra solución que retirarse. El día 9 todo el dispositivo marxista desde el Oeste de Albocácer hasta Alcalá de Chisvert se desploma; las Brigadas de Matallana se repliegan a lo largo de toda la línea y la gran bolsa creada en Albocácer se cierra por diversos puntos,

dejando millares de prisioneros. Esa bolsa ha sido posible por la velocidad extraordinaria de la maniobra y porque, más hacia el Oeste, los soldados del Maestrazgo, después de rebasar Lucena del Cid, continúan profundizando en dirección de Ludiente y Alcora.

La División 84 se pone en marcha y ocupa Albocácer, la Muela de Albocácer, la Sierra de Engarcerán y Cabanes y se sitúa en el eje de marcha de la carretera Albocácer-Villafamés; va enlazada constantemente con la División 83, que avanza por la carretera de Cuevas de Vinromá a Borriol.



Segunda fase de las operaciones sobre Castellón y sobre la carretera de Teruel a Sagunto (23 de mayo-15 de junio 1938)

A la derecha de García Valiño toman ahora parte en la operación los soldados de la División de «Flechas Negras», y su misión, triunfalmente cumplida, consiste en salvar la zona montañosa de Figueroles y Castillo de Villamalefa.

En medio de un movimiento tan brillante y tan impetuoso el General Martín Alonso, cuyo frente se extiende hasta la costa, va a cumplir la etapa final del asalto a la región y ciudad de Castellón de la plana. El 12 los pueblos de Oropesa y Benicasim caen en poder de los nacionales. Tropas motorizadas siguen el ataque y el día 13 se encuentran ya en los alrededores de Castellón. La de Navarra baja del Tozal Gros y alcanza el curso del río Mijares, que cruza en soberbio salto, desviándose luego sobre el pueblo de Villarreal, con objeto de amenazar a Castellón por el Suroeste. El coronel Galera también ataca en dirección de Villarreal e igualmente pasa el Mijares en operación magnífica.

El 14 de junio, ocupado el pueblo de Villarreal, los Tabores moros y las tropas regulares de Aranda entran en Castellón de la Plana. Los núcleos rezagados rojos, que ven difícil su repliegue por el desbordamiento de la de Navarra, intentan una última reacción dentro de la ciudad; se entregan al saqueo y al asesinato de más de 400 personas, y finalmente, batidos por todas partes, aplastados, reducidos a la impotencia o a la fuga a campo traviesa, pierden definitivamente la ciudad de Castellón.

Aranda no se detiene, porque quiere dejar la ciudad libre de amenazas. Todas las Divisiones continúan marchando y son ocupados los pueblos de Onda y Bechí, así como todo el curso del río Seco. Las vanguardias de Martín Alonso se acercan rápidamente a Nules, donde reciben orden de hacer alto.

Mientras tanto, el Cuerpo de Ejército de Castilla, que detuvo su maniobra del ala izquierda, ha reanudado las operaciones empleándose sobre el ala derecha; encarnizadamente ha conseguido avanzar y romper las resistencias del enemigo, alcanzando los importantes pueblos de la Puebla de Valverde y de Vallbona, así como una parte de la imponente Sierra de Javalambre.

Sobre el episodio concreto de la toma de Castellón quisieron los rojos forjar una leyenda extraordinaria y difundieron la noticia de que las tropas nacionales habían sufrido allí un gran revés; la realidad fue distinta. He aquí lo sucedido, según testigos oficiosos:

«Las fuerzas de Galicia, que avanzaban sobre la costa, operaron una hábil diversión. Ocuparon, al Este de Castellón, el puerto de Grao, desde donde se volvieron contra la capital; los marxistas no esperaban un ataque en esa dirección, que estaba desguarnecida Así el comandante Sagardoy alcanzó pleno éxito. A las 7,30 entraron sus tropas en la capital, que las recibió con enorme entusiasmo.

Entonces se produjo en los alrededores de la ciudad un movimiento marxista que había de intranquilizarla durante toda la jornada siguiente. Como las tropas de Galicia presionaban sobre la carretera de Benicasim, las fuerzas rojas que resistían a la entrada de la ciudad se replegaron hacia el interior ignorando que las vanguardias nacionales ocupaban ya la región del Grao. Los marxistas ocupaban los barrios Oeste y Noroeste, en los cuales se generalizó un combate encarnizado. El entusiasmo de la liberación exaltó los ánimos de la población, en el momento en que los rojos se retiraban. Cuando el fuego de fusil se hubo extendido a todo el frente, la población civil se refugió en los subterráneos, dejando los balcones adornados con banderas nacionales. La ira y el frenesí marxistas llegaron a la exasperación, y en la noche del 13 al 14 de junio las hordas derrotadas cometieron toda clase de excesos y de violencias; lanzaron bombas de mano contra los refugios, hicieron salir de ellos a 250 personas que fusilaron, saquearon y desvalijaron las casas. Pero estas violencias no

les sirvieron de nada. Las fuerzas del General Alonso Vega completaron el cerco de la ciudad. Nuevas tropas de Galicia avanzaban por la carretera del Grao, y durante todo el día 14 se dedicaron a la limpieza de los focos enemigos. Al iniciarse la noche, la ciudad había quedado completamente pacificada. El Ejército nacional, una vez terminada la ocupación, atravesaba el río Mijares, a 8 kilómetros al sur de Castellón, y ocupaba Villarreal.



Liberación de Castellón. Llegada de alimentos para la hambrienta población.

En la madrugada del día 15 el grueso de las tropas del Cuerpo de Ejército de Galicia entró en Castellón y desfiló antes sus jefes, el General Aranda, el General Martín Alonso y el coronel Mizzian. La población civil salía de una pesadilla. El espectáculo se parecía al de todas las ciudades liberadas: suciedad, hambre y entusiasmo indescriptible. La muchedumbre aclama a los soldados. Los camiones de la propaganda nacional, sirviéndose de altavoces, difunde los himnos nacionales. Se asiste a la llegada de los convoyes de «Auxilio Social». Las mujeres que han dado a luz niños durante el período rojo los presentan a los sacerdotes para pedirles el bautismo. Las fuerzas nacionales, continuando su marcha hacia el Sur, llegarán dentro de unas cuantas horas al pueblo de Almazora....»

La misión de acortamiento de líneas entre Teruel y Castellón de la Plana queda en gran parre conseguida. El dispositivo nacional tiene actualmente una considerable solidez y está presidido por el gran principio militar de la economía de fuerzas.

En el transcurso de las operaciones llevadas a cabo por el Cuerpo de Ejército de Navarra con motivo de la batalla de Aragón quedó aislado a retaguardia un núcleo rojo, constituido por la División número 43 y mandado por un revolucionario marxista, natural de la ciudad de Jaca, conocido por el remoquete de «El Esquinazao». Este cabecilla, muy ambicioso, se había señalado en otras ocasiones por sus actividades revolucionarias y tenía entre las masas cierto renombre, debido a su fanatismo comunista y a su capacidad para el terror. Por arte de magia se encontró convertido durante la guerra en jefe militar, y nada menos que en comandante-jefe de una División. Figuraban a su servicio algunos oficiales profesionales adictos al Frente Popular. Cuando el Ejército rojo se batió en retirada desde las líneas del Alto Gallego hasta los ríos Noguera-Pallaresa y Segre, «El Esquinazao» se refugió en las montañas pirenaicas de más difícil acceso y se situó sobre los altos picos, cubierta siempre su retaguardia por la frontera francesa. El Mando nacional, dispuesto a terminar la operación conjunta sin preocuparse de los detalles que pudieran estorbarla, dejó a «El Esquinazao» en sus recovecos pirenaicos, le fijó por medio de una diversión de fuerzas que le cercaron, creó una pequeña bolsa y mandó que el resto del dispositivo siguiera adelante. Cuando el frente quedó estabilizado y en condiciones de perfecta consolidación, consideró llegado el momento de liquidar el problema táctico creado por la permanencia de la División roja número 43 en las cumbres de la región de Bielsa.

Las fuerzas nacionales de fijación y cerco que el Cuerpo de Ejército de Navarra situó en la bolsa de Bielsa eran las de la División de Navarra, mandadas por el coronel Iruretagoyena.

Entre el 9 y el 16 de junio de 1938 se llevaron a cabo las maniobras de montaña preparadas para expulsar de sus posiciones a la División 43; maniobras tanto más difíciles cuanto que era imposible actuar sobre la retaguardia de las fuerzas enemigas, pues esa retaguardia era nada menos que la línea de la frontera francesa. El Consulado rojo de Tarbes se encargaba de alimentar a los soldados de «El Esquinazao» y les enviaba normalmente víveres, armamento y municiones. Con esto y con el ganado que poblaba aquella comarca pirenaica el cabecilla de Jaca tenía aseguradas las provisiones de boca y guerra de sus milicianos.

En las calles de muchas poblaciones fronterizas el partido comunista había fijado carteles con esta inscripción:

« ¡Ayuda a la 43 División! Millares de combatientes españoles y grandes zonas de población civil resisten en medio de la nieve, en torno a Bielsa, a 2 000 metros de altura.

Se encuentran aislados de su país y esperan el apoyo de Francia

Tienen hambre, y para responder a su llamamiento, el Comité Nacional de Socorro Socialista ha acordado un primer envío de 20 toneladas de harina.

El jueves próximo, a las 9, saldrán de París hacia los Pirineos los camiones de la séptima caravana y la quinta ambulancia.

Socialistas, republicanos, demócratas de Francia:

¡Acudid en ayuda de la España mártir!

¡Ayudad a la 43 División!»

Los informes recibidos en la Sección de Información de la División de Navarra acusaban, en efecto, que «El Esquinazao» no carecía de nada y que se hallaba en condiciones de resistir.

Para operar contra la 43 División empleó el Mando nacional, como antes se ha dicho, a la 3.ª División de Navarra, a la cual se agregó el día 8 de junio una Agrupación del Cuerpo de Ejército Marroquí, al mando del teniente coronel Lombana; la Agrupación estaba compuesta de las Banderas 16 y 17 del Tercio, el 9.° Tabor de Tetuán, el Tabor de Ifni y el 73 Batallón de Toledo.

También fue reforzada la artillería divisionaria con dos baterías de 15,5, tres de 10,5 y dos de 6,5, al mando del teniente coronel López Quesada.

El día 9 comenzaron las operaciones en la comarca cruzada por el Alto Cinca y el Cinqueta. Lo abrupto del terreno y la abundancia de ametralladoras enemigas exigieron una violenta preparación artillera y aérea. El centro de la defensa se encontraba apoyado en la imponente Sierra de Cubilfredo, que parece inaccesible.

El primer día la Agrupación del coronel Moliner venció al enemigo en las líneas avanzadas y consiguió ocupar la Peña Montañesa. La Agrupación del teniente coronel Moriones ocupó todas las posiciones del sector de Barbaruens, mientras la del coronel Iglesias fijaba al enemigo y adelantaba el frente hacia Vio, La Estiva y Cuello-Arenas.

El teniente coronel Lombana, con la Agrupación agregada, asaltó el collado de Sahún y siguió la progresión hacia el pueblo de Plan.

Era necesario caer sobre Bielsa, centro y cuartel general indispensable para la permanencia de la 43 División en tierra española. Bielsa se cubría por el Sur, el Este y el Oeste con enormes moles montañosas, y no hubo otra solución que atacar frontalmente en diversos puntos, hasta situarse sobre las líneas de comunicaciones.

El primer corte de estas líneas fue conseguido el día 10 mediante un ataque magnífico llevado a cabo por la Agrupación Lombana, que le llevó a los pueblos de Plan, San Juan de Plan y Gistain, con lo cual quedaron dominados los caminos del Alto Cinquera.

Fortísima tempestad de nieve y de granizo impidió que las operaciones pudieran desarrollarse normalmente el día 11; sin embargo, el ala izquierda de la Agrupación Marroquí avanzó hasta el pueblo de Serveto, mientras en el resto del frente se conseguía expulsar a los rojos de Laspuña. Las tropas se mueven entre cotas cuya altitud va de los 1.000 a los 2.000 metros.

Una maniobra envolvente se acusa claramente el día 13, porque la 3.ª Agrupación ocupa la cota 1.400 y el pueblo de Tella, ya muy cerca del cruce de carreteras de Salinas. La Agrupación Marroquí se va acercando a la Sierra de Cubilfredo. Al atardecer de este día ocupa el pueblo de Sin y envía reconocimientos a las primeras estribaciones de la Sierra mencionada. Los rojos se repliegan a las alturas, donde confían, sin duda, en prolongar la resistencia.

El día 14 las operaciones revisten una dureza extraordinaria. El teniente coronel Lombana tiene que atacar Cubilfredo, de 2.713 metros de cota. El terreno ofrece grandes cortes y frecuentes despeñaderos. Sería menos dificultoso un movimiento por el valle del Cinca, pero esto aplazaría los resultados. En vista de ello, se ordena a las tropas que empleen los procedimientos del alpinismo. Durante la noche, las secciones de extrema vanguardia trepan a las imponentes alturas por medio de cuerdas y picos. El enemigo hace un fuego muy débil; probablemente no imagina que el ataque se produzca de frente. Al amanecer, los efectivos completos de un Batallón coronan la cota. La sorpresa de los rojos es enorme; desde las líneas de resistencia se desencadena un intensísimo fuego de ametralladoras y los soldados atacantes resisten con renovado heroísmo aquella lluvia de balas. Rápidamente, la 1.ª Agrupación, que ha ocupado Punta Llerga (2.275 metros) y domina el pueblo de Salinas, establece enlace por el fuego con los ocupantes de la Sierra de Cubilfredo.

A la par, la 1.ª Agrupación avanza en el Cordal de Tella y se aproxima a la carretera de Bielsa.

El día 15 los mandos de la División roja 43 comprenden que han perdido las posiciones esenciales. Durante esta jornada la derrota marxista se presenta con caracteres terminantes. El teniente coronel Lombana se desplaza en la Sierra de Cubilfredo con dirección Noroeste y consigue dominar con sus baterías el pueblo de Bielsa. La 1.ª Agrupación ocupa el pueblo de Salinas y el cruce de carreteras allí existente; sube a la Punta de Bachaco (2.340 metros) y también domina Bielsa por el Sur; la 2.ª se apodera de Peña Labral y Saravillo, y lo 3.ª de la Sierra de Custodia.



El día 16, el parte de operaciones que envía el General Solchaga, como Jefe del Cuerpo de Ejército de Navarra, al General-Jefe del Ejército del Norte, anuncia la victoria con estas palabras:

«Las operaciones llevadas a cabo por la 3.ª División del Cuerpo de Ejército de Navarra, reforzada por la Agrupación Marroquí, para reducir las fuerzas de la 43 División roja, que se encontraba en los altos valles del Cinca y del Cinqueta, han terminado victoriosamente en el día de hoy con la conquista de Bielsa, Parzán, Javierre, Espierva y el Sanatorio de Pineta.

Mañana se cumplirá el acto de izar la bandera en la frontera.

El enemigo, que favorecido por lo abrupto del terreno y dotado de gran cantidad de armas automáticas, ha tratado de ofrecer fuerte resistencia, ha sido vencido por el empuje de nuestra Infantería, eficazmente apoyada por la Artillería y Aviación de cooperación, y amenazado en su retirada ha huido atravesando la frontera francesa. En su huida ha abandonado gran cantidad de cajas de municiones, fusiles, material de transmisiones y camiones y coches ligeros totalmente

incendiados. Asimismo ha destruido, incendiándoles, todos los pueblos del Valle del Cinca, que presentaba un aspecto desolador, habiéndose obligado a la totalidad de la población civil a huir.

Quiero hacer de nuevo presente a V. E. el esfuerzo extraordinario desarrollado por estas fuerzas, que han operado durante ocho días seguidos en la parte más dura de los Pirineos, en alturas comprendidas entre los 2.000 y los 3.000 metros, soportando grandes fríos y nevadas y viéndose obligados a escalar o descolgarse por alturas inverosímiles, utilizando sogas y cuerdas bajo el fuego enemigo, por lo cual, les he transmitido mi felicitación más entusiasta.

En los días sucesivos se realizarán operaciones de limpieza para capturar los grupos de huidos que puedan quedar en los montes.»

El Generalísimo envió al frente el siguiente telegrama:

«Sírvase transmitir mi felicitación más entusiasta a los Mandos y tropas que han actuado tan brillantemente en los valles del Cinco y Cinqueta, luchando con dificultades de todo orden, que han sabido vencer con pericia y alto espíritu. Les concedo la Medalla Militar colectiva por estas operaciones, debiendo leer este telegrama a la tropa formada.»

A partir del día 17 comenzó la dislocación de fuerzas hacia otros teatros de operaciones. La Agrupación del teniente coronel Lombana, que fue la que entró en Bielsa, se reintegra a su Cuerpo de Ejército Marroquí.

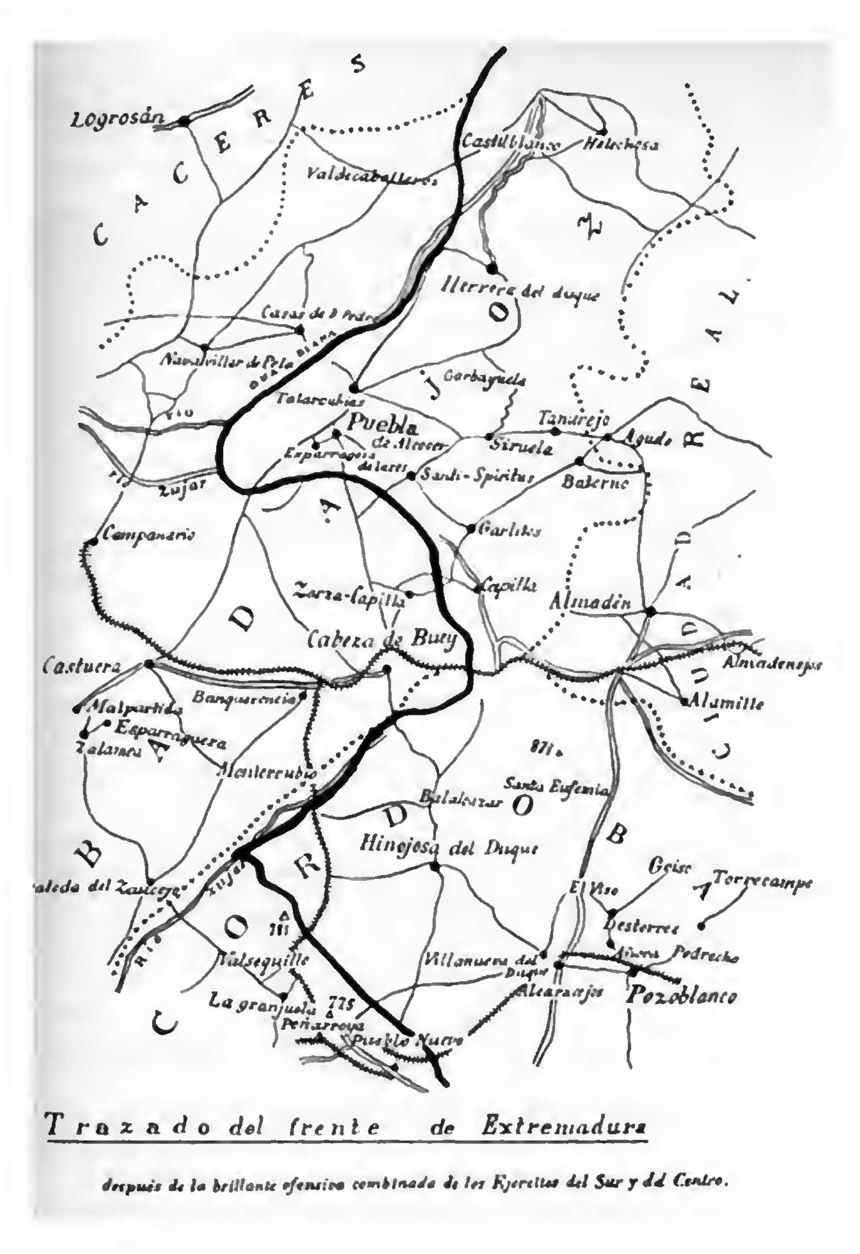
Importante avance en el frente andaluz

No existía, durante el tiempo a que nos estamos refiriendo en, el capítulo presente, intención o designio de mover fuertes operaciones en el frente andaluz, ni disponía Queipo de Llano de medios adecuados para ensayar grandes cosas. Sin embargo, llevado de su ímpetu y eligiendo una hora propicia, sorprendió a los rojos a mediados de junio con un ataque que resultó de algún alcance, puesto que rescató 600 kilómetros cuadrados de territorio y arrebató a los rojos posiciones importantes.

El día 14 las fuerzas de Queipo de Llano atacaron en dos sectores diferentes en el frente de Fuenteovejuna y de Granja de Torrehermosa. Sobre una extensión de 20 kilómetros el frente rojo quedó abatido; las dos columnas atacantes convergieron en el pueblo de Los Blázquez. Apoyada el ala izquierda en el río Zújar, continuó la marcha, y al final de la segunda jornada, la profundización alcanzaba 15 kilómetros. Unos Escuadrones encargados de la persecución acentuaron la velocidad del repliegue enemigo, y ello permitió aumentar en 10 kilómetros el avance del día siguiente. Quedó totalmente ocupada la Sierra Trapera.

Los días 16, 17 y 18, el ala derecha atacó nuevamente y se apoderó de los pueblos de Granjuela y Valsequillo; los elementos avanzados quedaron a la vista de las posiciones rojas de Hinojosa del Duque.

«El 18 —dice un documento oficioso—esta operación fue completada a la izquierda del río Zújar. El frente marxista desde Granja de Torrehermosa hasta las alturas de la Nava atraviesa la Sierra de Acebuche y las cotas de la del Pedroso, cuyo centro principal de resistencia está situado en los montes de Santa Inés (848 metros de altitud). Todo este frente, fortificadísimo, se encuentra desbordado por las fuerzas nacionales que bajan por el lecho del Zújar y toman de revés toda la línea de las posiciones rojas. En la mañana del 18 la caballería nacional atraviesa el río Zújar. El éxito de la operación no podía fallar. Los frentes de la Sierra de Acebuche y de La Nava se hunden. Mediada la tarde, la Infantería nacional se apodera del pueblo de Peraleda de Saucejo, cruce de comunicaciones de este sector; una hora más tarde, la posición de Santa Inés, centro de resistencia de la Sierra del Pedroso, caía entre las manos del General Queipo de Llano.



Trazado del frente de Extremadura

después de la brillante ofensiva combinada de los Ejercitos del Sur y del Centro.

Esta operación, perfecta en su precisión, devuelve a la España nacional más de 600 kilómetros cuadrados de territorio. La maniobra ha sido ágil y rápida, y hace inútiles diversos sistemas de fortificación marxista; ha sido obtenido con un mínimo de bajas nacionales y permite mejorar la línea del frente en uno de los sectores que todavía constituía una esperanza para los rojos.»

La maniobra de Queipo de Llano facilitaría, más adelante, operaciones de mayor vuelo.

CAPÍTULO V

BATALLA HACIA SAGUNTO Y SEGORBE. BRILLANTE OPERACIÓN NACIONAL EN EXTREMADURA. DIVERSIÓN ESTRATÉGICA DE LOS ROJOS EN EL EBRO. COMIENZA LA ÚLTIMA BATALLA SOBRE ESTE RÍO

Operaciones durante el mes de julio de 1938. – El Generalísimo ordena la batalla de Levante y fija como objetivos las ciudades de Segorbe y Sagunto. – Avance en la costa. – El Cuerpo de Castilla envuelve todo el campo atrincherado de Mora de Rubielos. – Aranda y Valiño frente a la Sierra de Espadán. – Impetuosa maniobra del Cuerpo de Tropas Voluntarias y del Cuerpo de Ejército del Turia sobre la villa de Viver y el nacimiento del Palancia. – El Cuerpo de Ejército del Sur reconquista 3.000 kilómetros cuadrados de territorio en Extremadura. – Gran diversión estratégica del Ejército rojo de Cataluña. – Paso del Ebro por las fuerzas marxistas de maniobra. – El frente nacional retrocede hacia Gandesa. – Iniciación de la gran batalla del Ebro.

Llegamos a los primeros días de julio de 1938. Vamos a entrar en una fase importante del plan ofensivo que el Generalísimo ha preparado para los meses de verano. Se ha elegido como teatro principal de las operaciones el de Levante. Los objetivos son, en primer término, las ciudades de Sagunto y Segorbe, último frente de vasta significación antes de dar vista a las ubérrimas llanuras de la huerta de Valencia.

Después de haber estudiado y pesado reflexivamente todos los factores políticos, económicos, militares y sociales de la guerra, el Caudillo decreta un período de relativa estabilización en el frente de Cataluña y se decide a destruir el Ejército enemigo del Centro y de Levante.

No hay duda de que en este amplísimo proyecto de la nueva batalla influye considerablemente el deseo de aislar, desde lejos, es decir, desde la

costa, toda la zona de Madrid. Una vez que Segorbe y Sagunto hayan sido ocupados, una vez que las intrincadas Sierras que los rojos han fortificado caigan en manos de los nacionales, será fácil la marcha sobre Valencia. Conquistada Valencia, quedarán los rojos sin más comunicaciones con la costa que la de la carretera de Albacete a Cartagena y Alicante.

Inglaterra y Francia habían prometido solemnemente que, en cumplimiento de los acuerdos del Comité de Londres, se procedería en plazo breve al cierre de la frontera pirenaica por el lado de Francia, con lo cual quedarían los rojos de Cataluña a merced de sus propios recursos.

Terminada que fuera la operación de Valencia, los Cuerpos de Ejército de Franco quedarían en condiciones de complementar esa maniobra con otra de gran estilo, encaminada a caer sobre las provincias de Cuenca y Albacete, mientras el Cuerpo de Ejército del Sur, reduciendo la gigantesca bolsa de Extremadura, se encaminaba hacia Ciudad Real, y el Cuerpo de Toledo procedía a enlazar con las unidades que descendieran de la Sierra de Cuenca. Así, a fines del verano o a comienzos del invierno, la España nacional habría acabado con el Ejército rojo del Centro, y contaría en su seno con las provincias de Valencia, Cuenca, Albacete, Norte de Córdoba, Ciudad Real, y probablemente con todo el resto del territorio central y meridional, porque las formaciones de Miaja estarían deshechas al final de la batalla.

El dispositivo de Franco con destino a la batalla de Levante era el siguiente, desde la costa hacia el interior.

Cuerpo de Ejército de Galicia (General Aranda).

Agrupación de Divisiones del Maestrazgo (General García Valiño).

Cuerpo de Ejército de Castilla (General Varela).

Cuerpo de Ejército de Tropas Voluntarias (General Berti).

Cuerpo de Ejército del Turia, derivado del de Navarra (General Solchaga).

Como resultado de los combates y avances que hemos dejado descritas en el capítulo anterior, la línea nacional formaba, en la provincia de Teruel, dos grandes bolsas: una, la más importante, a la izquierda de la carretera Teruel-Sagunto, cuyo centro era el pueblo de Mora de Rubielos, en torno al cual, los rojos habían construido un vasto campo atrincherado, dotado de todos los elementos que la técnica moderna exige; la otra, en dirección Noroeste, se abría a la derecha de la carretera más arriba

mencionada. Era misión inicial de la ofensiva reducir esas dos bolsas, y sobre todo la de Mora de Rubielos. En esta zona, los rojos contaban, además del campo atrincherado, con una fortísima red de trincheras y parapetos en los alrededores de los pueblos de Sarrión y Albentosa, cruce este último de caminos importantes desde el punto de vista militar.

Para reducir la bolsa, donde se alojaban 20 Brigadas marxistas, se estudió un movimiento convergente de los Cuerpos de Castilla y del Maestrazgo; éste, situado al Sur del Mijares, debía dirigirse hacia el curso medio del río Palancia, para amenazar directamente la carretera entre Segorbe y Sagunto: el primero se lanzaría a la izquierda de la carretera de Teruel y envolvería por el Suroeste el campo atrincherado, tomando la dirección general de San Agustín, Villanueva de la Reina, Higueras, Caudiel.

A su derecha, los Cuerpos Voluntario y Turia habían de conquistar los imponentes crestones de la Sierra de Javalambre, llegar a las fuentes del río Palancia y alcanzar los sectores de Barracas, Begis y Viver, rebasando y envolviendo el fuerte nudo de La Albentosa.

El día 29 de junio quedó organizado el Cuerpo de Ejército del Turia, bajo el mando del General Solchaga, y se le señalaron como efectivos las Divisiones 3.ª de Navarra (Iruretagoyena), 12.ª (General Asensio), 81 (coronel Hoyos), y transitoriamente, la 15.ª (General García Escámez) y un Brigada de la División 52.

La masa principal de artillería estaba a disposición de la ofensiva de Levante, así como toda la Aviación nacional, la «Legión Cóndor» y la Aviación Legionaria.

El Mando rojo estaba informado de que una violentísima ofensiva iba a desencadenarse en el territorio levantino. Suponía que el frente elegido por Franco sería el de la costa, por lo cual dedicáronse los mejores Batallones de fortificación a crear grandes sistemas de defensa entre la Sierra de Espadán y el mar. Respecto a los ataques posibles por el lado de Sarrión, el Estado Mayor marxista aguardaba con tranquilidad los acontecimientos, porque aparte de la confianza que le inspiraba el campo atrincherado de Mora de Rubielos, consideraba que el flanco constituido entre Sarrión y las alturas de la Sierra de Javalambre se sostendría sólidamente y contra él se estrellarían todos los intentos nacionales. Aun en el caso de que las primeras líneas cedieran, quedaban a retaguardia grandes centros montañosos de resistencia tan importantes como Loma Quemada, Sierra del Toro, Vértice Salada, Peña Juliana y otros.


Fortines rojos en las playas levantinas

El teniente coronel Rojo, ascendido en Barcelona a General, informó a fines de junio al Presidente Negrín, diciéndole que la situación en Levante era tranquilizadora, porque se contaba allí con tropas suficientes para detener, o al menos frenar considerablemente, la ofensiva de Franco. Como al propio tiempo estaba preparando la poderosa diversión estratégica del Ebro, entendía que bastaba con que las tropas de Miaja resistieran, sin otra misión que la de ganar tiempo y llegar al invierno sin haber perdido Valencia, ni sus comunicaciones con Madrid.

La masa de tropas y de material que iban a chocar en Levante eran las siguientes:

Nacionales:

19 Divisiones y dos Brigadas de Caballería, con 227 Batallones y 20 Escuadrones.

645 cañones.

400 aviones.

El Cuerpo de Ejército Voluntario recibió el refuerzo de la 5.ª División de Navarra (coronel Bautista Sánchez), y entró en fuego con un total de 38 Batallones, dos Batallones de carros, un Batallón mecanizado, 250 cañones, 42 piezas antitanques y 56 cañones antiaéreos.

Rojos:

16 Divisiones, con 220 Batallones. Una Brigada de Caballería.

100 carros de combate.

200 piezas de artillería.

128 aparatos de aviación.

En la retaguardia existían, en período final de organización, cinco Divisiones más.

Probablemente, la batalla de Levante es la que el Ejército rojo ha afrontado con mayor optimismo inicial. Fuerzas y material suficientes para la defensa, terreno verdaderamente áspero, los observatorios en su poder, las altas cotas fortificadas, un sistema de comunicaciones amplio y cómodo, daban a los marxistas motivos más que suficientes para aguardar relativamente tranquilos el nuevo esfuerzo del Ejército franquista.

Avance previo en la costa levantina

Antes de que los grandes planes de las operaciones de Levante entraran en período de directa ejecución, dispuso el Cuerpo de Ejército de Galicia, en combinación estrecha con la Agrupación de Divisiones del Maestrazgo, un ataque de ámbito reducido, con el fin de mejorar las líneas entre la costa y las estribaciones de Espadón. Este ataque tuvo lugar durante los días 5, 6 y 7 de julio.

Anteriormente, el Destacamento de Enlace o Agrupación citada, constituido por la 1.ª División de Navarra, una Brigada de la División 65, la División 108 y una Brigada de Caballería, más la División 84 que temporalmente se le agregó, efectuaron el paso del río Seco, donde hubo que vencer una fuerte resistencia roja; sobre dicho río, en las alturas situadas al Noroeste de Bechi e inmediatas al barranco de Artana, la 84 estableció una cabeza de puente y resistió furiosos contrataques enemigos.

En días sucesivos la 4.ª de Navarra y la 55 progresaron hacia el Sur. Más adelante quedó ocupado el Castillo de Arcana y el pueblo de este nombre, así como las estribaciones de la Sierra de Espadán, entre el Vértice Puntal y el Castillo de Castro.

El día 5 de julio, tomando pie en la cabeza de puente de río Seco, las fuerzas de Galicia vencieron la resistencia roja al Sur del río citado, y después de un combate fulminante quedaron ocupados los importantes pueblos de Burriana y Grao; los dos cayeron a consecuencia de una envuelta hábilmente desarrollada.

Este avance, cumplido a unos 15 kilómetros de la costa, acercó las vanguardias de Galicia al pueblo de Nules, donde los rojos se defendieron aceradamente. Alrededor de Nules había todo un complejo orden de fortificaciones, pero amenazado por el Suroeste, tuvo que ser abandonado,

con lo cual quedó deshecho virtualmente el frente que se extendía hacia la costa, entre Nules y Valí de Uxó.



Carros de combate disponiéndose a apoyar el avance de la División 55 en la Sierra de Espadán

La ocupación de Nules colocó a los Generales Aranda y García Valiño en condiciones de afrontar la Sierra de Espadán, barrera llena de dificultades, donde los movimientos eran muy difíciles.

Empujados sobre las vertientes orientales de la Sierra de Espadán, los rojos se dan cuenta de que allí han de jugarse cartas decisivas para la defensa de Sagunto y, por consiguiente, de Valencia. Día y noche trabajan los Batallones fortificadores; desde los observatorios nacionales se advierte una actividad incesante; nuevas fuerzas han llegado durante los últimos días al amenazado sector; las tropas de línea pronuncian cinco o seis contrataques, con intención de evitar el establecimiento sólido de las vanguardias nacionales...

En estas tareas están entretenidos los jefes del Estado Mayor rojo, cuando el General Varela rompe nuevamente su ofensiva el día 13 de julio, con vistas al estrangulamiento de la gran bolsa de Mora de Rubielos.

Mora de Rubielos, Sarrión y La Albentosa

El gran ataque contra la mencionada bolsa da comienzo el día 13 de julio. Toman parte el Cuerpo de Ejército de Castilla, el de Tropas Voluntarias y el del Turia.

El asalto de las tropas de Varela es violentísimo; todo el campo atrincherado de Mora retiembla desde los primeros momentos. Mientras

las Divisiones de Castilla deshacen las líneas atrincheradas del Sur de Mora, el Cuerpo Voluntario describe un arco de círculo para envolver el nudo de comunicaciones de La Albentosa. A su derecha, Solchaga trepa y trepa sobre las alturas de Manzanera, partiendo de las bases de la región Sur de Cubla, que habían sido ocupadas durante los primeros días de julio, en sencillas operaciones de aproximación de líneas.

El enemigo está dispuesto a defender el terreno palmo a palmo; pero su resistencia cede por momentos. El día 14, legionarios de Italia y soldados de Solchaga cruzan el río Albentosa, se lanzan sobre la carretera de Albentosa y Barracas y fuerzan la ocupación completa de Sarrión, donde algunas vanguardias habían entrado durante la jornada anterior. El cruce de comunicaciones queda igualmente rebasado y dominado. El día 15 Solchaga cruza el río o barranco Vallbona, y la 12.ª División se apodera del pueblo y de todo el sector de Manzanera.

Con ello el campo atrincherado de Mora de Rubielos podía considerarse perdido para los rojos. A su izquierda, en un movimiento amplio, García Valiño se acercaba al curso del río Palancia; a la derecha, Voluntarios y Turia se corrían resuelta y rápidamente en dirección de Barracas; en el Centro, Castilla mantenía un ataque constante, sin reposo para nadie, y un hostigamiento de los menores puestos de resistencia que acabó por trastornar todos los planes del enemigo.

Por el Norte, el Este, el Oeste y el Sur, el campo atrincherado iba quedando dentro de unas sólidas tenazas, hasta que al fin, el día 16, fue coronada a maniobra táctica y se produjo la ruptura del frente en una extensión de 35 kilómetros, cuya consecuencia inmediata fue la ocupación de Mora de Rubielos, Rubielos de Mora, Albentosa, San Agustín, Barracas, Pina, Alcolas, Nogueruelas y Fuentes de Rubielos

Al mismo tiempo que esta operación alcanzaba resultados tan fecundos, García Valiño lograba rodear una parte de las estribaciones de Espadán, entre el alto Palancia y el alto Mijares, y se dibujaba con caracteres precisos la amenaza directa contra la plaza de Segorbe.

Este mismo día 16 el Cuerpo del Turia, después de ocupado el pueblo de Alcolas, se lanzó en persecución del enemigo hacia los montes y la villa de El Toro, a donde llegó el 17, ocupando además las posiciones dominantes de Begis y el Puerto de Ragudo, último obstáculo que en ese sector cubre el camino de Levante.

El 19 estas mismas fuerzas habían llegado al Vértice Salada (1.586 metros) y a Peña Juliana (1.450), donde encontraron numerosísimo

enemigo, bien provisto de ametralladoras y con duras consignas de resistir hasta la muerte.

El Cuerpo de Tropas Voluntarias está combatiendo desde el primer día de ofensiva con sus mejores calidades de tropa de primer orden.

La División «Littorio» —dicen los testigos presenciales— se lanza sobre San Agustín, mientras la «23 de Marzo» avanza agilísima hacia Barracas.

«La "Littorio" —escribe el *General Belforte*— combate todo el día contra núcleos que intentan retrasar el avance, y asalta el Vértice Pina, en el que se han establecido varias unidades rojas. Carros de combate soviéticos toman parte en las acciones retardatrices. La "23 de Marzo" envuelve Barracas y se sitúa en las alturas del Sur de este pueblo.

En este momento la visión de la batalla se reviste de una grandiosidad fascinante y terrible. El incendio de los bosques en lo alto de las montañas va avanzando; son columnas de fuego que se extienden sobre varios kilómetros de extensión y de los que brotan vértices de humo. En algunos puntos el ataque gana terreno clavando sus tentáculos entre las cortinas de humo de los incendios y de los bombardeo. El primer sistema fortificado de los rojos se derrumba. Las Divisiones legionarias siguen adelante hacia Barracas.

Mientras tanto, el Mando del Ejército rojo de Levante, como consecuencia de la rotura de la línea intermedia de defensa, dispone que el repliegue se produzca hacia la segunda línea (Vértice Salada-Río Palancia), a donde están llegando las reservas generales.

El Mando del XIII Cuerpo de Ejército rojo, que lucha frente al Cuerpo de Tropas Voluntarias, por falta de enlaces y por la desorientación de los mandos subalternos ha perdido el dominio de la situación. Las tropas del XVII Cuerpo rojo, que han abandonado el saliente de Mora, se mezclan con les del XIII Cuerpo en los caminos de la retaguardia. Los comisarios políticos tratan de detener por todos los medios a los fugitivos en las posiciones ya preparadas para la defensa ulterior.

Los soldados que huyen informan al Mando rojo de la pérdida de Barracas.

El cansancio de las tropas y la necesidad de reorganizar y hacer que avancen los servidos de aprovisionamiento inducen al Mando del Cuerpo de Tropas Voluntarias a conceder una jornada de descanso.

El 18 la "23 de Marzo" ocupa la extremidad septentrional de la loma llamada Casilla del Sordo; la «Littorio» extiende su ocupación alrededor de Pina y se apodera del Collado de la Horca. Por la tarde llega la noticia de que el Cuerpo de Valiño, por el ala izquierda, ha avanzado contra los montes al Sudoeste de Onda, y el de Solchaga, a la derecha, se ha lanzado contra las defensas del Palancia, al Norte de Begis.

Los reconocimientos y las declaraciones de los prisioneros y desertores confirman la existencia de una extensa línea de trincheras en la zona del Palancia

(cinturón de hierro de Valencia).

Durante la tarde del 21, 300 cañones nacionales preparan el camino a la Infantería, que ocupa al anochecer la línea Higueras-Caudiel-Benafer.

El primer haz de las fortificaciones rojas de la línea del Palancia ha sido roto en varios puntos, pero los duros combates han revelado que el enemigo se mantiene en posiciones efectivamente fuertes.

El río Palancia, foso natural de una gran fortificación, corre violentamente encajado en un valle profundo flanqueado de alturas. Al otro lado del río, sobre los crestones y lomas, esperan las formidables organizaciones defensivas, que tienen a su favor la aspereza de aquel terreno.

Las trincheras están protegidas por troncos de árboles y terraplenes. Los reductos son de cemento, cubiertos por capas de tierra y de pedruscos. Los bombardeos no hacen gran mella en estas obras. Una infinidad de refugios subterráneos excavados en medio de las fortificaciones, ofrecen protección segura. No hay más remedio que proceder a un nuevo dispositivo, estrechar el frente, localizar la acción de la artillería y reunir masas para reanudar el ataque a fondo.»

Estas observaciones de un magnífico crítico italiano, están confirmadas por los partes que se reciben del Cuerpo de Ejército del Turia.



Obuses de 15.5 del Cuerpo de Ejército del Turia

En treinta y seis horas los ingenieros del Cuerpo de Tropas Voluntarias han construido una pista de ocho kilómetros entre El Toro y Salada, pese a la dureza del terreno y a los grandes desniveles.

Este esfuerzo recuerda otros, prodigiosos, cumplidos en el Bidasoa, la cuencas del Alcanadre, del Cinca, del Segre y de Asturias por los ingenieros nacionales.

El día 19 el General Solchaga informa al Ejército del Norte:

«Ha continuado el avance del ala derecha, con fuerte resistencia enemiga y reacción de aviación y de numerosa artillería.

Se ha ocupado, venciendo esa resistencia, el Vértice Salada, y a la hora de dar el parte se dirigían las fuerzas hacia Peña Juliana.

El flanco izquierdo ha sufrido un fuerte contrataque enemigo, briosamente rechazado en la confluencia del Palancia con el Barranco Resinero.

La mayor parte de las bajas habidas lo han sido por aviación, que ha estado extraordinariamente activa, y por la artillería de gran calibre, que operaba por fuertes concentraciones fuera del alcance de nuestra contra batería.

Se han hecho 105 prisioneros, se han presentado 50 milicianos y se han cogido más de 200 muertos enemigos.»

Este día, el mismo General comunica:

«En el día de hoy ha continuado nuestro avance, aunque muy lentamente, por la constante afluencia de enemigo, por la dificultad del terreno y por la gran cantidad de obras de fortificación. El enemigo lanzó un fuerte contrataque sobre nuestro flanco derecho, ligeramente al Norte del Vértice Salada, que fue rechazado con pérdidas, sufriendo nuestras fuerzas medio centenar de bajas.

El ala derecha ha rebasado en su avance el Vértice Salada en dirección Sur, continuando el movimiento a la hora de dar el parte, sin que pueda precisarse la línea alcanzada.

Por la izquierda se ha ocupado el macizo rocoso que domina Begís hasta la misma ribera del Palancia, con fuerte resistencia enemiga.

Por el centro, algunas fuerzas atravesaron el río Palancia y ocuparon un crestón de piedra que domina por el Oeste el pueblo de Regís.»

Dice el parte del Cuerpo del Turia, con fecha 21 de julio:

«En la madrugada de hoy las fuerzas de nuestra derecha rectificaron a vanguardia la ocupación de las estribaciones del Vértice Salada, franqueando el límite de la provincia de Valencia.

En su avance han encontrado más de 400 cadáveres enemigos sin retirar.

En el centro, las fuerzas que habían ocupado el Espolón que domina Begís, sufrieron un fuerte contrataque con violentísima acción de artillería, que produjo 100 bajas solamente en el 9.º Batallón de Bailén, a pesar de lo mal la unidad resistió con espíritu admirable y rechazó al enemigo causándole grandes pérdidas.

Durante el resto del día, las fuerzas, tras intensa preparación de artillería y aviación, han intentado asaltar las fortificaciones enemigas de la línea del Palancia, pero no han podido hacerlo, a pesar de haberse lanzado a fondo las fuerzas; contribuyó a ello la dificultad del terreno y le fuerte organización defensiva. Se han hecho 150 prisioneros y se han presentado ocho milicianos.»

Así, sucesivamente, durante días y días, el Cuerpo del Turia dará cuenta de violentísimos contrataques contra el Vértice Salada y contra las posiciones del sector de Peña Juliana, en las que el General Asensio, jefe de la 12.ª División, acredita sus excepcionales condiciones de mando; el Cuerpo Voluntario referirá también reacciones rojas de extrema energía en la zona Oeste de Viver y en el sector de Caudiel; el de Castilla dará cuenta de que en todo el frente de Higueras el enemigo se encarniza sobre cada palmo de tierra; y en lo que se refiere a Valiño y Aranda, pasarán días y más días sin otra novedad que los violentos asaltos rojos contra el frente de Nules y contra las posiciones de Espadán, porque las tropas de Miaja tienen que cumplir la consigna de resistencia hasta la muerte. Así podrá provocar Vicente Rojo su maniobra de Cataluña, en la que pone el Gobierno de Barcelona esperanzas rayanas en la más fabulosa ilusión.

El día 20 fue cuando las fuerzas nacionales invadieron en masa todos los sectores cercados, las diferentes bolsas tácticas que se habían ido creando. La toma de Higueras, de Caudiel y de Benafer representaba la llegada al gran objetivo fijado para la guerra entre las montarlas y anunciaba una segunda fase que había de acabar con la ocupación de Viver y de Sagunto. El Destacamento de Enlace o Agrupación del Maestrazgo se había dado la mano con las tropas victoriosas de Mora y del Norte de Sarrión (Varela), y ya la maniobra de convergencia se anunciaba fatal para las rojos. Un millar de kilómetros cuadrados quedaban unidos a la España de Franco; grandes sistemas de fortificaciones marxistas habían saltado en pedazos, y aunque todavía quedaban otras que rebasar, la moral de las unidades nacionales prometía una sucesión de éxitos.

Aniversario del segundo año del Alzamiento Militar

En ese punto de las operaciones llegaba el segundo aniversario del Movimiento nacional para la liberación de España (18 de julio de 1936-18 de julio de 1938).

Durante ese tiempo, Franco se había apoderado del siguiente material, a lo largo de docenas de combates triunfales:

Cañones	413
Morteros	177
Fusiles-ametralladores.	1.752

Fusiles	131.739
Cartuchos	246.000.000
Granadas de mano	250.000
Explosivos	600.000 kilos

Las fechas de las victorias alcanzadas durante dos años podían establecerse del siguiente modo:

22	de julio	de 1936		Toma del Alto del León.
11	» agosto	»	»	Mérida.
14	» »	»	»	Badajoz.
15	» »	»	»	Tolosa.
3	» septiembre	»	»	Talavera de la Reina.
4	» »	»	»	Irún.
13	» »	»	»	San Sebastián.
13	» »	»	»	Ronda.
21	» »	»	»	Ibiza y Formentera.
22	» »	»	»	Liberación completa de Guipúzcoa.
26	» »	»	»	Bargas.
27	» »	»	»	Liberación del Alcázar.
8	de octubre	de 1936		Navalperal y Sigüenza
13	» »	»	»	Peñarroya y Pueblonuevo del Terrible.
15	» »	»	»	Chapinería y otros pueblos de Madrid.
17	» »	»	»	Liberación de Oviedo.
18	» »	»	»	Illescas.
22	» »	»	»	Navalcarnero.
26	» »	»	»	Griñón.
4	de noviembre	»	»	Getafe y Leganés.
6	» »	»	»	Casa de Campo.
15	» »	»	»	Ciudad Universitaria.
4	de diciembre	»	»	Cerro del Aguila.
17	de enero	de 1937		Marbella.
8	de febrero	»	»	Málaga.

11 » »	» »	Motril.
28 de abril	» »	Durango.
29 » »	» »	Guernica.
1 de mayo	» »	Bermeo y Mundaca.
12 de junio	» »	Rotura del «cinturón de hierro».
15 » »	» »	Galdácano.
19 » »	» »	Bilbao y Baracaldo.
24 de julio	de 1937	Reconquista de Brunete.
16 de agosto	de 1937	Reinosa.
24 » »	de 1937	Torrelavega.
26 » »	de 1937	Santander.
1 de octubre	de 1937	Covadonga.
21 » »	» »	Gijón (desaparece el Frente Norte),
22 de febrero	de 1938	Reconquista de Teruel.
9 de marzo	» »	Empieza la ofensiva en Aragón.
10 » »	» »	Reconquista de Belchite.
17 » »	» »	Caspe.
22 » »	» »	Empieza la ofensiva en Huesca.
3 de abril	» »	Lérida y Mora de Ebro.
4 » »	» »	Morella.
7 » »	» »	Tremp y Balaguer.
15 » »	» »	Vinaroz.
16 de junio	» »	Bolsa d Bielsa.
5 de julio	» »	Nules.
13 » »	» »	Sarrión y Mora de Rubielos.
18 » »	» »	Higueras, Caudiel, Peña Salada.

He aquí el magnífico balance de dos años de guerra, de dos años que parecen milagrosos, porque todas estas victorias han sido alcanzadas al par que se creaba un Ejército; o sea, partiendo prácticamente de la desnudez.

Ya hemos dejado expuesto el éxito local que el Ejército del Sur, a las órdenes del General Queipo de Llano obtuvo en el mes de junio sobre los sectores de la Sierra de la Grana, Granja de Torrehermosa y Peraleda de Saucejo. Como si aquel rápido movimiento de las tropas meridionales fuera una preparación de operaciones más vastas, el 19 de julio se inició una maniobra de considerable amplitud, con la finalidad de reducir la inmensa bolsa de Don Benito o de La Serena (Extremadura), existente desde los primeros días del Alzamiento.

La geografía y geología de esta región española es interesante.

Desde La Serena a la margen meridional del Guadiana, hasta Pozoblanco y Villanueva de Córdoba en Los Pedroches, las capas geológicas constitutivas del país se orientan con rumbo Noroeste a Sureste; se trata de los viejos plegamientos hercinianos del Oeste de España, hoy arrasados hasta el nivel general de la penillanura en que se yerguen viejas *y* duras raíces; son las raíces, al presente desmanteladas, de los estratos que vienen, por su mayor dureza, resistiendo el desgaste de la erosión implacable *y* se mantienen todavía en resalto, sobre la general superficie de equilibrio, rejuvenecida en parte por nuevos ciclos de erosión.

Los mismos ríos —Zújar, Guadiana, Ortigas, Guadalmez, etc.—, afluentes o subafluentes del Guadiana, en la comarca de Castuera, y cuantos, en sentido opuesto o con dirección Sureste, vierten sus aguas en el claro Guadalquivir, se muestran congruentes con el arrumbamiento de los estratos, es decir, con la tectónica comarcal (salvo el Guadiana, de curso incongruente).

Las capas geológicas son de fecha paleozoica, y están compuestas por viejas pizarras lustrosas, duras cuarcitas, areniscas y calizas antiguas en que yacen fósiles decisivos para datar su edad y de un alto interés paleontológico (el espongiario *Acheocyathus Marianus,* propio del cámbrico de Sierra Morena, de los más antiguos y primitivos fósiles de la tierra, que ha servido para determinar la incontrastable antigüedad de las capas en que yace). El pueblo de Blázquez está edificado sobre el cámbrico; Valsequillo y Castuera en el contacto entre el silúrico y el cámbrico.

Las fajas de los terrenos primarios o paleozoicos dejan ver frecuentes intercalaciones de rocas eruptivas, amplias y potentes, y tanto en la zona

de La Serena, al Noroeste, como en la de Los Pedroches, al Sureste, el granito juega papel principal. Hinojosa del Duque y Pozoblanco se alzan en terreno granítico, sobre berrocales, y la piedra berroqueña se emplea profusamente en la construcción y en el cercado y deslinde de fincas. Belalcázar, al Norte de Hinojosa, se yergue entre la faja de contacto entre la faja granítica de Hinojosa y Pozoblanco y la zona cámbrica situada en su borde oriental.

El nivel general medio de la longeva penillanura se eleva a los 410-450 metros de altitud, y sirve de zócalo o pedestal a las erguidas Sierras que no alzándose mucho sobre él contribuyen, con todo, a diversificar el país, haciendo de cada risco un punto de defensa. En Santa Eufemia, al Este de Belalcázar, si la Cuerda de la Nava no excede de los 640 los 640 metros, a su oriente la inmediata Sierra de Horcón, siempre fiel al rumbo Noroeste-Sureste, se alza el Vértice Horcón, a los 853 metros (la cota más alta del país). Más al Oeste de Hinojosa del Duque, en la comarca de Blázquez (599 metros) y de Valsequillo, la penillanura algo más elevada —alrededor de los 500 metros— es tablero en que se alzan Sierras numerosas, constantemente fieles al rumbo común. Procediendo en esta misma dirección, y a partir de la orilla izquierda del Zújar se van sucesivamente levantando la Sierra del Coscojo (729) metros), la del Torozo (630 metros), la de Mesegara (770 metros), y su prolongación Sureste, Sierra Trapera (781 metros) las serrezuelas silúricas al Norte, de Valsequillo (580 metros),, lugar de duros y reiterados combates, alongada en dirección Sureste por los Cerros de Patuda (701 metros), Mano de Hierro (669 metros), La Tejonera (720 metros), Alcornocosa (793 metros)... Al Sureste de Valsequillo y Este de La Granjuela (551 metros), paralelas a las enumeradas, se elevan Sierra Noria (719 metros), Sierra «El Perú» (690 metros) y su prolongación Sureste, separada por el Puerro de los Tres Mojones. Al Suroeste tenemos Sierra Tejonera (680 metros), que corre paralela a las anteriores.

La Sierra del Coscojo continúa al Sureste en la Sierra de Cerro Mariscal y Castillo de los Blázquez (750 y 756 metros, respectivamente) Al Suroeste de Blázquez pueden citarse Sierra Navarra (La Navarra, 749 metros) y Sierra de la Herrera (660 metros), con otra sucesión, algo inconexa, debida, como todas, a las acciones erosivas, de cuerdas y lomas con altitudes semejantes. La Sierra de la Grana, la más lejana al Suroeste, alcanza 811 metros, altitud máxima de cuantas se alzan en la extensa comarca de la que ella es centro.

Castuera es de señalada importancia por ser cruce de los viejos y naturales caminos de Córdoba a Castilla y de Sevilla a Almadén el Azogue; este último ha servido durante siglos para la saca del bermellón y del mercurio de sus minas famosas.

El clima, cálido, templado, caracterizado por sus veranos de altas temperaturas, sin lluvias, de cielo extremadamente despejado y luminoso, explica por su aridez la escasez de cauces, con régimen de *uad;* sus escasas aguas se evaporan bajo el seco y tórrido verano.

La vegetación mediterránea, de austero verdinegro, es la adecuada para resistir la implacable sequía estival; encinas, robles enciniegos o quejigos, alcornoques, forman dehesas bajo el sol implacable y bajo un ambiente cristalino.

Entre los arbustos la coscoja, el lentisco y, sobre todo, las jaras, asociadas en extensos jarales, visten igualmente en la vieja región plegada, ya las rasas de la penillanura, ya los pliegues de las cuarcitas en resalto que forman las Sierras. Hay espacios totalmente desnudos en el seco y árido país, y otros en que descuellan, dispersas, matas de retama, de romero, de tomillo. La oveja y el cerdo forman la ganadería principal. Sobre este españolísimo escenario tuvo lugar la ofensiva de 19 de julio de 1938, llevada a término por los Ejércitos del Centro y del Sur, en hábil operación combinada.

* * *

Allí existía, como se ha apuntado más arriba, una gran bolsa estratégica desde los primeros días del Movimiento. Cuando las columnas del coronel Yagüe atravesaron tierras extremeñas y conquistaron las ciudades de Mérida y Badajoz los rojos fueron constituyendo un frente, en forma de vasto saliente, que dejaba en sus manos buena parte de Extremadura, dominaba los yacimientos mineros de Peñarroya, Puertollano y Almadén y les abría la esperanza de operar alguna vez sobre las líneas de comunicación y enlace entre el Sur y el Norte de la España nacional.

Peñarroya cayó en manos de Queipo de Llano antes de que terminara el año 1936. No sucedió así con el resto de las cuencas mineras enunciadas.

En diversas ocasiones el Gobierno rojo estudió y aun aprobó proyectos militares encaminados a romper el frente nacional en los sectores de Medellín y Mérida. La finalidad era cortar en dos la España de Franco,

adelantar las líneas hasta la frontera de Portugal y batir luego separadamente a los Ejércitos de cada uno de los territorios aislados. Se sabe, de modo muy concreto, que cuando en el año 1937 produjeron los comunistas, a instigaciones de Moscú, la caída del Gabinete marxista presidido por Largo Caballero, éste argumentó diciendo que su desaparición del Poder entrañaba aplazamientos castrenses de mucha importancia, y que el coronel Asensio Torrado tenía muy bien estudiada una poderosa ofensiva en Extremadura hacia los objetivos que acabamos de apuntar. No se rindieron los comunistas a estos razonamientos, y Largo Caballero tuvo que dimitir. Más tarde, el comandante Pérez Salas, jefe de uno de los Cuerpos de Ejército de Extremadura (Cuartel general en Pozoblanco), propuso en diversas ocasiones acometer esa empresa, sin duda llena de tentaciones, pero que exigía muchos efectivos, decisión extraordinaria, tropas de primer orden y unos grandes cuadros de mandos subalternos.

Hasta el final de la campaña la obsesión de la guerra en Extremadura caracterizaría las vacilaciones del Mando rojo. Si no se llevó a cabo con mayor empuje, cúlpese a los problemas estratégicos que el Generalísimo Franco planteaba al Ejército marxista en otros teatros de operaciones.

* * *

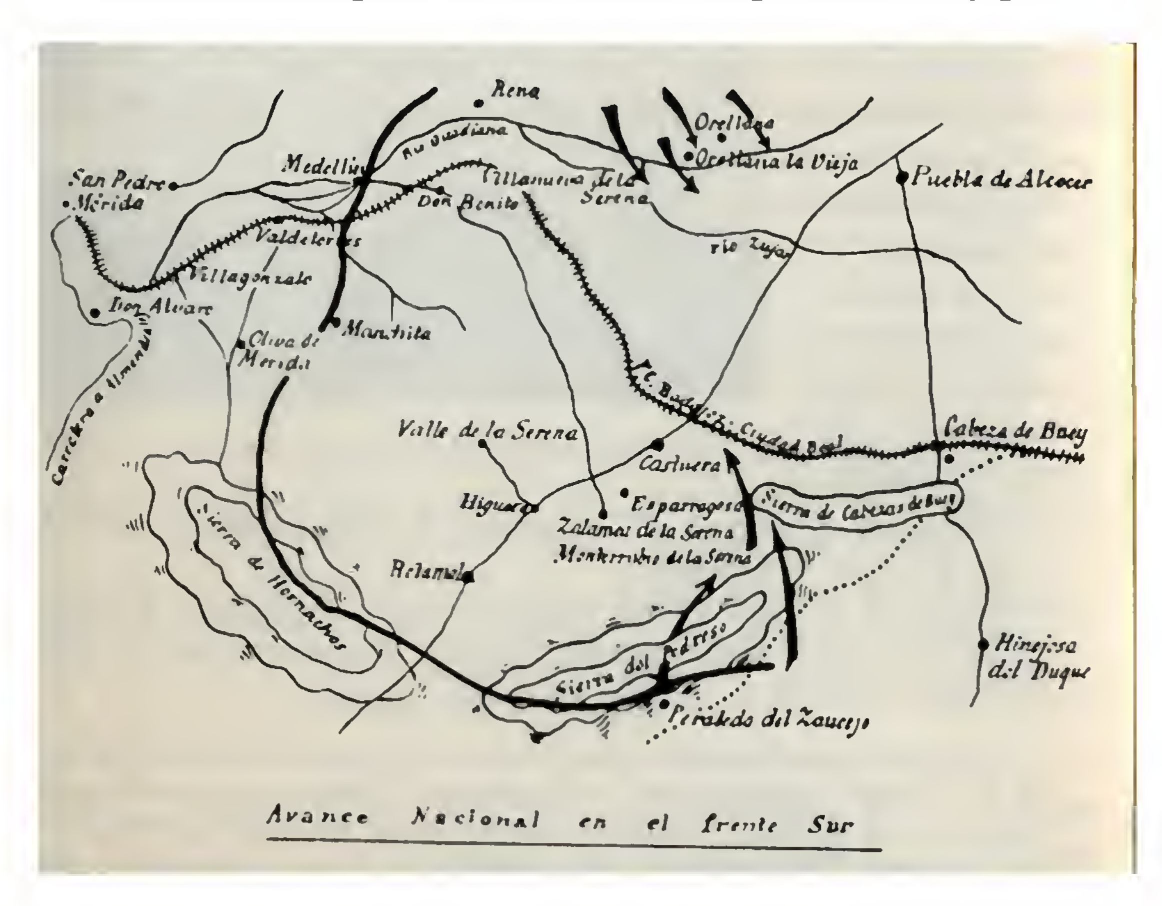
Para el 19 de julio de 1938 se dispuso que una parte de las tropas del Centro (General Saliquet) y otra parte de las del Sur (General Queipo de Llano) iniciaran sendos ataques en los extremos de la bolsa de Don Benito, a fin de confluir en la ciudad de Castuera.

El General Saliquet partiría del sector Logrosán-Madrigalejo y se dirigiría hacia Orellana la Vieja y Villanueva de la Serena. El General Queipo se apoyaría en las posiciones alcanzadas en torno a Peraleda de Saucejo y estribaciones de la Sierra del Pedroso, y lanzaría la flecha de su ataque sobre la región de Monterrubio, Zalamea de la Serena y Esparragosa.

En las dos alas se produjo, por una magnífica sorpresa, la ruptura del frente enemigo. A la izquierda Saliquet ocupó durante la segunda jornada de ofensiva lo pueblos de Acedera, Orellana la Vieja, Navalvillar y Orellana de la Sierra, lo cual representaba una profundización de 15 kilómetros en campo rojo. Las vanguardias se acercaron a la corriente del río Guadiana, cuyo paso se preparó inmediatamente, como operación

preliminar para intentar al día siguiente la marcha hacia el cauce del río Zújar, en dirección Norte-Sur.

Por el ala derecha Queipo ocupó rápidamente los pueblos de Monterrubio, Zalamea de la Serena y Esparragosa, y quedó en condiciones de amenazar las lomas que defienden Castuera por el Oeste y por el Sur.



Avance Nacional en el frente Sur

Al Norte de Castuera pasa el ferrocarril de Badajoz a Ciudad Real, que cruza la villa de Cabeza de Buey.

El día 21 las columnas del Centro y del Sur estaban prácticamente a la vista y prontas a enlazar a retaguardia de la gran bolsa enemiga. Esta se apoyaba en la Sierra de Hornachos y no disponía de muchas comunicaciones para una retirada veloz.

Al encontrarse las tropas nacionales en la zona de Castuera el fondo de la bolsa estaba de hecho copado; la perseguida reducción se lograba, pues, íntegramente.

El amplísimo semicírculo que describía el frente en los valles de La Serena, iba a desaparecer de un momento a otro. Una veloz progresión de las tropas del Centro hasta Puebla de Alcocer y hasta el curso del Zújar, que pasaron brillantemente, dibujó la amenaza contra el ferrocarril de Ciudad Real, sobre cuyo trazado se enviaron destacamentos de Caballería.

Un nuevo salto de 12 kilómetros llevó a las tropas nacionales hasta el pueblo de Benquerencia de la Sierra y les entregó todos los montes situados al Oeste de Castuera.

Durante la última decena de julio y primeros días de agosto la reducción de la bolsa de la Serena fue completada. La ciudad de Don Benito vio izada en la torre parroquial la bandera bicolor. Todo el curso del Zújar quedó inmediatamente dominado. Castuera misma fue el lugar en que enlazaron las dos alas confluentes. Dentro de la bolsa reducida estaban encerrados 23 pueblos, y entre ellos, algunas localidades importantes, como Don Benito, con 23.000 habitantes; Villanueva de la Serena, con 16.000; Campanario (primer sector de enlace entre el Centro y el Sur), con 10.000, y Castuera, con otros 10.000. Otros, como Navalvillar, Acedera, Medellín, Mengabril, Manchita, La Haba, Magacela, La Coronada, Quintana de la Serena, Esparragosa de la Serena, Orellana la Vieja y Benquerenda, indicaban la importancia del territorio conquistado, de 3.500 kilómetros cuadrados de extensión, con más de 400.000 habitantes. El frente de Extremadura, aquel viejo frente amenazador contra las esenciales comunicaciones de la España nacional, había desaparecido. Medellín, la patria gloriosa de uno de los hombres más excepcionales que ha conocido el mundo, Hernán Cortés, pasaba a formar parte de la España nacional. El VIII Cuerpo de Ejército rojo, disperso y aplastado, luchaba denodadamente por reorganizarse. No lo consiguió hasta a la llegada del XIII Cuerpo, enviado a toda prisa del de Levante; éste, formado por tropas de choque, inició una contraofensiva, que consiguió recuperar cierta zona del terreno perdido, algo así como la sexta parte de las tierras conquistadas fulminantemente por Saliquet y Queipo de Llano.

Gran diversión estratégica de los rojos en el río Ebro

Lector que has tenido la paciencia de seguir hasta este capítulo la lectura del presente libro: te encuentras ya en el momento que nos anuncia irrevocablemente el final de la guerra; final victorioso, naturalmente, para el Generalísimo Franco. Vamos a entrar en el relato de la última batalla del Ebro.

Los enérgicos esfuerzos rojos de tipo diversivo llevan hasta ahora los nombres de Brúñete, Teruel y Belchite; el de Balaguer y Tremp no llegó a producirse con los caracteres calculados por el Estado Mayor de

Barcelona. La cuarta diversión estratégica, la más poderosa, es esta del Ebro, y merece un estudio detenido.



Sacrilegios por las tropas marxistas

Recordemos que durante el mes de junio de 1938 Vicente Rojo, Tefe de Estado Mayor en Barcelona, ascendido por el Gobierno marxista a General, quiso romper el frente nacional de Aragón y Cataluña mediante los tremendos y reiterados asaltos a los sectores de Balaguer y Tremp. No lo consiguió. Pero lejos de haberse resignado a la inactividad o a una defensiva sin ilusiones, continuó organizando, con los restos de las Divisiones deshechas, más la rigurosa recluta que se llevó a cabo, un nuevo e importante Ejército de vanguardia,

Los pensamientos de Vicente Rojo eran propios de un técnico del arte militar, aunque se basaban sobre datos absolutamente equivocados. En realidad, ni Rojo, ni Miaja, ni Hernández Sarabia, ni ningún otro de los jefes marxistas alcanzaron jamás a descifrar los vastos planes de Franco.

Por ejemplo: ante la gran ofensiva nacional de Levante informaron diciendo que, aun en el caso de que los atacantes llegaran a la línea Sarrión-Viver-Segorbe-Sagunto, este esfuerzo consumiría los meses de agosto y septiembre, y las unidades encargadas de la maniobra llegarían a sus objetivos muy fatigadas y con gran desgaste. Una vez allí, Franco tendría que disponer una honda reorganización y reagrupación de las distintas Divisiones, lo cual le llevaría el mes de octubre. En todo caso, no había que pensar en nuevos intentos amplios antes de noviembre. Parecía claro, por consiguiente, que la campaña de Valencia —prevista y temida— sería, en realidad, una campaña de invierno. Nos encontrábamos en julio. ¿Quién podía calcular lo que en el orden internacional sucedería entre julio y el invierno?

Todo ese tiempo permitía organizar una o dos grandes ofensivas en distintos sectores; fue elegido corno más conveniente el del Ebro, frente entre Mequinenza y Mora de Ebro. Franco, bruscamente atraído hacia aquel sector, tendría que suspender, por de pronto, su maniobra sobre Valencia, sacar tropas empeñadas y embebidas en territorios durísimos y atender a dos problemas delicados; como los efectivos rojos de Levante eran fuertes, se intentaría contratacar profundamente en la provincia de Teruel o en el límite de Teruel con Valencia y Castellón, apenas se advirtiera que el Generalísimo nacional desguarnecía ese frente y desviaba hacia el Ebro el caudal mejor de sus Divisiones de maniobra.

Que los informes rojos no acertaron en sus previsiones resulta bien demostrado por los acontecimientos. Añadiremos más; la iniciativa de atacar en el Ebro, sí a muchos pudo parecer afortunada desde el punto de vista de la guerra, en general fue un error que los rojos pagaron carísimo y que abrevió el término de la campaña.

Alargar en Levante y en el Centro la resistencia, dada la extensión de los territorios que allí dominaban los rojos, era cosa posible; interesaba al Gobierno de Barcelona, sobre todos los demás propósitos, ganar tiempo, abrir plazos y demoras, mantener en pie el conflicto, por si algún inesperado suceso podía aliviarles su situación de pesadilla.

Para ello debían reservar intacta su única masa de maniobra; no exponerla a la completa destrucción; e importaba, igualmente, conservar inviolado casi todo el territorio de Cataluña, como estribo para que el Gobierno de Barcelona, alzándose en él, pudiera ser avistado desde el otro lado de las fronteras y se le tuviera en cuenta a los efectos de ciertos diálogos. Desafiar al Generalísimo en el Ebro equivalía a llamar su atención sobre ese Ejército de maniobra a que nos hemos referido, y alentarle a que emprendiera su destrucción, igual, exactamente igual, que había acontecido en Teruel.

Sin el menor margen de error podemos expresar con fórmula matemática la semejanza de las situaciones de Teruel y el Ebro, así como los resultados respectivos: la batalla del Ebro es a la de Cataluña lo que fue la de Teruel a la de Aragón.

El río Ebro, en el tramo comprendido entre Mequinenza, tendida en su orilla izquierda, y (aguas más abajo) Mora de Ebro, emplazada en su margen derecha, se dispone, como corresponde a un río viejo, en amplios tuertos o meandros, menos cerrados que los de Sástago, Escatrón y Caspe —encajados hondamente, sobre todo en el trayecto entre Fayón y Ascó—, en las hoces y gargantas por el propio río tajadas (a lo largo de una pertinaz labor de erosión que trabaja desde hace muchos milenios), en el espesor de las capas constituidas por materiales de fecha oligocénica, principalmente dominantes en la geología del país.

La ribera del Ebro, o simplemente, «la ribera», como la llaman en el país, queda limitada al Norte por las Garrigas de la provincia de Lérida; al Suroeste, por la tierra alta en que se yerguen sierras diversas, como la de Fatarella, Montes de Ascó y otras que más adelante se enumeran, y al Este el Priorato (que tiene por su centro a Falset).

En Mequinenza, situada al pie de su fortaleza (254 metros), el Ebro recibe por su orilla izquierda las mansas aguas del Segre, recién engrosado por el Cinca (en la Granja de Escarpe), y forma en sus márgenes angostas fajas aluviales, en contraste con los cerros oligocénicos de las paredes de las gargantas. Extensas islas, igualmente aluviales, en la confluencia, dividen al Segre en dos brazos; y aguas más abajo, el Ebro forma otras, alongadas en el sentido en que fluye su líquido caudal.

De modo gradual se van estrechando y ahondando las gargantas en que el Ebro se ha encajado —singularmente al pie de los cerros de Roda (331 metros) y de Fayón (282-284 metros), frente al barranco de Dolcet —, en donde el Ebro fluye de Norte a Sur hasta el pueblo de Fayón (situado en su orilla derecha). Aquí, el ferrocarril de Madrid-Barcelona alcanza el Ebro, y ceñido a las faldas de su margen derecha siguiendo fielmente por imposición del propio relieve, cuantas inflexiones trazan las hoces en que el Ebro camina encajado, no le abandona hasta Mora la Nueva.

Desde Fayón hasta Flix el Ebro corre de Oeste a Este y no presenta más poblado que Ribarroja de Ebro, en su orilla derecha, dejando al Sur la llamada Tierra Alta, país amesetado de altitud media comprendida entre los 350 metros (Pobla de Masaluca, 361 metros) y los 500 metros (Vértice Menares, 474 metros). Poco más al Sur de Fayón, y por su margen

derecha, el Ebro ha recibido las menguadas aguas del río Matarraña. Gandesa (368 metros) es centro político y mercado de toda esta zona de la Tierra Alta, en que se yerguen Sierras en su mayoría de tipo amesetado o *tosales,* originadas por la erosión, como la Sierra de Pandols (Puíg Caballé, 709 metros), situada al Sureste de Gandesa, prolongada más al Nordeste, en la Sierra de Caballs (Vértice Caballs, 660 metros), a cuyo píe meridional y a los 189 metros de altitud se emplaza el pueblo de Pinell; la Sierra de La Vall de La Torre (424 metros), al Noroeste de la anterior, en cuyas estribaciones septentrionales y en importante encrucijada se sitúa la Venta de Camposines, no lejos del Coll de su nombre; la Sierra de la Picosa (496 metros); la del Águila (487 metros); la Sierra de la Fatarella (Vértice Montserrat, 546 metros) al Sur de Ribarroja de Ebro.

En Flix el Ebro se retuerce en un terrado meandro, ya en trance de cortarse; es, por tal razón, el centro industrial de la comarca. El poblado de Flix y sus instalaciones industriales electroquímicas se alzan en las ramas abiertas de la herradura que el río describe.

Desde Flix hasta Mora de Ebro el río marcha con dirección aproximada de Norte a Sur. En el año 1838, justamente un siglo antes de la sangrienta batalla que vamos a estudiar, Flix fue teatro de una espantosa lucha entre las fuerzas del General Cabrera y las de Isabel II. El ferrocarril, por evitar el tuerto del Ebro, se tiende entre ambas ramas rectas de la herradura.

Ascó (69 metros de altitud), está igualmente en la orilla derecha del Ebro, y García (73 metros), en la izquierda, sobre la confluencia del Ciurana. La Sierra del Tormo, que se levanta (Vértice Tormo, 525 metros) entre Vinebre y García, está formada por materiales en parte triásicos, en parte oligocénicos. Finalmente, entre García y Miravet el Ebro fluye por país más abierto antes de encajarse de nuevo en las gargantas tajadas en el espesor de las capas constitutivas de la cordillera litoral catalana, que forzosamente ha de atravesar para desembocar en el Mediterráneo.

Mora de Ebro y Mora la Nueva, Benisanet, Ginestar y Miravet se disponen en llanadas aluviales, edificadas por el propio río, en lenta labor de sedimentación; en ellas los habitantes del país cultivan sus cuidadas y próvidas huertas. El interior del país en un principio descrito, recio, duro, amesetado, de Sierras y rosales, no de gran altitud pero sí escabrosas y diversas, ostenta una vegetación y una agricultura de tipo decididamente mediterráneo. Encinas, alcornoques, algarrobos pinos mediterráneos son sus árboles dominantes, aun cuando escasos, sobre todo los pinares,

arrasados con ocasión de la Gran Guerra. La agricultura de secano tiene, como cultivo principal, el del olivo. Los cereales, las garrofas, vid, frutales mediterráneos —a señalar frutos de meollo, como la almendra y la avellana-— completan el cuadro. La agricultura de regadío en las llanadas aluviales que el río ha depositado en ambas márgenes tiene su expresión en la huerta, rica y espléndida. El país serrano del interior aparece vestido por la garriga mediterránea, salvo las partes en que las rocas —calizas, areniscas— de tonos albarizos, se ostentan desnudas.



Plan del Estado Mayor rojo en el Ebro

Más que ninguno de nuestros comentarios dará idea clara del plan concebido por Vicente Rojo, Jefe del Estado Mayor Central de Barcelona, la Orden de Operaciones comunicada el día 22 de junio de 1938 por el Jefe

del Ejército del Ebro. Este jefe era el ex miliciano Juan Modesto Guilloto, que capitaneó milicianos desde el primer momento en las alturas del Puerto de Navacerrada, entre Segovia y Madrid. Los grupos que Modesto sometió a su mando fueron la base del Batallón Thaelmann. Poco a poco subió de graduación el miliciano, y en julio de 1938 era teniente coronel y comandante en jefe del Ejército del Ebro.

Este Ejército estaba constituido por dos Cuerpos de Ejército: el XV, mandado por el comunista Tagüeña, que se había distinguido en la defensa de Madrid, y el V, mandado por Enrique Lister, procedente del 5.° Regimiento, fundado en Madrid por el comunista Enrique Castro. Era Jefe de Estado Mayor del Ejército rojo del Ebro el teniente coronel Fábregas y Jefe de Estado Mayor del V Cuerpo el teniente coronel Manuel López Iglesias. No hemos podido saber quién era el militar profesional que asistía al estudiante de Ciencias (Tagüeña), designado jefe del XV Cuerpo.

El plan general de los rojos se halla contenido en un documento firmado por el Jefe del Ejército del Ebro, «en mi puesto de Mando, a las quince (15) horas del día veintidós (22) de julio de mil novecientos treinta y ocho». En ese plan se establece como misión del Ejército la de «constituir una fuerte cabeza de puente en la región de Gandesa, que pueda servir de base a ulteriores operaciones; y sí las circunstancias se presentan favorables continuar la penetración».

Ya veremos más adelante cómo so capa de la cabeza de puente albergaba el Mando tojo grandes ambiciones.

Las tropas con que se cuenta para la operación son las siguientes:

Cuerpo de	Ejército	número	XV	Divisiones 42, 3 y 35.
»	»	»	XII	División 16.
»	»	»	V	Divisiones 11, 45 y 46
»	»	»	XVIII	Divisiones 27, 43 y 60.

Tenernos, pues, un total de 10 Divisiones, como masa de maniobra, o sea una cifra aproximada, en los primeros momentos, de 100.000 hombres.

Estas 10 Divisiones están integradas por 31 Brigadas, con un total de 131 Batallones.

Hay que añadir a tos efectivos rojos tres Regimientos de Caballería, con los números 2, 3 y 7.

La masa de tanques y de blindados se descompone del modo siguiente:

Tres Compañías del tercer Batallón de Tanques.
Una Compañía del primer Batallón de Tanques.
Dos Compañías de Tanques del Ejército del Este.
Primer Batallón de Blindados.
Tercer Batallón de Blindados.
Una Compañía independiente de Blindados.

Los grupos artilleros reunidos con destino a la operación del Ebro sumaban aproximadamente de 70 a 80 baterías, más 16 baterías antiaéreas de 20 mm., cinco baterías de 40 mm. y seis baterías de 76,2 mm., con dos Compañías de ametralladoras de seis máquinas de cuatro tubos.

«Se trata —dice textualmente la Orden general de operaciones del Ejército rojo del Ebro, con fecha 22 de julio de 1938— de establecer una fuerte cabeza de puente en la región de Gandesa. Para lograrlo hay que efectuar el paso del río Ebro. Este paso ha de realizarse por varios puntos simultáneamente, a fin de distraer la atención del enemigo y facilitar la acción de dos columnas principales que han de atacar a fondo y conquistar los objetivos. Dos acciones más lejanas, en los extremos del dispositivo, permitirán distraer la posible reacción contraria y, en su caso, explotar el éxito. Una acción preliminar complementaría por parte del Ejército del Este, en la región de Sort, para ocupar Sant Romá de Tabernoles y alturas inmediatas, al objeto de evitar la maniobra de reservas enemigas de alguna importancia hacia el Sur del Ebro, cortando la carretera del Valle de Arán, y otra, eventual, por parte del Grupo de Ejércitos de la región central, completarán el ciclo de operaciones.

La 42 División estará en línea, salvo las unidades que se destinen a la acción complementaria en el Segre y en Sort.

La 3.ª División se concentrará en la región Ribarroja-Flix.

La 35, en Torre del Español-Cabacés.

La 16, en Bisbal de Falset hacia el SO., hasta el puente sobre el río Monsant

Tercer Regimiento de Caballería, en la carretera de Palma de Ebro, al Norte del puente del río de la Cana.

La zona de concentración de las fuerzas blindadas será determinada por el jefe del Cuerpo de Ejército.

En cuanto al sector Sur, las concentraciones serán:

12 Brigada, Batallones divisionarios de Ametralladoras y Batallón de la 151 Brigada en línea.

Una Brigada en Benifallet.

División número 11 y dos Brigadas de la 46, en Ginestar.

Segundo Regimiento de Caballería y Fuerzas blindadas, a determinar por el jefe de Cuerpo de Ejército.

La División 60 se concentrará en la región de Granadella.

La División 27, en la zona de Cervera-Tárrega.

La División 43, en la región Reus-Valls.

El 7.º Regimiento de Caballería, en la región de Montblanch.

Las fuerzas blindadas de reserva, en Ulldemolins-Puebla de Ciérvoles.»

Vienen luego en la «Orden General de Operaciones número 2», tres apartados con los títulos de «Objetivos», «Fases» e «Idea de la maniobra».

Respecto de los «objetivos» se define lo siguiente:

«Primer objetivo: Línea Fayón-Batea-Sierra de Pandols-Benifaller.

Segundo: Línea Fayón-Batea-Valderrobles-Beceite y margen izquierda de los ríos Mangrané y Cerbol.

Tercero: A fijar por el Mando como consecuencia de la situación.»

Nótese el interés que reviste el «segundo objetivo»; como que se trata nada menos que de situarse en la zona dominante del Maestrazgo e interponerse entre esta zona y el frente costero.

En el capítulo «Fases», la Orden general prescribe:

«Primera fase de la operación: Paso del río y despliegue.

Segunda: Ocupación del primer objetivo.

Tercera: Ocupación del segundo objetivo.

Cuarta: Ocupación, en su caso, del tercer objetivo y siguientes.»

Finalmente, en el capítulo titulado «Idea de la maniobra», el jefe del Ejército del Ebro dicta las normas siguientes:

«Una División cruzará el río por la región de Ribarroja y ocupará la Sierra de Fatarella y el pueblo de este nombre, buscando el enlace por su izquierda con las fuerzas de otra División que había cruzado el Ebro por la región de Ascó y que, tomando como eje de marcha la carretera de Gandesa a Flix, ocupará en primer lugar el cruce y la Venta de Camposines, para continuar después por la Sierra de Lavall de la Torre hasta establecer contacto con las fuerzas del V Cuerpo de Ejército en el vértice Caballs, manteniendo una vigilancia y ocupando, si es preciso, la serie de alturas que desde el mencionado cruce sigue una dirección SO.-NE. Otra División seguirá las incidencias para ser empleada en tiempo oportuno.

En el sector Sur una Brigada cruzará el río por Benifallet y rápidamente ocupará las alturas que dominan la orilla izquierda del río Canaletas y la Sierra de Vallplana, extendiéndose hacia el NE, buscando contacto con las fuerzas de una División que habrá pasado el río por la región de Ginestar y que, tomando como eje la carretera de Gandesa a Tortosa, marchará hacia Pinell y luego remontará la Sierra de Caballs para enlazar por su derecha en el vértice de este nombre con las fuerzas

del XV Cuerpo de Ejército.

De la columna que pase por la zona de Ginestar se emplearán fuerzas que realizarán un movimiento envolvente sobre Mora de Ebro a fin de cortar la carretera de Alcolea de Pinar a Tarragona y conquistar aquel pueblo.»

Señala el documento que citamos los detalles de las «acciones secundarias», consistentes en el cruce del Ebro al Sur de Mequinenza por fuerzas de la División 42, a fin de ocupar el alto de los Auts y cortar la carretera de Maella a Fraga; otra hacia Amposta, a fin de cortar la carretera de Valencia a Barcelona que pasa por Santa Bárbara. Hay quien duda de que esta acción fuese la secundaria, y se inclina a creer que la de Amposta era la acción principal. Así, por ejemplo, ha comentado el General García Valiño.

«Por no haberse aclarado en ninguno de los documentos arrebatados a los rojos, no es posible saber cuál fue la acción principal; es lógico, sin embargo, que lo fuera la de Amposta, que permitía tomar de revés la línea costera y amenazar el despliegue general del Cuerpo de Ejército de Galicia.»

El documento central que conocemos del Estado Mayor rojo sigue diciendo:

«En esta fase, el paso del río deberá hacerse de noche y por sorpresa, por fuerzas ligeras, utilizando medios discontinuos; debe ser rápido, mediante el número de playas de embarque necesario para transportar en el mínimo tiempo la mayor parte de las fuerzas consideradas suficientes para alcanzar el objetivo previsto. Como objetivo inmediato, llegar a los emplazamientos de la artillería enemiga, a fin de apoderarse de ella e impedir su acción.»

Para la segunda fase, el jefe del Ejército del Ebro ordena:

«En la segunda fase, una vez alcanzada la línea Sierra de Fatarella-pueblo de Fatarella-Venta de Camposines-Vértice Caballs-Pinell-Río Canaletas, continuará la acción en la siguiente forma:

Acción principal:

Sector centro: Las fuerzas que ocuparon Fatarella avanzarán en la dirección Villalba de los Arcos-Batea. Las que ocuparon Venta de Camposines seguirán los ejes Gandesa-Bot-Horta.

Sector Sur: se completará la ocupación de la Sierra de Pandols, asegurando la del río de Gandesa con el Canaletas y toda la orilla izquierda de este último.»

Para la tercera fase, el documento dice lo siguiente, que recomiendo a la atención de los lectores de este libro, pues quedan esclarecidas las enormes ambiciones del plan del Ebro. Determina el jefe del Ejército:

«Tercera fase. Acción principal:

Sector Centro: Continúa la acción hasta ocupar la línea del río Algas y Valderobles.

Sector Sur: Seguir avanzando sobre el eje Pinell-Tortosa-Vinaroz, apoyando su flanco derecho en la Sierra de Pandolls-Vértice Espina-Puerto de Beceite-Sierra Montenegrelo, donde enlazará con las fuerzas del XV Cuerpo de Ejército y desde donde ocupará la orilla izquierda de los ríos Mangrané y Cerbol.

Para el momento de pasar el río los Cuerpos de Ejército disponen de barcas, pasarelas y compuertas, pero además se ponen a su disposición los siguientes elementos:

Al XV Cuerpo: 100 barcas, 5 puentes sobre flotadores, 2 puentes de vanguardia, un puente de madera para grandes cargas, un puente de hierro y 2 compuertas.

Al V Cuerpo: 3 puentes sobre flotadores, 2 puentes de vanguardia, un puente de madera para grandes cargas, un puente de hierro y una compuerta.

Todos estos puentes —dice la Orden general— se refieren a una longitud de 150 metros. Y de ellos, aprovechando incluso la posibilidad de que en algunos lugares no sean necesarias estas longitudes, se mantendrá en reserva un 25 por 100 del material.

Cada puente irá con el personal necesario para su transporte, manejo, tendido y entretenimiento. Sin embargo, para facilitar la labor de los especialistas y acelerar la construcción, los Jefes de Cuerpo de Ejército dispondrán de los Batallones de Obras y Fortificaciones actualmente en su zona de acción, a fin de utilizarlos en el transporte al pie de obra, desde los lugares de aparcamiento y en los demás trabajos de tipo general.

Se tendrán previstas columnas motorizadas a base de Batallones de ametralladoras o especiales y blindados, a fin de penetrar profundamente en el dispositivo enemigo y producir su desorganización; o por lo menos, para realizar reconocimientos que permitan ganar tiempo ante posibles reacciones enemigas.»

En un anejo a la «Orden General de Operaciones», fechado el 23 de julio, dice el jefe del Ejército del Ebro:

«A las veintiuna horas de mañana, día 24, todas las fuerzas y servicios de este Ejército se concentrarán en los puntos marcados, y estarán dispuestos a cumplir las órdenes que la Superioridad dicte. A dicha hora todos los jefes darán parte de preparado y sin novedad a mi Puesto Comando.»

Ese mismo anejo, secreto y reservado, aclara que el día «D» será el 25 de julio de 1938 y la hora «H» las cero horas y quince minutos.

Los rojos pasan el río y rompen las primeras líneas nacionales

A las doce y cinco de la noche del 25 de julio todas las tropas rojas de maniobra comienzan la operación de paso del río Ebro. Son los Cuerpos de Ejército XV y V los que atacan.

A las 2,25 de la madrugada el comandante Del Amo, jefe de Estado Mayor de la División 50, que es la fuerza nacional que cubre el sector atacado, comunica al General Yagüe que, según le informa el teniente coronel Peñarredonda, el enemigo se ha filtrado por el sector de Miravet, y que una Compañía del Batallón de Arapiles oye fuego rojo a retaguardia. Peñarredonda ha acercado dos Compañías del Regimiento de Zamora para reforzar el sector, pero han sido atacadas violentamente y se ha perdido todo enlace con ellas. Pide angustiosamente que se le envíe la unidad de reserva existente en Gandesa a disposición del Cuerpo de Ejército. Esta unidad es el 5.º Tabor de Regulares de Melilla. Inmediatamente se le ordena que salga hacia las líneas avanzadas.

A las 2,45 de la mañana otra grave noticia telefónica. Es ahora el teniente coronel Valcárcel, jefe de Estado Mayor de la 105 División, mandada por el coronel Coco. Valcárcel informa que el enemigo está intentando pasar el Ebro a dos kilómetros de Amposta; ha lanzado al río unas cuantas embarcaciones; un prisionero belga declara que son cuatro las Brigadas encargadas del ataque.

A las 2,50 el Cuartel General de la División 50 (coronel Campos) comunica que los rojos han pasado el Ebro por Illetas, que se ha producido en la línea un boquete y que, por el momento, no ha podido ser cerrado.

El Cuerpo de Ejército Marroquí, al cual pertenece la División 50, pide al Ejército del Norte que empiece la aviación los bombardeos desde las primeras horas del amanecer.

¡Buenas noticias del sector de Amposta! El intento de cruzar el Ebro enfrente de la ciudad ha fracasado; dos kilómetros aguas arriba se han infiltrado algunos núcleos; pero van a ser violentamente contratacados y se confía en dejar la situación perfectamente restablecida.

A las 3,30 y 3,35 informan el comandante principal de Artillería del Cuerpo de Ejército (teniente coronel Alarcón de la Lastra) y el comandante del Batallón de Arapiles. Aquél recoge las primeras informaciones concretas; éste considera la situación con optimismo y supone que se trata de una alarma fácil de vencer.

Ya a las cuatro menos diez de la mañana, el jefe de Estado Mayor de la 50 División informa con cierta minuciosidad y las noticias que su informe contiene son bastante desagradables para los nacionales. A las cinco de la madrugada el propio jefe de Estado Mayor manifiesta que por el sector de Miravet son muchos los efectivos enemigos que han pasado el río.

El comandante del Batallón de Arapiles vuelve de su primer optimismo y ya informa que la situación empeora en Miravet, donde el enemigo, apoyado por intensa acción artillera, está reuniendo fuerzas importantes en la orilla derecha.

A las 5,45 parte del Cuerpo de Ejército de Lister trata de llevar a término una acción importante sobre Amposta; se ordena al coronel Coco un contrataque violento y se le manda que avance las fuerzas de Tiradores de Ifni.

Así transcurre toda la mañana. Desde las vanguardias llega la noticia de que continúan pasando barcazas y que la operación roja es de gran envergadura. Nuestras líneas de resistencia avanzada de la 50 División están cediendo en casi todas partes.

A las 7,30 el coronel-jefe de la 50 División dice que le resulta imposible, dada las fuerzas de que dispone, atender a las distintas infiltraciones, y pide autorización para ordenar un repliegue general a otra línea «que englobará la Sierra de Fatarella, las alturas al Este de Camposines, el Puerto de Pandols y el cruce de la carretera de Prat de Compte a Tortosa». El Alto Mando del Cuerpo de Ejército autoriza ese repliegue. A las 7,45 las noticias de Amposta son alentadoras; el núcleo rojo que ha pasado el Ebro está envuelto por las tropas de la 150 División.

En un folleto muy interesante publicado por la División 13.ª se alude a estos primeros momentos de la batalla del Ebro con las palabras siguientes:

«En la noche del 24 de julio cruza el enemigo el Ebro con un sinfín de barcas y de medios en un frente de 60 kilómetros. En Amposta, las fuerzas de reserva de la 13.ª cortan el intento de raíz, distinguiéndose notablemente el Batallón 262 En la

zona de Gandesa nuestros puestos son aplastados o rodeados, y a las reservas que acuden les son cortadas las comunicaciones y reciben orden de replegarse. El 5° Tabor de Melilla protege el repliegue de una batería y necesita abrirse paso a cuchillo tres veces para llegar a Gandesa; Ifni-Sahara también se repliega con grandes dificultades por dos carreteras sobre las que cierra el paso al enemigo. El coronel-jefe de la segunda Brigada recoge las fuerzas y después de haber detenido al enemigo en Corbera, organiza, según órdenes recibidas, la defensa de Gandesa...»

Pero no anticipemos acontecimientos. Por las palabras del párrafo anterior advertirá el lector que desde la primera jornada de la batalla estábamos ante un éxito local de los rojos, muy considerable, y ante la exigencia de mostrar rotunda y definitivamente la superioridad nacional.

La División 13.ªl (General Barrón) se hallaba repartida en dos zonas de acantonamiento: al Norte del Ebro, en la región de Serós; al Sur del Ebro, en Gandesa y en Tortosa. Por eso fue la primera fuerza que acudió al incendio.

Las órdenes, enlaces, informes, orientaciones, directrices y consignas que se dan en el Cuartel General del Cuerpo de Ejército Marroquí durante la mañana del 25 de julio de 1938 se suceden incesantemente. A las doce y cuarto del mediodía el comandante Taboada transmite desde el Cuartel General de Franco el siguiente telegrama:

«S. E. el Generalísimo ha determinado que se esfuerce V. E. en mantener la línea definida por los siguientes puntos: Monte Rey-Puig Aliaga-Corbera-Villalba de los Arcos, a enlazar con Fayón y Mequinenza, buscando el enlace por el Sur con las tropas del sector de Cherta. Informa el comandante Taboada que la brigada de la 82 División ha salido entera en camiones. En Amposta, el fracaso de la intentona roja es absoluto. Casi ninguno de los que han pasado el río ha podido volver a su orilla.»

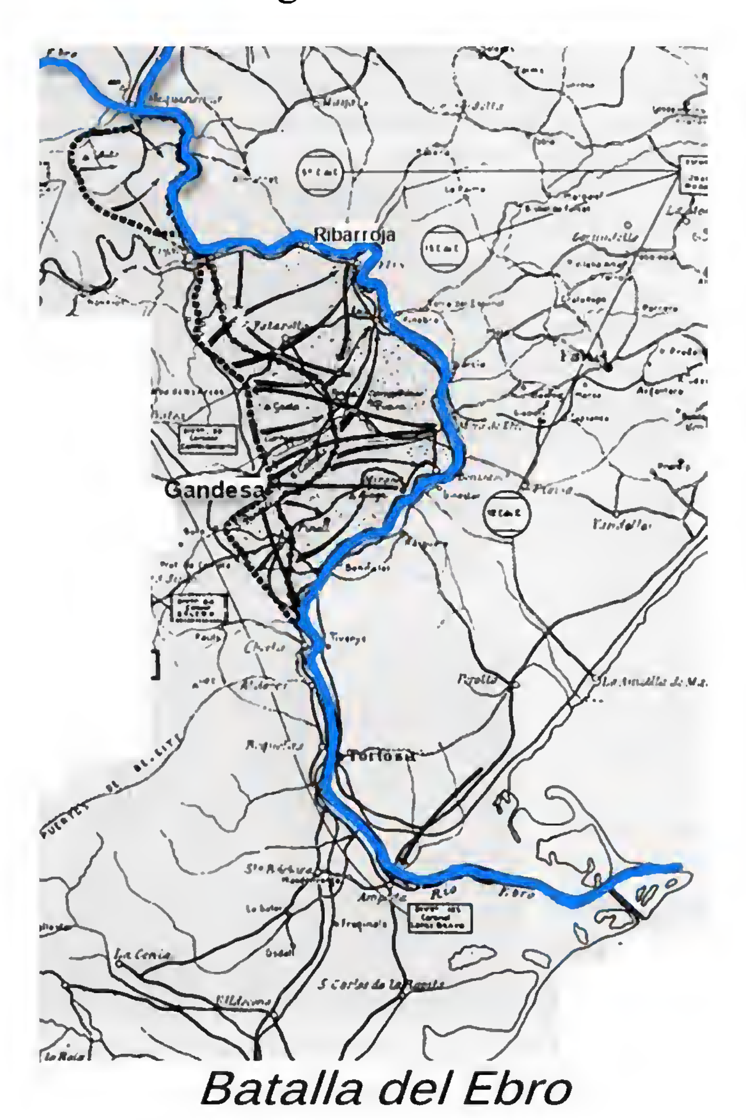


Soldados de la 82 División del Ebro

El comandante de Estado Mayor señor Zanón es, en realidad, el primero que suministra datos irrefutables, resúmenes de la situación muy luminosos. Gracias a sus minuciosos informes nos damos cuenta de que en el Ebro se ha iniciado algo muy importante.

El Generalísimo envía tropas de todas partes, material en abundancia, toda la aviación... Igual que en Teruel, ha aceptado el desafío. La División 50 no ha podido resistir el alud de dos Cuerpos de Ejército, y ha perdido Fatarella, la Venta de Camposines, los picos de Pandols, Caballs y la Picosa; se han quedado los nacionales sin Ribarroja, sin Flix, Ascó, Fayón, Mora de Ebro, Miravet y otros pueblos...

Repito: no adelantamos el relato de los acontecimientos. Por iniciativa roja, ha dado comienzo en las orillas del Ebro, una gran batalla, de vasto desarrollo, de resultados que algunos estiman dudosos, pero que el Generalísimo ha comprendido con meridiana claridad, con intuición genial... En ella está el fin de la guerra.



Batalla del Ebro

CAPÍTULO VI

GRAN BATALLA DEL EBRO

Referencia informativa y crítica be uno de los hechos más importantes de la guerra de España. – Noticias previas que llegaron al Estado Mayor Nacional. - Las cuatro fases de la batalla: avance rojo, fijación del frente, período de desgaste y contraofensiva de Franco. – Al cabo de cuatro meses de encarnizamiento, el Ejército marxista se ve obligado a repasar el río. – Pero, sobre todo, ha perecido toda la masa de maniobra de Cataluña. – El problema de efectivos y de reservas se plantea de tal modo ante el gobierno de Barcelona, que su derrota no puede ofrecer la menor duda. – Franco tiene ya abierto el camino hacia la victoria final.

Desde que el Ejército rojo de Cataluña (o del Este) atacó con fuerzas equivalentes a seis o siete Divisiones las líneas nacionales en los sectores de Balaguer y Tremp, se tuvo en el Estado Mayor nacional la convicción de que seguirían nuevas intentonas, porque se advertía muy a las claras que el Gobierno de Barcelona iba a hacer su último y angustioso esfuerzo para conseguir, no ya un equilibrio en la situación militar, que esto era mucho anhelar, sino un aplazamiento de las decisiones últimas. Ganar el otoño y el invierno, llegar a la época de nieves y lluvias, forzosamente pobre en operaciones, agitar mientras tanto la opinión internacional, fiarlo todo a la posibilidad de un conflicto exterior y dar tiempo a que fermentaran las supuestas e ilusorias rebeliones que, según, la propaganda roja, estaban urdiéndose en el seno de la España de Franco, era todo el programa del Gobierno Negrín.

Para eso había que repetir los golpes de Brunete, de Belchite o de Teruel, pero agrandados, llevados a sus máximas consecuencias, a fin de dar fe de pujanza bélica ante los ojos del mundo espectador. Por de pronto, se aplazaría la amenaza sobre Valencia, Franco tendría que emplear en la contraofensiva sus fuerzas maniobreras y sus Divisiones de choque, pasarían los meses, el desangramiento del Ejército nacional sería fuerte y no estaría en condiciones de nuevas ofensivas amplias antes de la primavera del año 1939.

El hecho de que el Estado Mayor rojo pensara así indica, además de otras muchas cosas, una que juzgo importante: la irregularidad e insuficiencia del servicio de espionaje rojo. Todo cuanto se ha dicho acerca de la perfección de las confidencias montadas por el Frente Popular ha solido estar revestido de exageración, porque frecuentemente se ha visto que los informes en que apoyaban los Mandos marxistas sus resoluciones eran pobres y, en ocasiones, deleznables.

Por ejemplo, el planteamiento de la batalla del Ebro, tal como se produjo, permite señalar los siguientes errores graves:

Primero. El Gobierno de Barcelona y su jefe de Estado Mayor Central no conocían la situación de Franco en cuanto al problema de las reservas, pues si pensaban que en una batalla quedarían consumidas, bien se ve que juzgaban mal y que sus estadísticas eran equivocadas.

Segundo. El Gobierno de Barcelona y su jefe de Estado Mayor Central calcularon torpemente la cifra de las reservas propias, de donde resulta que se lanzaron a una aventura grave y peligrosa sin los elementos indispensables, hasta el punto de encontrarse pobres de tropas frescas antes de que transcurriera la primera semana de batalla.

Tercero. Si la finalidad esencial de la diversión estratégica del Ebro era la de ganar tiempo y salvar el otoño y el invierno de 1938, no se comprende cómo ofrecieron al Generalísimo nacional la ocasión propicia de afrontar una batalla de desgaste, en la cual había de perecer necesariamente toda la masa de maniobra del Gobierno rojo. Parece, al menos teóricamente, más lógico que hubiese continuado la batalla de Levante, en la cual quedaría seguramente perdida Valencia, pero podían las tropas de Miaja replegarse hacia el interior de su territorio y alargar el proceso de la derrota en términos imposibles de alcanzar sobre el frente catalán. Puesto que en Cataluña estaba el frente de enlace marxista con sus apoyos extranjeros, era de la más elemental conveniencia roja conservar aquel trozo de territorio español, cuidar de que las líneas nacionales, desde Sort hasta Tortosa, permanecieran estabilizadas el mayor tiempo posible y no adoptar actitudes de desafío, de las que obligadamente iban a salir maltrechos los desafiantes.

Cuarto. Los ejemplos de Brunete, Belchite y Teruel, debieron ser suficientemente reveladores de la psicología del Generalísimo y bastaban para suponer que si en el Ebro, o en cualquier otro sector del frente, se le brindaba ocasión de probar decisivamente sus armas, aceptaría la batalla y la llevaría hasta su resultado final.

Por todas estas cazones, y por otras de índole técnica, creo que fue un grave error militar y político, desde el punto de vista rojo, alejar a Franco de Levante y llevar a su ánimo la preocupación directa e inmediata de Cataluña.

Informes previos en el Estado Mayor nacional

Desde los primeros días de julio el Cuerpo de Ejército Marroquí se hizo cargo de todo el frente del Ebro, desde Mequinenza hasta el mar.

Dos Divisiones cubrían las líneas en el largo sector indicado: la 50, que se extendía desde Mequinenza hasta el Oeste de Cherta, y la 105, que continuaba hasta el delta del Ebro. El resto de las Divisiones del Cuerpo de Ejército seguía cubriendo el frente a lo largo de los ríos Cinca y Segre, hasta la confluencia de este último con el Noguera-Ribagorzana.

A la Sección de Información del Cuerpo de Ejército se le indicó que el enemigo, después de su fracasado ensayo de Balaguer y Tremp, continuaba acariciando proyectos ofensivos, y, por consiguiente, todos los elementos informadores se encaminaron a averiguar lo que hubiese de cierto en este punto.

Pronto se pudo advertir que los temores y sospechas no estaban fuera de lugar.

Ya el día 4 de julio de 1938 se supo ciertamente que la 12 Brigada internacional estaba concentrada frente al sector Ginestar-Benifallet; que la 11 Brigada (también internacional) se encontraba al Norte de la anterior; que la 139 (internacional, como las dos anteriores) descansa ha en la retaguardia próxima; que la División 46 («El Campesino») ocupaba varios pueblos entre La Ampolla y Cambrils; que la 11 División (Lister) tenía una parte de sus fuerzas entre Mequinenza y Mora —sobre la orilla izquierda, naturalmente— mientras la otra parte se movía en la carretera de Tortosa a Cambrils. Por consiguiente, están enfrente cuatro de las mejores Divisiones rojas: la 11, la 35, la 45 y la 46, todas ellas, calificadísimas por intervención en cuantas operaciones importantes ha llevado a cabo la masa marxista de maniobra.

En el Boletín de información del mencionado día 4 de julio, el Cuerpo de Ejército Marroquí dice:

«Siguen los rumores referentes a intentos de paso del Ebro. Las zonas

neurálgicas parece que son la de la Isla (frente a Ginestar) y la del delta del Ebro. Hace unos días, estos rumores eran muy intensos y el movimiento muy activo; desde hace unos ocho o diez días la actividad ha decrecido, sin que por ello deba descartarse la hipótesis. Parece que el intento se iniciaría, de llevarse a cabo, de noche, pasando primero un Batallón de choque, con bombas de mano, en medios volantes (barcas, compuertas, etc.). Al amparo de estas fuerzas se procedería al tendido del puente para el grueso de las fuerzas que, probablemente, serían las Divisiones 11.ª y 46. No se identifican tropas de pontoneros.»

Reconozcamos que esta información no tiene mucho de intranquilizadora, pero recordemos que ha sido dada veinte días antes de iniciada la batalla.

Dos jornadas más tarde ya hay un dato muy importante, porque se sabe que «el enemigo ha concentrado en las proximidades de Cherta 300 ó 350 barcas que, si bien no sirven para pontones, se pueden emplear para el transporte, en cada una de ellas, de seis o siete hombres».

Una nueva Brigada mixta llega al frente rojo el día 8: es la 59. El l0 aparece frente a la 105 nacional un Batallón divisionario de la División de «El Campesino», con lo cual se viene a saber que las grandes unidades rojas disponen de esta clase de Batallones, especializados y nutridos con tropas de choque.

En el Estado Mayor del Cuerpo Marroquí declaran algunos prisioneros lo siguiente: «que hay un puente preparado para el paso del río en las proximidades de la isla de Buda; que hace unos días el Batallón divisionario de la 46 División realizó unos ejercicios consistentes en lanzarse las fuerzas por escuadras a unas barcas varadas en la playa, embarcar rápidamente, desatracarlas y remar con todo vigor». Todo ello confirma la sospecha de que los rojos preparan una operación de paso del Ebro.

No han transcurrido veinticuatro horas cuando la información acusa la llegada de la Brigada mixta 227 al sector Vinebre-Ribarroja, con tres Batallones en línea y uno en reserva.

Son, pues, cinco las Divisiones que se concentran a lo largo del bajo Ebro. El día 13 los aviones nacionales de reconocimiento vuelan sobre el campo rojo en misiones de observación. Un fuerte tiro de antiaéreos se desencadena contra ellos. Si se tiene en cuenta que hasta ese momento no había antiaéreos en el frente rojo del Ebro, se infiere que el Mando de Barcelona modifica esencialmente su atención hacia la zona de que estamos tratando.

El 14 de julio se ofrece un nuevo dato: en aguas del río Ciurana se ven numerosas barcas que, según luego se sabe, han sido traídas de Barcelona.

Los ingenieros han construido una presa para que en ella se pueda hacer ejercicios especiales con las barcas aludidas. Una nota dice:

«La presa tiene por objeto obtener en ella un embalse suficiente a fin de poder hacer prácticas de paso de ríos.»

El día 17 se sabe que «detrás de una pequeña islita, 200 metros aguas abajo del puente volado de Amposta, hay escondido un puente formado con 18 bidones y tablas, e inmediatamente más abajo, 200 barcas.»

Entre el 22 y el 23 el tráfico de vehículos en el frente rojo es muy intenso. El Cuerpo de Ejército Marroquí calcula que han llegado 30.000 hombres a las bases de parada.

Hasta el día 24 de julio los informes todos o las observaciones y las declaraciones de prisioneros y pasados del Ejército rojo van completando los datos expuestos: concretamente, en la mañana del 23, un prisionero dice que el ataque y paso del río debió haberse llevado a cabo el día 22, pero que por diversas circunstancias se ha aplazado un poco.

¿Puede entonces decirse que las tropas nacionales fueron sorprendidas por el ataque? Solamente en parte. Sorprendió a las vanguardias, indudablemente, la rapidez, la velocidad de la operación. De pronto, poco después de la medianoche, algunas posiciones se encontraron rodeadas, aisladas; hubo tal cual mando subalterno que por indescifrables, misteriosas causas sicológicas, no conservó en aquel momento la serenidad indispensable; ello trajo consigo el desmoronamiento de las líneas de contacto *y* el repliegue hacia el interior bajo la presión de un enemigo alentado por el éxito inicial. Poca fuerza era la de una División —fuese ésta la 50 o cualquiera otra— pata contener la ofensiva desencadenada entre Mequinenza y Mora de Ebro; peco si las líneas avanzadas hubiesen resistido como en otras ocasiones resistieron esas mismas tropas, el paso del río Ebro no figuraría en el capítulo de las ilusiones rojas como una página brillante.

El General Yagüe pidió refuerzos que no pudieron enviarle. Con sus medios habría de valerse. Tomó las precauciones del caso y acentuó la observación. La División 13 quedó escalonada entre Fraga y Gandesa.



Artillería antiaérea de 88 mm realizando tiro terrestre contra posiciones rojas en el Ebro

* * *

Ya estamos en la fase inicial de la batalla: avance enemigo. En el capítulo anterior hemos expuesto el plan rojo, contenido en la «Orden general de operaciones número 2», así como los primeros trances de la batalla. En éste nos extenderemos en mayores informaciones.

El Estado Mayor rojo había dictado las siguientes normas en relación con el paso del rio:

«Primera. — Para la aproximación la zona de concentración y luego a la de espera se extremarán las precauciones. En las marchas de aproximación al frente las tropas marcharan a pie y en absoluto silencio, guardando rigurosamente todas las precauciones necesarias.

Cuando la proximidad del enemigo sea escasa se escalonarán las fuerzas para no ser oídas por el enemigo, ya que durante la noche una columna poderosa se oye claramente.

Segunda.—Durante la permanencia de 1as fuerzas en la zona de concentración y espera se adoptaran las más severas medidas para impedir que sea delatada la presencia de las tropas (enmascaramiento riguroso); no se encenderán hogueras, se evitaran los ruidos, no se producirá ningún aumento de circulación en la zona, bien entendido que se llegará hasta el fusilamiento inmediato de los que no cumplan estrictamente estas instrucciones.

Tercera.—El paso de las primeras fuerzas se hará sigilosamente, sin que los ocupantes de las barcas empleen para nada las armas.

Cuarta.—La fuerza no llevará manta ni plato, ni saco alguno, debiendo llevar en el macuto la munición y la comida exclusivamente; las mantas quedarán bajo la custodia de un hombre por sección.

Quinta.—La marcha se organizará de forma que con el primer pelotón pase el jefe de la sección, en la primera sección el jefe de la Compañía y en la primera Compañía el jefe del Batallón De esta forma los soldados se verán reforzados en su moral por los mandos.

Sexta.—Queda terminantemente prohibido que si durante el paso de la fuerza a la otra orilla del río el enemigo produjera bajas en alguna embarcación, ésta se vuelva a la orilla propia, sino que por el contrario, continuará hasta que desembarque el resto de la fuerza, regresando entonces con los heridos solamente el personal que de antemano se determine a tal efecto.

Séptima.—Una vez cruzado el río, las fuerzas procederán a la destrucción de las líneas telefónicas del enemigo.

Octava.—Se huirá de entablar combate con pequeñas fuerzas del enemigo; las posiciones se envuelven y se atacan de revés.

Novena.-—Se observará todas las precauciones sobre las secciones de exploración y flanqueo, conservando todas las unidades sus propias reservas. El objetivo encomendado a una unidad ha de ser conseguido única y exclusivamente por la misma unidad, sin esperar la ayuda y protección de otra.

Décima.—Se mantendrá un enlace constante con mi puesto de mando, dando novedades normalmente cada cuarto de hora y extraordinariamente cada vez que sea preciso.

Undécima.—Se colocará con toda rapidez los paineles de jalonamiento para señalar a la aviación propia.»

Primeros éxitos de los atacantes

El día 25 de julio de 1938 los rojos —su Ejército de maniobra de Cataluña— obtienen un éxito local. Lo dirá, sin ninguna clase de ambages, el propio General-Jefe del Ejército del Norte (Dávila) en una «Instrucción particular» para el Cuerpo de Ejército Marroquí:

«El enemigo ha logrado arrollar nuestra línea de vigilancia del Ebro y se propone, al parecer, organizarse en una cabeza de puente entre Miravet y Fayón.»

Han caído, o están a punto de caer en manos de las tropas marxistas, los pueblos de Mequinenza, Fayón, Flix, Ascó, Mora de Ebro, Fatarella, Corbera, Villalba de los Arcos, las formidables posiciones de la Sierra de Caballs y de la Sierra de Pandols, el cruce de comunicaciones de la Venta de Camposines; y ¡sobre todo! los nacionales han perdido TODOS LOS OBSERVATORIOS de la región. Este hecho es el que mayor influjo ha de ejercer en el desarrollo de la batalla.



La Sierra de Pandols vista desde Horta de San Juan

Cantan clamores de triunfo los comunicados de Barcelona; se cambian felicitaciones y parabienes los Cuerpos de Ejército entre sí; se lanzarían las campanas a vuelo si en el mundo marxista quedaran campanas dentro de las torres; se presenta el paso del Ebro como una inmensa victoria, y, sin embargo...

El mismo día 25, o sea en plena euforia, el comisario político del Cuerpo de Ejército que manda Lister (el V) se dirige a todos los comisarios subalternos con este llamamiento, que revela ya los primeros temores y las primeras inquietudes:

«A todos los Comisarios y Delegados de este Cuerpo de Ejército»:

La primera fase de la operación en la que estamos empeñados, en líneas generales, ha sido satisfactoria en el día de hoy; salvo algunos inconvenientes por motivo de la falta de pontoneros y también algunas deficiencias (falta de rapidez, fundamentalmente) de algunas unidades, podemos decir con orgullo que nuestras tropas han demostrado poseer una moral elevadísima, disciplina férrea, y nuestros mandos han demostrado también prácticamente una superación en su capacidad de dirección técnico-militar. Por todo esto, lo mismo que señalo algunas cuestiones que creo de importancia para el desarrollo de la acción con éxito hasta la última fase, felicito a todos los Comisarios y Delegados de cada Cuerpo y unidades agregadas, por haber contribuido poderosamente al buen resultado de la primera fase de la

operación, que va a servir para ayudar a nuestros hermanos de Levante y crear condiciones muy favorables para nuestro Ejército en futuras operaciones.

Estarnos orgullosos de nuestro trabajo, pero es necesario no perder la cabeza por los primeros éxitos conseguidos, y tomar todas las medidas para que cada metro de terreno conquistado no vuelva a ser más del invasor, y así podremos marchar adelante.

Primero. — Es preciso preparar en el transcurso de la batalla a todos los soldados para que su moral no decaiga con la presencia de la aviación. Tómense todas las medidas a este respecto y desarróllese hasta el máximo el antiavionismo.

Segundo. — Maniobra del enemigo. Es casi seguro que el enemigo, en sus contrataques fuertes, maniobrará como es su táctica para envolver posiciones nuestras. He de hacer presente para todos que se acabaron las retiradas sin ser ordenadas por el Mando superior, y que para siempre ha de desaparecer de nuestro lenguaje la palabra «copo», destruyendo al mismo tiempo el miedo a la motorizada.

Tercero. — Igual en el avance que en la resistencia, hay que tener un control muy estrecho sobre cada unidad, y sobre cuál es su objetivo; así no habrá peligro de que cualquier provocador siembre el pánico en las unidades.

Cuarto. — Recomiendo una vez más a todos, e igual por parte de los Comisarios de los Estados Mayores, que se dé una información rigurosamente cierta, pues es lamentable que después de todo lo hablado acerca de este problema ocurran casos de información de alguna unidad que después se falseen.

Quinto. — Especial atención a que todos los servicios funcionen bien, base fundamental de que una batalla se transforme en victoria o en derrota.

Camaradas comisarios: Lo expuesto en la circular número 9 ha de ser puesto en práctica por todos; recomendándoos mucho que se analice cada día, cada hora, la situación con frialdad y serenidad, para así las medidas precisas para que toda esta gran batalla sea un éxito rotundo.

P. C. 25 de julio de 1938.—El Comisario del V Cuerpo de Ejército, *Santiago Alvarez.»*

Pasemos por alto las deficiencias idiomáticas del documento y retengamos lo que tiene de reserva sintomática, precisamente cuando todo parece sonreír a las vanguardias del Ejército que manda el «coronel» Modesto Guilloto.

No eran infundadas las advertencias del comisario Alvarez, pues apenas han transcurrido cinco jornadas de batalla cuando algunos jefes (en este caso el de la 227 Brigada mixta, perteneciente a la 42 División) tienen que redactar documentos del tenor siguiente:

«Dadas las circunstancias actuales y vista la negligencia que existe por parte de algunos individuos, comunico a usted que todo soldado que abandone o pierda el fusil, será pasado por las armas.—P. C, a 30 de julio de 1938.—De orden.—El Jefe

de Estado Mayor (ilegible).»

Dos días más tarde se hace circular este otro documento entre las fuerzas del Cuerpo de Ejército de Lister:

«ORDEN GENERAL.

Artículo primero.—Han sido entregados al Tribunal permanente del V Cuerpo de Ejército el comandante del tercer Batallón de la primera Brigada, José Sánchez López, y el Comisario del mismo Batallón Camilo Peiró Miró, que por negligencia propia abandonaron sus fuerzas las posiciones que ocupaban. Asimismo han sido fusilados por automutilación voluntaria los soldados Ángel Coll, de la tercera Compañía, del cuarto Batallón de la primera Brigada, y Fernando Guitart, de la tercera Compañía, cuarto Batallón de la 100 Brigada.

Artículo segundo.—Cada Jefe, Oficial, clase o soldados de esta División, es responsable de la vigilancia y defensa a toda costa del terreno o posición que a él se le confíe, bien entendido que el abandono de cualquiera de ellas que se le hayan encomendado será inmediatamente sancionado con de muerte, que podrá ejecutar en el acto cualquier jerarquía de la unidad.

Artículo tercero.—Los automutilados serán asimismo fusilados pudiendo ser ejecutados por cualquiera de sus camaradas.

Artículo cuarto.—Nadie podrá decir que sus fuerzas están copadas, rodeadas o perdidas, pues ello demuestra poca vigilancia y desconfianza en la victoria, a más de desmoralización de fuerzas, siendo severa y enérgicamente castigado quien pronuncie estas palabras.

Artículo quinto.— A las 16,10 del día de hoy han sido pasados por las armas los tenientes de la 4.ª Compañía del tercer Batallón de la primera Brigada mixta Ángel Herrera de León y Rafael Cazoni Rius, por delito de negligencia en el servicio frente al enemigo; sin preocuparse de sus fuerzas se echaron a dormir, abandonando a éstas en los parapetos, las que sintiéndose atacadas por el enemigo y faltas de control por sus oficiales, abandonaron sus posiciones, que fueron reconquistadas nuevamente al mando del capitán de su Compañía.»

Tampoco es desdeñable este otro documento, fechado el 6 de agosto de 1938, en campaña:

«60 Brigada mixta. 3.ª División. Comisariado.—Según indicaciones recibidas del Comisariado del Ejército del Ebro, deberá usted trabajar cerca de sus fuerzas para que sean enviadas al Jefe del Gobierno cartas expresivas y entusiastas de los combatientes, en las que prometerán luchar hasta el fin con el mismo espíritu combativo y fe en la victoria empleadas hasta ahora en la actual ofensiva. Estas cartas deberán remitirlas a este Comisariado, que cuidará de darlas curso.—Lo que comunico para su rápido cumplimiento.»

O esta «Orden general» de fecha 11 de agosto, que dice:

«100 Brigada mixta. 399 Batallón.— El Jefe de la Brigada me transmite la Orden General de la División, que dice lo siguiente :

En mi puesto de Mando, a las 6 del día 11. — Ante las circunstancias planteadas por la falta de vigilancia en el sector ocupado por la División, que ha determinado que el enemigo lograra ocupar fácilmente unas posiciones, ordeno a los jefes de la Brigada, como a las demás unidades, el ataque intenso para recuperar el terreno perdido, que ha de revestir los caracteres de «cueste lo que cueste».

Si un jefe de unidad me comunica que las fuerzas de su mando han cedido al enemigo un solo palmo de terreno, le recomiendo que lo reconquiste, él a la cabeza; de lo contrario tomaré la extrema decisión contra su persona.

Nadie mire atrás, sino, por el contrario, ataque al enemigo, que por otra parte no es muy numeroso hasta conquistar totalmente el terreno perdido.»

Durante los primeros días de agosto siguen mezclándose confusamente los documentos de hinchada retórica triunfal y las desconfiadas prevenciones; a partir de mediados de agosto las «Ordenes generales de operaciones» y las «Instrucciones particulares» a determinadas unidades se refieren a las medidas de tipo defensivo que es necesario adoptar, y citan constantemente las palabras «vigilancia», «resistencia», «fortificación». Se ha podido observar, por ejemplo, que en los Bolietines de información del V Cuerpo de Ejército» sólo dos veces cada veinte se deja de insistir en las órdenes de carácter pasivo o defensivo.

A medida que transcurren jornadas y jornadas de duro batallar, aumentan en las filas rojas las deserciones, y entonces empiezan a salir de todos los Comisariados y de todas las Jefaturas de unidad, grande o pequeña, órdenes y amenazas atroces. En una serie de documentos reservados se recuerda y detalla la disposición del Ministerio de Defensa sobre las represalias que cumple tomar con los familiares del desertor o evadido a las filas nacionales. En otros se disponen medidas de «seguridad y de policía» en la inmediata retaguardia para contener las desbandadas. Es característico de la situación de ánimo que en el Ejército rojo se va creando la siguiente orden del jefe de Estado Mayor de la 13 Brigada Internacional, llamado Torunczyk.

«Ejército de la República, XIII Brigada internacional. Estado Mayor. Operaciones. Orden particular para el Batallón 52 y la Compañía de tanques. En mi puesto de mando a las (21) veintiuna hora del día (24) veinticuatro de agosto de mil novecientos treinta y ocho (1938). *Motivo: Seguridad y servicio de policía.— Primero.*—Información sobre el enemigo: Según informe facilitado por el jefe de la 15 División, el enemigo ha ocupado la cota 523, X-947, 500, Y-734, 100 y lugar X-948, 500, Y-732, 500 que guarnecía la Brigada 60. *Segundo.*—Una Compañía del

Batallón 52 de la XIII Brigada ocupará el servicio de vigilancia y policía en la línea formada por el kilómetro 6 de la carretera de Alcolea del Pinar a Tarragona y Fatarella, de ambos lados, cota 561, cota 566 y cota 500, siguiendo el camino y vigilando dicho sector. Patrullará también al Oeste de la cota 550. Tres tanques de la Compañía de tanques colaborarán en el mismo sector con la Compañía del 52 Batallón. El Jefe del 52 Batallón asegurará el enlace con la Compañía propia destacada.—*Misión:* prever y evitar todo intento de deserción o desbandada. Los grupos deben organizarse de manera que sean devueltas las fuerzas a sus unidades de origen. Para lo mismo, el Batallón 52 pondrá una guardia en la altura del kilómetro 3 de la carretera y el Batallón 50 a la altura del kilómetro 2.—El Mayor Jefe de la Brigada.—P. O. El Jefe de Estado Mayor, *Torunczyk.»*

Todos los comisarios del Ejército del Ebro reciben una comunicación reservada, en la que se les dice:

«Acusan los partes de los Comisarios un aumento considerable en el número de evasiones de personal de nuestras líneas a las enemigas. Un examen cuidadoso y periódico de estas evasiones indica que asumen carácter de regularidad en algunas unidades. Esto es grave. Pero lo es más aún el hecho de que la mayoría de los evadidos no son soldados de nuevas quintas. Con frecuencia son hombres que han venido a empuñar las armas como voluntarios para combatir al fascismo y a la invasión. Hay muchos evadidos que son veteranos ya en nuestra guerra. Y también algunos antiguos Jefes y Oficiales de milicias.»

Entre las causas de este aumento de deserciones rojas el Comisariado general apunta una que traeré aquí, para satisfacción de las Compañías de Radiodifusión y Propaganda Nacional, que con tanto brillo y eficacia actuaron durante la guerra. De su labor dice el enemigo:

«Se ve aumentado el trabajo de provocación que el enemigo realiza en nuestro Ejército y en nuestra retaguardia. Adquiere igualmente mayor intensidad la propaganda que desde sus líneas efectúa el enemigo.»

En las últimas semanas de batalla el Mando rojo acude a extremos incompatibles con la seriedad. Fracasados los demás estímulos, trata de animar a los combatientes disminuyendo la calidad de las tropas nacionales y presentándolas unas veces como «un enemigo cobarde», otras como «fuerzas compuestas de prisioneros y presos» a las que resulta fácil vencer.

El jefe de la 11 División —considerada como la mejor de la masa de maniobra roja— dice a todos sus subalternos:

«Por otra parte, se hará conocer a todas las fuerzas de las Brigadas que el

enemigo que tienen enfrente está formado por prisioneros cogidos a nuestras tropas en otras ocasiones, gente de las últimas reclutas, etc., cuya combatividad es casi nula. Por tanto, hay que llevar el ánimo de todos y mantenerlo, cueste lo que cueste, el espíritu de resistencia hasta la muerte que es norma del Ejército popular.»

Y así hasta que en el curso de la contraofensiva final de Franco comienzan los partes de operaciones a expresar situaciones críticas y dicen:

«A la hora de redactar este parte no se conoce la situación de la 45 División...» O bien:

«Por efecto de la desaparición de los enlaces, no ha sido posible saber la situación en que ha quedado la 60 Brigada...»

En resumen: la documentación enemiga muestra que desde el primer día, y pese a la victoria táctica alcanzada por los rojos, éstos se muestran desconfiados de su propio éxito, dubitantes, agitados por muchas vacilaciones, inclinados a la defensiva antes que a la continuación de peligrosos ataques, incapaces de explotar las ventajas iniciales, reducidos a una resistencia rígida, desprovistos de toda idea de maniobra y de elasticidad en el movimiento de fuerzas, recelosos de la moral de sus tropas, temerosos de que el contrataque nacional se produzca y de que la curva del ánimo comience rápidamente a decaer, hasta sumirse en el más completo derrotismo.

«Ante el peligro hemos de estar siempre atentos a toda maniobra enemiga y evitar con nuestra continua vigilancia que se nos planteen casos de sorpresas. Hemos de velar en este sentido y evitar que pudieran reproducirse; a tal objeto insistimos nuevamente: ¡Vigilancia! ¡Cuidado con las sorpresas! ¡Fortificad!»

Estas palabras, que tomamos de uno de los Boletines del V Cuerpo de Ejército, se repiten hasta la fatiga todos los días que dura la batalla.

¿Se concibe semejante lenguaje dirigido a un Ejército al que se le quiere convencer de que acaba de llevar a término una hazaña sin par, de que la victoria no puede faltarle y de que el Ejército de enfrente está formado por cobardes *y* mercenarios dispuestos a la huida?

El estudio de este problema muestra que una vez más en el Ebro, como en los demás sectores del frente, el Ejército rojo careció de la combatividad indispensable, que no pudo alcanzar la necesaria capacidad para la ofensiva y que su sistema técnico dejaba muchísimo que desear, aun en aquellos momentos en que mayor fue su preparación.

La ofensiva roja dio comienzo, según hemos dicho, en la noche del 24 al 25 de julio de 1938. La batalla planteada por esta ofensiva terminó el 16 de noviembre del mismo año. Duró por consiguiente, 115 días.

Dado que el plan marxista fracasó desde los primeros instantes en el sector Cherta-Amposta, donde la 105 División destrozó y aplastó a las fuerzas que pasaron el río —de tal modo que muy pocas consiguieron repasar la corriente y regresar a sus bases de partida—, hemos de limitar esta exposición y estudio a las operaciones que, fuesen o no principales en las primitivas intenciones rojas, adquirieron la máxima y puede decirse que la única importancia.

El frente de despliegue rojo era, aproximadamente, de unos 60 kilómetros de extensión, y la profundidad alcanzada en el curso de la primera fase (avance) fue de 20 a 25 kilómetros. La mayor penetración se produjo en la dirección de Gandesa, a cuyos alrededores llegaron las vanguardias del XV Cuerpo de Ejército.

Pronto se va endureciendo el frente nacional. Los días 30 y 31 de julio y el 1 de agosto, ya no es solamente en Gandesa donde la resistencia al avance rojo es inquebrantable, sino que en los asaltos a Villalba de los Arcos, el Tercio de Nuestra Señora de Montserrat, formado por requetés catalanes, rechaza sangrientamente los asaltos marxistas. Quedan deshechas las filas de aquellos valientes carlistas, pero el enemigo no pasa.

Los triunfos iniciales están registrados en los Boletines de información del V Cuerpo de Ejército rojo, que nos parecen más elocuentes y aclaratorios que los propios partes oficiales del Ministerio de Defensa de Barcelona.

Esos Boletines, que tenemos a la vista, merecen íntegra reproducción si queremos contemplar el espectáculo de la ofensiva desde el punto de vista de los atacantes. Dicen así:

«En campaña, a 25 de julio de 1938.—Número 1.

Cumpliendo las órdenes dadas por el Mando, nuestras fuerzas se han lanzado a la ofensiva, ocupando en gran parte los objetivos señalados y marchando, en general, con audacia y decisión al logro de todos aquellos que les han sido encomendados.

Unidades enteras de la II.ª División y otras fuerzas de las Divisiones 45 y 46 han pasado audazmente el río, y con una elevada moral prosiguen la ofensiva con

entusiasmo.

La II.ª División ha hecho 62 prisioneros, y 68 la 46.

Los ingenieros trabajan activamente, habiéndose terminado ya dos pasarelas, entre Miravet y Ginestar, por las que pasan las fuerzas que quedaban por pasar el rio.

La 46 conquista dos cotas de importancia.

En breve interrogatorio a los prisioneros cogidos al enemigo hemos comprobado, una vez más, que éstos están sometidos a un régimen de terror en el Ejército invasor, observándose en sus semblantes la satisfacción de encontrarse a nuestro lado. Se trata de reclutas de dieciocho y diecinueve años casi todos, recientemente incorporados a las filas del Ejército de Franco. No se explican cómo nuestros soldados han podido sorprenderles.

Hasta ahora, la operación se está realizando con pocas bajas. Nuestros soldados luchan con heroísmo. Se dan casos como el de un soldado de la 45 División que fue herido, y una vez curado marchó voluntariamente a combatir al otro lado del río.

Conclusión; Hay que continuar luchando con denuedo hasta conseguir los objetivos señalados por el Mando. Todos los Comisarios deben multiplicarse en ayudar al Mando, y para el feliz cumplimiento de las órdenes

* * *

«En campaña, 26 de julio de 1938.—14 horas.—Número *2.*—Durante toda la jornada de ayer nuestras fuerzas, derrochando heroísmo, han cubierto de gloria a nuestro Ejército popular. Nuestra ofensiva sigue su curso y ante nuestras bayonetas van cayendo, uno tras otro, los objetivos señalados por el Mando.

Mora de Ebro, Benisanet, Miravet y Pinell, son cuatro pueblos libertados para siempre a la invasión extranjera por los combatientes del V Cuerpo. El XV Cuerpo de Ejército ha conquistado los pueblos de Ribarroja, Flix, Ascó, Fatarella y Corbera, hallándose en las proximidades de Gandesa.

Más de 200 prisioneros, abundante material de guerra (morteros, ametralladoras, munición, etc.), indican, junto con el profundo avance de nuestras fuerzas por terreno enemigo, la importancia de la ofensiva que estamos realizando en ayuda de nuestros heroicos hermanos de Levante, asegurando posiciones para sucesivas y victoriosas batallas.»

* * *

«En campaña, 28 de julio de 1938.—11 horas.—Número 3.—Durante el día de ayer, nuestras fuerzas, dando muestras de un gran entusiasmo y una firme moral combativa, siguieron avanzando, arrebatando al enemigo nuevas e importantes posiciones. El glorioso Ejército del Ebro, en su victorioso avance, además de la larga lista de los pueblos conquistados, de las Sierras Charcón, Las Perlas, Pandols,

Caballs, Macizo Mugrón y Venta de Camposines y varios cruces importantes de carreteras, han capturado más de 4.000 prisioneros y material de guerra, así como un tren detenido por el V Cuerpo, cargado de morteros, artillería, víveres, etc.»



Bombardeo de las posiciones rojas en la Sierra de Caballs

En este Boletín es donde se estampan las palabras que hemos citado más arriba:

«Más firmes que nunca. Que no se nos suban los éxitos a la cabeza. Preparados en todo momento para resistir los contrataques del enemigo y a no abandonar un solo metro de terreno conquistado. ¡ Adelante! » .

* * *

«En campaña, 29 de julio de 1938.—12 horas.—Número 4.—En la última jornada, nuestras fuerzas han continuado su ataque, encontrándose más resistencia por parte del enemigo. La moral de los combatientes es magnífica y los hechos de heroísmo colectivo se suceden diariamente.»

* * *

«En campaña, 1 de agosto de 1938—15 horas.—Número 5.—El enemigo, que ha retirado grandes cantidades de material y hombres del frente de Levante y otros frentes, para contrarrestar la ofensiva republicana, en este frente, resiste los ataques iniciados por nuestras tropas. Ha intentado repetidas veces, con contrataques, romper la presión que sobre ellos hacen las tropas de nuestro Ejército, sin conseguirlo. Nuestros soldados, poseedores de una alta moral, siguen su ofensiva paulatinamente, aprovechando las flaquezas enemigas para arrebatarles nuevas posiciones.»

* * *

«En campaña, 3 de agosto de 1938.—20 horas.—Número 6.—Durante las jornadas de ayer y hoy el enemigo ha presionado con contrataques nuestras líneas, habiendo sido rechazado en todos sus intentos, causándole numerosísimas bajas.

Nuestros soldados, que han dado y siguen dando muestras de una alta moral combativa, resisten los intentos del enemigo, sin ceder un solo palmo de terreno.

Dada la vigilancia que ejercen en nuestras líneas nuestros soldados, se encuentran prestos a todo intento enemigo y neutralizan sus acometidas.»

Hasta aquí los Boletines rojos que juzgamos más interesantes. Se verá por ellos que en el transcurso de una semana pasan del relato triunfal a la referencia de los contrataques nacionales y de las «acometidas» que los soldados rojos consiguen «neutralizar». Ha terminado, por consiguiente, la progresión de la ofensiva y nos encontramos en el periodo de fijación del frente.

¿Qué había acontecido, mientras tanto, en el campo nacional?

La rápida y en algunas ocasiones incoherente retirada de la línea de vigilancia del Ebro trajo consigo unos primeros momentos de confusión. Confusión en las informaciones, en el transporte, en la determinación de los objetivos, en la localización de fuerzas, en la observación de los propósitos del enemigo. El Generalísimo decretó rapidísimamente el envío de refuerzos a la zona atacada. Esos refuerzos eran, en el primer instante, las Divisiones 13 (Barrón), 84 (Galera), 82 (Delgado Serrano), 152 (Rada). 4.ª de Navarra (Alonso Vega), 1022 (Castejón) y 74 (Arias).

Sobre la llegada de la División 13 —la primera en alcanzar el teatro de las operaciones— dice la Memoria redactada por encargo del General Barrón:

«El coronel-jefe de la segunda Brigada recoge las fuerzas y después de haber detenido al enemigo en Corbera, organiza, según órdenes recibidas, la defensa de Gandesa. Durante todo el día y la noche del 25 sale la División para Gandesa; se organiza, como se puede, el frente, desde el río Canaletas hasta Villalba de los Arcos, y se dispone a rechazar al enemigo con el mismo espíritu de siempre.

La situación es bien apurada; el enemigo ha caído como un alud que aplasta todo lo que encuentra a su paso, consiguiendo profundizar en un solo día unos veinte kilómetros y amenaza cortar nuestras comunicaciones con Tortosa, y por Alcañiz las de Zaragoza con Castellón. El desaliento cunde, pero llegan los soldados de la 13.ª con el mismo espíritu, entusiasmo y alegría que siempre. Los habitantes de los pueblos cercanos huyen, en carros, a pie, como pueden, contagiando a los de los

otros, más alejados, y sobre aquella ola de pánico y de tragedia pasan como una esperanza los camiones con nuestros muchachos cantando sus canciones...» «División de «La Mano Negra»: «con la 13 no hay quien pueda».

Y así fue: el día 26, hacia el mediodía, el enemigo inicia el ataque a las líneas de Gandesa, sus hombres se lanzan al asalto como fieras, algunos con bombas de mano únicamente, pero se estrellan contra nuestras línea Repiten los ataques una y otra vez, sin conseguir más que dejarse racimo de muertos ante nuestras posiciones; si se puede llamar posiciones a las líneas ocupadas hace unas horas, y en las que todavía no se ha podido empezar a cavar trincheras, líneas en que cada Batallón ocupa el doble del frente que debiera. Menos mal que nuestra artillería y la del Cuerpo de Ejército, que ha desplegado desde el primer momento, en situación más que precaria, da claras pruebas de sus excelentes condiciones.

Los ataques se repiten sin interrupción de día y de noche, hasta el día 3. Cada vez los ataques son más fuertes, aparecen más carros, más artillería, nuevas Brigadas, más aviación; Gandesa es cañoneada sin interrupción, día y noche, lo mismo que las carreteras de acceso.

Pero nuestras líneas van mejorando, se hacen trincheras, se ponen alambradas bajo el fuego enemigo durante las noches y nuestros infantes se superan a sí mismos, aunque no duermen ni descansan; llegan refuerzos que es necesario ir empleando en tapar los boquetes que el fuego enemigo abre en nuestras líneas; la artillería va precisando sus barreras que desencadena en cada momento, antes de que se las pidan; y las transmisiones arreglan las líneas bajo el fuego enemigo, lo mismo que la Sanidad, que evacúa las bajas y cura a los heridos.

El desastre sufrido por el enemigo es enorme; por documentos cogidos se sabe que este día, después de lanzar tres ataques y combatir durante diez horas, recuenta sus bajas y consigna que a las Compañías de la 13.ª Brigada internacional les quedan 25 fusiles y ha sufrido el 60 por 100 de bajas de tropa, y del 70 al 80 por 100 de mandos militares y políticos.

El día 4 de agosto cesan los ataques; el avance rojo se ha cortado desde el primer día y la situación se ha salvado, porque un solo retroceso más, al ir ensanchándose la brecha, hubiese hecho necesario, para parar al enemigo, emplear cuatro Divisiones en lugar de dos, y otro, unas doce en vez de cuatro; ha habido momentos en que el enemigo se filtraba a retaguardia de nuestras líneas hacia Bot. Una vez más los rojos encuentran su camino a la victoria cerrado por la 13.[3] División.»

En otra Memoria —ésta correspondiente a la División 84— se relata, también con trazos enérgicos, algo de lo que aconteció durante esta primera y segunda fases de la batalla:

«El día 26 de julio —dice la Memoria citada— la 84 División es transportada en camiones rápidamente a Prat de Compte, para contener en este sector la ofensiva del enemigo que ha pasado el río Ebro.

El tercer Regimiento, constituido por las Banderas de la Falange de Asturias, de Galicia y de León, inmediatamente de su llegada a Bot, entra en acción, desalojando al enemigo de las inmediaciones de este pueblo tras de vencer la resistencia de una fuerza con moral elevada por haber conseguido el paso del Ebro, ocupando brillantemente posiciones que primeramente aseguran el Puerto de la Roca y con ello la comunicación entre Gandesa y Prat de Compte, y posteriormente domina el río Canaletas hasta las alturas de La Tosa, protegiendo la carretera de Prat de Compte a Cherta.

Sucesivamente van llegando las demás unidades, y sucesivamente también van entrando en línea, bien ocupando posiciones de las que han de desalojar al enemigo, con gran acometividad y valor, bien relevando a otras fuerzas que ocupan posiciones desde las alturas de La Tosa hasta la confluencia del Canaletas con el Ebro.

A la 84 División se le asigna el sector comprendido entre Puig de Caballé y la carretera que va a Pinell desde la de Prat de Compte a Cherta, sector que ocupa la segunda Brigada.

Los primeros cinco días, en que el calor es sofocante, se caracterizan por una heroica y tenaz resistencia que nuestras fuerzas realizan para mantener la línea, rechazando briosamente los ininterrumpidos y continuos contrataques de un enemigo que, provisto de abundantes medios y sin reparar en el desgaje que tuvo, lanza reiteradamente al ataque en grandes masas sus unidades, dotadas de extraordinaria moral por el éxito que han tenido hasta este momento.

Todos estos ataques son rechazados por las fuerzas de la División con gran serenidad y valor, por lo que es justo consignar la labor y el esfuerzo llevados a cabo por estas tropas que de día y de noche, con su enérgica resistencia, mantienen la línea incólume. Solamente el día 28 de julio fueron rechazados cinco ataques, dos de ellos de noche, a los espolones sudeste de las alturas de La Tosa.

El día 29 el Mando ordena la ocupación de la Sierra Pandols.

Dispone para ello la División solamente de tres unidades, mermadas por las operaciones de Levante y Teruel, que pueden sumar en total un efectivo de unos 1.000 hombres escasamente; faltábales por recibir, en el momento de ser ordenada la operación, todo el ganado. Para suplir esto fue necesario concentrar el de paisanos de pueblos inmediatos, que se distribuyó durante la noche, terminándose de entregar muy de madrugada. No obstante, la moral y el espíritu de estas tropas hace que la operación se realice. Se combate por un terreno caótico, como es el de la Sierra de Pandols, durante los días 30 y 31 de julio y 1 y 2 de agosto, lográndose alcanzar posiciones que solamente por el empuje de estas fuerzas se pueden ocupar.

Se consigue pasar el río Canaletas e ir escalando las magníficas posiciones enemigas de las estribaciones de la Sierra de Pandols. De todas ellas es arrojado violentamente un enemigo en el que figura lo más escogido de su Ejército, dotado, como antes hemos dicho, de abundantes medios materiales, con elevada moral y que ha recibido la orden de mantenerse a toda costa en estas posiciones. Nuestras fuerzas van venciendo la tenaz resistencia del enemigo, hasta conseguir tomar posiciones en la altura de la cota 626 y el espolón Sudoeste. Un Tabor de Melilla consigue, en

golpe de mano, ocupar una posición enemiga a cuya guarnición da muerte o hace prisionera, lográndose más tarde hacerse con otra que ha de ser para nosotros difícil de conservar, ya que está rodeada en sus flancos y retaguardia por profundas cortaduras, pero que por ser magnífica para ellos había de conquistarse, como se hizo en brioso ataque. Una vez alcanzada, es objeto por parte del enemigo de furiosos contrataques en días sucesivos; no obstante, esta posición se conservó, a pesar de la dificultad que presentaba para su abastecimiento y evacuación de bajas. Hubo de hacerse estos servicios con cuerdas, por estar batidas todas las avenidas de la posición, cuerdas que izan hasta lo alto todo cuanto precisan las fuerzas que la guarnecen, y por este procedimiento se evacuaban las bajas durante el día.

A las fuerzas en aquel sector establecidas, el calor, la falta de agua, la constante presión enemiga y la continua acción propia de cuatro días sin descanso, les restaba capacidad combativa; por otra parte, la gran cantidad de enemigo y las magníficas posiciones que posee, aconsejan al Mando suspender las operaciones en este sector, y realizarlas en el frente del río Canaletas. Ha de hacerse constar que las posiciones enemigas eran tan ventajosas que los nuestros se veían obligados a efectuar la progresión por una cornisa, dándose el caso de que dos soldados nuestros, al ser heridos, cayeron despeñados al barranco de acceso a Pandols; no obstante, no decayó jamás la moral de esta excelente tropa.



El terreno accidentado dificulta las evacuaciones sanitarias

Con parte de las unidades que han operado se procede a relevar a unidades de otra División en el frente del río Canaletas, quedando en línea la nuestra y cubriendo un frente de 18 kilómetros, continuando el enemigo sus violentos ataques, que son enérgicamente rechazados, durante todo el mes de agosto En este mes se efectuaron a su vez varias operaciones, consiguiendo mejorar notablemente la línea propia, y en ellas se le causó gran quebranto al enemigo, destrozando algunas de sus mejores unidades, entre ellas las de la 45 División, consiguiendo desalojarles de las posiciones que ocupan, desde la carretera de Pinell hasta el Ebro, rectificando nuestras líneas a vanguardia, dando como resultado, además de producir al enemigo gran desgaste, recobrar la iniciativa, obligándole a cesar en su ofensiva y a pasar a una defensiva forzosa.»

Resumen informativo de las dos primeras fases de la batalla

Aunque en las páginas anteriores han quedado expuestos los datos más importantes acerca de las dos primeras fases de la batalla del Ebro (avance rojo y fijación del frente), es necesario que traigamos aquí el resumen, acabadísimo, que el Estado Mayor del Cuerpo de Ejército Marroquí hizo de las citadas operaciones. Ese resumen nos dice que tomadas las disposiciones el día 25, a las cero horas y quince minutos se puso en marcha el dispositivo enemigo. En la extrema derecha, la 226 Brigada mixta (División 42) cruzó el río a la altura del barranco de Aigua Molí y avanzó para cumplir la acción secundaria, cubriendo al mismo tiempo el flanco derecho de las otras Divisiones del XV Cuerpo de Ejército.

«Detrás de la 226 Brigada mixta, y por la misma zona que ella, cruza la 227 Brigada mixta y parte de la 59 (ambas de la 42 División), que se establecen en lo que llamaremos «bolsa de Fayón-Mequinenza».

Entre Ribarroja y Flix cruza la 3.ª División (31, 33 y 60 Brigada mixta) y más abajo la 35 División, cuyo principal objetivo es Gandesa.

Por las zonas Rasquera-Ginestar cruzan el río las 46 y 11.ª Divisiones (V Cuerpo de Ejército), que tienen como objetivo las Sierras de Pandols y de Caballs.

En la extrema izquierda del dispositivo, en el sector de Amposta, fuerzas de la 14.ª Brigada internacional (45 División) intentan llevar a cabo la acción secundaria prevista y aunque inicialmente logran atravesar el Ebro: son contenidos y más tarde completamente batidos, pudiendo afirmarse que son muy pocos los que logran regresar a su base de partida.

Se nota en los documentos del enemigo, mezclada con las felicitaciones y gritos de victoria, una preocupación insólita, un temor inexplicable. Así, por ejemplo, es la Circular del Comisariado del V Cuerpo de Ejército, en que se habla de inconvenientes y deficiencias, de no perder la cabeza, del «copo», del miedo a la motorizada, del pánico en las unidades y de otros conceptos que resultan extemporáneos en días de victoria.

A las cero horas treinta minutos del 26 formula el Ejército rojo del Ebro la orden general de operaciones número 3, que sólo es una confirmación de la número 2, pero en la que también se nota, entre líneas, esa inquietud a que nos referimos anteriormente. Reconoce concretamente la falta de enlace entre los dos Cuerpos de Ejército operantes, y entre el XV Cuerpo de Ejército y la acción secundaria de Fayón, así como el fracaso de la intentona de Amposta. Insiste en la consecución del primero y autoriza a las fuerzas del Sur a retirarse a la otra orilla (cuando ya no quedaba ni uno en ésta), y finalmente, empieza a plantearse el problema de las reservas; para el

sector del XV Cuerpo dispone de la 16 División «si las circunstancias no obligasen a lo contrario», pero para el del V Cuerpo de Ejército no hay ninguna disponible, salvo las fuerzas que estaban en línea, las que «pueden ser concentradas al objeto de constituir reservas». Se insiste nuevamente en esta orden sobre la forma de hacer el avance, lo que demuestra que en el transcurso del día anterior no se había llevado a cabo en la forma que el Mando propuso.

Todas estas vacilaciones y recelos que se deducen de la lectura de la citada orden no parece muy de acuerdo con el espíritu que trata de aparentar el anejo a la misma, en el que el Mando del Ejército del Ebro felicita entusiásticamente a las tropas que han participado en la maniobra del 25 de Julio

Transcurre todo el día 26 tratando el enemigo de proseguir su avance sin conseguir progresos sensibles; el impulso inicial ya estaba amortiguado y las reservas propias, aunque lentamente, empezaban a llegar a la nueva línea. Una de las principales acciones se dirige contra el cruce de Gilabert, en la bolsa Fayón-Mequinenza, sin resultado alguno, y eso que el empaño que pone en ello la División 42 es grande, tal vez por haber dado en el parte del día anterior como ocupado este cruce faltando a la verdad. Otro punto cogido por el enemigo es la carretera Gandesa-Villalba, ante la cual se estrellan también sus ataques, así como los reiterados que dirige contra nuestras posiciones de Puig de Aliaga, donde no logra más que sufrir un gran castigo.

No hay, pues, en este día variación sensible ni en la situación de las líneas ni en el despliegue. En el Boletín de Información del Estado Mayor Central del Ejército rojo de tierra se acusan ya menos optimismos, y se reconoce el fracaso de la acción de Amposta,

Una nueva orden de operaciones, la número 4, da normas para la acción del día 27. El descontento que se traslucía en la número 3 se acentúa aún más en la de este día.

Ya se habla de la llegada de nuestras reservas y se acucia a las fuerzas para que logren «lo más rápidamente posible» los objetivos marcados, especificando: para la División 42, Fayón, Nonaspe *y* seguir hasta la línea fortificada del Algas; para el resto del XV Cuerpo de Ejército, seguir los ejes Villalba-Batea y Gandesa-Calaceite. La ocupación de Gandesa se considera como imprescindible, y para conseguirla se prevé el envolvimiento por el Norte.

Para el V Cuerpo de Ejército señala como objetivos de principal importancia los dos cruces de carreteras que hay un kilómetro al Oeste y cuatro kilómetros al Este de Prat de Compte.

Empiezan también en esta orden a jugarse las reservas, se dispone el paso a este lado del río de la 16 División; se crea, con la 59 Brigada mixta la reserva de la bolsa Fayón-Mequinenza y se alerta la 135 Brigada mixta.

Cuatro parece que son las principales preocupaciones del Mando rojo al redactar la orden que comentamos: 1.ª La falta de capacidad de penetración de sus tropas: «organizar el terreno —dice— no es pararse: «en esta ofensiva —añade— no hay que pararse nunca». O sea, que la ofensiva se ha parado. 2.ª El temor de ver

interrumpidas sus comunicaciones entre ambas orillas del Ebro a consecuencia de la acción aérea, y el aumento provocado del caudal del río. 3ª La falta o deficiencia de enlace, y 4.ª Los núcleos que quedan a retaguardia, «cuya actuación podrá no ser grave, pero sí un motivo más de preocupación».

La acción enemiga durante el día 27 se desarrolló con arreglo a las normas que dicta dicha orden, pero adoleciendo de los mismos defectos que días anteriores. Todas cuantas acciones se lleva a cabo ponen de relieve el defecto primordial del Ejército rojo: la falta de mandos intermedios. Desde el Jefe de Brigada, o tal vez desde el de División, hasta los mandos de Batallón, demuestran una falta de preparación técnica absoluta. Falta en toda la campana la maniobra de la pequeña unidad, y sin ella está condenado al fracaso cualquier plan por genial que sea, y ya sabemos que no eran precisamente geniales los planes del adversario.

Por esta razón estaban condenados al fracaso todos los intentos del enemigo, y ni los refuerzos enviados en dirección de la carretera Gandesa-Villalba, ni el conato ofensivo contra Bot dieron resultados que sobrepasasen el carácter de episodio local.

La orden general número 5 del Ejército del Ebro insiste una vez más en la necesidad de activar el ritmo de la progresión, pero se habla de que «las fuerzas propias consoliden las posiciones ocupadas», y además, nos descubre que el Estado Mayor Central ha tenido que intervenir en la cuestión, dando unas directrices para la ocupación de Gandesa, verdadero nudo gordiano de la batalla que no aciertan a deshacer los dirigentes rojos.

Para tratar de conseguirlo, la 35 División es ya impotente, y por ello se ordena la entrada en acción de la División 16 que, hasta ese día, ha constituido la reserva del XV Cuerpo de Ejército. El propósito del mando enemigo de conservar dicha División en reserva «hasta el máximo» no ha sido muy duradero; el «máximo» parece que ha llegado ya y el empeñar una nueva gran unidad se impone, toda vez que la 35 se ha agotado completamente. A fin de cubrir el vacío que va a dejar 1a 16, es necesario avanzar una de las de reserva del Ejército, y es la 60, que estaba inicialmente en la zona de Granadella, la División que recibe la orden de cruzar el Ebro para reconstituir la reserva del XV Cuerpo de Ejército. Al mismo tiempo se ordena que fuerzas de esta nueva reserva releven al tercer Regimiento de Caballería en el sector de Pobla de Masaluca-Ebro.

El fracaso de la ofensiva roja se ha hecho ya patente, y para convencerse de ello basta comparar la designación de objetivos de la orden general número 2 con los que señala la orden número 5. Mientras en aquélla marcaba como objetivo segundo (y aun preveía otros ulteriores) la línea Vinaroz-Beceire-Valderrobles-Batea-Fayón, en ésta señala, como objetivo mínimo, la línea fortificada del Algas-macizo de Beceite-Cherta. Las aspiraciones han disminuido bastante; ya no se habla —como jactanciosamente aseguraba Lister en una comida celebrada en la Ampolla días antes de la ofensiva— de «dar la mano por tierra, a los hermanos de Levante». Pero en cambio se habla de fortificar, y aunque se previene que ello no implica pasar a una situación defensiva, el hecho es que se van a agregar a los Cuerpos de Ejército de maniobra fuerzas de fortificación.

La orden de operaciones número 6 es la última de esta índole que ha caído en nuestro poder. Sin embargo, el matiz de la jornada de los restantes días de julio y primeros de agosto nos permite afirmar que en todo este tiempo la obsesión del Mando rojo fue constantemente la ocupación de Gandesa y Villalba; día tras día lanzan ataques tratando de sondear la profundidad y fortaleza de nuestras líneas. El nerviosismo que empieza a ponerse de manifiesto en la citada orden número 6, al afirmar que «la consecución de los objetivos marcados es absolutamente indispensable, a pesar del enemigo», se acentúa cada vez más; los ataques son por días más intensos, pero en todos ellos la ausencia de maniobra es absoluta; ataques y más ataques de carácter frontal; donde un Batallón no consigue nada se emplea al día siguiente una Brigada y más tarde una División, y el único fin que se alcanza es aumentar el número de bajas y hacer que el enemigo empiece a adquirir conciencia de las proporciones astronómicas que han de caracterizar la «batalla del Ebro».

El despliegue enemigo que en los primeros días respondía a una orden o plan premeditado, a partir del 29 empieza a ser confuso y las unidades se presentan ya mezcladas; las fuerzas que, por desgaste, son retiradas de1 frente, vuelven a ser empleadas a los pocos momentos, sin reorganizar, y así vemos a la 35 División, recientemente relevada por la 16, atacar en el sector de Pobla de Masaluca y poco después en el de Villalba, juntamente con elementos de la 3.ª División. La 60, que debía haber relevado a la 3.ª, ni lo hace, indudablemente, por no haber llegado a la zona de despliegue.

La División 27, otra de las de reserva de Ejército, que se encontraba, según la orden de operación número 2, en la región Cervera-Tárrega, ha salido ya para el teatro de la lucha. Es decir, que de todas las fuerzas con que contaba el Ejército del Ebro para la ofensiva sólo la 43 División se conserva intacta; las demás, directa o indirectamente, han intervenido en el combate. Ante nuestros ataques, las reservas de División y de Brigada tienen también que ser embebidas en línea, como ocurre con la 59 Brigada mixta, en el sector Villalba-Pobla; el agotamiento de reservas va a plantearse muy pronto al Mando rojo con características agobiantes.

Y sin más variaciones de importancia en cuanto a la acción y al despliegue enemigos, termina esta primera parte de la batalla del Ebro.

Podríamos representar gráficamente el desarrollo de esta fase por una línea descendente, diagrama que sería siempre el mismo, cualquiera que fuese el aspecto de la batalla que analizáramos: propósitos, capacidad de penetración, cuantía del fracaso de la ofensiva roja ha sido total y absoluto, considerada la acción con independencia de otros teatros de la lucha. Consigue el efecto estratégico de paralizar nuestra marcha sobre Valencia, pero pone al Ejército de Cataluña en una situación difícil, cuyo desenlace resulta imposible de predecir.

Respecto al aspecto táctico de la operación de forzamiento de un río, tal vez pueda considerarse como un éxito, ya que se logra poner una masa considerable de combatientes en la orilla derecha del Ebro, pero la explotación de este éxito momentáneo no puede conseguirse, y desde el mismo día 25, ni el mando, ni los ejecutantes, tienen fe en el triunfo de su ofensiva.

Todo se reduce desde ese instante a una serie de acciones inconexas, a un forcejeo tan obstinado como inútil, cuyo único resultado es la pérdida de la moral de las tropas, como lo demuestra el hecho de que el día 30 de julio tenga el Mando rojo que dictar órdenes como la que figura en un documento, que no es más que la primera de una serie de ellas, a cuál más draconiana, que ha de poner en vigor durante el transcurso de la batalla del Ebro.

Debe subrayarse el hecho de que en plena ofensiva el número de prisioneros y presentados desde el 25 de julio al 5 de agosto asciende a 1.498.»

Despliegues nacional y rojo al terminar la fase de fijación del frente

Se ha llegado a los primeros días del mes de agosto de 1938 y el Ejército nacional ha conseguido dos resultados importantes: el primero consiste en haber detenido la progresión de las unidades enemigas; el segundo, en dejar perfectamente fijado el frente, en condiciones de resistir contra cualquier nueva intentona del Ejército rojo del Ebro. Estamos, pues, al final de la segunda fase

El 2 de agosto el despliegue nacional podía definirse del modo siguiente:

Desde el Oeste de Mequinenza, donde cubría la línea el primer Batallón de la Victoria, se dibujaba un entrante que iba a cruzar las estribaciones occidentales de los vértices de Los Auts. La curva doblaba luego hacia el sector de Fayón. Era la «bolsa Mequinenza-Fayón» donde el Mando nacional había alineado dos Batallones de la División 82, el primer Batallón de Mérida, el 9.° Tabor de Tetuán, el 9.º de Larache y el 10.º Batallón del Regimiento de América, los Batallones 73 y 253, el 228, el 8.º de Mérida, una Compañía de Carros y una columna de Caballería.

Desde Fayón hasta la confluencia del río Canaletas con el Ebro se formaba otra bolsa, mucho mayor y más importante que la anterior; pasaba el frente por el pueblo de Pobla de Masaluca, cruzaba por delante de Villalba de los Arcos, dejando en poder del enemigo toda la Sierra de Fatarella; se replegaba de nuevo al Oeste y Suroeste de Corbera. Cubría Gandesa a 500 metros al Este de esta localidad, se alargaba al pie de las Sierras de Caballs y de Pandols, completamente ocupadas por los rojos, cruzaba el río Canaletas al Sur de Pinell y se apoyaba nuevamente en el Ebro antes de llegar a Cherta.

En el dispositivo de esta segunda bolsa figuraban, de Norte a Sur, las fuerzas nacionales siguientes: la División 102, con cinco unidades; el

Batallón 105 y el 7.° de Valladolid; la 82, con 10 unidades; el Batallón 106 y dos unidades de la División 50; cinco unidades de la División 102; la 13, con 9 unidades; el 10 Tabor de Alhucemas, la l6 Bandera de la Legión, un Grupo de Caballería y el 37 Batallón de Ametralladoras; la División 74, la 84, reforzada con la 17 Bandera del Tercio, y la 4.ª División, que llevaba agregados el 21 Batallón de Zaragoza y dos Compañías del Batallón de Flandes.

El despliegue rojo, en estas mismas fechas a que aludimos, era aproximadamente el que sigue:

En la bolsa Mequinenza-Fayón estaban embebidas las Divisiones 42 y 44, compuestas por las Brigadas 59, 226, 227, 140, 145 y 144.

Desde Fayón hasta Cherta desplegaban la 60 División, con las Brigadas 84, 95 y 224, entre Pobla de Masaluca y Villalba de los Arcos; la 3.ª División con las Brigadas 31, 33 y 60, situadas en los alrededores Sur y Sureste de Villalba: la 35, cuyas Brigadas 15, 11 y 13 estaban escalonadas en profundidad en un pequeño sector al Oeste de Corbera; la 16 División (Brigadas 149, 23 y 24), a la izquierda de la anterior; la 11 y la 46 Divisiones, con las Brigadas 9.ª, 1.ª, 100, 101, 10 y 37, todas ellas en línea frente a Gandesa, y las Brigadas 12 y 139, de la División 45, en sector frente a Cherta. La División 43 y la 27, que figuraban como reservas, habían tenido que empeñar algunas de sus Brigadas en los combates librados durante los últimos días de julio y primeros de agosto.

En el ámbito del Gobierno de Barcelona ya se da por terminado el período de las esperanzas y han comprendido todos que llega el de los sufrimientos. Sufrimientos que serán indescriptibles, porque Franco ha recobrado plenamente la iniciativa y se dispone a entrar de lleno en la tercera fase de la batalla: la que llamaremos «de desgaste».

CAPÍTULO VII

GRAN BATALLA DEL EBRO. - (FASES TERCERA Y CUARTA. - DESGASTE Y CONTRAOFENSIVA)

Una vez fijado el frente, el Generalísimo dicta las órdenes para reducir la bolsa Mequinenza-Fayón. – Rupturas locales del frente en las zonas de Corbera, Villalba, Gandesa, Pandols y Caballs. – Constitución del Cuerpo de Ejército del Maestrazgo. – El Ejército rojo del Ebro pasa a ser una sombra después de la batalla de desgaste, y se desploma totalmente ante la contraofensiva final. – Emocionante descripción de un combatiente rojo.

Hemos visto cómo queda fijado el frente nacional después de haber hecho fracasar los ambiciosos proyectos del Estado Mayor rojo. Por el momento, es el Cuerpo de Ejército Marroquí el que cubre toda la línea bajo las órdenes del General Yagüe. El dispositivo que éste adopta, con el pensamiento puesto en las operaciones que Franco está planeando, comprende cinco sectores, entre Mequinenza y el mar Mediterráneo. Son éstos:

Sector Fayón. — Va desde la confluencia del Matarraña con el Ebro hasta Mequinenza. Tiene el mando el teniente coronel Lombana, y comprende las tropas siguientes: 18 Bandera de la Legión, 9.º Tabor de Regulares de Tetuán, 10.º Batallón de América y 8.º de Mérida.

Sector Izquierdo. — Desde Villalba de los Arcos hasta el río Ebro (confluencia con el Matarraña). Lo manda el General Delgado Serrano, que tiene a sus órdenes las Divisiones 102 y 82.

Sector Centro. — Desde Villalba de los Arcos (incluido) hasta el Vértice Puig Caballé (incluido). Mando: General Barrón; fuerzas, las Divisiones 13.ª y 74 y una Brigada de Caballería.

Sector Derecho. — Desde el Vértice Puig Caballé hasta el río Ebro, al Norte de Cherta. Mando: General Alonso Vega; Divisiones 4.ª y 84

Sector Ebro. — Desde Cherta hasta la desembocadura del Ebro en el mar. Mando: coronel López Bravo; fuerzas, las de la División 105. Está

toda la Artillería disponible, la masa artillera del Cuerpo de Tropas Voluntarias y toda la aviación.

A primeros de agosto se recibe en el Cuartel General del Ejército del Norte el siguiente despacho del Generalísimo, que revela cuan personalmente mandó Franco la batalla del Ebro desde los primeros momentos y con qué minuciosidad *y* agudeza planeaba las operaciones. Ese telegrama dice:

«Bolsa Mequinenza-Fayón.—Estudiado en el plano el terreno comprendido en la bolsa Mequinenza-Fayón, estimo como más conveniente:

1.° Fortificarse en la zona de Vall Granada hasta Fayón, en profundidad, al Este de la carretera, organizando en las masías que se encuentran diseminadas en la divisoria entre el Ebro y el Matarraña puntos de apoyo, rodeados de alambradas y trincheras, en forma de araña, por si fueran batidas las masías por artillería; que constituyan estos puntos de apoyo como reductos de defensa para el caso, que no debe ocurrir, de que la línea vacilase.

2.° En el centro (cruce de carreteras conocido por Gilabert) debe haber otro centro de resistencia de Batallón, en forma escaqueada y profunda (mil metros de profundidad por mil de frente), fraccionado en subelementos de resistencia y algún elemento de resistencia, conjugando a su vez la fortificación con la media docena de masías que allí se encuentran.

3.° En la altura inmediata y a un kilómetro al Noroeste de Gilabert (cotas 422 y 423) debe organizarse otro centro de resistencia, escaqueado como el anterior, que comprenda a su vez las dos o tres masías como reductos.

4.° A retaguardia de este reducto anterior, en la zona del Vértice Vesecri (cotas 428-427-430), debe haber otro centro de resistencia de segunda línea, conjugando con puntos de apoyo en Puntaplana (cota 426) y espolones de cotas 395 y 402, que desciende hacia el Norte. Este último punto de apoyo —Vesecri-Puntaplana—, como posición de segunda línea para las reservas. Esto asegurará notablemente el frente Altos de los Auts-Fayón y dará confianza a los mandos de aquel sector.

5.º El Cap de la Pía (2 kilómetros al Noroeste de Fayón) y el lugar de nacimiento de barrancos que bajan a la región de Fayón tienen una importancia muy grande y deben ser asegurados dándoles mucha fortaleza.

6.º La divisoria del Alto de los Auts que sigue el itinerario Vértice Vesecri (428), cota 244 (2 kilómetros al Este del anterior), cotas 434 y 431 al Noroeste, Alto de los Auts y cotas 417-434 y 417 al Este de los Auts, y cota 303 en Peranzo, divide el campo de batalla en dos zonas: Sur y Norte; la Sur, observada y bajo el fuego de nuestra artillería colocada al Sur de Vesecri y en su meseta; la Norte, de pendientes más rápidas, que quedan bajo la observación y el fuego de la artillería de 10,5 que pudiera colocarse en Montnegre (tres kms. al Norte de Mequinenza). Un enlace radiotelefónico con Montnegre permitiría el apoyo eficacísimo de nuestras tropas y el cruce de fuegos con las baterías colocadas en la zona Sur; esto es, que la reducción de

la bolsa de Mequinenza es cosa fácil atacándola en la zona cuya ocupación tiene predominio sobre las demás, que es la divisoria señalada que sigue por el Alto de los Auts, ya que cualquier maniobra de envolvimiento por el Sur colocaría a las tropas propias en situación difícil tan pronto se separen de sus bases, pues quedan bajo las ametralladoras del Alto de los Auts, y son observadas desde estas cotas, que permiten a la poca artillería que tienen concentrar sus fuegos contra las tropas en maniobra. Por eso es más lógico atacar los Altos de los Auts por su zona Oeste y, desbordándoles inmediatamente, avanzar hasta la ocupación en cuatro fases sucesivas.

a) *Primera fase.*—Cota 434 y espolón que baja del Vértice 227 al Oeste de Mequinenza sobre la Sierra de Herrera, en su parte más próxima a los Altos de los Auts, que domina el resto del espolón hacia el río.

b) *Segunda fase.*—Inmediata a la primera en tiempo, para la ocupación del punto 437-434 en los Altos de los Auts, y espolón que baja por las cotas 300 y 295 hacia Mequinenza, igualmente en su parte más alta.

c) *Tercera jase.*—Ocupación de las alturas inmediatas al cruce de caminos, a la derecha e inmediata a la cota 417 de la divisoria, y trozo del espolón por el que corre la carretera a Mequinenza.

d) *Cuarta fase,*—Ocupación del espolón que de Peranzo baja en arco a Mequinenza, espolón que recorre el camino de los Mases.—Alcanzada esta línea y limpios los barrancos por la acción Norte-Sur de las fuerzas que avanzan, no queda más que recorrer los espolones que bajan sobre el río, en especial el que de Peranzo baja a Punta Quemada, y el del Alto de los Auts a Roda.—El objetivo principal de esta maniobra es circunscribir el frente de ataque al kilómetro y medio o dos kilómetros que constituyen la divisoria.»

Ya estamos, pues, en plena recuperación del tiempo y de las ven tajas que los nacionales han perdido en la primera fase de la batalla del Ebro.

Tiene completa razón el General francés Duvai, cuando frente a la maniobra roja sobre el Ebro, escribe, antes de que los resultados de la operación hayan llegado a su punto final:

«La estrategia diversiva practicada por Barcelona y Valencia, exclusivamente encaminada a prolongar la duración de la guerra, tiene fácil explicación. La extensión total del frente es de unos 1.750 kilómetros; el Ejército nacional cuenta con 750.000 hombres. Para comprender el alcance de estas cifras, recordemos que en 1918, el frente francés, desde Nieuport a Suiza tenía un desarrollo de 650 kilómetros, y que estaba cubierto por dos millones y medio de franceses, ingleses, americanos y belgas. Por consiguiente, con un ejército tres veces menor, Franco cubre un frente casi tres veces mayor. En estas condiciones, unos cuantos millares de hombres, si eligen un punto favorable, pueden penetrar por sorpresa, con bastante profundidad, en el campo enemigo, antes de que se les puedan oponer fuerzas suficientes. La necesidad de reunir y de transportar los refuerzos puede imponer relevos en los frentes de ataque y detener, o por lo menos aminorar, el ritmo de una operación en curso. Esto fue cierto, sobre todo en los comienzos de la organización de Franco,

cuando no disponía de efectivos suficientes para atender a todas las eventualidades al mismo tiempo. A medida que la organización se ha ido desarrollando, el problema se atenúa. Es poco probable que los asuntos de Gandesa le obliguen a desguarnecer de modo importante las líneas de Levante.»

El restablecimiento de las condiciones normales de lucha y el rescate de la iniciativa en el Ebro ha sido cosa de una semana. En ese tiempo han desaparecido las esperanzas del V, del XV y del XVIII Cuerpos de Ejército rojo, y se revuelven en su propio fracaso la División que manda el judío alemán Walter, la 11.ª Brigada que manda Petroff, la 16 Brigada de Rumanoff, y todas las Divisiones de Lister, de Tagüeña, de Modesto, de Perea, de Sarabia...

El día 6 de agosto empezó la operación que el Generalísimo había diseñado en el documento más arriba reproducido. La bolsa Mequinenza-Fayón constituía una amenaza notoria sobre el flanco izquierdo de la gran bolsa Fayón-Cherta, y convenía despejar el mencionado sector, limpiarlo de raíz y consolidar el dispositivo principal de la batalla, para que toda amenaza contra el ala cubierta por las Divisiones 82 y 74 desapareciera sin posible duda.

Fue la División 82 (Delgado Serrano) la encargada de reducir la bolsa de Mequinenza. ¡Con qué alegría debió pasar a la ofensiva el mencionado jefe! Muy pocos días antes, cuando la Agrupación Lombana resistía corajudamente para limitar el avance enemigo, la situación era tan confusa que pudo darse el caso de la 18 Bandera de la Legión, cuyo jefe, después de una operación penosísima, comunicaba que llevaban sus hombres veinticuatro horas sin agua, que sus aprovisionamientos se habían diseminado, y pedía que se le dijera dónde resultaba más útil y más urgente la presencia de la Bandera. Eran las jornadas en que los observadores de la «Legión Cóndor» comunicaban mensajes como éste:

«Gandesa, nuestro.—Corbera, rojo.—Villalba de los Arcos, no se sabe.—Pobla de Masaluca, nuestro.—Fayón rojo.»

Ahora se pasaba resueltamente a la ofensiva.

La 82 División, en vísperas de dar cumplimiento al plan del Generalísimo, quedó reforzada con cuatro unidades de la 4.ª División, una Compañía de morteros, una Compañía de Carros de combate, *y* como Artillería:

2 baterías de obuses de 155

9 » » » » 149

6 » » » » 105/22
3 » » » » 105/19
2 » » » » 100
1 » » cañones » 77
1/2 » » » » 75
1 » » » » 88 antiaéreo

Reducido a esquema el minucioso estudio y plan de Franco, asignóse a la División la misión de fijar al enemigo en todo el frente, por una acción de fuegos y atacar su derecha, para apoderarse, en una primera fase, de los Altos de Auts, y llevar la línea a las posiciones inmediatas a la carretera de Mequinenza, avanzar después a las alturas Oeste de Valdurrera y Punta Quemada y atacar seguidamente desde el N. O. las posiciones de Vértice Roda, mientras rastrillaban los barrancos de Valdurrera y Valdegranada.

La sorpresa de los rojos fue grande; no porque no aguardaban el ataque, sino por la extraordinaria violencia del fuego artillero y por la frecuencia e intensidad de los bombardeos llevados a cabo desde el aire. La 42 División quedó materialmente deshecha. Los jefes de la División quisieron contener a las primeras líneas, que bajo la tempestad de metralla empezaron a replegarse; en el caso de algunas unidades consiguieron pequeños resultados; pero, por fin, la oleada de pánico se extendió a todas las Brigadas alineadas en la bolsa Mequinenza - Fayón. se produjo la desbandada general y el reflujo hacia la orilla izquierda acabó por convertirse en una huida. Tanto, que el único puente utilizable —el de Mequinenza— se hundió por el amontonamiento de milicianos; todos querían ser los primeros en pasar.

Por cierto que ese puente se mantuvo intacto durante todo el día, pese a los fuertes bombardeos aéreos a que fue sometido.



Para romper el frente de Aragón se emplaron materiales artilleros de tipo pesado

El General Yagüe pudo enviar al Cuartel General del Ejército del Norte, un parte en que decía:

«En el sector Mequinenza-Fayón se ha reducido hoy la bolsa allí existente; quedan algunos focos que resisten, cuya retirada será difícil por tener nuestros fuegos dominado el puente que el enemigo tendió sobre el Ebro.

El castigo infligido al enemigo ha sido durísimo; se han recogido hasta la hora del parte 550 prisioneros, varios cientos de fusiles, ametralladoras, un antitanque, y quedan en el campo unos cientos de cadáveres enemigos entre los que figura el jefe de una Brigada y varios oficiales.»

Al día siguiente, 7 de agosto, completó la información de este modo:

«Hoy han quedado reducidos los focos enemigos que ayer resistían en el sector de Fayón; hemos ocupado el Vértice Roda y quedan nuestras fuerzas en toda la margen derecha del Ebro.

El enemigo, que hoy opuso débil resistencia, ha sido duramente castigado, hemos recogido gran cantidad de heridos y muertos de las fuerzas rojas que no habían podido alcanzar la otra orilla del río.

Nuestras tropas están recogiendo en el campo gran cantidad de armamento y proceden a su clasificación.»

El plan del Generalísimo se había cumplido. Por consiguiente, de los tres ataques que los rojos lanzaron en la noche del 24 al 25 de julio —sectores de Mequinenza, Flix y Aseó y Amposta—, dos estaban absolutamente anulados, eran los dos de las alas; los que el Estado Mayor de Barcelona presentó como demostrativos y complementarios; no quedaba en pie más que la amplía cabeza de puente establecida entre Fayón y Cherta, o mejor dicho, entre Fayón y Mora de Ebro; seguía plan-

teado el problema del centro del dispositivo rojo, donde quedaban embebidas todas, absolutamente todas las unidades de maniobra del grupo de Ejército de Cataluña

Intentos fallidos de ruptura profunda y paso a la batalla de desgaste

Limitado el frente de batalla a la cabeza de puente establecida por los rojos en la orilla derecha del Ebro, hacia Gandesa, el Mando nacional dispuso una serie de operaciones para romper el frente, lanzar sobre la brecha tropas de choque y partir en dos la cabeza de puente mencionada, de modo que el enemigo ni siquiera pudiera ganar los puentes y pasarelas tendidos sobre el río. Si la lógica, y no la desesperación, hubieran aconsejado al Mando rojo, éste debió haber comprendido que su mejor solución consistía en organizar una serie de combates en retirada, a fin de salvar cuando menos una parte importante de los efectivos empeñados. No lo hizo así, porque la consigna de «resistir» quedó convertida en una especie de pesadilla, y el Gobierno de Barcelona, que tanto vuelo había dado al paso del Ebro, no se atrevió a afrontar la impopularidad de un repliegue general a las posiciones de la orilla izquierda.

Es cierto que los intentos nacionales de ruptura profunda no consiguieron éxito, y que, efectivamente, los rojos resistieron como no lo habían hecho durante toda la guerra; pero a cambio de ésa obstinación, el marxismo se quedó sin tropas de maniobra y sin reservas en el frente de Cataluña; o sea, aceleró el final de la guerra; precipitó su desastre.

Los ataques encomendados a la 4.ª División contra las estribaciones de la Sierra de Pandols costaron fuertes bajas y lograron pocos progresos. El terreno, durísimo, y la capacidad de resistencia de la División roja número 35, impidieron los grandes avances, pese a una preparación artillera llevada a cabo por 24 baterías. Los rojos se mantuvieron en las posiciones dominantes de la sierra antes citada y el Mando Nacional hubo de preparar otras operaciones, buscando los puntos más débiles del dispositivo enemigo.

Decía el 11 de agosto un parte del Cuerpo de Ejército Marroquí:

«En el sector derecho, las tropas de la 4.ª División de Navarra continuaron en el día de hoy la lucha para progresar a lo largo de la Sierra de Pandols, consiguiendo apoderarse de la cota 698 y de la altura próxima a la misma, y avanzando también en dirección a las cotas 671 y 705. El enemigo, en violento contrataque, logró recuperar

la altura citada, por lo que no pudo continuar la progresión hacia la 670; se tiene en estos momentos noticias contradictorias sobre la 705, aunque tampoco ha sido alcanzada.

El enemigo se batió tenazmente, defendiendo con obstinación sus posiciones, y haciendo gala de gran cantidad de armas automáticas, lo que unido a la dureza del terreno, con pasos obligados en los que todas las ventajas están de su parte, hicieron difícil y dura la jornada.»

Al día siguiente, comunicaba:

«En el sector derecho, tropas de la 4.ª División de Navarra, continuando la acción ofensiva iniciada por la Sierra de Pandols, lograron apoderarse de unas posiciones inmediatas a la cota 671, El enemigo opuso encarnizada resistencia, contratacando constantemente. Las bajas sufridas por el enemigo fueron enormes; aparecen delante de nuestras posiciones centenares de cadáveres. Según manifestaciones de un oficial enemigo hecho prisionero, la 9ª Brigada de la División Lister sufrió en estos tres días de combate más de 900 bajas, siendo relevada en la madrugada de hoy por la 1.ª y 100 Brigada de la misma División.

Nuestras bajas, conocidas hasta ahora, han sido tres jefes, 17 oficiales y 290 de tropa, aunque se cree que pasarán de las 500.»

Así, poco a poco, con grandes esfuerzos y no pequeños sacrificios, le fueron arrancando las posiciones al tenaz enemigo.

Sobre esas mismas operaciones de la 4.ª División, el «Boletín del Cuerpo de Ejército» rojo decía:

«En el día de ayer, el enemigo, protegido por grandes masas de aviación y artillería, atacó las posiciones que ocupa la 9.ª Brigada de la 11.ª División.

A pesar del esfuerzo realizado durante todo el día, no logró más que ligeros éxitos; nuestras fuerzas han combatido heroicamente; se pudo observar que el número de bajas que se ha hecho al enemigo es elevadísimo.»

Pero inmediatamente añade estos datos, que dan idea de cómo habían perdido los Mandos marxistas hasta el último resto de iniciativa en la batalla:

«La fuerza de las demás unidades se ha dedicado a los trabajos de fortificación y se ha hecho en la 11.ª División 115 metros de trinchera de primera línea, con colocación de 280 metros de alambrada. Por la 27 División se ha efectuado el trabajo siguiente: cinco nidos de ametralladoras, 142 metros de trinchera, 650 metros de alambrada. ¡COMISARIOS! Vemos cómo el enemigo, tal como lo teníamos previsto, no se ha resignado a perder las posiciones ante nuestro Ejército; lo intentó ayer y lo

intentará nuevamente, hasta ver logrados sus deseos. Ante estos intentos hemos de responder asestándole golpes de muerte, pero sin ceder un solo metro de terreno. No hay justificación en la pérdida de posiciones mientras queden defensores dispuestos a jugarse la vida en defensa de las mismas. Hay que resistir a toda costa. El heroísmo de nuestros soldados ha de ser superado con nuestro trabajo en estas duras jornadas. Es imprescindible resistir a toda costa en nuestro sector, y con una vigilancia especial estar dispuestos en todo momento a contrarrestar todo intento enemigo; es necesario fortificarse y vamos a poner en práctica todos nuestros recursos para hacer de nuestras posiciones verdaderas fortalezas inexpugnables. VIGILANCIA... RESISTIR... FORTIFICARSE... son las tres consignas que nos han de llevar a la próxima victoria. COMISARIOS, COMBATIENTES: ni un paso atrás.»

Este lenguaje aparecerá durante días y días en los Boletines rojos. Con una monotonía que llega a ser fatigante, abrumadora, repiten constantemente las tres palabras: resistir, vigilar, fortificarse. Ni por un solo momento se atisba una decisión ofensiva; la defensiva desesperada caracteriza a esta tercera fase de la batalla, vista desde el campo rojo.

En el Estado Mayor nacional se organiza, para mediados de agosto, una nueva operación de ruptura en el sector de Villalba de los Arcos. La han de llevar a cabo las Divisiones 82 y 74, mientras la 150, la 102, la 13, la 4.ª *y* la 84 fijan al enemigo en sus respectivos frentes y se disponen a perseguirlo si la ruptura profunda se produce. Para la preparación artillera se dispone de la artillería divisionaria correspondiente a la 102, la 74 y la 82, más siete baterías del Cuerpo de Ejército Marroquí, 18 baterías de la Artillería de Ejército y otras 18 de la Legionaria. La aviación bombardea las posiciones del sector de ruptura, toma bajo su fuego a las tropas concentradas en los barrancos de Valdecanales, Fanjuanas, Rosech y Bremoñas, y bate las carreteras que afluyen al cruce de la Venta de Camposines.

El día 19 de agosto empieza la operación. El fuego es tan intenso, la concentración de metralla tan potente, que las primeras líneas enemigas crujen y se rompen. La brecha está abierta; por ella se lanzan las tropas de la 82 y la 74, más algunas unidades de la 102; las cotas dominantes de esas líneas primeras caen en poder de los nacionales; al día siguiente se ensancha la brecha, se trepa a nuevas cotas; al tercero se alcanza la importante posición del vértice Gaeta; en la cuarta jornada comienzan los contrataques enemigos, y aunque no logran recuperar ninguna de las líneas perdidas, ponen freno al avance nacional y obligan a hacer alto en el frente alcanzado. Los muertos y prisioneros hechos a los rojos suman seis o siete miliares; las tropas nacionales han sufrido también bajas de consideración.

El hecho de que los rojos sigan siendo dueños de las Sierras de Pandols, Caballs y Fatarella, ha frustrado esta operación. Es evidente que nos hallamos ante una batalla por los observatorios; cuando caigan en manos de los soldados nacionales, todo será fácil. Mientras tanto, los ataques resultarán costosos y verán roto su vuelo apenas quieran levantarlo un poco.

«El enemigo —se lee en la Memoria de la 13.ª División, con referencia a estos combates—, que se ha fortificado a toda prisa, decidido a prolongar la batalla hasta el final de sus fuerzas, ofrece una tenaz resistencia; el avance se hace muy lento y costoso. No obstante, el día 21 se está a punto de conseguir un éxito decisivo. El enemigo, batido, se repliega sobre Corbera, y se lanza en esa dirección todos los carros, pero el cansancio y las bajas de las fuerzas de Infantería les impide perseguirle y se malogra el éxito que se tenía ya en la mano. El día 22 se ocupa el Vértice Gaeta, a pesar de lo cual el avance se hace cada vez más lento. El mando decide romper por otro punto.»

Este otro intento de ruptura a que aluden las líneas transcritas es el definido en la «Instrucción general número 41», de fecha 31 de agosto. Quiere el Ejército del Norte arrollar el centro enemigo para alcanzar la línea kilómetro 6 de la carretera Fatarella-Venta de Camposines y cota 380, al Nordeste de la mencionada Venta. La resistencia enemiga debe quedar rota entre Puig de Aliga y la carretera de Gandesa a Tarragona. Entra en la idea de la maniobra la ocupación del vértice Caballs y el avance sobre la lona de Camposines, desbordando por el Sur las eventuales líneas de repliegue enemigas, en tanto que otras fuerzas las atacan de Norte a Sur, a lo largo de los contrafuertes que descienden de la divisoria. El final de la operación proyectada coincidirá con la ocupación del cruce de Camposines.

En esta fecha acaba de organizarse un nuevo Cuerpo de Ejército, denominado «del Maestrazgo», cuya base ha sido la «Agrupación o Destacamento de Enlace», bajo el mando del General García Valiño. Este mismo General mandará el nuevo Cuerpo. Lo integran las Divisiones 1.ª (coronel Mohamed el Mizzian), 84 (coronel Galera), 74 (coronel Arias) y eventualmente la 53 (coronel Sueiro).



Carros de combate nacionales en la batalla del Ebro

Sobre el frente de la nueva ruptura los rojos alineaban las Divisiones 35, 11 y 43.

La «Instrucción general número 41» pertenece ya al período típico de la batalla de desgaste. El General García Valiño lo explica del siguiente modo:

«Aferrado el enemigo al terreno con una gran moral de resistencia a toda costa, favorecida por las condiciones especiales de aquél, cubierto de bosque alto, ondulado, en sucesión interminable de contrafuertes paralelos e idénticos, terreno ideal para una defensa escalonada en profundidad, se le presentó al Mando nacional la ocasión de destrozar materialmente al adversario mediante una táctica de castigo caracterizada por el empleo de grandes masas de artillería y de aviación en acciones con objetivos limitados y pequeñas unidades de infantería, que desarrolló en la dirección general Gandesa-Venta de Camposines, al Norte y al Sur de la carretera. Ello proporcionaría una zona de despliegue más amplia y prepararía la contraofensiva final.

Con este objeto se inició el día 3 de septiembre la ruptura por el frente de Gandesa —distante en algunos puntos menos de 500 metros de esta población— en una zona de unos tres kilómetros, sobre la que se concentró a más de las artillerías de los Cuerpos de Ejército Marroquí y del Maestrazgo, la masa legionaria y una buena parte de la artillería de Ejército. Una fortísima preparación de bombardeos aéreos completó la obra destructora.

Saltó el frente hecho pedazos, avanzándose por Corbera, que fue ocupada, y la Sierra de Lavall de la Torre, en una profundidad media de cinco kilómetros, con lo que quedó rebasado aquel vasto campo atrincherado.»

El General Barrón se refiere a este episodio de la batalla con las siguientes palabras:

«Elige el Mando para la ruptura la posición de Gironeses, frente a Gandesa, que ha sido convertida en un verdadero campo atrincherado; se prepara una formidable masa de artillería. El día 3 de septiembre rompe la 13.ª por Gironeses,

dando una vez más una brillante prueba de su capacidad ofensiva. En días sucesivos se llega a ocupar Corbera, pero como la Sierra de Caballs, que queda al flanco y retrasada, no ha podido ser ocupada, el avance se hace cada día más lento, hasta el día 9 en que el Mando decide romper nuevamente, eligiendo para ello el sector de Vilavert.»

Estas líneas dan el secreto del problema: no era posible continuar la explotación del éxito inicial si al flanco quedaba inalcanzada la posición formidable de la Sierra de Caballs, estupendo observatorio desde el cual dominaban los rojos toda la llanada de Gandesa.

El sistema de defensa rojo a derecha e izquierda de la carretera Gandesa-Flix estaba constituido por seis o siete órdenes de trincheras, con muy abundantes nidos de ametralladoras. Puede, pues, decirse sin exageración que se trataba de un verdadero campo atrincherado.

A la derecha de la carretera avanzó García Valiño; a la izquierda, Yagüe, que empleó la 4.ª y la 13 para la ruptura, mientras la 50, la 82 y la 152 fijaban al enemigo en todo el resto del frente.

Las operaciones de limpieza en los profundos barrancos de las estribaciones Oeste y Sur de las Sierras de Pandols y de Caballs son muy penosas. Cada asalto a las posiciones marxistas exige nuevas preparaciones artilleras y reiterados bombardeos aéreos, porque el enemigo ha organizado una defensa especialmente eficaz y, por otra parte, lanza incesantemente al contrataque a las tropas, sin reparar en pérdidas y sin tener en cuenta el cansancio de los hombres. No hay un solo día en que los Cuerpos del Maestrazgo y Marroquí no registren dos o tres reacciones violentísimas de las mismas unidades que acaban de abandonar las posiciones avanzadas.

Los prisioneros cogidos dan cuenta del tremendo drama que se está produciendo en el frente rojo. Las mejores unidades han tenido que ser reorganizadas; algunas de ellas, hasta tres veces desde que empezó la batalla. Pero la reorganización es puramente nominal, porque en realidad son los mismos Batallones, apenas reforzados por reclutas de reciente movilización, los que vuelven a las líneas que dejaron pocos días antes.

Un informador refiere cómo Franco dirige en persona las operaciones.

«Desde su puesto de Mando, en plena Sierra, el General Franco dirige la batalla con esa serenidad y esa clara visión de las situaciones que caracterizan su acción militar En la lucha cotidiana que se desarrolla ante sus ojos el Ejercito marxista de Cataluña corre hacia su aniquilamiento.

Frío, lleno de calma, el General siente toda la emoción del verdadero soldado. En la tarde del 5, pegados los ojos al visor, el General Franco iba señalando a su Estado Mayor los más pequeños incidentes de la batalla. «Hay un combate de bombas de mano en el pico X...» «Un Batallón desplegado recorre los barbechos situados a la derecha». El Generalísimo de los soldados españoles vivía todos los detalles de la batalla. Comienza de pronto el asalto de una de las cotas, objetivo de la jornada. Los tanques abren la marcha. Detrás, dos banderas españolas avanzan por la

cuesta, al frente de la Infantería desplegada. El puesto de Mando, silencioso, sigue el avance de las banderas. Por fin quedan clavadas en el pico. Entonces, Franco rompe el silencio, y con voz emocionada dice al General Dávila, que está sentado junto a él: «Concedo la Medalla Militar a esos dos valientes». De este modo sigue Franco el desarrollo de la batalla.»

El mismo 9 de septiembre, cuando parece apagarse el estruendo de la operación que acabamos de citar, una parte del Cuerpo Marroquí se lanza hacia Gaeta y ocupa cinco líneas de trincheras.



El Generalísimo Franco y el General Dávila en el frente

El 18, todo el Cuerpo de Ejército del Maestrazgo, al que pertenecen ya las Divisiones 13 y 82, llevan a cabo otra maniobra de ruptura de frente hacia el cruce de la Venta de Camposines. Nos brinda la 13 División esta descripción de sus intervenciones en las duras y brillantes jornadas a que estamos aludiendo:

«El 18 de septiembre **se** lanzan el 5.º y el 6.º Tabores de Melilla al asalto. La posición enemiga es muy fuerte y para llegar a ella es necesario cruzar un barranco enfilado por el fuego enemigo, que hace imposibles las evacuaciones y el municionamiento de día, y subir luego por un espolón perfectamente fortificado y defendido tenazmente. Los Tabores tienen que avanzar limpiando las trincheras con bombas de mano, cada diez metros, de un enemigo que no han podido echar ni nuestros repetidos bombardeos ni nuestras continuas concentraciones de artillería. Es un modelo de maniobra de infiltración y de combate de trincheras, constituyendo una de las operaciones más difíciles y en peores condiciones de las que hemos tenido durante la campaña. Al mismo tiempo que aquí se lucha encarnizadamente, por otro espolón, al abrigo de los fuegos de flanco gracias al primero, se filtran nuestras tropas y combaten para ganar las alturas. El día 19 se consigue poner pie en ellas y al día siguiente se avanza hacia la cota 496 (la más alta del espolón y objetivo final de ella), después de haber rechazado un contrataque en que encuentra muerte gloriosa el más antiguo y el mejor de nuestros capitanes de Ifni, el capitán Nájera,

herido con una bomba de mano en el vientre, y que aún conserva energías para animar a sus soldados. Otro jefe de Regimiento, el comandante Mateu, del 5.° Tabor de Regulares, encuentra también muerte gloriosa al día siguiente.

Alcanzada esta línea se continúa el avance, combinado, hacia la carretera de Corbeta y por ésta hacia la Venta de Camposines, que es el primer objetivo que el Mando señaló al romper por Gironeses. Es necesario todavía emplearse a fondo, porque el enemigo continúa, a pesar de todo, resistiendo, y sigue derrochándose el valor. En una ocasión, la 4.ª Bandera de la Legión debe retirar sus tropas de las alambradas enemigas para que pueda hacer fuego sobre ellas nuestra artillería y lanzarse entera, como un solo hombre, al asalto; el teniente Borghese, que marcha al frente de su Compañía, muere gloriosamente arrancando con sus manos los piquetes de la alambrada de la segunda posición. La 6.ª Bandera de la Legión se lanza al asalto de otra posición, al acabar de sufrir dos grandes bombardeos de aviación que le hacen más de 100 muertos. Las unidades ven disminuir cada día sus efectivos pero no obstante se avanza siguiendo la carretera, hasta que el tercer Batallón de la Victoria ocupa la cota 282, duramente contratacada, desde la que con fuego de fusil se bate la Venta de Camposines. Pero las fuerzas de la 13ª están completamente agotadas y es necesario sacarlas de línea, lo cual se hace a partir del 15 de octubre. La batalla del Ebro ha costado a la 13.ª División, desde el 25 de julio hasta mediados de octubre, 223 bajas de oficiales (el 76 por 100} y 5.649 de tropa (el 60 por 100) y otras 700 en los combates de Fayón a Amposta.»

El Cuerpo de Ejército ha sufrido durante las operaciones de septiembre en total, cerca de 10.000 bajas, así distribuidas:

División 19.—Muertos: 1 jefe, 2 oficiales, 65 de tropa. Heridos: 5 jefes, 57 oficiales, 2.017 de tropa.

División 13.—Muertos: 9 oficiales, 272 de tropa. Heridos: 3 jefes, 76 oficiales, 2.755 de tropa.

División 53.–Muertos: 28 oficiales, 362 de tropa. Heridos: 1 jefe, 87 oficiales, 2.267 de tropa.

División 74.—Muertos: 2 oficiales, 9 de tropa. Heridos: 8 oficiales, 1.027 de tropa.

División 82.— Muertos: 4 oficiales, 78 de tropa. Heridos: 24 oficiales, 1.027 de tropa.

División 84.—Muertos: 1 oficial, 52 de tropa. Heridos: 7 oficiales 285 de tropa.

El 2 de octubre las tropas de las Divisiones de Navarra ocuparon las más elevadas cotas de la Sierra de Lavall de la Torre y llegaron a menos de 1.000 metros de la Venta de Camposines, llave de la defensa roja hacia Ascó.

¡Tremendos meses los de septiembre y octubre de 1938! No hubo día ni noche sin combate; se fue reconquistando el terreno palmo a palmo; el

rendimiento que dieron las tropas no puede superarse desde el punto de vista de lo que cruelmente suele llamarse «el material humano»; docenas de miles de toneladas de metralla cayeron sobre el martirizado Campo de Gandesa, Corbera y Villalba de los Arcos; las Sierras de Caballs y de Pandols fueron sacudidas por enormes estremecimientos, como si una formidable convulsión subterránea amenazara destruir aquel trozo de tierra española; masas de soldados chocaron entre sí por espacio de ocho semanas, sin que la decisión apareciera jamás; pero había un hombre que comprendía claramente cómo esa decisión iba llegando inexorablemente: era Franco.

Aquel entrante que el frente rojo dibujaba al caer la tarde del día 25 de julio se hundía en su parte central, dibujando una bolsa hacia el rio.

No es posible anotar aquí todas las incidencias de la lucha de desgaste, porque acabaría por ser demasiado fatigante para los lectores y jamás conseguiría dar la impresión exacta de lo que en las riberas del Ebro aconteció. Cuando se publique la «Historia oficial de la guerra», saldrán a la luz pública todos, absolutamente todos los detalles de estas jornadas inolvidables. La misión de este libro tiene menor alcance y por eso no podemos pasar del sistema de resúmenes, aunque éstos sean amplios y detallados. Uno de los principios que el Generalísimo nacional ha observado permanentemente es el de la economía de fuerzas.

A este propósito es interesante reproducir una «Directiva» del Ejército del Norte sobre la organización de «sectores defensivos» en el frente del Ebro. Esa «Directiva» dice lo siguiente:

> «La experiencia de nuestra guerra confirma una vez más la necesidad absoluta de que los Mandos de las grandes unidades empleen su máximo esfuerzo para conseguir la correcta aplicación del principio de la economía de fuerzas.
>
> La gran longitud de los frentes, comparada con las disponibilidades de las fuerzas del Ejército, no permitirían poder actuar ofensivamente en ninguno de ellos si solamente se buscase mantener una densidad de ocupación «académica»; y aun así, considerando solamente la actitud defensiva, la relación entre la longitud total del frente del Ejército del Norte (600 kilómetros) y las Divisiones que actualmente tiene afectas (29 Divisiones y una de Caballería), darían una media de 20 a 21 kilómetros por División, lo que en forma alguna permitiría asegurar la defensa a todo trance de la totalidad del frente, si se mira dicha densidad con la teoría esquemática de todos conocida. En estas condiciones, y como siempre que de grandes frentes se trata, la seguridad de ellos se basa en la utilización de obstáculos naturales y en el aprovechamiento rápido, mejor dicho, oportuno, de la actuación de reservas estratégicas.»

Para logar esta oportunidad en la acción contraofensiva es indispensable:

a) Medios rápidos de transporte.

b) Reservas o fuerzas que aun no estando inactivas permitan, por sus condiciones de actuación, ser transportadas sin perjuicio de la acción que se desarrolle.

c) Una resistencia local de duración tal que dé tiempo a que dichas reservas se sitúen y establezcan en condiciones de atacar; es decir, como siempre que de ofensivas se trata, con la Artillería desplegada y sus municiones a pie de obra.

Lograda por el Mando supremo la primera condición, compete al Ejército asegurar también las otras dos. En consecuencia, los Generales-Jefes de Cuerpo de Ejército, en un plazo prudencial, que no excederá de quince días a partir del recibo de la presente «Directiva», elevarán al Ejército las proposiciones que tienden al logro de los fines señalados, ateniéndose a lo siguiente:

«Exigirán de los Mandos de las grandes unidades a ellos afectas un detenido análisis de los factores de la decisión, enemigo, terreno, medios, en función del principal de ellos, es decir, de la *misión recibida.* Al definir esta misión a las grandes unidades se ha de señalar de manera categórica la dirección o direcciones que es preciso prohibir al enemigo. Estas direcciones, si hay varias, serán determinadas en función de:

a) Vías naturales de comunicación que amenacen nuestra línea de comunicaciones.

b) Vías naturales de comunicación en dirección a puntos o centros de población importantes.

c) Terreno favorable a la penetración —aun sin existir vías de comunicación— que permita ganar observatorios desde los cuales se pueda ejercitar una acción inmediata sobre nuestros medios de transporte.

d) Determinada por este orden de urgencia la principal dirección que es preciso impedir al enemigo, la gran unidad en cuyo sector se encuentre ha de traducir esta idea de dirección en una idea de mantenimiento de un frente, es decir, que la pequeña unidad táctica propiamente dicha, en la defensiva no tiene más misión que impedir al enemigo, por el fuego, poner pie en el frente que ella ocupa. Por tanto, en la Orden defensiva que a esta unidad llega ha de especificarse por el Mando divisionario la zona donde éste quiere que se sitúen las *barreras* de fuego de las armas automáticas del Batallón.

e) Del estudio detallado del factor terreno en función de lo anterior deducirá aquellos puntos de éste que han de ser pivotes de una acción contraofensiva,

estableciendo en ellos las organizaciones necesarias en profundidad que han de ser ocupadas por sus reservas locales y mantenidas a toda costa.

f) En la proposición que se formule figurará un estudio de las comunicaciones de probable empleo por las reservas estratégicas —es decir, no pertenecientes al sector de la gran unidad de que se trate—, en el que se señalará su rendimiento hasta las proximidades de los puntos principales del terreno a que se refiere el artículo anterior.

g) Se aprovechará en su grado máximo la circunstancia de que la próxima estación invernal hace variar la viabilidad de algunos sectores en el sentido de disminuir la actual densidad de ocupación de aquellos donde las nieves, lluvias, etc., crean verdaderas dificultades de circulación.

h) Para lograr la oportunidad señalada en el preámbulo es preciso que los Generales-Jefes de los Cuerpos de Ejército estudien un *plan de información* en el que se especifique, a base de los reconocimientos que por el contacto con el enemigo posee, los reconocimientos de aviación que periódicamente necesitan sobre las comunicaciones del enemigo o puntos de probable concentración de éste, los cuales serán suministrados con el tiempo que dicho Mando señale como mínimo para poder ordenar el traslado a un primer punto de destino de sus reservas locales.»

Aunque en este documento se generaliza, como es natural, no hay duda de que estas normas han sido dictadas en recuerdo de algunas de las cosas ocurridas en el frente del Ebro durante el período de preparación de la ofensiva roja.

En fin, hemos llegado a los últimos días de octubre y he aquí que el frente rojo, aunque ha cedido en diversos puntos, se mantiene aún porque conserva firmemente las Sierras de Pandols y de Caballs.

Mientras siga instalado en ellas, no se decidirá la batalla. Franco cree llegado el punto exacto de desgaste del enemigo y, por consiguiente, estima que ya puede desencadenar la contraofensiva final; contraofensiva que tendrá, como objetivos primeros, las dos Sierras mencionadas.

Contraofensiva final

El día 24 de octubre, en la «Instrucción general número 44», se dispone la maniobra que va a dar remate a la sangrienta batalla. El Ejército del Norte define la misión inmediata: «utilizar la actual posición desbordante del flanco derecho para reducir, mediante un enérgico ataque, la bolsa formada sobre el Ebro en la región de Pinell, batiendo y destruyendo a las fuerzas enemigas que en ella actúan».

La operación principal queda encomendada al citado flanco derecho, cubierto por el Cuerpo de Ejército del Maestrazgo. El Marroquí fijará al enemigo, le presionará y desgastará por acción de fuegos precisos y metódicos en todo el frente comprendido entre Fayón y la Venta de Camposines.

La maniobra del Cuerpo de Ejército del Maestrazgo será la siguiente:

a) Un ataque secundario en la Sierra de Pandols.

b) Un ataque decisivo sobre la Sierra de Caballs y sus estribaciones del Nordeste.

En una segunda fase, profundizar y extender estos ataques, aislando al enemigo, haciendo caer por envolvimiento sus defensas de la región de Pinell y persiguiéndole sobre el Ebro.

Restablecer en una fase final la línea defensiva del río hasta Cueva Alta, y llevar el frente desde estas alturas hasta la de Salvaterras.

Dejaremos a la pluma del propio General-Jefe del Cuerpo de Ejército del Maestrazgo (García Valiño) la descripción de esta última fase de la batalla:

«Dueño el enemigo de las Sierras de Pandols, Caballs y La Picosa, poseía iodos los observatorios sobre la vega de Gandesa; ningún movimiento de tropas podía pasarle inadvertido; era, por tanto, indispensable hacerse dueño de ellos para iniciar la maniobra que había de expulsar del lado de acá del Ebro a tan contumaz adversario.

La segunda quincena de octubre se invirtió en el despliegue artillero, que apoyaría la conversión al Sureste de las tropas del Cuerpo de Ejército del Maestrazgo, encargadas de la difícil y arriesgada empresa; despliegue que por las apuntadas circunstancias hubo de ser metódico, lento y efectuado por la noche. El día 30 de octubre, elegida la zona de ruptura en el extremo Norte de la Sierra de Caballs, concentróse en kilómetro y medio de frente, durante tres horas, la más potente masa artillera de la guerra: 175 piezas de artillería nacional, de calibres comprendidos entre 75 y 260 de infantería, acumuladas en aquel sector en número extraordinario, y fuertes bombardeos de aviación, completaron la obra artillera. La infantería de la primera División de Navarra se lanzó furiosamente al ataque en plena preparación, coronando las primeras crestas de Caballs a los pocos minutos de terminar aquélla, capturando unidades enteras enemigas que, acogidas a sus refugios, estaban anonadadas ante aquella lluvia de hierro y explosivos.

Completada con rapidez la maniobra de la Sierra de Caballs, el cerro de San Marcos y la Sierra de Caballs cayeron por envolvimiento. Al tercer día de ofensiva eran de España las posiciones claves de la región.

La reducción de la bolsa de Pinell, tomando de revés la fuerte línea enemiga

del río Canaletas mediante el avance de las Divisiones 84, 74, 1.ª de Navarra y 82, fue labor de seis días, quedando ocupada el día 7 de noviembre la población de Mora de Ebro, punto vital de la cabeza de puente que tan obstinadamente quiso mantener el enemigo. Este mismo día se ocupó la Sierra de la Picosa, continuando la conversión por la de las Perlas, con el flanco derecho apoyado en el río, quedando los del Maestrazgo con frente al Noroeste sobre la carretera de Venta de Camposines a Ascó en tres brillantísimas jornadas, al final de las cuales los rojos, en franca derrota, se entregaban en masa y sembraban de armamento y pertrechos de guerra los campos testigos de aquélla.

Terminada la maniobra del Cuerpo de Ejército del Maestrazgo, mediante la cual todas las fortificaciones de la Sierra de Fatarella perdían todo su valor defensivo, iba a entrar en acción la totalidad del Ejército nacional en el Ebro con su otro Cuerpo de Ejército, el Marroquí, y la Agrupación de Carros legionarios. Aquél, atacando en dirección Sur-Norte, de Villalba de los Arcos a Ribarroja, ocupó Fatarella y redujo el extremo Noroeste de la bolsa del Ebro, mientras el Cuerpo de Ejército del Maestrazgo, atravesando la carretera de Camposines a Aseó, que ocupaba, envolvió y tomó de revés las fortificaciones de la Sierra de Fatarella, que dominaba total y brillantemente el día 15 de noviembre. La Agrupación de Carros legionarios, avanzando por la carretera Camposines-Ascó-Flix en el momento crítico de la desbandada final, a la máxima presión de sus motores, actuó de barredera de los descompuestos y malparados restos del Ejército rojo del Ebro, del que quedaron destrozadas, para nunca más volver a ser lo que fueron, las Divisiones 35 y 45 (Internacionales), 11 (Lister), 46 («El campesino»), 43 («El Esquinazao»), 3, 27, 44 y 60.

La «brillante» gesta del Ebro, llevada a cabo, según palabras de Negrín, para gloria de la República y de su Ejército Popular, costó a éste cerca de las 100.000 bajas y fue el golpe de gracia para aquélla.»

Este resumen que ha trazado el General García Valiño viene a subrayar el acierto del General Franco al interpretar el sentido de la batalla del Ebro.

El desgaste fabuloso de las unidades empeñadas por los rojos fue tal que en un momento determinado debía producirse lo inevitable. Ni llegaba el conflicto internacional esperado ni se agotaban las posibilidades militares de Franco, sino que crecían por momentos, ni había medio de resolver el problema de las reservas. En tales condiciones, ¿podía ocurrir cosa distinta de lo que ocurrió? El gran artificio creado por los Mandos rojos se vino abajo irremisiblemente, y todo concluyó en la mayor de las derrotas marxistas. Mientras tuvieron los rojos el dominio de las Sierras de Pandols, Caballs y La Picosa, aún pudieron pensar que su presencia sobre la orilla derecha del Ebro se iría prolongando, arrastrando, más o menos tristemente. Pero una vez que se vieron desalojados de esas posiciones, ¿dónde podría residir su esperanza?

El día 3 de noviembre, cuando García Valiño y Yagüe estaban poniendo remate a la contraofensiva final, el V Cuerpo de Ejército (Lister) comunicó a todas sus unidades una «Orden general de operaciones» que era la confesión de la derrota. Esa orden comenzaba diciendo:

«En mi puesto de mando, a las 19 horas 35 minutos del día 3 de noviembre de 1938, — Situación general: El enemigo, durante el día de hoy, ha seguido presionando fuertemente por los sectores de la 46, 43, 9.ª y Sur de la 45 División, logrando cortar la carretera de Pinell a Miravet por el kilómetro 2 al 3, profundizando en dirección al río. A la hora de redactar este parte se desconoce la situación de la División 46; la 45 se mantiene en antiguas posiciones con ligeras variantes por su parte Sur. La 9.ª y 1.ª Brigadas ocupan una línea sin enlaces laterales desde el kilómetro 8 de la citada carretera hasta la cota 383.—*Aliaga.*»

Al día siguiente, el jefe de la Brigada «Garibaldi» comunica al comandante-jefe de la 45 División este parte:

«Después de intensísimo bombardeo de artillería y aviación sobre las cotas 453, 395, 310, 368 y 173, el enemigo, descendiendo desde la cota 331 curvas de nivel 250 y 190 hacia el barranco de Gandayolas y Río Seco, ha atacado y sigue atacando nuestras posiciones de la cota 173, habiendo iniciado el ataque por la carretera de Alcolea del Pinar. Carecemos de más noticias por rotura de las comunicaciones telefónicas.»

Cuando llegamos al final de la primera decena de noviembre el Cuerpo de Ejército Marroquí se dispone a poner punto final a la decisiva maniobra del Cuerpo de Ejército del Maestrazgo. Se trata de anular la cabeza de puente o la parte de la cabeza de puente subsistente entre Ascó y el río Matarraña, destruyendo o capturando las tropas enemiga que la ocupan. Para ello hay que batir a los rojos en la bolsa citada y perseguirlo hasta el Ebro, reconstruyendo de paso la antigua línea entre el Matarraña y Ribarroja. Yagüe ordena que sea desbordada la región fortificada de Fatarella mediante un ataque en la dirección general Rebasada-Monredón, y a favor de este avance operar por envolvimientos sucesivos de menor radio sobre las alturas comprendidas entre la cota 503 y el vértice Paumarés, facilitando la concentración de las fuerzas nacionales en línea entre Gaeta y Camposines para lanzarlas en la dirección Fatarella-Ribarroja.

El despliegue rojo en lo que resta de la «bolsa del Ebro» se divide en dos zonas: la que va desde Camposines a las inmediaciones de Ascó y la que se extiende entre Fayón y Camposines. En la primera se encuentra la 42 División marxista (Brigadas 59, 226 y 227), reforzada con el Batallón

de ametralladoras de la 35 División; la División 45 (Brigadas 12, 14 y 139); la Brigada 9.ª reorganizada con los restos de la Brigada 135; la Brigada 60 *y* algunas unidades de la División 11. Últimamente han llegado algunos grupos de guardias de Asalto; éstos dan la impresión de que están allí no para combatir contra los nacionales, sino para contener la huida de los milicianos La mayoría de las unidades tienen sus tropas mezcladas, desgastadas por la retirada continua de días anteriores, y están faltas de víveres.

En la línea Ascó-Camposines el despliegue rojo de Norte a Sur es el siguiente: División 35 (Brigadas 13. 11 y 15); Brigadas 33 y 31 de la 3.ª División y de la 44 (Brigadas 144, 145 y 150); en total, ocho Brigadas, que si bien en los últimos días no han sufrido desgaste, se encuentran faltas de efectivos, principalmente la División 44, por los combates del mes de octubre, y la División 35 por haber retirado los internacionales; las vacantes de éstos no fueron cubiertas completamente por los amnistiados y los movilizados de los años 24 y 25. Esta última División carece de su Batallón de ametralladoras.

Dentro de la bolsa, al final de la batalla, los rojos no disponen de más de seis baterías, porque las demás que han podido salvar han sido retiradas a la orilla izquierda del Ebro. Las pocas reservas que quedan han sido enviadas al sector del Segre, donde se ha montado un ataque rojo de diversión táctica.

Un Boletín del Cuerpo de Ejército Marroquí, correspondiente al 11 de noviembre, dice:

«La situación militar de los rojos en la bolsa de! Ebro es deficiente por su desorganización, escasez de efectivos y artillería, y principalmente porque sólo les queda una comunicación regular con la otra orilla, por la presa de Flix. Sin embargo, el Mando, por intermedio del comisariado, sigue imponiendo la resistencia.»

Los últimos partes de operaciones que Yagüe envía al Ejército del Norte dicen:

«*Día 14 de noviembre de 1938.*—Se ha ocupado el pueblo de Fatarella y la línea del Ebro, y desde el Matarraña hasta el kilómetro 61 del ferrocarril. Se llevan recogidos hasta el momento de dar el parte 1.036 fusiles, 10 ametralladoras, un mortero de 81 mm. y varios depósitos de municiones.

Día 15 de noviembre de 1938.—A. causa de la niebla empezó el avance después del mediodía.

La 4.ª División de Navarra avanzó hasta las proximidades de Ribarroja.

La División 50 va cubriendo la línea del río Ebro, habiendo llegado hoy hasta las proximidades del kilómetro 160 del ferrocarril.

Día 16 de noviembre de 1938.—Ha sido ocupado el pueblo de Ribarroja, quedando alcanzados igualmente todos los objetivos señalados en la Orden general de operaciones, número 15, de este Cuerpo de Ejército.»



Obuses de 15,5 en los finales de la batalla del Ebro

Había terminado la violenta batalla del Ebro.

La Memoria de la 84 División (coronel Galera), que como parte tan importante en las operaciones de la «contraofensiva final del Ebro», como unidad perteneciente al Cuerpo de Ejército del Maestrazgo, dice acerca de las maniobras con que Franco puso fin a la batalla:

«El día 30 de octubre se inicia la fase final de la batalla, reanudándose la acción ofensiva de la División.

Se señalan como objetivos a la misma las alturas de cota 666, 661, 609, 540 y 562 de la Sierra de Pandols, línea organizada por el enemigo, que defiende tenazmente. Ha de realizarse la ruptura del frente enemigo forzosamente por la cota 666, pues el resto de la línea se encuentra separado de la propia por un fuerte barranco paralelo a ella y son numerosas las armas automáticas que ha establecido para batir perfectamente el acceso a dicha línea. Únicamente la 666 se halla unida a nuestras organizaciones por un afilado lomo de roca.



Puesto de mando del General Galera

La proximidad a nuestras líneas de la altura de cota 666 impide que la preparación y el apoyo que ha de prestar nuestra artillería se haga con facilidad; por otra parte, la posición enemiga está sólidamente fortificada con nidos de manipostería y protegida por triple alambrada.

Las piezas de artillería han de colocarse en primera línea, acasamatadas, cooperando la de 65 y la de 10,5, que no regatean esfuerzos para ayudar a su infantería.

Tras intensas preparaciones de artillería se logra ir destruyendo las obras de cemento de la citada cota 666. En todos los ataques se logra llegar a las alambradas, quedando la bandera de señales a unos dos metros de ellas; el abanderado, herido, se mantiene todo el día sin poderse retirar, con una pierna fracturada, lleno de espíritu; le es concedida la Medalla Militar individual. La posición ha sufrido grandes desperfectos y su guarnición ha tenido numerosas bajas; el enemigo recibe constantes refuerzos, pues no ignora que esta posición es la llave de la Sierra.

Vista la dificultad que se presenta de progresión hacia ella, se decide efectuar su ocupación durante la noche del 1 al 2 de noviembre, mediante golpe de mano. Realízase éste en la madrugada de dicho día 2, y aun cuando el asalto hubo de suspenderse momentáneamente por haberse agotado la abundante provisión de granadas de mano de que iba provista la fuerza, debido a la tenaz resistencia de sus defensores, se consigue finalmente poner pie en la posición, batir y hacer retroceder al enemigo en lucha cuerpo a cuerpo, persiguiéndole y obligándole a desalojar no solamente la cota 666, sino también la 661, donde intentó rehacerse, quedando en nuestro poder la llave de Pandols.



Franco y el General Dávila en su puesto de mando durante la batalla del Ebro

Posteriormente, las fuerzas de la División se apoderan del resto de las alturas de dicha Sierra, hasta quedar completamente ocupada y limpia de enemigo.

En la noche del 3 al 4, otras fuerzas de la División que se encontraban en línea frente a Canaletas asaltan las posiciones enemigas y persiguen a las fuerzas rojas que las defendían.

A partir de este día, el enemigo no puede sostener su famosa consigna de «resistir». La Sierra de Pandols, llave de la parte oriental de la bolsa del Ebro, está en nuestro poder y el enemigo ha quedado durísimamente castigado.

Se inicia la maniobra por esta División el día 7 de noviembre, asignándose como objetivo la Sierra de La Picosa, cuyo vértice de 496 metros es magnífico observatorio y llave de la zona Mora del Ebro-Flix; domina la carretera de Venta de Camposines a Mora y es la principal en que se apoya la defensa de la altura de cota 373, que bate y domina el cruce de carreteras de Venta de Camposines, por lo que la importancia de su conquista es enorme.

Concentrada la División al Sur de la carretera de Venta de Camposines-Mora, y previa preparación artillera, se lanzan al ataque dos agrupaciones que, con su elevada moral, magnífico entusiasmo y espíritu, logran escalar la Sierra y coronar el vértice, realizándose la operación tan briosa y rápidamente, que el jefe de la 45 División, que defendía aquel sector, sólo tuvo tiempo para huir velozmente, dejando su puesto de mando intacto, que cayó íntegro en poder de nuestras fuerzas.

Esta maniobra de doble envolvimiento, tan magníficamente realizada por nuestras fuerzas, en cooperación con la 1.ª División de Navarra, de este Cuerpo de Ejército, que operaba a nuestra derecha, originó el derrumbamiento de la línea del Ebro Mora-Flix, que fue ocupada seguidamente.

Pasaron de 300 los cadáveres enterrados del enemigo y de 400 los prisioneros cogidos, quedando completamente destrozado el Batallón que la defendía.»



Baterías de morteros nacionales

En la Orden general de la División del 8 de noviembre de 1938 se publicó lo siguiente:

«Artículo único. En la Orden general del Cuerpo de Ejército del Maestrazgo se dice:

General-Jefe del Ejército del Norte, en telegrama fecha 4 del actual, dice:

Por encargo expreso de S. E. el Generalísimo de los Ejércitos Nacionales, y en mi nombre, felicito a V. E. personalmente por la acertada dirección de las operaciones del frente del Ebro, así como a todos los Mandos y tropas del Cuerpo de Ejército, que tan brillantemente han ejecutado la maniobra, derrotando y persiguiendo al enemigo. Haga llegar a todas las unidades esta felicitación para satisfacción de todos los jefes, oficiales, clases y soldados.»

Las operaciones de persecución y limpieza continuaron durante los días 8, 9, 10, 11 y 12 de noviembre, y aunque el enemigo hizo tenaz resistencia en la altura de cota 351, fue brillantemente vencido por las fuerzas de la División, que después cortaron la carretera Venta de Camposines-Ascó en sus kilómetros 5 y 6.

La última fase de la campaña del Ebro ha sido una empresa dura, pero en ella el enemigo ha sufrido también un castigo fortísimo y su moral se ha derrumbado estrepitosamente; ya sólo piensa en retirarse definitivamente al otro lado del río.

En la Orden del Cuerpo del Maestrazgo de 8 de noviembre de 1938 se publica lo siguiente:

«Artículo único. En dieciocho días de continuos combates habéis puesto de manifiesto una vez más vuestro gallardo valor, vuestra disciplina y vuestro espíritu de sacrificio.

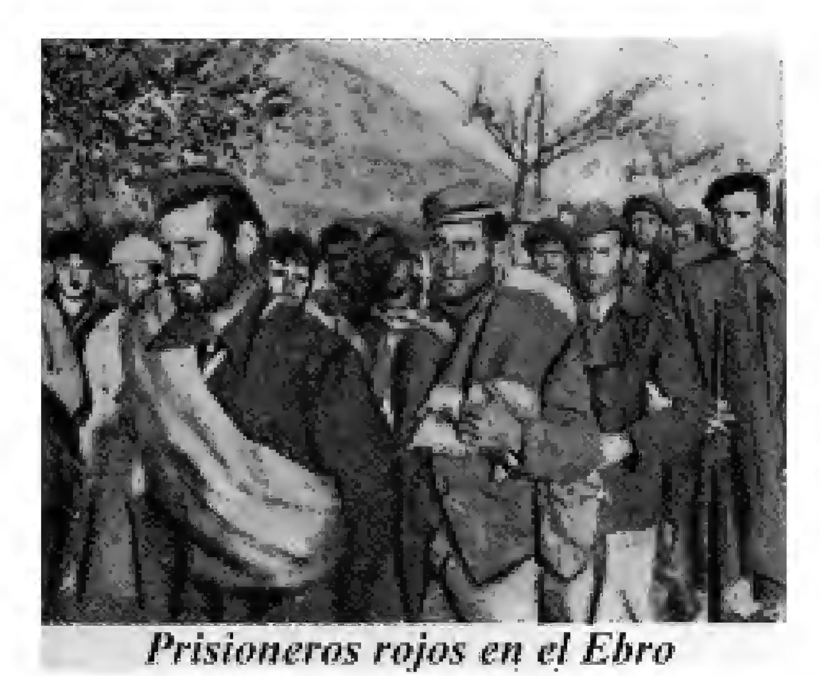
Habéis arrojado al otro lado del Ebro a los restos del que fue poderoso Ejército enemigo, abatiendo su soberbia y su poder.

Vuestras virtudes militares y la pericia de vuestros Mandos han triunfado de todos los obstáculos; ni las dificultades del terreno, ni las formidables fortificaciones, ni lo numeroso de los efectivos, ni la abundancia de material han podido deteneros,

Nuevamente habéis demostrado al mundo entero que sois los auténticos españoles, los herederos de las virtudes guerreras de la raza y los continuadores de !a gloriosa historia de nuestra Patria.

A todos, Generales, jefes, oficiales, suboficiales y tropa, os felicita vuestro General, que está orgulloso de mandaros.—*García Valiño*.»

No reproduzco esta documentación de determinadas Divisiones por dar entender que fueron estas unidades las que descollaron por encima de las demás, sino para ofrecer una muestra de cómo se comportaron las tropas nacionales, dado que todas las tropas dieron las mismas muestras de coraje, ímpetu, combatividad, superioridad moral, espíritu de hermandad y capacidad de sacrificio que se adivina al través de las páginas transcritas.



Prisioneros rojos en el Ebro

Destrucción del Ejército tojo

¿Cuáles fueron, en realidad, los resultados de la batalla del Ebro en relación con el problema de los efectivos? ¿Consiguió el Generalísimo Franco el fin propuesto?

Indudablemente, sí. Hay documentación roja que, con pequeñas variantes, calcula en 80.000 las bajas sufridas por la masa de maniobra

marxista durante la batalla que nos ocupa en este capítulo. Otras referencias también rojas, y muy autorizadas, estiman las pérdidas en 85.000 hombres. El General Barrón habla de «cerca de 100.000»

El Cuerpo de Ejército Marroquí, tan escrupuloso en la organización de sus informaciones, nos dice que «posee gran cantidad de datos que permiten evaluar la cuantía enorme del castigo infligido a los rojos». Entre esos datos los hay documentales, como estadillos de plazas de rancho, listas de revistas, relación de bajas, informes, etc.; pero la mayor parte son datos de carácter verbal, deducidos de las manifestaciones hechas por prisioneros y evadidos. Ya sabemos que esta última clase de datos debe ser acogida con toda clase de reservas; pero cuando, como en este caso, los resultados se obtienen por el promedio de 19.563 declaraciones, todas ellas concordantes, no cabe duda de que merecen todo el crédito que se otorga a las pruebas documentales.



Infatería en fuego. Una escuadra de ametralladoras

Pero si, a pesar de todo, este enorme volumen de declaraciones no nos ofreciese suficiente garantía, hay un sinfín de hechos concretos que vienen a comprobar y reforzar la verdad de las cifras que más adelante indicaremos. Estos hechos son: la movilización de todos los hombres comprendidos entre los diecisiete y los treinta y nueve años (reemplazos de 1942 a 1920) para servicio activo en filas, y de los cuarenta a los cuarenta y dos para trabajos de fortificación y misiones de retaguardia; la incorporación a filas de los inútiles y hasta de los inválidos; el destino a las unidades combatientes de los prisioneros nacionales sin aval de ninguna clase; el constante trasiego de unidades que hace desfilar por frente del Ebro a fuerzas de todas las Divisiones de Cataluña (excepto la 24 y la mixta). Todos estos datos, decimos, corroboran la verdad de los cálculos.

La plantilla de una Brigada mixta era de 4.278 hombres; pero para nuestros cálculos vamos a operar sobre la base de un efectivo de 3.200 hombres, admitiendo, como parece lógico, que la plantilla no estuviera nunca completa.

Esto supone un promedio de 800 hombres por Batallón, número que si a primera vista pudiera parecer algo excesivo, no lo es si se tiene en cuenta que en esa cifra va incluida la parte alícuota que representa el Batallón divisionario y los diversos servicios de la Brigada.

Teniendo en cuenta los datos anteriormente citados, a continuación se indican las bajas que se supone sufrió el enemigo durante toda la batalla del Ebro. (No pudo el autor de este libro obtener el cálculo de bajas de la División 35.)[1]

División 42. 60 por 100 de bajas; reorganizadas las Brigadas mixtas 226 y 227, sufre otro 80 por 100. Toral: 140 por 100... **13.440**

División 45. La 14 Brigada internacional sufre en Amposta el 90 por 100 de bajas, lo que supone un 300 por 100 de la División. Reorganizada ésta, experimenta otro 60 por 100 de pérdidas, y vuelta a reorganizar después de la retirada de voluntarios, pierde otro 60 por 100… **14.400**

División 3.ª 40 por 100; reorganizada en la Ermita de Santa Magdalena, vuelve a perder el 30 por 100, y además la 60 Brigada mixta pierde posteriormente otro 75 por 100. Total: 95 por 100… **9.120**

División 11. Bajas: 70 por 100. Reorganizada en Camposines, vuelve a perder el 50 por 100. Total: 120 por 100… **11.520**

División 46. 70 por 100. Cubiertas las bajas, vuelve a sufrir otro 20 por 100 de pérdidas. Total: 90 por 100… **8.640**

División 25. Bajas: 55 por 100. Retirados los extranjeros y cubiertas las bajas con personal del Centro de Recluta y Movilización y prisioneros, pierde un 10 por 100 más de los efectivos. Total: 66 por 100… **6.240**

División 27. Muy castigada en la zona de Corbera, pierde el 80 por 100 de sus efectivos… **7.680**

División 43. Es una de las menos castigadas. Tan sólo se le calcula un 45 por 100 de bajas… **4.320**

División 60. Después de experimentar un 60 por 100 de pérdidas, y ante la imposibilidad de reorganizarla, es enviada al sector del bajo Ebro… **5.760**

[1] Ya en prensa esta nueva edición, vemos que la División 35 —probablemente la más eficaz de las Divisiones rojas durante la batalla del Ebro— sufrió **3.872** bajas, según declara su jefe de Estado Mayor, Julián Hernández Caubin, en su interesante libro *La batalla del Ebro. Maniobra de una División*.

División 16. Por iguales razones se le envía al sector Mequinenza-Serós, después de perder el 60 por 100… **5.760**

División 72. Un Batallón de la 38 Brigada, mixta y otro de la 213.

50 por 100 **800**

División 44. En la zona de Camposines pierde el 70 por 100 de sus efectivos… **6.720**

División 26. Un Batallón de la 120 Brigada mixta. 40 por 100… **320**

División 30. Un Batallón de la 143 Brigada mixta, 60 por 100... **480**

División 31. Un Batallón de cada una de las Brigadas mixtas 62 y 134, 65 por 100… **1.040**

División 32. Un Batallón de cada Brigada mixta 137, 141 y 142.

55 por 100… **1.320**

División 55. Un Batallón de la 176 Brigada mixta, 25 por 100… **200**

División 34. Un Batallón de la 218 Brigada mixta, 50 por 100… **400**

Brigada mixta 135. Desaparece por completo… **3.000**

Total **101.160**

A una cifra análoga se llega sí suponemos que por cada prisionero o evadido ha debido haber un muerto, y por cada uno de éstos tres heridos, de los cuales el 70 por 100 son recuperables, y el resto baja definitiva. En esta hipótesis, el número y distribución de bajas enemigas sería:

Prisioneros y evadidos	19.563
Muertos	19.563
Heridos no recuperables	17.607
Heridos recuperables	41.082
Total probable	97.815

Es decir que, redondeando la cifra, puede afirmarse que el número de bajas experimentado por el Ejército rojo en el Ebro fue de unas 100.000.

Este enorme número de pérdidas, y las medidas decretadas para cubrirlas, tenían que influir forzosamente en la moral de las tropas y de la retaguardia enemiga, dando origen a dos corrientes de descontento de sentido contrario, que desde el interior iba hacia las trincheras y viceversa.

Para atajar su efecto demoledor, el Mando enemigo dictó una serie de disposiciones coercitivas que abarcan todos los resortes capaces de ejercer alguna acción en el delicado mecanismo de la moral. Estas disposiciones son: unas de carácter aflictivo personal, castigando con pena de muerte

cualquier debilidad en la actuación combativa de jefes, oficiales y tropa; otras, estimulantes, prometiendo el ascenso a los más altos puestos a los que por su actuación puedan ser considerados como modelo; éstas, de coacción familiar, ordenando severos castigos contra los parientes de los desertores; aquéllas, de represión inmediata, destinando unidades especiales a la contención y represión de deserciones o desbandadas. Nada se deja en olvido: proclamas laudatorias, emulación de unidades, programas de gobierno, actuación internacional, campaña del Comisariado, todos, absolutamente todos los esfuerzos de los dirigentes convergen en un solo punto: el mantenimiento de las fuerzas morales.

Y forzoso es reconocer que tales medidas alcanzan una parte del resultado que se pretendía obtener con ellas, pues consiguen galvanizar a las masas e infundirles una moral quizá artificiosa, pero suficiente para prolongar más y más la resistencia enemiga.

Esta moral tiene algunas manifestaciones que a primera vista pueden considerarse como anómalas, pero son consecuencia lógica de las medidas empleadas para mantenerla. Entre estas anomalías aparentes figura, en primer lugar, la relativa a los prisioneros; después de resistir tenazmente en una posición, al llegar el momento del asalto se entregaban las guarniciones en masa, con sus oficiales y clases. La explicación de este hecho es bien sencilla: la doctrina de terror imperante impedía a las fuerzas abandonar las trincheras cuya defensa tenían encomendada, por lo que extremaban la resistencia hasta el último extremo; ahora bien: perdida la posición, las mismas medidas de terror ejercían un efecto contrario, ya que aquellas fuerzas, conocedoras de los castigos que les esperaban, preferían entregarse a la benevolencia nacional que a la severidad de sus tribunales.

Sólo así se explica que en el transcurso de los 114 ó 116 días de la batalla del Ebro se hicieran 19.563 prisioneros, lo que supone un promedio de 175, aproximadamente, por día.

De este total de prisioneros corresponden 7.732 al Cuerpo de Ejército del Maestrazgo y 11.831 al Marroquí, lo que equivale al 39,52 y 60,48 por 100, respectivamente.

En cuanto a la clasificación por reemplazos de los 11.831 prisioneros y evadidos correspondientes al Cuerpo de Ejército Marroquí, sólo 5.561 son de edades iguales a las de los incorporados a filas en la España nacional. De los 6.270 restantes, 5.088 son de edad superior a la de nuestros combatientes y 1.182 menores que éstos. Estas cifras significan los siguientes porcentajes:

Combatientes mayores que los de la España nacional	10 por 100
Idem de igual edad que los de la España nacional	47 por 100
Idem menores que los de la España nacional	43 por 100.

Observando el gráfico representativo de estos porcentajes en el transcurso de la batalla, se ve que mientras al principio de la ofensiva más del 70 por 100 de los prisioneros eran de edades análogas a las de nuestros soldados, rápidamente empieza a descender la curva (incorporación de otros reemplazos), para mantenerse luego, casi constante, entre el 45 y el 47 por 100.



Sentido espiritual de la Cruzada Nacional

La batalla del Ebro, vista y descrita por un combatiente rojo

Por si pudiera parecer parcial alguna parte de la visión y de la descripción que antecede, y creyeran determinados lectores que hemos recargado las tintas en lo que se refiere a la catástrofe militar roja con ocasión de la batalla del Ebro, vamos a reproducir un relato que, aparte su calidad literaria, muy estimable, nos parece decisivo, porque viene a resumir admirablemente las sensaciones que en el mundo marxista produjo este decisivo episodio de la guerra de España. Se trata del capítulo de un libro que, lejos de la Patria, prepara un joven combatiente rojo, escritor de vuelta ya de las monstruosas ilusiones del comunismo; de un joven español que vislumbra el camino de su redención espiritual en los caminos del patriotismo y de la fe. Este compatriota, que hoy busca a España afanosamente en su alma, tomó parte en la batalla del Ebro, y su visión le

inspiró las siguientes emocionantes páginas con el título de «Crepúsculo. La batalla del río Ebro»:

«Todo esto que voy a contar ahora quisiera contarlo con una prosa fría, casi desprovista de sentido, porque los acontecimientos que vienen precipitándose son de por sí lo suficiente mente espantosos como para omitir en lo posible toda literatura. Un día el Clan comunista, que había logrado excepcionales posiciones en Cataluña, sobre todo en su Ejército, dueño de todos los timones, apto para cualquier empresa, desembarazado de todos sus enemigos, manejando hombres de paja y dispuesto a nutrirse definitivamente con lustre y sangre para su bandera, puso en marcha el Ejército hacia adelante. Fue algo que resonó en todas partes como un clarinazo. Aquellas tropas, medio descompuestas, fatigadas, sin reservas, a las que hubo de nutrirse con voluntarios adolescentes y reclutas de hombres demasiado maduros, en un arranque sin justificación pasaban a la ofensiva. ¿De forma que no acababa la guerra? ¿De manera que no solamente cesaba toda posibilidad de pacto y de tregua, sino que entrábase en una etapa de briosos combates? Aquello era maravilloso. Un pueblo que se acostaba soñando en la paz; una industria languidecerte; una agricultura yerma, una finanza espantosamente inflada; unas obras públicas que no marchaban; unos trenes que no corrían; unos puertos bombardeados; un Ejército sin moral; un país partido en dos pedazos. Sin tener en cuenta nada de esto, sin pesar sus posibilidades y sus recursos, ¿se ponía en marcha para desarrollar amplias y laboriosas operaciones militares? La noticia trascendió fuera de España; yo recuerdo la Prensa francesa e inglesa de aquellos días: «Las tropas republicanas pasan el río Ebro». «No ha muerto el Ejército de la República española». «El Ejército republicano, a la ofensiva». Con toda brillantez y acierto, ante un enemigo estupefacto, que no podía creer en tanta estupidez o malicia, 100.000 hombres, las últimas reservas para negociar una paz, cruzaban el río más caudaloso de España, fiados en el azar de varios puentes de fortuna, conquistaban algunos pueblos, avanzaban varios centenares de kilómetros cuadrados, llenaban la Prensa y la «radio» de voces y de gesticulaciones… Y después se paraban para siempre ante el Ejército enemigo. Esto sucedió el 25 de julio de 1938. Con las tropas crucé yo. Asimismo contemplé la representación de aquella ópera fastuosa y sombría, conocí los preparativos de la orquesta, el montaje de su decoración, el ensayo de sus tenores, la marcha del argumento y sus cantables. El escenario por detrás, con sus tramoyistas y sus tonos grises. Las luces y los ruidos. Después la apoteosis final, llena de sangre y de espantos, que concluyó seis meses más tarde en la frontera del Pirineo, bajo la mirada sorprendida de un público francés. Había sido un espectáculo demasiado largo.

Y esto es lo que quiero narrar de ahora en adelante.

Cien mil fantasmas cruzaron el río Ebro; cien mil fantasmas que combatían, atacaban, pegábanse al suelo entre nubes de metralla, sabían matar y sabían morir. Pero 100.000 fantasmas arrastrados por la fiebre, el ansia de concluir aquello, el veneno sabiamente prodigado por el Clan. (Nota Del Autor.—El Clan, en las cuartillas del joven ex comunista, designa siempre al partido comunista y a la Internacional de Moscú. Igualmente se debe advertir que ciertas apreciaciones

completamente erróneas no quitan a este relato su fundamental valor.) Unos jefes al servicio del Clan; unos «trabajadores políticos» salidos del Clan, y un complejo de abulia, dolor, heroísmo, fiereza y desgana, como sólo se producen en esas terribles fiebres que elevan al enfermo de muerte sobre el lecho con los ojos fuera de las órbitas y las manos engarfiadas, para después matarlo con la rapidez del rayo. Cien mil hombres así. A toda orquesta, teniendo como fondo el extraño decorado que producen al cruzarse sobre las rojas banderas un martillo y una hoz.

El pueblo se había quedado lejos; ajeno a ese tumulto que se venía encima.

La gente luchaba, sorda y sin descanso, dentro de los dos metros cuadrados que se necesitan para vivir cuando uno reduce la vida a las necesidades más elementales, por la ración de arroz, el pedacito de pan, la patata o las lentejas. Esta piltrafa era: animal carnívoro, ya sin dientes, nutriéndose de desperdicios, sin querer oír ni saber. El pueblo que representaban; mi padre enfermo y entregado al burocratismo para poder vivir, blancos los cabellos por la pena, silencioso y sufrido; aquellas dos muchachitas, dedicadas a una prostitución mecánica; mi hogar, mudo y frío, con las ventanas cerradas y el gato muerto de hambre; los niños recogiendo comida en montones de inmundicias; los cuerpos llenos de pústulas y granos sucios; las retinas sin color, las pupilas apagadas, los trajes llenos de cosidos y remiendos, las farmacias sin material médico. Cien mil mutilados luciendo sus muñones y sus odios por la calle; los hoteles convertidos en refugios; las cuevas del «Metro» en hogares; los hogares en ruinas. Las aldeas repletas de mujeres vestidas de negro; los graneros vacíos; la batalla menuda, de pared a pared y de casa a casa, por el pedacito de algo para comer. Esto era el pueblo, lejos de la guerra, sin perspectiva, que no cruzaba, Ebro adelante, con los 100.000 soldados fantasmas.

Tampoco cruzaba el Ejército; porque el Ejército no eran las falanges sovietizadas del Clan, ni sus jefes educados al través de las consignas de Moscú, ni los instructores extranjeros. El Ejército era mi hermano, detenido en su ascenso militar en cuanto cambió la política por la técnica; arrinconado burocráticamente en un rincón del frente que ni aun nombre tenía. El Ejército era Olavarría, muerto de tifus; el soldado Juan, fusilado por trostkysta; los millares de campesinos ofendidos y maltratados en su íntimo sentido de la tierra; los viejos militares españoles postergados en su carrera Los hombres que hablaban del enemigo razonablemente y pedían la tregua para llegar a un acuerdo con él. Este Ejército no cruzaba el Ebro. Estaba en otros lugares, sin mezclarse en aquel drama espectacular que comenzaba, intuyendo con su sano sentido que el epílogo envolvería a todos.

Cruzaba la bandera con su martillo y con su hoz. Cruzaban los «epsilones», los siervos del Clan, cebados, alimentados, aturdidos por varios meses de «pancartas», discursos, folletos, periódicos y educación política. Y detrás de ellos la masa de reclutas atados a la disciplina. Porque el Clan sabía hacer bien las cosas. El Clan desnudaba sus últimos arreos. Yo sé positivamente el proceso de aquello; todo se había perdido; del 18 de julio de 1936 no quedaban más que glorias convertidas en humo y hombres convertidos en tierra. La guerra civil estaba prejuzgada. No había más que repetir la fábula del viejo Esopo, devorar los primeros la carne del león enfermo que se moría. Engordar, en fin, la bandera con los últimos héroes, las últimas

voces, las últimas hazañas. Porque la tropa podía morir, hundirse las ciudades, aniquilarse la tierra y sus frutos, perderse la estirpe y desaparecer España. Pero la bandera siniestra quedaba, con su frío internacionalismo, dispuesta a pasearse por otros lugares del mundo, ante millones de «epsilones» necios, contenta y ahíta de glorias y de sangre ajena Para lograr esta victoria postrera, que tiene el olor macabro de los violadores de cementerios, una noche del mes de julio tus directores de orquesta levantaron el telón y comenzó el primer acto de nuestro crepúsculo bajo el nombre armonioso y sencillo de «batalla del Ebro».

Cómo murió un Ejército.

El río lo cruzamos en barcas o nadando. Muchos soldados, llenos de susto algunas veces o heridos al acaso por el tiroteo desde la otra orilla, se hundían en las aguas tranquilas, clavando en la madrugada sus gritos de agonía. Ya desembarcados, la borrachera hizo su efecto: fueron apresados algunos grupos enemigos, armas, depósitos, víveres y la guarnición de algunos pueblos. Escasos pelotones nacionalistas retrocedieron por las carreteras adelante, alertando a su gente. Con los soldados huían los campesinos. Estas cosas estimulaban a los soldados. ¡Jamás se había producido nada tan bello! Muchos oficiales decían: «Ya no dejarán de correr nunca». En fin, durante dos días hiciéronse cerca de 20 kilómetros de profundidad. Los prisioneros enviábanse a retaguardia; algunas mujeres quedaban vivaqueando por el contorno, entregándose a la tropa por marmitas de legumbres y pan de intendencia. Todo se llenaba de banderas y cantos ingenuos diciendo la victoria. Al fin, al tercer día, el enemigo que corría se paró. A la jornada siguiente continuó parado y comenzóse a percibir su resistencia. Con posterioridad, la resistencia convirtióse en contrataque. Todo el Ejército republicano estaba en la ratonera, con sus cañones y su Sanidad, su Intendencia y su Parque Móvil.

El enemigo habíase repuesto de su sorpresa y calculaba las posibilidades que se le ofrecían. Aquella noche el Generalísimo Franco y su Estado Mayor no debieron dormir de gozo. Pasaban, no las horas, sino las fechas, y no había forma de avanzar más. Después vinieron masas de aviones que desde el amanecer hasta la noche bombardeaban ferozmente, como si aquello fuese el fin del mundo. La tierra se abría; en aquel espacio reducido, especie de bolsa cerrada por las líneas enemigas y un río profundo, temblábamos como papeles. El enemigo rompía todos los puentes, y una vez abrió las compuertas de agua que se llaman de Camarasa y el Ebro subió varios metros de altura. Lanzaba minas de pólvora en su corriente, que al chocar con cualquier objeto esparcían la muerte a su alrededor. Mientras, toda su línea se erizaba de hombres y armas. Fueron cerca de tres meses entregados a la muerte; las pesadillas más espantosas tuvieron lugar bajo un sol de verano implacable y espeso, que mataba a los hombres de sed. También morían los soldados de tifus y disentería. Ni comida, ni agua, ni sanidad, ni frescura para calmar las llagas que abría el fuego y enconaba el polvo. Por las noches, tumbados en el suelo, buscábamos en vano cualquier frescor. Los cadáveres se pudrían sin remedio; eran frecuentes los ataques de insolación y de

locura. El enemigo, que utilizaba, con la seguridad de quien tiene la victoria en la mano, lo mismo hombres que metralla, ganaba terreno cada día. El Clan reflexionó; de seguir así, haríase necesario repasar de nuevo el río; pero era demasiado pronto. ¿Cómo un Ejército del Clan, con jefes pertenecientes al Clan, con una tropa preparada en varios meses de propaganda, podía hacer una retirada análoga a la de cualquier otro Ejército? Aquello había que reputarlo imposible.

Demasiado se sabía la necesidad de retroceder; en aquella bolsa, infecunda militarmente, no resistía nadie, y ya era demasiado atrevido haberse metido en ella. Pero una cosa resultaban las necesidades militares y otra las necesidades políticas del Clan. Se recibieron instrucciones: «Hay que resistir». Y para darlas vinieron jefes importantes, embajadas misteriosas, legiones de «trabajadores políticos». Aquello era una aberración que recordaba las primitivas contiendas, análoga a la de las calles de Toledo. Pero con la gran diferencia de que allí operaba una desordenada tropa con el corazón ansioso de guerra y rebosando ingenuidad, y hoy peleábamos hombres cansados, sin ganas, convencidos del estéril sacrificio que se hacía; con los ojos cerrados y sin fuerzas para protestar. Había jornadas durante las cuales nos hacía la aviación en masa más de 30 ó 40 visitas. Morían los soldados como moscas. El Clan dictaminó de nuevo: «Aquí se meten unidades mientras quede una en pie». Así se hizo. El frente se tragaba primero los Batallones, después las Brigadas y, por último las Divisiones enteras. Había Compañías de Infantería con un 70 y un 80 por 100 de bajas. Pero no se podía retroceder. Detrás de nosotros estaba el vacío absoluto, las líneas desguarnecidas; pero no se podía retroceder. Aquello era criminal, absurdo y desatentado; pero no se podía retroceder. ¿Qué sería entonces de las banderas con el martillo y con la hoz, empeñadas en una resistencia cuyo matiz político rebotaba más allá de las fronteras?

Como la tropa desfallecía, se mandaban más agitadores políticos. Hubo un momento en que los discursos no bastaban, y el Clan sacrificó a sus propios agitadores. Estos morían bajo un obús como muere un soldado. Para los «políticos» aquello era inaudito; habían sido educados siempre en la idea de que un hombre que realiza tal trabajo no puede morir como un simple recluta. Pero aún habían de verse cosas más sustanciosas. Como los soldados caían a racimos —un día de combate se devoraba una Brigada—, morían los agitadores, y, sin embargo, aún no estaba agotada la fecha tope para resistir; el Clan comenzó a sacrificar jefes: de Compañía, de Batallón y aun de División. Todo era bueno para alimentar aquel monstruo insaciable. Se trajeron unidades de otros frentes; fueron devoradas. Nuevas remesas de reclutas que entraban en fuego llorando, porque eran padres de familia y hacía más de quince años que pensaron abandonar para siempre el fusil. El frente también les devoró. Allí murieron los padres de cuarenta años y los hijos de dieciséis.

Un día, el Clan dio la orden: había que retroceder. Era el mes de noviembre. Aquel río espeso y tranquilo que pasaron una madrugada del mes de julio 100.000 hombres lo repasaron 15.000. Todos los demás quedaban atrás. La bandera venía gorda y encarnada con tanta sangre fresca. Hubo felicitaciones, ascensos, casi generalatos. Los periódicos entonaron sus «hosannas» y quemaron sus inciensos. Se había logrado limpiamente el juego. Ni en la historia de las guerras, ni en la historia

do los pueblos, se recordaba un caso de contumacia semejante Ni tampoco mayor aberración técnica Llevábanse curiosas estadísticas de las bombas, los aviones y los muertos. Todo esto porque aquel Ejército era, no español, ni popular, ni otra cualquier cosa embustera o de calidades inferiores. El Ejército era... bolchevique. Y esto se trataba de demostrar por encima de todo.

Hubo una tregua después, pero todo estaba previsto y liquidado. Con la frialdad exacta de un reloj anunciaron los Estados Mayores nacionalistas el comienzo de su ofensiva. Estuvieron preparándola correctamente. Nadie enfrentóse en su camino; primero, porque todo daba lo mismo, después, porque no había con qué. De aquella sombra de Ejército, hastiado y hasta loco, no podía sacarse ni más sangre ni más jugo. Con los primeros redobles de la marcha triunfal nacionalista por las llanuras de la Baja Cataluña la bandera del Clan volvió sur ávidos pliegues hacia su última víctima: el pueblo sufrido, que aún malvivía en la retaguardia clamando constantemente por la paz.»



Las alambradas no detendrán el avance nacional

CAPÍTULO VIII

Pequeñas intentonas en el Segre durante la batalla del Ebro. – Otros proyectos más importantes de los rojos en el frente Lérida-Fraga. – Fuerte ofensiva de los Ejércitos del Centro y del sur en Extremadura. – Rápida y profunda maniobra en las riberas del Zújar. – Conquista de Cabeza de Buey y de varios importantes pueblos extremeños. – Contraofensiva roja. – El Generalísimo resume en claras palabras la batalla del Ebro y anuncia la ofensiva general de Cataluña.

Tiene este capítulo, incluso por su relativa brevedad, carácter de intermedio. Entre los relatos de dos grandes batallas —la del Ebro y la de Cataluña— debemos dejar resumidos algunos hechos que, si no se hubiesen producido al mismo tiempo que las vastas operaciones antes enunciadas, se nos presentarían con excepcional brillantez, pero que comparados con aquellas maniobras de tanta amplitud, pasan a la categoría de episodios subalternos.

En ese dramático período de la batalla del Ebro se combatió rudamente en otras frentes; así, por ejemplo, en el sector de Villanueva de la Barca, entre Lérida y Balaguer; así en las vertientes de la Sierra de Javalambre; así en el Segre, cerca de Fraga, y en las agrestes Sierras de Extremadura. Veámoslo.

Intentonas en el Segre

Atraía, sin duda, la zona de Balaguer al Mando marxista. Se obstinó mucho en ella. Recordemos los tremendos encuentros del mes de mayo, primer ensayo del Ejército de Cataluña contra las nuevas líneas nacionales. Como si la derrota entonces sufrida no les pareciese bastante escarmiento, varias unidades rojas probaron fortuna nuevamente entre las ciudades de Lérida y Balaguer, sobre el sector de Villanueva de la Barca.

Es indudable que el Estado Mayor de Barcelona quiso evitar a toda costa el envío de tropas de los demás frentes al del Ebro. Quizá tuvo noticias de que la División 53 (coronel Sueiro) era una de las señaladas por el Generalísimo como unidad de refuerzo, y supuso que el frente cubierto por el Cuerpo de Ejército de Aragón quedaba debilitado; en condiciones, por tanto, de ser atacado con probabilidades de éxito.

El 9 de agosto una División, precedida por 30 tanques-cañón, se lanzó a la aventura de pasar el Segre. Pero ¡ya eran muchos ensayos del mismo género!

Las Divisiones 54 y 51 (Marzo y Urrutia) integraban el despliegue nacional en el sector de Balaguer.

A las tres de la madrugada algunas vanguardias rojas consiguieron pasar el Segre. La línea de contacto esperó a pie firme. Los mejores observatorios estaban en manos del General Moscardó. Una excelente información reveló al Mando todos los detalles del ataque rojo.

Las trincheras atacadas no cedieron en ningún punto. Oleadas de Batallones de Carabineros atacaron incesantemente durante dos días. El Mando nacional ordenó una defensiva cerrada, sin contratacar por el momento, porque interesaba mantener prolongadamente bajo los fuegos cruzados de las ametralladoras aquella masa de ataque, insensatamente lanzada al más inútil de los proyectos ofensivos.

Un fuego cómodamente corregido y de intensidades variable cortaba incesantemente las débiles y precarias comunicaciones tendidas por encima del río, de modo que si los aprovisionamientos y la llegada de refuerzos se llevaban a cabo en condiciones de grave inferioridad, tampoco resultaban fáciles los movimientos de repliegue hacia las bases de partida. La mortandad marxista fue muy grande. Una parte de los tanques había quedado en las orillas nacionales del Segre, y aunque los rojos intentaron retirarlos, su designio fracasó por la violencia del fuego. Siete de esos tanques quedaron en poder del Cuerpo de Ejército de Aragón cuando llegó la hora de contratacar. Eran de un modelo nuevo. Iban tripulados por tres hombres; pesaban 12 toneladas; medían 4 1/2 metros de largo por 2,32 metros de anchura y 2,17 metros de altura. En lugar de ir armado con un cañón en la parte anterior y una ametralladora en la posterior, este modelo del Segre llevaba una ametralladora de 7,62 junto al cañón, otra del mismo calibre en la popa y la tercera, en el centro, en posición antiaérea, a fin de asegurar la defensa contra los aviones.

En medio de centenares de cadáveres hicieron los soldados de Moscardó el reconocimiento y la limpieza del terreno después que terminó el ataque rojo. Ni un parapeto de todo aquel sector llegó a ser ocupado por los atacantes; éstos no traspusieron ninguna de las alambradas. Las aguas del Segre, cuya corriente había aumentado por la crecida que el Mando nacional provocó al abrir las compuertas de las presas en las instalaciones hidroeléctricas del propio Segre y del Noguera-Pallaresa, arrastraban aún cadáveres de pobres seres sacrificados al afán de matanza que caracterizaba los planes marxistas desde hacía algún tiempo.

Si el ataque diversivo lanzado por los rojos en el sector de Villanueva de la Barca fue duro, tuvo aún mayor alcance y más violencia la segunda intentona, desencadenada contra la pequeña cabeza de puente de Serós en los mismos momentos en que el Ejército del Ebro era destrozado, o sea, cuando los residuos de sus Divisiones repasaban el río por el puente de Flix, fugitivos delante de la acometividad desplegada por los Cuerpos de Ejército Marroquí y del Maestrazgo.

No se puede comprender todavía cuál fue la finalidad de la disparatada operación de Serós. ¿Qué pretendía el Estado Mayor rojo? ¿A qué aspiraba? ¿Cuáles eran sus objetivos? Nadie lo definiría con arreglo a razón.

La cabeza de puente de Serós, pequeña, casi insignificante, se había establecido sobre una superficie de unos cuantos centenares de metros cuadrados. No tenía otra finalidad que servir de base cuando se decidiera operar hacia determinados sectores de la provincia de Lérida.

Cuando estaba terminando la batalla del Ebro se encontraba en línea sobre el sector Soses, Serós y Aytona, la 40 División nacional.

Un Cuerpo de Ejército completo tuvo a su cargo el ataque; las dos Divisiones rojas que entraron en línea eran, sin duda, mediocres, porque ambas habían sido reorganizadas después de haber sufrido mucho en el Ebro, y los reclutas con que el Mando colmó los vacíos abiertos por la metralla no sentían el menor entusiasmo por la guerra.

Sin embargo, la acción de la masa produjo algunos efectos en cuatro o cinco trozos de trinchera, donde algunos elementos avanzados de la División 40 se replegaron ligeramente. Pero otra gran parte de la División se sostuvo impertérrita y dio ocasión a jornadas de positiva gloria.

Los efectos de la infiltración roja sobre el Segre —entre Lérida y Fraga— determinaron un cerco completo de la cabeza de puente. El Batallón movió que la guarnecía se encontró de pronto aislado. Pero, ¡nadie se movió de las trincheras!

Rápidamente acudieron reservas pertenecientes al Cuerpo de Ejército de Aragón, y el propio General Moscardó, acompañado de su jefe de Estado Mayor, coronel Gazapo, se hizo presente en el terreno de los combates.

La operación no ponía en peligro ningún sector vital del dispositivo de Franco; pero aun así, era decisión de los jefes nacionales aprovechar la nueva coyuntura para acentuar el aniquilamiento de las tropas marxistas del Ejército de Cataluña.

El Batallón cercado en la cabeza de puente comunicaba con su retaguardia por medio de heliógrafos. Durante la noche, algunos pelotones de vanguardia conseguían burlar los puestos de los centinelas rojos y hacían llegar a los cercados provisiones de boca, municiones y elementos sanitarios.

Cuando las unidades de refuerzo necesarias hubieron llegado al sector se emprendió el contrataque. Su efecto fue fulminante y atroz. Compañías enteras del Ejército rojo, encargadas de cubrir una posición recién conquistada en sus infiltraciones, aguardaban la llegada de los contraatacantes, y cuando éstos se hallaban cerca de las alambradas, se asistía al emocionante espectáculo de ver cómo los soldados enemigos se descubrían poniéndose en pie sobre los parapetos, arrojando sus fusiles, levantando los brazos y clamando a voz en grito: «No tiréis, que nos rendimos!»

Varios Batallones formados con recluta de las Juventudes Socialistas y algunas formaciones de Carabineros de Negrín quisieron resistir, pero la mortandad que en ellos produjo el fuego nacional fue espantosa; y una columna de Caballería. concentrada entre Fraga y Serós para caer sobre la retaguardia roja cuando la maniobra de la Infantería llegara a su momento culminante, completó la victoria de Franco.

Más de 5.000 prisioneros y otros tantos muertos costó a los rojos esta ofensiva de diversión, inexplicable y necia.

¿Qué objetivos existían allí que pudiesen rentar al Mando? ¿La carretera de Fraga a Lérida? No se utilizaba, porque desde la toma de Lérida la batían los cañones rojos situados en la orilla izquierda del Segre. ¿El envolvimiento de Lérida por el Sur? No conducía a nada semejante propósito, porque desde el Norte y el Noroeste podían los nacionales auxiliar a la ciudad sin riesgo ninguno. ¿La toma de Fraga? Aun suponiendo que el ataque de Serós hubiese llegado a la martirizada ciudad del Cinca, ningún efecto táctico, y mucho menos estratégico, se hubiese producido. Las comunicaciones, los transportes, el dispositivo general, el reparto de fuerzas, la solidez del frente, la cobertura de las carreteras esenciales no se sentirían bajo ninguna amenaza nueva.

¿Es que, por ventura, pretendían los rojos absorber una parte de las unidades nacionales empeñadas en el final de la batalla del Ebro? Es lógico que cuando existe una pretensión semejante debe elegirse, como frente de diversión, una zona muy alejada del principal teatro de operaciones. En el caso de Serós, la diversión tenía lugar a 30 kilómetros del campo de batalla del Ebro; por consiguiente, los movimientos de tropas a que Franco podía verse obligado representaba una hora de camiones automóviles, sin contar con que en el frente cubierto por el Cuerpo de Ejército de Aragón había reservas suficientes para acudir al peligro en el curso de una mañana.

Incomprensible de todo punto, desaconsejable en cualquier caso, la intentona de Serós demostró que el Mando marxista había perdido la serenidad y se encontraba complicado en un embrollo del que ya no habría de salir sino por las fronteras de Francia. Sacrificar dos Divisiones en tan absurda ofensiva equivalía a declarar ante el mundo que la habitual incoherencia de la España oficial roja se había convertido en una pesadilla de dementes. Para los nacionales Serós fue el golpe final al Ejército enemigo de Cataluña y la comprobación de que en adelante los planes del Generalísimo podrían aplicarse con el victorioso automatismo de que dieron amplio testimonio las batallas y maniobras de la ofensiva general iniciada el día 23 de diciembre de 1938.

Reacción roja en la Sierra de Lavalambre

También con el carácter de una operación diversiva atacaron rojos en la turolense Sierra de Javalambre, sobre el sector Manzanera-Santón. Habían asistido a la considerable retirada de tropas ordenada por el Generalísimo para alimentar la batalla del Ebro. La estabilización del frente de Teruel y la menor intensidad de fuerzas invitó al jefe del Ejército rojo de Levante a ensayar una reacción más espectacular que peligrosa.

El día 19 de septiembre, efectivos calculables en unas cinco Divisiones rompieron la primera línea nacional en un frente de 11 kilómetros y profundizaron aproximadamente cinco. Creóse de este modo una bolsa, un entrante en el campo nacional. Sin duda pretendían los atacantes cortar la carretera Teruel-Sagunto, para dificultar los transportes hacia los sectores de Viver, Benafer, Peña Salada, Peña Juliana y demás posiciones extremas. El objetivo era interesante, pero no tanto que prometiera grandes modificaciones en la situación general.

En el sector atacado había fuerzas del Cuerpo del Turia (Solchaga), parte del Cuerpo de Tropas Voluntarias y algún destacamento del Cuerpo de Ejército de Castilla. Apenas se dibujó sobre el terreno el saliente marxista, se decidió atacar a fondo, sin esperar refuerzos y sin pedirlos siquiera.

El día 21, 20.000 hombres tomaron la cuña marxista por los dos flancos y la estrangularon sobre las vertientes de Javalambre. Distinguióse en esta operación —última en que había de tomar parte— la División italiana «23 de Marzo», que mereció calurosas felicitaciones del Generalísimo.

Las posiciones llamadas del Buitre y Casa del Pescador quedaron rápidamente conquistadas y de ellas se adelantó la línea más allá donde se encontraba antes de la reacción roja. En resumen, otro desastre local para el Ejército marxista de Levante. El 23 de septiembre la situación estaba restablecida, mejorada y definitivamente consolidada desde el punto de vista nacional. Oficiosamente se ha dicho de esta reacción roja:

«En el frente de Levante, por la Sierra de Javalambre, la línea nacional estaba jalonada por una serie de posiciones discontinuas. Entre estas posiciones los rojos lanzaron dos Cuerpos de Ejército en la madrugada del día 18 de septiembre. La táctica del avance era la de la penetración rápida. Unidades enteras eran empeñadas entre posición y posición, tratando de alcanzar lo antes posible la carretera de Sagunto, sin preocuparse de los núcleos de resistencia nacional que podían quedar en su retaguardia. Una rápida retirada de las fuerzas que ocupaban las posiciones nacionales avanzadas hizo que se libraran del cerco; inmediatamente fueron a apoyarse en una segunda línea de resistencia, contra la cual se estrelló el día 19 la progresión enemiga. Los rojos llegaron a formar una bolsa de unos 30 kilómetros de profundidad en las crestas situadas al Sureste del vértice Javalambre, y se aproximaron a las líneas de los montes de Creventada. La entrada de esta bolsa tenía unos seis kilómetros de anchura. La reacción nacional fue rápida e inmediata. El 21 se proyectó sobre esta bolsa un movimiento envolvente. En dos días fue llevado a término con la precisión y la exactitud de un supuesto táctico. Por el ala derecha avanzó una División legionaria. Por la izquierda, saliendo de las alturas de Creventada, la 5.ª División de Navarra, mandada por el General Bautista Sánchez inició igualmente su marcha. Estas dos Divisiones, repartidas en tres grupos de columnas, convergieron, se dieron la mano el día 22 a la altura del lugar conocido por el nombre de Fuente del Enebro, cerrando la bolsa marxista.

Tres días de lucha en las avanzadas de Javalambre, dos de magnífica reacción de la infantería nacional y legionaria, dieron un balance verdaderamente trágico de pérdidas para los marxistas que habían desencadenado el ataque.»

En otro capítulo hemos resumido la información que poseemos acerca de las operaciones llevadas a cabo por los Ejércitos del Centro y del Sur en tierras extremeñas. En éste añadiremos el relato de las maniobras con que esos dos Ejércitos ampliaron sus conquistas.

El 9 de agosto el General Queipo de Llano, partiendo de las posiciones que ocupaban sus tropas al Este de Castuera, se puso en marcha hacia el ferrocarril de Bélmez a Almorchón. Tenía que salvar el Norte de la Sierra de Pedroso, donde se alza la Sierra de los Tiros. El día 10 el General Saliquet movió sus Divisiones desde los alrededores de Navalvillar hacia el curso del río Guadalopejo. Tenían estos dos Generales enfrente de sí a los Cuerpos de Ejército rojos números 8.º y 13.º

Durante la primera jornada Queipo de Llano desbordó ampliamente-todas las líneas enemigas y su avance alcanzó 15 kilómetros de profundidad. En la segunda, ocupó toda la Sierra de los Tiros y el pueblo de Almorchón. Saliquet invadía el sector del pueblo de Valdecaballeros y dominaba la orilla derecha del Guadalopejo, lo cual representaba una profundización de 18 kilómetros.

El 13, Quepo de Llano, que veinticuatro horas antes se había asegurado las posiciones dominantes del sector de Cabeza de Buey, entraba en esta importante localidad. El Ejército del Centro se movía en una amplia maniobra envolvente y hacía suyas las Sierras de la Zarza y de la Chimenea. Las fuerzas de vanguardia se encontraban a 30 kilómetros de la base de partida. Como resultado obtenido en cuatro jornadas, era brillantísimo.

El 15, desde el punto de la mañana, las tropas del Sur avanzan nuevamente 8 kilómetros, al Este de Cabeza de Buey, a lo largo del río Zújar. El enemigo ha tratado de resistir en las montañas, pero su obstinación ha durado poco tiempo.

El 16 viene la ocupación del pueblo de Zarzacapilla y de todas las montañas de la región. Los rojos contratacan con más violencia que en días anteriores.

Al cabo de una semana de ofensiva la extensión de tierras extremeñas reconquistadas por las tropas nacionales es muy grande. Pero la velocidad de la maniobra ha sido quizá excesiva, y es necesario hacer un alto para proceder a la limpieza del territorio ocupado. El frente dibuja una profunda

bolsa hacia Almadén, y quizá los flancos se resienten de cierta inevitable debilidad. En ellos creen los rojos encontrar ocasión de revancha. Pero sus reacciones no alcanzan el menor éxito.

«En los sectores de Villafranca de Córdoba y de Puerto Calatraveño —dice una nota oficiosa— las guarniciones de los puestos aislados no sólo han resistido, sino que a fuerza de contrataques han diezmado a las tropas rojas. Podemos citar como caso típico el de la posición de Tolote, en el sector de Puerto Calatraveño; el Batallón que la defendía enterró en dos días más de 500 muertos marxistas e hizo además 139 prisioneros. Esto puede dar una idea de lo que representaron para los rojos estos ataques. Aplicado este porcentaje a los efectivos rojos de Andalucía, da una pérdida de 5.000 hombres, sin que ningún resultado compense estas bajas.»

Avance en el Tajo

En fin: como nota de información, hemos de consignar aquí la breve y fructífera operación dispuesta por el Ejército del Centro en el sector del Tajo.

El día 19 de agosto el General Saliquet atacó por sorpresa y rompió el frente rojo frente a Puente del Arzobispo; sus tropas dispersaron dos Divisiones enemigas, que se batieron en retirada por la carretera que se dirige al Monasterio de Guadalupe, atravesando el Puerto de San Vicente.

En estos parajes habían alcanzado sus rutilantes triunfos de agosto y septiembre de 1936 las columnas de Yagüe. Luego una disposición técnica del frente aconsejó situarlo al amparo del foso del Tajo. Saliquet volvía ahora al mismo escenario de aquellos combates. Como entonces, los rojos se perdían en los montes de Toledo y abandonaban a los nacionales pueblos, montes, campos y botín.

Mientras unas columnas ocupaban las localidades de Estrella y Aldeanueva de San Bartolomé, otras se apoderaban de Aldeanueva de Barbarroja, Corral-Rubio, Santa Cruz, Riscal del Cuervo, Vallehondo, Puerto de San Vicente, Mohedas de la Jara, Alía y La Nava de Ricomatillo.

Al terminar la operación resultaba que el frente del Tajo se había movido en una extensión de 60 kilómetros, con una profundidad de 25; más de 1.000 kilómetros cuadrados de territorio se incorporaban a la España nacional.

Retirada de voluntarios italianos

Pertenece a la época cuyos hechos estamos narrando la decisión de retirar de España 10.000 voluntarios italianos. No entraremos en el examen de este hecho desde el punto de vista de sus antecedentes y de sus consecuencias de orden político. Nos limitaremos a registrarlo por su significación militar. La disminución de efectivos en el Cuerpo de Tropas Voluntarias obligó a una reorganización del mencionado Cuerpo, que se disponía a entrar en fuego nuevamente durante la batalla de Cataluña.

España despidió a los voluntarios italianos con las máximas muestras de emocionada gratitud. Se habían batido junto a los españoles con valor insigne; su colaboración en muchos momentos de la batalla fue magnífica y de una imponencia inapreciable; su técnica se había revelado por una depurada preparación de Cuerpos y servicios. Entre los soldados y los cuadros de jefes y oficiales que Franco mandaba el recuerdo de los combatientes italianos perduraría inextinguiblemente.

Ante la gran batalla de Cataluña

Nos encontramos en los primeros días de diciembre de 1938, y vamos a asistir a la gran batalla, a la verdadera batalla final de la guerra; el Generalísimo ha dispuesto lo necesario para la ofensiva del Ejército nacional sobre Cataluña. La hora terminal se acerca. Cuando daban comienzo las operaciones el Caudillo de España decía al autor de este libro:

«Estoy absolutamente satisfecho del desarrollo de las primeras fases de esta operación. La realidad no ha desmentido ni siquiera rectificado un solo detalle de mis planes y de mis proyectos de ofensiva. Todo está previsto ahí, en esos mapas que ve usted. La batalla de Cataluña ha sido minuciosamente estudiada y preparada; responde a un sistema completo, y lo que la caracteriza es, en el orden material la necesaria acumulación de medios, y en el orden moral una fe y una decisión que jamás faltan cuando se trata de tropas españolas, de oficiales y de jefes españoles. Que nadie sienta inquietud ni impaciencia, porque esta batalla, como todas las precedentes, y acaso más que ninguna otra, nos traerá la victoria por la vía de las acciones previstas y según los medios elegidos.

Ahora recogeremos la siembra de la batalla del Ebro. De cuantas el Ejército nacional ha librado en esta guerra la batalla del Ebro ha sido la más áspera y, por decirlo así, la más «fea»... El enemigo, apoyado en dos secciones del río, bien protegidas sus alas, dueño del sistema de observatorios que dominan la región, con

efectivos muy densos, con sus Batallones abundantemente provistos de armas automáticas, en un frente de extensión reducida, hacía difícil al principio, por no decir contraproducente, la maniobra por nuestra parte. Me resolví, pues, a aprovechar la ocasión que las circunstancias me brindaban. Cierto que las unidades marxistas contaban con algunas ventajas tácticas, pero al mismo tiempo tenían el inconveniente de luchar con un río a la espalda. Por otra parte, la densidad de efectivos a que he aludido antes permitía a nuestros elementos de combate emplearse a fondo en su tarea de destrucción y aniquilamiento. La zona en que se desarrollaban los encuentros era de las más difíciles por la sucesión de cotas que la caracteriza y por la escasa diferencia de altitud entre unas y otras. El propósito de desgastar al enemigo tropezó, pues, con dificultades notorias en razón de estas circunstancias. Sin embargo, todas fueron sistemáticamente superadas, y causamos una terrible derrota a las unidades rojas.

Gracias a la concentración de nuestros fuegos pudimos comprobar diariamente que las bajas del enemigo eran un 80 por 100 más elevadas que las nuestras. El resultado no podía ofrecer duda: el Ejército marxista de Cataluña tenía que abandonar la orilla derecha del Ebro casi destruido, y el «Comité» de Barcelona se encontraría en francas condiciones de inferioridad el día en que yo entablara el combate a fondo. Hoy asistimos a los resultados y a las consecuencias de la batalla del Ebro. Ahora se comprenderá la utilidad del tenacísimo esfuerzo que hemos llevado a cabo. Sí; la batalla del Ebro ha sido fea y poco espectacular, pero en ella hay que buscar el origen de los magníficos triunfos actuales. Se hubiera podido adivinar esto desde el primer momento.

Le anuncio el año 1939 como decisivo. Nadie lo dude. En el curso de los meses próximos la victoria más completa coronará tantos esfuerzos; obtendremos el triunfo con la plenitud deseada. Se acerca a paso de gigante el fin anhelado. No era posible esperar —lo he repetido cien veces— la terminación de esta guerra de liberación de la Patria, sino del éxito indiscutible, total, de nuestras armas. El año 1939 conocerá esta gloriosa realidad.»



Sacrilegios por las tropas marxistas

CAPÍTULO IX

GRAN BATALLA DE CATALUÑA

El objetivo militar, sicológico y político de Barcelona queda al descubierto después de la batalla del Ebro. – No hay verdadero Ejército rojo a partir de fines de noviembre de 1938. – Dispositivo nacional para la batalla de Cataluña. – Ataque por las alas y envolvimiento de las ubérrimas llanuras de Lérida. – Navarra y voluntarios en el ala derecha. – Urgel y Maestrazgo a la izquierda. – Expugnación de las defensas rojas hacia Artesa de Segre. – Elasticidad del plan estratégico de Franco. – Las tres organizaciones de la resistencia roja quedan deshechas. – Maniobra de bolsa sobre la costa y marcha hacia Tarragona. – Penosa progresión por la línea pirenaica. – Amenaza de Barcelona por el Sur y desbordamiento por el Noroeste. – Caída de Barcelona y fuga de los restos del Ejército rojo hacia Francia. – La guerra está virtualmente acabada.

La fecha de la ofensiva general sobre Cataluña quedó señalada para el día 10 de diciembre de 1938. Este dato acredita la gran velocidad con que el Generalísimo comunicó sus planes, hizo circular las «Instrucciones generales», ordenó los servicios y dio por terminadas las concentraciones de hombres y de material. Los combates finales de la batalla del Ebro tuvieron lugar hacia el 20 de noviembre; veinte días después todos los Cuerpos de Ejército que debían participar en la ofensiva de Cataluña pudieron decir: «preparados».

Pero, he aquí que llegado el instante de iniciar la batalla se desencadenó sobre todo el Nordeste español un intenso temporal de lluvias. Durante varios días se sucedieron las borrascas y los chubascos. Las trincheras y los caminos quedaron convertidos en fangales o en lagunatos. No se podía mover una pieza, ni aventurar un cerro de combate en las líneas del frente, ni efectuar un vuelo de reconocimiento, ni corregir adecuadamente el tiro de una batería. Una vez más —como había sucedido tantas durante la guerra— el mal tiempo fue un importante aliado de los rojos.

Aplazamiento tras aplazamiento, quedó, al fin, determinado que la ofensiva empezaría el día 23, víspera de la Nochebuena.

Los rojos, que esperaban el ataque general, se equivocaron rotundamente en cuanto a la época en que éste daría comienzo. En primer término, supusieron, con evidente simpleza, que el Generalísimo dejaría sus planes para cuando hubieran pasado las fiestas de fines del Año Viejo y de primeros del Nuevo. ¡Como si tales miramientos, respetables en tiempos de normalidad, pudieran prevalecer en los momentos dramáticos en que va a decidirse toda una guerra! En segundo lugar, el «general Rojo», jefe de Estado Mayor Central de Barcelona, estaba convencido de que Franco necesitaría varios meses para reponerse de las pérdidas sufridas en la batalla del Ebro. Hasta este punto desconocían en Barcelona la verdad de la organización militar creada por el Generalísimo nacional.

«La ofensiva de los rebeldes ha sido indefinidamente aplazada», decía una nota oficiosa de los periódicos de Barcelona el mismo día 23 de diciembre, cuando ya tronaban los cañones preparando la inmediata ruptura del frente al Sur y al Norte de Lérida.

Cualquier persona de mediano sentido que poseyera algunos datos —ni siquiera todos— sobre la preparación de la batalla comprendía sin ningún esfuerzo que la partida estaba claramente juzgada de antemano. El objetivo militar, psicológico y político del Ejército nacional, o sea el territorio de Cataluña y su capital, Barcelona, centro y sede del poder marxista, habían quedado completamente al descubierto después de la batalla del Ebro. Esto era evidente. Un niño lo podía ver.

Y, sin embargo, aún existían falsas esperanzas en ciertos medios barceloneses. Por lo menos, las fingían los dirigentes. Parece probado que alguno de los agregados militares extranjeros, ciego de pasión, informó a su Gobierno en el sentido de que la próxima ofensiva de Franco obtendría algunos éxitos iniciales, pero se detendría, virtualmente fracasada, ante las grandes organizaciones de la resistencia roja, mucho antes de que las vanguardias atacantes dieran vista a Barcelona.

Esas organizaciones defensivas estaban integradas por cuatro grandes líneas: la primera cubría el frente en toda su extensión, y poseía dos vastos campos atrincherados, uno en toda la amplitud de las llamadas «llanuras de Urgel». o sea las tierras que en la región de Lérida riega y fecunda el Canal de Urgel; otro en la región de Balaguer, Cubells y Artesa de Segre; la segunda línea se apoyaba por su derecha en la Sierra de Monsech, tenía su centro, fortísimo, en la zona de Tárrega y Cervera, y por la izquierda contaba con varios órdenes de trincheras en Borjas Blancas y en las considerables posiciones montañosas existentes entre el Ebro y la costa

mediterránea; la tercera recibía entre los rojos el nombre de «cinturón de Barcelona» y su centro se encontraba en la región de Igualada; finalmente, la cuarta estaba muy próxima a Barcelona, sobre las alturas de Montserrat y pretendía sacar partido militar de los numerosos pueblos catalanes de la zona que baña el Llobregat.

En realidad, una buena parte de estas organizaciones no habían pasado del papel o de la imaginación de los jefes al terreno.

Muy justamente ha escrito el General francés Fabre:

«¿Por qué una ciudad de la importancia de Barcelona, alma de la resistencia roja, sede del Gobierno republicano, que constituía para el Genera Franco un objetivo a la vez geográfico: político y estratégico, ha sido abandonada sin defensa, siendo así que la Prensa de Barcelona nos hablaba desde hace tiempo del «cinturón de hierro» de la capital?

Parece probado que este «cinturón» se hallaba en estado embrionario cuando se produjo la ofensiva nacional, el día 23 de diciembre de 1938.

El Mando rojo no ha conocido, pues, la previsión, ya que ocupaba Barcelona desde hace tiempo. Ni siquiera ha sido previsor después de la ruptura del frente de Lérida. No hemos oído hablar de «trabajadores civiles» sino ocho días antes de que apareciera en Barcelona el Ejército nacional, y tengo la impresión de que el Mando no dispuso de unas Divisiones capaces de equipar la posición y de constituir la guarnición de seguridad.

Esto demuestra que las Divisiones rojas de reserva han sido consumidas rápidamente por la batalla de Lérida y que la única preocupación del Mando rojo ha sido detener la ofensiva de Franco. ¿Espetaba lograrlo lejos de Barcelona? En este caso estimó excesivamente sus propias fuerzas y desconoció la pujanza de las enemigas. Estas imprevisiones se pagan siempre a precio muy caro.»

La verdad es que los trabajos de fortificación en el «cinturón» fueron acelerados, efectivamente, muy pocos días antes del desastre. Entonces movilizó el Gobierno Negrín millares y millares de hombres, viejos, jóvenes, niños, enfermos, semiinválidos, para que hicieran el milagro. Naturalmente, el milagro no se produjo.

Dispositivo nacional

Frente a las organizaciones defensivas, guarnecidas por unos 220.000 combatientes rojos —de moral escasa— Franco organizó su dispositivo para la batalla sobre la base de seis Cuerpos de Ejército, más uno de

reserva a la directa disposición del Alto Mando. Esos Cuerpos de Ejército eran, de Norte a Sur:

URGEL, mandado por el General don Agustín Muñoz Grandes.

MAESTRAZGO. — General don Rafael García Valiño.

ARAGÓN. — General don José Moscardó.

LEGIONARIO. — General Gámbara.

NAVARRA.— General don José Solchaga.

MARROQUÍ. — General don José Yagüe.

40 D. L y D. C. (reserva). —General Badía.

La composición de todos ellos era, aproximadamente, la que ya conoce el lector, si ha leído los capítulos precedentes. Dos. únicamente. exigen descripción especial con referencia a la batalla de Cataluña: el de Urgel, de creación reciente, y el Voluntario o Legionario, reorganinado después de la retirada de los 10.000 italianos.

El Cuerpo de Ejército de Urgel estaba integrado por las siguientes cuatro Divisiones:

61. — Jefe, coronel de Infantería (Servicio de E. M.) don Antonio García Navarro.

62. — Jefe, General don Antonio Sagardía Ramos.

63.— Jefe, General don Heli Rolando de Tella y Cantos.

150. — Jefe, coronel don Siro Alonso.

A su vez las Divisiones quedaron formadas por las fuerzas que a continuación anotamos:

INFANTERIA

DIVISION 61. —

Primera agrupación, al mando del teniente coronel Quesada del Pino. Fuerzas:

Tercio de Requetés de Oriamendi.
27 Bandera de Falange de Navarra.
16 Bandera del Tercio.

Quinto Batallón de América.

Segunda agrupación, al mando del teniente coronel Ruiz de la Cuesta. Fuerzas:

Tercio de Requetés de la Virgen Blanca.
Grupo de Escuadrones de Numancia.
Tercer Batallón de San Marcial.
14 Bandera del Tercio.

Tercera agrupación, al mando del teniente coronel Alvarez (don César). Fuerzas:

21 Batallón de Zamora.
17 Bandera del Tercio.
18 Bandera del Tercio.
Primera Bandera de Falange de Vizcaya.

DIVISION 62.—

Primera agrupación, mandada por el teniente coronel De la Puente. Fuerzas:

Octavo Batallón de San Marcial.
Noveno Batallón de San Marcial.
Cuarta Bandera de Falange de Burgos.
Batallón «C» de Melilla, número 3.

Segunda agrupación, mandada por el teniente coronel Feliú Sintes. Fuerzas:

Quinto Batallón de Bailén.
Batallón «B» de Ceriñola número 6.
23 Batallón de Zaragoza.
Octavo Batallón de Burgos.

Tercera agrupación, mandada por el teniente coronel Clemente. Fuerzas:

Primera Bandera de Falange de Burgos.

Quinta Bandera de Falange de Burgos.

Sexta Bandera de Falange de Burgos.

Séptima Bandera de Falange de Burgos.

DIVISION 63. —

Primera agrupación, a las órdenes del teniente coronel Trelles Moreno. Fuerzas:

Noveno Batallón de Zamora.
Batallón «D» de Cazadores de San Fernando.
Batallón «B» de Las Navas.
16 Batallón de Zaragoza.

Segunda agrupación, a las órdenes del teniente coronel Llompart. Fuerzas:

Décimo Batallón de América.

Cuarto Batallón de Arapiles

140 Batallón de San Marcial.
Tercio de Requetés de Ortiz de Zárate.

Tercera agrupación, a las órdenes del teniente coronel Varela Castro. Fuerzas:

13 Batallón de Zaragoza.
Décimo Batallón de Zamora.
21 Batallón de Mérida.
Batallón «D» de Ceriñola.

DIVISION 150.—

Primera agrupación. Jefe, teniente coronel Manso Serrano. Fuerzas:

257 Batallón «E» de Ceriñola.
Sexta Bandera de Falange de Castilla.
Noveno Tabor de Regulares de Tetuán
Noveno Tabor de Regulares de Larache

Segunda agrupación. Jefe, teniente coronel Rey Arias. Fuerzas:

251 Batallón de Cazadores de Melilla.
Noveno Tabor de Regulares de Melilla.

13 Bandera del Tercio.

25 Batallón de Cazadores de Melilla.

Tercera agrupación. Jefe, teniente coronel Lambana. Fuerzas:

253 Batallón de Cazadores de Ceuta,

56 Batallón de Cazadores de Las Navas.

Décimo Tabor de Regulares de Alhucema, 15 Bandera del Tercio.

A estas cuatro Divisiones se unía, también bajo el mando del General Muñoz Grandes, y por consiguiente, dependiendo del Cuerpo de Ejército de Urgel, la Agrupación Pirenaica, mandada por el teniente coronel García Polo, formada por un Batallón mixto de la Montaña y los Batallones de guarnición 406, 307. 324, 511, 513, 516, 517 y 518.

A los efectos de la ruptura del frente, quedaron afectas al Cuerpo de Ejército de Urgel, con carácter transitorio, las fuerzas siguientes:

Infantería. — División 51, mandada por el General Urrutia, con 12 unidades, que eran: el 1.º, 2.º, 3.º, 4.º y 5.º Batallones de Galicia; el 1.º, 2.º, 4.º, 5.º y 6.º Batallones de Valladolid, y la 4.ª y 6.ª Banderas de Falange de Aragón.

Artillería. — De Cuerpo de Ejército, 10 baterías y una antitanque. De la División 51, dos grupos. Del Cuerpo de Ejército del Maestrazgo, 17 baterías. Del Ejército, seis baterías.

Añadido ese material al propio de las Divisiones de Urgel, se llega a una cifra próxima a las 70 baterías, que era la que el General Muñoz Grandes tuvo a sus órdenes para romper el frente.

Aún hemos de anotar la presencia de dos Compañías de morteros, pertenecientes al Cuerpo de Ejército.

* * *

Por lo que se refiere al Cuerpo de Tropas Voluntarias, su reorganización obligada después de la retirada de 10.000 combatientes legionarios lo dejó constituido en la siguiente forma:

División de Asalto «Littorio». — Formada exclusivamente por voluntarios italianos.

División mixta «Flechas Negras». — Compuesta de siete Batallones de Infantería y un Batallón de ametralladoras y morteros. Tres grupos de artillería. Un Batallón de Ingenieros. Servicios. Está integrada por tropas españolas, cuadros italianos en los grados superiores y cuadros mixtos en los grados subalternos.

División mixta «Flechas Azules». — De constitución análoga a la anterior.

División mixta «Flechas Verdes». — De formación mixta, como las dos precedentes, pero de composición orgánica semejante a la «Littorio».

Carros de combate. — Dos Batallones de carros. Un Batallón motomecanizado. Un Batallón mixto (una Compañía de lanzallamas, otra de ametralladoras antiaéreas y la tercera de antitanques). Una Compañía de «arditi», una de 35 contra aviones, una batería de 65/17 sobre camión. El personal era legionario.

Artillería del Cuerpo Voluntario. Dos grupos de 105/28. Dos grupos de 149/12. Dos grupos de 75/27.

Antiaéreos. — Cuatro baterías 75 CK, u. batería 75/46 y tres baterías de 20. Personal voluntad, italiano.

La cifra de efectivos del Cuerpo Voluntario en diciembre de 1938 era de 2.077 oficiales y 25.935 soldados, a las órdenes del General Gámbara.

La masa artillera concentrada en el frente de Cataluña era la más importante que se había conocido desde el comienzo de la guerra. Casi la totalidad de la aviación de bombardeo y caza —escuadras nacionales, aviación legionaria y «Legión Cóndor»— quedaba igualmente adscrita a la ofensiva.

Líneas generales del plan de Franco

En términos generales, las instrucciones del Generalísimo para la batalla podían definirse así:

— El ala izquierda del dispositivo (General Muñoz Grandes) rompería el frente en dirección de la Sierra de Monsech, y organizaría un vasto flanqueo, apoyándose en las montañas pirenaicas.

— El Cuerpo de Ejército del Maestrazgo (García Valiño), colaborando con el anterior, desbordaría igualmente las líneas de resistencia

enemigas, y lanzaría todas sus Divisiones por la brecha abierta en el frente rojo, para alcanzar las líneas de comunicaciones que descienden a Tárrega, hacia donde debía dirigirse con la mayor velocidad posible, para darse la mano, tras los llanos de Urgel, con las tropas que rompieran el frente al Sur de Lérida.



— El Cuerpo de Ejército de Aragón, en estrecha unión con el del Maestrazgo, debía arrollar y desbaratar todo el campo atrincherado construido por los rojos en la región oriental de Balaguer. Una vez que el Cuerpo de Aragón (Moscardó) acentuara su progresión, se efectuaría un pase oblicuo de líneas, por la cual, el Cuerpo del Maestrazgo, inicialmente situado a la izquierda de las Divisiones aragonesas, bajaría a toda velocidad con rumbo Sureste y se colocaría a la derecha.

— El Cuerpo de Ejército Voluntario tenía a su cargo la profunda ruptura en el sector Sur de Lérida. Una vez logrado el éxito inicial, marcharía hacia el Nordeste, envolvería los llanos de Urgel y maniobraría en forma que desembocase detrás de los mencionados llanos, a la altura de Tárrega, para enlazar allí con el Cuerpo del Maestrazgo. Tocaba, pues, al General Gámbara un movimiento interesante y delicado.

— Al Cuerpo de Ejército de Navarra (Solchaga) correspondía romper en el sector de la cabeza de puente de Serós y marchar resueltamente hacia el Sur de Tarragona con una parte de sus agrupaciones, mientras la otra apoyaría el ala derecha legionaria y progresaría con rumbo Este, buscando un estrecho enlace con las tropas que se unieran hacia Tárrega y Cervera.

— El Cuerpo de Ejército Marroquí aguardaría la progresión del de Navarra; en el momento en que la maniobra de éste amenazara las líneas rojas apoyadas en la orilla izquierda del Ebro hasta Tortosa, cruzaría el río, acentuaría la amenaza contra la retaguardia marxista y se pondría en caminó hacia Tarragona.

En resumen: el Generalísimo Franco quería evitar a toda costa la batalla en los magníficos llanos de Urgel, donde a favor de innumerables acequias y ramales del Canal el enemigo había construido un espesísimo sistema de trincheras y trincherillas, apoyado por abundantes parapetos y nidos de cemento. El combate en esta región traería consigo la destrucción segura de una de las comarcas agrícolas más ricas de España. El Generalísimo trataba de conservarla intacta, de suerte que los cultivos pudieran reanudarse normalmente en cuanto el frente se alejara hacia Barcelona. Este propósito quedó perfectamente logrado.

Eliminado, pues, el ataque de frente al centro del dispositivo rojo se ordenó un doble movimiento por las alas, que una vez en pleno des arrollo, se cerraría detrás de las tierras regadas por el canal, o sea en Tárrega o entre Tárrega y Cervera, donde los rojos tenían establecida el principal apoyo de su segunda línea de resistencia.

Desde la frontera francesa hasta el sector de Tremp, parte de las tropas de Urgel tenían la misión de fijar al enemigo. Más al Sur, en el sector de La Boronía, romperían el frente en la primera jornada de ofensiva. Unidas al Maestrazgo, se moverían a vanguardia, y en ese momento, el Cuerpo de Aragón seguiría el movimiento. O sea, el punto elegido para la ruptura en el Segre al Norte de Lérida era La Baronía. Al Sur de la citada ciudad, legionarios y navarros romperían en los alrededores de Serós.

¿Cómo esperaba el Gobierno marxista la gran ofensiva de Franco en Cataluña?

Oigamos al jefe técnico que preparó el plan de conjunto; se trata igual que en otras ocasiones, de Vicente Rojo, el cual, en documento fehaciente, nos dice:

«El plan propuesto era el siguiente:

REGION CENTRAL

a) Un ataque en el extremo derecho del frente enemigo, actuando combinadamente las tropas de tierra con la Flota y con una Brigada de desembarco. Objeto: atraer las reservas enemigas de Andalucía y Extremadura al crear una amenaza sobre Málaga y Sur de Granada. Se iniciará el día «D». La operación comporta riesgos importantes, pero puede tener éxito si se realiza por sorpresa y audazmente. Además, es la única que consiente atraer efectivos considerables empleando pocas tropas.

b) Un ataque principal sobre el frente Córdoba-Peñarroya con un mínimo de tres Cuerpos de Ejército. Si se logra la previa salida hacia Andalucía (Sur) de las reservas actualmente en Extremadura, puede tener pleno éxito cayendo los dos objetivos propuestos, o al menos uno de ellos, creando una situación difícil en el teatro andaluz o en el extremeño y dejando posiblemente abierta la línea de penetración hasta Sevilla. Se iniciará el día «D» más 5.

c) Un ataque complementario en el frente del Ejército del Centro para cortar las comunicaciones del frente de Madrid con Extremadura, explotando el debilitamiento que haya hecho el enemigo de este frente al llevar sus reservas hacia Extremadura para parar el ataque principal. Fecha: día «D» más 12.

Si la maniobra de conjunto tiene éxito, aparte la conquista de los objetivos propuestos, puede considerarse segura la atracción de las reservas enemigas de Cataluña. Si no tuviera éxito franco, el efecto mínimo que se lograra sería fijar las reservas enemigas de todos los frentes, privándole de alimentar la lucha en Cataluña, como ha podido hacerlo en el Ebro, relevando sucesivamente sus unidades»

Habrá visto el lector que en este plan de conjunto aparece una propuesta de la que no se había oído hablar hasta ahora; la del desembarco de una Brigada en Motril, a retaguardia del frente nacional de Andalucía. Rojo estaba tan encariñado con esta idea que, cuando en víspera de la batalla recibió comunicación del General en jefe de la Región Central diciéndole que se consideraba impracticable la operación y, por consiguiente, se renunciaba a ella, corrió a Barcelona, donde se entrevistó

con Negrín. Expuso todos los argumentos imaginables para que Negrín, como Ministro de Defensa, diera la orden de acometer el desembarco; pero el jefe del Gobierno, temeroso del fracaso, o influido por los informes de los técnicos de Valencia y Madrid, adoptó el partido de los que se oponían a la diversión de Motril ideada por Rojo.

«¿Qué hubiera ocurrido si el ataque sobre Motril se hubiese producido? —se pregunta el propio autor del plan, y contesta—: Es ahora un poco inocente hacer cábalas, pero se puede razonar sobre ello. La maniobra era atrevida, audaz; era posible que fracasáramos; mas ni siquiera esto influiría decisivamente en el conjunto de la acción. Hubiéramos podido perder tres mil hombres; pero en cualquier ofensiva fracasada se han perdido más. Por otra parte, ¿qué representaban tales bajas ante lo que íbamos a perder dejando en libertad de acción al enemigo? ¡Si lo íbamos a perder todo! Habíamos hecho personalmente el General-Jefe del Estado Mayor del Grupo de Ejércitos y yo el reconocimiento de la zona de maniobras y elegido la línea de ruptura del frente enemigo y comprobado la posibilidad de lograr esa ruptura en cuanto había asegurado el jefe de la Flota que dejaría las tropas en el puerto. La razón principal de la dificultad que este jefe señalaba era el temor de que fuesen descubiertos los transportes por la luna; dificultad que yo apreciaba también, pero que no estimaba suficiente para suspender el ataque, ni siquiera para retrasarlo, pues la eficacia del plan radicaba en su oportunidad. Las dificultades, siendo muchas y grandes, eran insignificantes comparadas con las de la maniobra del Ebro, que se vencieron; ¿por qué no se iban a vencer éstas? En la guerra, muchas, muchísimas veces, la audacia se impone. No puede considerarse buen jefe quien no ha sabido ser audaz alguna vez. Cuando la audacia no es simple corazonada, sino que se apoya en el cálculo y en la reflexión y pesa todos los factores, y sobre todo, cuando se tiene decisión para llevar la empresa adelante, a pesar de los riesgos, hay derecho a confiar en el éxito; nosotros confiábamos en él. Y todavía vamos más lejos: aunque la operación hubiese fracasado, la utilidad para el conjunto de la maniobra podía verse debilitada, pero no hubiera sido nula ¿Por qué? Simplemente por el aparato con que aquélla estaba montada. Por el mar iba a actuar una Brigada reforzada y especialmente preparada para la operación, apoyada por toda la Flota en condiciones de superioridad sobre la adversaria, y no digamos sobre el puerto, que contaba con pocas y malas defensas. A tal amenaza seria iba a unirse un ataque por tierra en un frente estrecho, con una División, para cortar las comunicaciones enemigas, cosa calculada y posible, como en otras operaciones realizadas, a las pocas horas de comenzada la operación. Apenas teníamos enfrente cuatro Batallones de reservas locales, repartidos en diversos puntos para acudir a los lugares amenazados; unidades éstas acreditadas por su pasividad y con Mandos cuya suficiencia no se había contrastado aún en la guerra, pues aquel frente se convirtió en pasivo desde que quedó detenida la maniobra enemiga de Málaga. Por añadidura, en la zona enemiga afectada por nuestro ataque la población era bastante adicta a nuestra causa, como se había puesto de relieve en la liberación de los presos de Carchuna en un audaz golpe de mano.»

Y añade el propio Rojo en otra parte de su informe:

«La batalla de Cataluña empezamos a perderla al suspender la operación sobre Motril.»

Hemos traído aquí este resumen de la propuesta de Rojo a título de curiosidad informativa, y ahora debemos seguir adelante, con el «plan de conjunto».

«REGION ORIENTAL

a) Resistencia a ultranza en los sectores atacados

b) Maniobra de los tres Cuerpos de reserva general contratacando sobre los flancos y retaguardia enemiga en caso de ruptura

c) Ulteriormente, y si las circunstancias obligan a ello, ocupación de las líneas sucesivas de defensa (líneas 2 y 3), organizada la primera y en vías de organización la segunda. Además de las líneas citadas, existen organizaciones defensivas entre el frente actual y la línea 2, y entre ésta y la línea 3.»

La «Instrucción General» relacionada con este plan de conjunto terminaba con las consideraciones siguientes, mitad reflexión alarmante, mitad arenga:

«El esfuerzo que se va a pedir a nuestros combatientes es el mayor de cuantos se les han exigido durante la guerra. Para que lo den sin reservas de ninguna clase se hace indispensable provocar una reacción moral exaltada que tenga por bases la grandeza de los fines que con nuestra lucha perseguimos y una unidad sólida, indestructible, entre los combatientes, entre estos y sus jefes y comisarios, entre las unidades militares y las organizaciones política y sindicales; entre el frente y la retaguardia. Y puesto que la lucha va a ser decisiva, que todos aporten a ella su esfuerzo altruista en defensa del ideal común, netamente español y superior a toda concepción partidista o local. Ciertamente, la situación es grave, principalmente por desproporción de medios; pero puede y debe tener una solución favorable a nosotros. Este convencimiento ha procurado llevarlo el General que suscribe a los, jefes y subordinados en sus recientes visitas al frente, y en justicia ha de hacer presente que no ha sido necesario levantar una moral caída, pues ésta era firme, manifestándose por igual en todos los jefes el deseo de llegar a la lucha y la seguridad de que ésta nos sería favorable. Con esta confianza en el triunfo va a iniciarse la lucha. Si el Gobierno logra aunar todas las voluntades el triunfo será nuestro.

Barcelona, 6 de diciembre de 1938.—El General-Jefe de Estado Maya Central, *Vicente Rojo*.—Rubricado.»

La organización del Grupo de Ejércitos de la Región Oriental, o sea de Cataluña, era la siguiente, según documentos oficiales del Estado Mayor rojo;

Cuartel General.—General-Jefe del Grupo de Ejércitos (Hernández Sarabia). Estado Mayor (Jefe, teniente coronel Masilla). Comandancias Generales de Artillería e Ingenieros. Jefaturas de Intendencia, Sanidad, Transmisiones, Transportes y Correo en Campaña. Intervención civil de Guerra. Asesoría. Una Compañía de tropas del Cuartel General.

Grandes unidades independientes.— Ejércitos del Este, Ebro y Reserva general, con sus respectivos Cuarteles generales, tropas y servicios e integrados por las siguientes unidades:

Ejército del Este. — Jefe, coronel Perea; Jefe del Estado Mayor, teniente coronel Carvajal.

Décimo Cuerpo (Jover). — Divisiones 31, 34 y 35.

Undécimo Cuerpo (Galán). — Divisiones 26, 30 y 32.

Decimoctavo Cuerpo (Barrio). — Divisiones 27, 60 y 72.

Regimiento de Caballería número 7.

Ejército del Ebro. — Jefe, coronel Modesto; Jefe de Estado Mayor, coronel S. Rodríguez.

Quinto Cuerpo (Lister). — Divisiones 11, 42 y 46.

Duodécimo Cuerpo (Vega). — Divisiones 11, 44 y 56.

Decimoquinto Cuerpo (Tagüeña). — Divisiones 3, 35 y 42.

Brigada de Caballería número 2.

Afecto al Ejército del Ebro.—Vigesimocuarto Cuerpo (Buxó). Divisiones 24 y 43; 228 Brigada Mixta (en reorganización); unidades del Cuerpo de Ejército Especial (guerrilleros); Defensa de Costas (Agrupación a base de la Brigada 151).

Tropas y servicios del Grupo de Ejércitos.—Una Brigada de Asalto, dos Agrupaciones de Artillería y dos baterías independientes de la Reserva general de Artillería; una División de blindados (40 tanques y 80 blindados); un Batallón de Puentes, un Batallón de Pontoneros, dos Batallones de Obras y Fortificación; tres Compañías de carreteras, una Compañía obrera del Cuartel General afecta a la Comandancia General de Ingenieros, cinco Compañías de explotación de ferrocarriles, un Grupo de Transmisiones, una Compañía de transporte automóvil, unidades de la Reserva general de transportes (variables) y una Compañía de Comisión reguladora de carreteras. Las unidades combatientes —añaden los documentos rojos a que hacemos referencia— se hallaban todas con plantilla reducida. Las de los Cuerpos V y XV y de las Divisiones 16, 44. 27, 60 y 43 se hallaban reorganizándose como consecuencia del desgaste sufrido en el Ebro; especialmente los Cuerpos V y XV tenían muy mermados sus efectivos (algunas Brigadas, con el 50 por 100 del personal), debido a la causa apuntada y a la retirada de los internacionales

Resumiendo, podríamos decir que el Ejército republicano iba a iniciar las operaciones en Cataluña con un toral efectivo de 220.000

hombres; de ellos, 140.000 solamente en las Brigadas mixtas: 250 piezas de artillería, 40 tanques y 80 blindados, 46 piezas de artillería contra aviones, 80 aparatos de caza y 26 aparatos de bombardea»

Ruptura del frente

El día 23 de diciembre el Generalísimo Franco ordena el comienzo de las operaciones ofensivas. Cuatro Cuerpos de Ejército se lanzan hacia adelante: Urgel, Maestrazgo, Voluntario y Navarra. Estos dos cruzan el Segre en el sector de Serós; aquéllos atacan en las estribaciones de la Sierra de Monsech. El General Muñoz Grandes, que tiene la misión de llevar todas sus Divisiones a las orillas del Alto Segre, partiendo del Noguera-Pallaresa, necesita, para ello, dominar las fortísimas Sierras del Buey Muerto, de Monsech y Grossa. Todo el territorio entre los dos ríos citados ofrece las más ásperas dificultades; en él se han establecido excelentes sistemas de atrincheramiento.

Delante del Cuerpo de Urgel se alzan, en primer término, las posiciones denominadas Roca Alta, Cucú Bajo y Desfarrador, amén de varias cotas superiores a los 1.000 metros de altitud.

En las primeras horas de la mañana las Divisiones 61 y 150 se lanzan contra Roca Alta y Cucú Bajo. Les apoya casi toda la artillería. Tiran sobre un frente muy estrecho más de 60 baterías. Las Divisiones 62, 63 y 51 fijan al enemigo en el resto del frente, entre la frontera francesa y La Boronía (inclusive). A mediodía la 61 División ha ocupado Roca Alta y el Desfarrador. Por ese hecho queda bajo el fuego de los cañones nacionales una pequeña carretera que conduce al pueblo de Vilanova de Meyá, y está amenazada de envolvimiento la Sierra de Monsech. La ruptura de las primeras líneas ha sido brillantemente lograda, pero para profundizar un poco es indispensable tomar la posición de Cucú Bajo, que se ha resistido mucho durante la mañana. A las 13,15 se lleva a cabo una preparación artillera de dos horas sobre Cucú Bajo. El tiempo es pésimo. Cae continuamente lluvia mezclada con nieve. La visibilidad es nula. Notifica el Mando aéreo que es imposible enviar al Monsech las escuadrillas de bombardeo. Por esto, la preparación resulta deficiente. Cuando la 150 División ataca Cucú Bajo, encuentra una desesperada resistencia enemiga y tiene que conformarse con alcanzar la cota 1.067; todos los demás ataques de la 150 han sido rechazados. Muñoz Grandes ordena que se aplace la operación para el día siguiente. Durante la noche, a favor de una

niebla espesa, los rojos contrataran ardorosamente, pero la 61 y la 150 conservan todo el territorio ocupado en la operación de ruptura.

Mientras tanto, en el ala derecha del frente general, el Cuerpo de Ejército de Navarra ha conseguido igualmente romper. La 5.ª División, concentrada en la cabeza de puente de Serós y en el pueblo de este mismo nombre, había abierto la brecha mediante un asalto de su tercer Agrupación; a las once de la mañana el resto de la División se encaminaba hacia objetivos lejanos, profundizando sin dar descanso al enemigo. Detrás, por la misma brecha, pasó inmediatamente toda la 12 División (General Asensio); la División, que debía seguir el moví miento, adelantó las bases y se concentró con arreglo a las «Instrucciones» del General Solchaga.

El Cuerpo de Tropas Voluntarias, concentrado junto al de Navarra, en las orillas del Segre, entre los pueblos de Serós y Soses, cruza en la madrugada del 23 las aguas del mencionado río. La preparación de la artillería legionaria ha sido imponente. La infantería se ha lanzado al ataque como una flecha. Velocísimamente las vanguardias se encaminan hada el río Sed, que corre paralelo al Canal de Urgel, y tratan de amenazar en seguida la carretera de Lérida a Tarragona. El primer brinco legionario ha representado en la jornada del 23 cerca de 30 kilómetros de profundidad en el avance. Artillería, ametralladoras, camiones depósitos rojos, quedan en poder de los atacantes. La aviación legionaria domina totalmente los cielos de Lérida y Tarragona.

El Cuerpo de Ejército del Maestrazgo tiene toda su artillería a disposición de Urgel; por eso, los movimientos que efectúa en esta primera jornada son complementarios de los que a su izquierda se producen. El Cuerpo de Aragón sigue aguardando su hora «H».

Los días 24, 25 y 26, la lucha por ensanchar la ruptura producida en el ala derecha roja cuesta combates violentísimos al Cuerpo de Urgel. La defensa es tenaz; las posiciones montañosas, fuertes. La 150 se apodera de algunas cotas, pero encuentra al enemigo muy pegado al terreno. Hay que proceder frecuentemente a efectuar poderosas concentraciones de artillería y asaltar luego posición tras posición. Al final de la jornada del 26 la 61 División ocupa las Canteras de Fila, la Ermita de Meyá y el vértice Cogull. La 150 llega cerca de Los Corrales, donde los rojos se parapetan en numerosas obras y defienden el terreno pese a la cantidad de bajas que sufren. De todas suertes, la verdadera operación de ruptura está lograda, aunque en el frente de la 150 quedan algunos puntos importantes por

alcanzar. El Generalísimo, que ha seguido paso a paso estas durísimas operaciones del Cuerpo de Urgel, felicita al General Muñoz Grandes y a sus tropas porque advierte perfectamente las pésimas condiciones en que están librando la batalla y consiguiendo la victoria.

La artillería del Cuerpo de Ejército del Maestrazgo se ha reintegrado a su organización, porque García Valiño se dispone al ataque a fondo.

Magnífico es el avance que durante estos días consiguen al Sur y Sureste de Lérida los Cuerpos de Navarra y Legionario. El primero arrolla todos los obstáculos que encuentra al paso y se dirige hacia Granadella, en cuyos montes ha organizado el Estado Mayor marxista la principal resistencia encargada de cubrir el acceso a la costa y a los valles meridionales de Tarragona. La 5.ª División se ha adueñado, el 24, de Mayans y Llardecans, del Mas de la Boya, de una serie de casas de campo fortificadas y de la Fábrica de Harinas al Sureste de Mayals. La 12 División, maniobrando con una extraordinaria elasticidad, adelanta en cuña y llega a la línea Ecearrega-Valdeoliva. La 4.ª sigue el movimiento en la inmediata retaguardia. La Caballería se encarga de limpiar el terreno.

Informes rojos de la ruptura

Es interesante leer la interpretación roja de la ruptura del frente. La debemos a la pluma de Vicente Rojo, que refiere las cosas del modo siguiente:

«Se inicia el ataque enemigo en las zonas de acción de nuestros Cuerpos X1 y XII, en la mañana del día 23, actuando sobre el primero tropas de los Cuerpos enemigos de Urgel y el Maestrazgo, y sobre el segundo tropas del Cuerpo italiano y posteriormente del Cuerpo navarro. Nuestro XVIII Cuerpo no es atacado. El frente del Ebro, desde Mequinenza al mar, y el de la Sierra, desde Isona a la frontera, se mantienen pasivos. En la primera de las zonas atacadas (Tremp) el enemigo actúa desde dos bases diferentes en dos direcciones que parecen orientadas hacia Artesa de Segre y Pons; en la segunda (Segre), desde una sola base, lleva las direcciones de Sarroca y Mayal. El Cuerpo X1 resiste bien, perdiendo muy poco terreno; parte del Cuerpo XII (dos Brigadas de la División 56) flaquea de una manera absoluta en la primera jornada, abriendo la puerta por la que irrumpirá francamente el enemigo.

La primera noticia del ataque la tiene el Mando superior en Barcelona, a mediodía. El jefe del Grupo de Ejércitos (Sarabia) no ha concedido gran importancia al ataque. Hasta por la tarde no se conocen los lamentables sucesos de la jornada, y aun en el parte del Grupo de Ejércitos de las 20,30 horas el jefe de esa gran unidad interpreta los sucesos como «simples tanteos». En el Cuerpo XII la ruptura había sido

completa; en las primeras horas de la noche el enemigo podía hacer prisioneros en el cruce de carreteras de Sarroca a Llardecans y Torrebeses, a 16 kilómetros de su base de partida. El dispositivo de fuerzas había fracasado; ninguna de las unidades atacadas del frente del XII Cuerpo, salvo la 3.ª Brigada de la 56 División, respondieron a la consigna que habían recibido; ni las tropas de primera línea, ni los sostenes, ni las reservas de División, ni las reservas del Cuerpo de Ejército. ¿Qué había ocurrido?

El frente atacado estaba cubierto por la Brigada 179 de Carabineros, perfectamente nutrida y armada —posiblemente, una de las Brigadas mejor equipadas—, y la Brigada 56 de marinos, de actuación muy destacada en nuestro ataque de noviembre en esa misma zona. Se disponía, en las Brigadas de línea y en la División, de Batallones de reserva; se tenía, más a retaguardia como reserva de Cuerpo, a la División 16 con dos Brigadas; finalmente, los puntos más sensibles del terreno estaban ocupados en previsión de que flaquease la primera línea. Simplemente, se trataba de una desbandada, una de las muchas que hemos padecido en nuestras operaciones. Nuestra tropa no resistió siquiera el ataque de artillería; bastó para romper el frente una preparación artillera, tan débil que el propio jefe de artillería no creyó que se trataba de una preparación de ataque. Cuando descendía del observatorio tenía a unos centenares de metros las tanquetas italianas; algunas piezas hicieron fuego con espoleta cero; pero era ya inútil, pues todo el dispositivo de defensa, hasta el escalón artillero, había sido roto y desbordado; la infantería propia no aparecía por ningún lugar; apenas se apreciaban indicios de lucha en el flanco derecho (3.ª Brigada); por todas partes, gente dispersa; la reserva formada por la División 16, lejos de hacerse cargo de la situación y afrontarla, optó por retroceder también en busca de una buena posición —la que tenía en el despliegue, apoyada en Sierra Grossa, era excelente para contraatacar y para resistir—. Así se explica que el enemigo en la primera jornada y apenas sin combatir, pues sólo algunas unidades rehechas le hicieron frente, lograse una ruptura amplia y profunda no teniendo ante sí ninguna unidad organizada más que las reservas generales, con las cuales, por su situación en el despliegue, no tropezó en su avance. El fracaso lo había motivado la División 56, y dentro de ésta la Brigada 189, de la cual no quedó en línea absolutamente nada.»

Continúa el avance nacional en profundidad

Las vanguardias nacionales se habían acercado a algunos de los centros de resistencia en que los rojos confiaban sustancialmente.

El 25 de diciembre ya tenemos a la División empeñada contra la dura resistencia que empieza a ofrecer el enemigo en las cercanías de Granadella; en cambio, la 2.ª entra, sin gran combare, en el pueble de Almatret.

El 26 la tenacidad roja se hace más visible en Granadella. Solchaga ordena que la 4.ª División avance y entre en línea. La 5.ª ocupa el vértice Carbonella y el General Asensio, con la 12, vence fácilmente una acción retardadora del enemigo.

El 27 el Cuerpo de Ejército de Navarra corta la carretera de Solerás a Granadella y limpia toda la orilla izquierda del Ebro hasta el frente de Flix.

El 28 comunica el General Solchaga al Ejército del Norte:

«La lucha se ha caracterizado en el día de hoy por su dureza; ha desencadenado el enemigo varios contrataques precedidos de carros, de los que dos han quedado inutilizados, habiéndose capturado más de 200 prisioneros y cogido material diverso, y un depósito de municiones. La línea alcanzada es: vértice de Sabater, cota 478-800 metros al Oeste, cota 449, 432, 431, 467, 505 502, 485, enlazándose en Los Masos con la línea anterior.»

El día 29 la resistencia en Granadella es vencida y aplastada. El Cuerpo de Ejército de Navarra alcanza una radiante victoria que ha de traer las más favorables consecuencias en el ala derecha del dispositivo. Refiere el General Solchaga:

«Ha continuado el avance, especialmente en la zona central del Cuerpo de Ejército, venciendo la dura resistencia enemiga, principalmente acumulada en esta parte. La línea alcanzada es: vértice Sabater, cota 502 al Sur, cota 498, 1.500 metros al Suroeste, vértice San Antonio, donde la lucha ha sido violentísima, y ocupando la 5.ª División, en brillante asalto, el pueblo de Granadella, que ha sido tomado calle por calle y en cuyo interior se ha luchado tenazmente horas después de la entrada para conseguir su limpieza, enlazando con la línea anterior al Norte de Los Masos. Más al Sur, en el sector de la 12 División, se ha profundizado en dirección a Bobera, quedando las [ropas a 500 metros al Sureste de dicho pueblo, pasando la línea por el cruce de caminos 200 metros al Oeste de la cota 330 —barranco de Valls, cota 285, Cueva de Toni, Mas de José—, a enlazar con la antigua línea en la cota 304.»

El 30 y el 31 se completa la operación y queda ocupado Pobla de Granadella, más 20 ó 30 cotas y masías que ponen a las tropas de Navarra en condiciones de amenazar inmediatamente las comunicaciones de la ciudad de Falset.

Entre las vanguardias nacionales y el mar tarraconense ya no queda sino el obstáculo de la Sierra de Monsant, por cuyas estribaciones se filtra audazmente la 12 División, brillantemente mandada por el General Asensio, mientras la 5.ª y la 4.ª se disponen a envolverla para alcanzar el valle del río Francolí por los pueblos le Vimbodí y Espluga de Francolí. La

suerte de la comarca de Reus, y por consiguiente la de Tarragona, está echada; ya se puede afirmar que su conquista es cuestión de pocos días.

El Cuerpo de Ejército Voluntario, que el primer día había avanzado tan profundamente, ha tenido que detenerse un poco por dos razones: primera, para dar tiempo a que el Cuerpo de Navarra arrollase todas las resistencias enemigas y alcanzase la altura del flanco derecho legionario; segunda, porque las informaciones acusaban una fuerte concentración de unidades rojas de choque detrás del Canal de Urgel, con Lérida y Borjas Blancas, con intención de atacar de flanco, de Norte a Sur, el ala izquierda voluntaria. Hace su aparición el V Cuerpo de Ejército marxista (Lister), con la misión de envolver al Cuerpo Legionario. Listes cree, por un momento, en la victoria posible. El General Gámbara su dispone a recibirlo cumplidamente.



El General Gámbara

En efecto, el día 27 desencadena Lister el contrataque. Lo voluntarios se defienden magníficamente mientras la aviación legionaria alcanza uno de sus más brillantes triunfos. Veamos cómo lo relata el *General Belforte* en el cuarto tomo de su obra sobre la guerra de España;

»Las alas itálicas, pródigas de su concurso en esta batalla, escriben la página más refulgente de su admirable epopeya en tierras de España. El 28 toda la aviación legionaria de bombardeo y de asalto es lanzada a defender el flanco izquierdo de los voluntarios; el Grupo XXIII, con 23 «Fiat», cae sobre cuarenta «Curtis» y 15 «Ratas» y les obliga a aceptar combare en el momento mismo en que los aeroplanos rojos están ametrallando a las Divisiones del Cuerpo de Ejército Voluntario.

Cada uno de los cazas tiene frente a sí dos enemigos; la importancia de la masa aérea empeñada en el encuentro hace difícil la maniobra. Pero la agilidad y disciplina heroica de los legionarios triunfan en este arduo y

furioso combate. El encarnizado ametrallamiento dura una hora. Una explosión lacerante, una nube negra envuelve a uno de los bólidos; es un «Rata» que, alcanzado en los depósitos, estalla como una bomba Después otro, y otro más todavía. Los enemigos van disminuyendo; los legionarios son ya casi iguales en número a los supervivientes rojos; cuando cae el vigésimo aparato, el enemigo intenta la huida. Pero los legionarios insisten en la persecución: se precipitan otros siete aparatos marxistas. Se acaban los cartuchos, pero los victoriosos cazadores no retroceden y siguen persiguiendo a los fugitivos: encima del aeródromo enemigo se lanzan en picados y en resbalamientos. Mil acrobatismos conturban al adversario, hasta el punto de que dos «Ratas» se lanzan de mala manera al aterrizaje, capotan y se incendian; otros cuatro se destrozan contra el campo. Los legionarios han llegado al límite de su autonomía. Vuelven en formación cerrada. Falta solamente uno; bermejo tributo de sangre a la victoria.»

La batalla de Cataluña amplía sus maniobras

Nos encontramos —son los primeros días de enero de 1939— en el momento crítico en que la batalla de Cataluña se dispone a ensanchar su maniobra hacia los grandes objetivos estratégicos.

La contraofensiva de flanco que el V cuerpo de Ejército rojo ha llevado a efecto contra el ala izquierda del Cuerpo de Ejército Voluntario ha sido un fracaso completo. Los legionarios de Gámbara no se han limitado a resistir, sino que, una vez rotos los primeros empujones de las vanguardias de Lister, se han puesto nuevamente en marcha ofensiva con rumbo a Castelldans y Borjas Blancas. Ya está lograda la perfecta alineación de este Cuerpo de Ejército con el de Navarra; un avance rápido de los navarros hacia Vimbodí y Espluga de Francolí anuncia a Lister que su posición va a ser crítica si se obstina en permanecer cerca de Lérida. Por eso, y porque los ataques y los bombardeos legionarios no le dan punto de reposo, decide batirse en retirada, dispuesto a defenderse alrededor de Borjas Blancas.

Efectivamente, Gámbara le encuentra allí, bien aposicionado y todavía con buena moral de combate. El choque tiene lugar el 2 y el 3 di enero; las Compañías de carristas se filtran por todas partes en el dispositivo de Lister y la artillería inunda de metralla las posiciones. El asalto a Borjas Blancas se lleva a cabo el 4 de enero; al anochecer, Lister

se retira en dirección Nordeste perseguido por las avanzadillas, que casi dan alcance al propio Estado Mayor del cabecilla rojo.

Acerca del fracaso de Lister contra el Cuerpo de Tropas Voluntarias ha escrito Vicente Rojo, en confirmación de lo que más arriba dejamos dicho:

«El propósito de caer sobre los flancos del Cuerpo italiano, batirlo y provocar su repliegue, no pudo ser logrado, y la eficacia quedó limitada a contener la penetración enemiga, debido a la urgencia con que hubo de procederse y a que nuestras tropas encontraban otras aún frescas, más numerosas, superiormente dotadas de medias e incesantemente apoyadas por su aviación.

Efectivamente, al empeñarse los Cuerpos V y XV, si bien lo hacen enérgicamente y detienen la progresión adversaria, su reacción cae en la red de penetración del enemigo, se ven constantemente desbordados y tienen necesidad de ir ampliando su frente y estabilizando éste por insuficiencia de fuerzas para sostener el ataque».

En la jornada del 5, los legionarios avanzan por la carretera Lérida. Tarragona y ocupan Vinaixa, mientras Solchaga se abre paso por la Sierra de Llena.

Hasta ahora, de los dos grandes ataques de ala concebidos por el Generalísimo, sólo alcanzaba la necesaria amplitud el de la derecha; el otro, a la izquierda, había tropezado con dificultades extraordinarias, a consecuencia del terreno montuoso y del infernal tiempo reinante en el Norte.

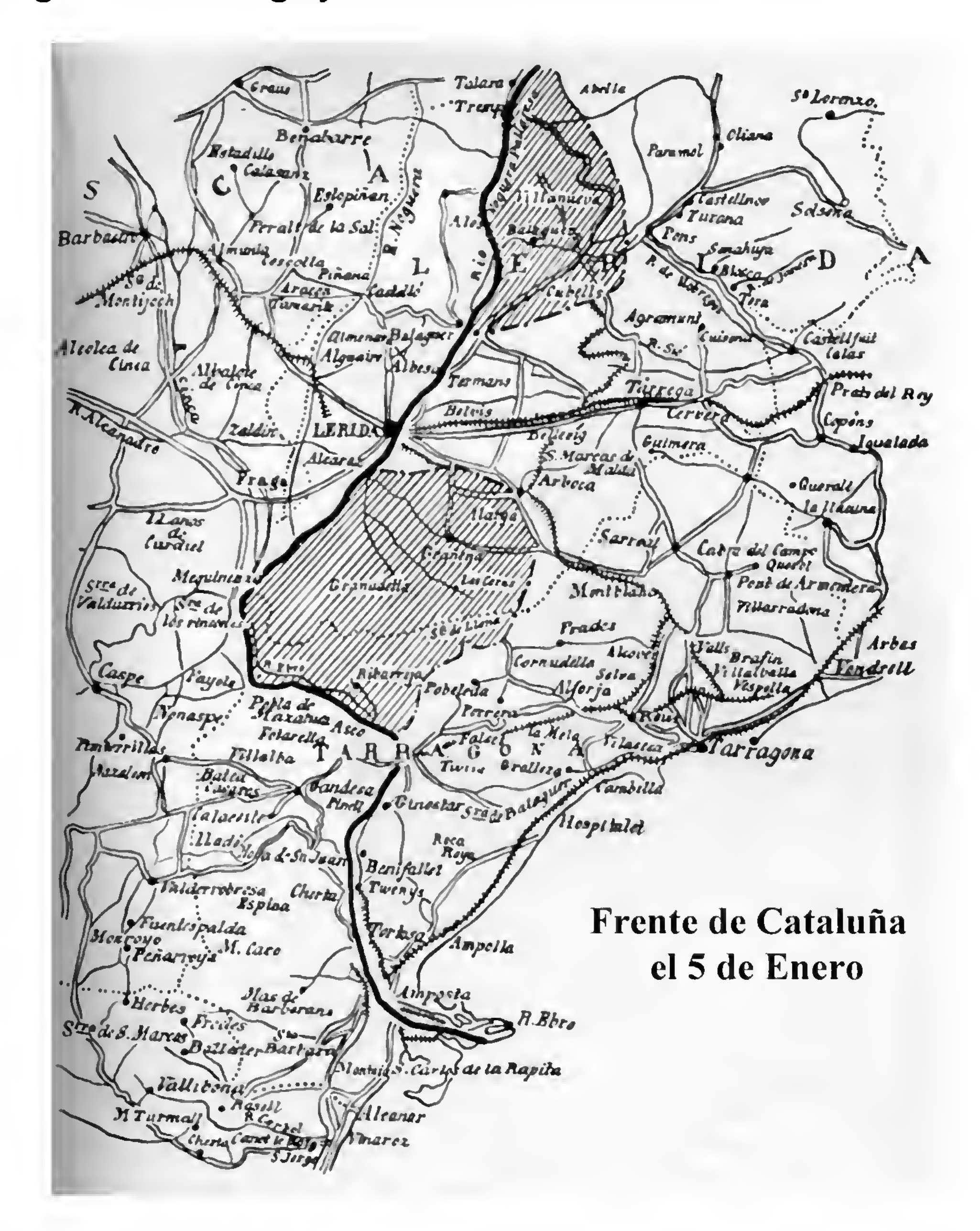
Es necesario ampliar la marcha y profundizar en el saliente del Norte, para que el envolvimiento de los Llanos de Urgel se produzca tal como lo ha proyectado Franco.

El día 28 entra en combate el Cuerpo de Ejército de Aragón. Dos jornadas antes había puesto en movimiento todas sus Divisiones el Cuerpo del Maestrazgo.

Aragón ha de atacar y destrozar el campo atrincherado al Este de Balaguer. Allí han construido los rojos obras de fortificación que son un verdadero alarde. Disponen de varias líneas que se van haciendo cada vez más densas, hasta alcanzar la máxima eficacia en el pueblo y Campos de Cubells.

Importa ocupar el importante nudo de comunicaciones de Artesa de Segre y que el General Muñoz Grandes alcance igualmente el no menos

considerable centro de Pons. Después vendrá la conversión del Cuerpo del Maestrazgo hacia Tárrega y Cervera.



Frente de Cataluña
el 5 de Enero

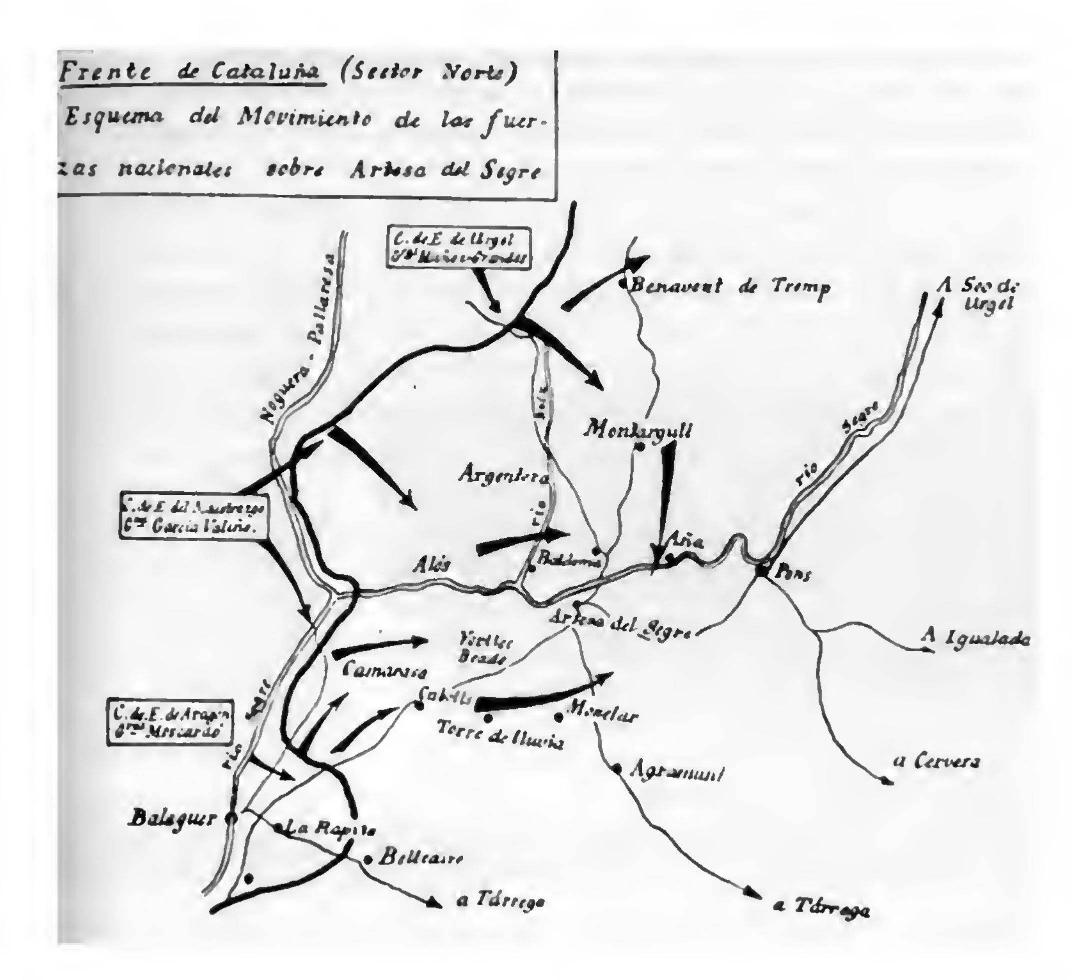
El día 28 el Cuerpo de Ejército de Aragón, a pesar de batirse con su habitual bravura, queda empeñado en una lucha cruel contra las líneas atrincheradas de Balaguer.

El día 29 se ordena a la División 84 (del Maestrazgo) que se sitúe inmediatamente a la izquierda de Aragón y colabore en la ruptura hacia Artesa de Segre, apoyando su izquierda en el río.

Un violento asalto de la Agrupación al macizo y Vértice Monteró trae como consecuencia el desbordamiento de las fortificaciones rojas frente a la cabeza de puente de Balaguer, y, por tanto, la completa victoria en el mencionado sector.

Inmediatamente, la totalidad del Cuerpo de Ejército de Valiño se pone en marcha y ya no hay posibilidad de reacción enemiga.

En días sucesivos quedan ocupados el Vértice Boada, Rubió, Foradada, el Vértice Campos, el Vértice Mun, y por fin cae Artesa de Segre, con lo cual pierden los rojos la totalidad de las comunicaciones en el centro de su frente.



Este mismo día 29 el Cuerpo de Urgel obtiene la amplia compensación de sus esfuerzos anteriores. La 61 y 150 Divisiones, más la 51, con dos de sus agrupaciones, ocupan Benavent, Clúa y Collada. La 150 inicia una conversión hacia el Sur, dejando una agrupación de flanqueo en Cap de la Sierra. Hasta hoy no había abierto esta División la brecha que necesitaba a fin de invadir con la necesaria profundidad el campo atrincherado entre Cucú y Cap de la Sierra; a partir del 29 de diciembre puede darse por rota toda la organización defensiva del enemigo en su ala derecha.

El 31, en medio de una niebla muy espesa, la 61 desborda la línea fortificada al Sur de Llúsas, fija al enemigo y mediante la maniobra de otra de sus agrupaciones ocupa la Sierra Grossa. El quebranto de los rojos es agotador para éstos. La 150 continúa su marcha en dirección Sur y va

dominando toda la carretera de Artesa de Segre. Lo abrupto del terreno y la destrucción sistemática de las obras de fábrica en carreteras y caminos dificultan extraordinariamente los abastecimientos y las evacuaciones. Al final del día 31 fuerzas de las Divisiones 51 y 65 relevan a las de la 150.

El 1 de enero de 1939 la 61 ocupa Argentera; la 63 releva para aumentar la densidad de los efectivos y profundizar en la marcha ordenada, junto a la 150. El 2 cae Montargull y llega el Cuerpo de Urgel al Segre. El 3 se ocupa Aña y se tienden las pasarelas para atravesar el alto Segre. El 4 la 61 y la 150 acometen el paso del río. Se les oponen mucho fuego de automáticas. El Cuerpo del Maestrazgo ocupa el día 4 el gran centro de comunicación de Artesa de Segre. La línea del Canal de Urgel detiene a las tropas nacionales. Durante la noche se intenta una pequeña voladura en el aludido canal, pero el propósito fracasa. Nuevos e infructuosos ensayos para desbordar el canal obligan al General Muñoz Grandes a derivar hacia el Sur a fin de enlazar con la 1.ª de Navarra y envolver las fuertes posiciones de Brialú. Entre niebla, y lluvias transcurren varios días, no sin que Urgel vaya conquistando cotas y puntos de apoyo; hasta que el 17 de enero la 62 División alcanza Cliola, el Vértice Garriga y Sagrat, mientras la 150 sube al Vértice Gualter y domina la ciudad de Pons. El enemigo inicia su retirada en dirección de Castell y Borsá, y los soldados de Urgel entran victoriosos en Pons, mediante una maniobra de dos unidades que pasan el río Segre.

«Tras los primeros días de resistencia efectiva —dice el Jefe de Estado Mayor Central de Barcelona—, desgastadas por la misma, nuestras unidades fueron entrando en línea y consumiéndose las reservas. En esta zona dominaba la idea de resistencia sobre la de maniobra, justificadamente, sin duda, porque se batían en un terreno organizado. Tuvimos también allí nuestro pequeño pánico, con ocasión de la ruptura de Montero, en cuyo ataque entuba en escena el Cuerpo enemigo de Aragón el día 29. Cuando, ocupada esta posición por el enemigo, amplió el ataque entre Monteró y Asentiu, una des bandada de la Brigada 94 dio lugar a que quedase totalmente al descubierto la dirección de Cubells, punto que ocupó el enemigo rápidamente y desde donde, en las jornadas sucesivas, pudo completar la maniobra combinada con el Cuerpo del Maestrazgo para la caída de Artesa, sin que fuera bastante a contener tal maniobra, realizada por ambos lados del Segre, el heroico comportamiento de algunas unidades de nuestros Cuerpos XI y XVIII.

Al propio tiempo que se combatía en Monteró, el Cuerpo de Urgel ampliaba su frente atacando hacia el Este y motivando otro pánico local. Este como el de la Brigada 94, se venció pronto, quedando rehechas las unidades y restablecido el frente por la División 31.

A partir de la caída de Artesa, ocurrida el día 4, el principal esfuerzo enemigo

se dirige hacia el Sureste, desbordando todas nuestras organizaciones defensivas.»

La ocupación de Pons, con la de Artesa de Segre, resuelven el problema estratégico en toda el ala izquierda del dispositivo de Franco. Por la derecha del frente rajo, como por la izquierda, el Ejército marxista de Cataluña está irremisiblemente perdido.

Al día siguiente caen en manos de Muñoz Grandes la Sierra de Castells y la carretera de Pons a Cervera.

El Cuerpo del Maestrazgo esta en esos momentos terminando el pase de línea a que nos hemos referido en otro lugar de este capítulo. Sus tropas avanzan pujantes, a un ritmo acelerado, y toman rumbo al Sureste, por Tudela de Segre y Cerón. El enemigo trata de defenderse en sus preparadísimos atrincheramientos, pero desbordado continuamente por la velocidad de la maniobra, se ve obligado a retroceder en muy malas condiciones. Busca el eje de retirada hacia Cervera, mas la carretera central a Barcelona, cuya conservación le había preocupado tanto, está a punto de quedar cortada por García Valiño y por el Cuerpo de Tropas Voluntarias, que audazmente se dirige desde Borja, Blancas a Santa Coloma de Queralt, o sea hacia la región de Igualada.

Elasticidad de la estrategia de Franco

Hemos de anotar un dato digno de comentario, que se relaciona con este momento de la batalla de Cataluña. Franco no ha preparado un plan rígido y forzoso, sino una maniobra de tal elasticidad y tan suavemente articulada, que en cualquier momento pueden variar algunas de sus fases, según lo aconseje el desarrollo de la marcha. Se recordará que las primeras instrucciones mandaban envolver los llanos de Urgel y proceder por una doble maniobra convergente a fin de que las dos alas atacantes fueran a darse la mano en la región Tárrega-Cervera, donde los rojos tenían asentada su segunda línea de resistencia. Pero la batalla sugiere al Generalísimo un nuevo desarrollo. Los rojos no están en condiciones de reorganizarse sobre su segunda línea. Desbordados por todas partes, pueden ser tomadas de revés sus líneas de repliegue, y en consecuencia, esa segunda línea quedará rebasada, si el movimiento de los Cuerpos Voluntarios y Navarro y el continuado ataque del Maestrazgo alcanzan pronto los objetivos que persiguen. Admirablemente inspirado. Franco cambia la idea de la maniobra; ya no se producirá la unión de las alas atacantes sobre la primera y la segunda líneas rojas, sino entre la segunda y

la tercera; la tenaza que iba a cerrarse en Cervera se vuelve a abrir para abarcar más amplios territorios, y apretará sus brazos en los montes de Igualada, precipitando de ese modo la catástrofe roja.

Es característica de la estrategia de Franco, a lo largo de toda la campaña, esta fácil y rápida adaptación de los movimientos de sus tropas a las circunstancias inesperadas que la guerra presenta; las distintas unidades no permanecen atadas inexorablemente a un plan previo, ocurra lo que ocurra, sino que en todo instante el supremo Mando, vigilante, en acecho de las condiciones del combate, transforma todo un panorama militar y modifica fecundamente las órdenes, sin que en la articulación y juego del dispositivo se advierta la menor violencia.

Hacia las etapas finales

La batalla de Cataluña corre velozmente hacia sus últimas finalidades. Las etapas calculadas se multiplican por los resultados tácticos que ofrece cada uno de los días de marcha. Aplastado en Granadella el núcleo rojo que debía defender los accesos a Tarragona, se ha producido inevitablemente la invasión del valle del Francolí. Aniquilada la tenacidad de Listar en Borjas Blancas, legionarios y ala izquierda de Navarra recorren la divisoria hacia el Nordeste y dejan envueltas, al Norte y al Sur, extensísimas zonas de territorio; por el Norte ya no cuentan las líneas de Cervera y Tárrega; por el Sur, la amenaza es directa sobre Reus y Tarragona.

Por añadidura, hace varios días que se ha puesto en movimiento el Cuerpo de Ejército Marroquí (General Yagüe). Cruzado el Ebro, Yagüe procede a envolver la gran bolsa de Tortosa. Los rojos, advertidos, abandonan esta ciudad y se retiran precipitadamente hacia el Norte. La primera línea que los marroquíes deben alcanzar es la de Falset-Marsá. Como base de partida se ocupa la Sierra del Tormo. Desde ella, en una arremetida incontenible, el Cuerpo de Ejército llega fácilmente hasta Falset, que queda ocupado el día 12. A partir de este momento, la marcha hasta Reus es velocísima. Resulta difícil mantener contacto con el enemigo, que rehúye constantemente el combate. El día 15, Yagüe alcanza Reus y enlaza con el Cuerpo de Ejército de Navarra. Este habíase adueñado el 11 de Montblanch y tenía bajo el fuego de su artillería la carretera de la costa. El 14 destacamentos navarros y legionarios entran en

Tarragona, donde el día 15 irrumpe el Marroquí para seguir raudo hacia Barcelona.

El Cuerpo de Aragón ha roto las fortísimas resistencias de Cubells y alcanza al Cuerpo del Maestrazgo, que el 15 llega a Tárrega. El 16 cae Cervera.

Los legionarios de Gámbara avanzan en flecha sobre Igualada, siguiendo los valles de Sarreal y Santa Coloma de Queralt. Llevan constantemente hostigado delante de sí al V Cuerpo rojo, el cual intenta detenerse en Santa Coloma, porque allí se había construido un sector importante de la tercera línea de resistencia. El choque en Santa Coloma es sangriento, pero después de ocho horas de fuego la artillería italiana ha aplastado al enemigo y la infantería ha envuelto las posiciones del «cinturón» catalán.

Atrevida ha sido la maniobra del Cuerpo de Tropas Voluntarias, porque para amenazar Igualada ha tenido que avanzar sin los necesarios flanqueos y sus avanzadas están muy descubiertas. Pide al Cuerpo de Navarra que le apoye por la derecha, y Solchaga envía unas agrupaciones que consolidan perfectamente el avance legionario. La División «Littorio» puede así coronar sus maniobras y entrar en los últimos reductos de la defensa enemiga. «Flechas Azules», «Negras» y «Verdes», dejan desbordada la importante ciudad de Igualada, mientras al Norte el Cuerpo del Maestrazgo avanza resuelto hacia Manresa, donde termina para él la primera fase de la gran batalla.

Los días 11 y 12 de enero García Valiño fue reciamente contraatacado en torno al nudo de comunicaciones de Agramunt; pero destrozada la mejor parte de la 32 División roja, se llega a un verdadero alarde de velocidad en la marcha, porque sobre un terreno de montañas abruptas se logra una progresión de 18 kilómetros en la jornada del 17 de enero.

> «Iniciase —dice el coronel Galera, jefe de la 84 División— el día 23 la maniobra sobre Manresa, y es esta División 84 la encargada de realizar una marcha de flanco por terreno muy movido, siendo una marcha característica de montañas. Aunque muy penosamente. fue decidida y veloz, desconcertando al enemigo, que huyó desordenadamente y al que se le persiguió por las importantes alturas de Vértice Palomares, Malgrahó, Cantorra, Tres Cruces, Sierra de Etllet, La Mellera y el Encinar de Oller, culminando la maniobra en la toma de Manresa, a la que tan eficazmente cooperó la División.»

El Cuerpo de Tropas Voluntarias ha conseguido esquivar la atracción que sobre las tropas ejerce el macizo de Montserrat, donde los rojos aguar-

dan al amparo de una última línea de resistencia. Cien mil hombres trabajan en la fortificación. Ya ¿para qué? Voluntarios y navarros han alcanzado el Llobregat y pasan a la altura de Martorell y Olesa, mientras Yagüe se sitúa a la altura de Garraf después de haber conquistado Sitges.



Frente de Cataluña el 16 de Enero


Conquista de Manresa

Las tropas de Urgel, tras la ocupación del gran centro táctico de Pons, suben hacia el Norte y Nordeste por la cuenca del Segre y se extienden hacia la derecha, ocupando (División 150) posiciones al Sur de la carretera de Solsona, mientras las Divisiones 61 y 63 entran en Isona,

Bastús, San Román de Abellá, Coll de Nargó y Vértice Chulí. La 62 alcanza el Vértice Paner. Acontece esto el día 23 de enero.

El 24 se desploma el frente pirenaico rojo, y como consecuencia de este hecho militar el Cuerpo de Urgel tiene que actuar en dos direcciones divergentes. Para ello constituye dos masas de maniobra, con misiones casi independientes: una de ellas (Divisiones 150 y 62) sigue la dirección Solsona-Berga-Ripoll; la otra (Divisiones 61 y 63, constituidas en agrupación al mando del General Tella), avanza en la dirección Coll de Nargó-Seo de Urgel-Puigcerdá, dejando entre ambas la Sierra de Cadí. La 150 avanza su línea, con ligera resistencia, hasta Solsona, que deja ocupada, y adelanta el guardaflanco. La 62 toma las cotas de la Sierra de Oliana. La 61 y 63 se adueñan de las alturas de San Quirico y del puerto de Cimadal. Las sucesivas ocupaciones de pueblos tienen, en el frente de Urgel, un carácter particularmente persecutorio. Nieva abundantemente y el frío es intenso.

Durante las jornadas del 24 y 25 el Cuerpo del Maestrazgo se extiende por toda la zona de Manresa y limpia el terreno; el Cuerpo Voluntario llega a San Quirico de Tarrasa; el de Navarra deja atrás Martorell y toma Castellbisbal; el Marroquí pasa el río en Prat de Llobregat y cruza la vega para quedar en las estribaciones de la montaña barcelonesa de Montjuich.

Aun en esta situación trágica la petulancia marxista crea una con signa de resistencia tan cómica como inútil. Los periódicos de Barcelona se publican el día 25 con grandes titulares que dicen: «El Llobregat será el Manzanares de Barcelona», con lo cual quieren dar a entender que si repetirá en la ciudad catalana lo que aconteció a las puertas de Madrid el día 15 de noviembre de 1936. ¡Y ya han cruzado el Llobregat tres Cuerpos de Ejército!

El episodio del cruce del Llobregat ha sido descrito de este modo por el General Barrón, jefe de la 13 División:

«El día 25 se efectúa el paso del río. Hasta mediodía no se inicia la operación, porque es necesario reagrupar las fuerzas y porque la falta de comunicaciones hacia Ordesa y las voladuras en la carretera general —de las que en tres kilómetros de plena montaña llega a haber más de 20— dificultan el abastecimiento y retrasan el despliegue de artillería. Durante la mañana se lucha para impedir la voladura del puente de Molins del Rey, lo que se consigue, y a primeras horas de la tarde se cruza el Llobregat bajo el fuego de la artillería e infantería enemigas, ocupando los pueblos de San Justo y San Feliu de Llobregat y las alturas del Vértice San Pedro Mártir; por

la izquierda, Molins del Rey y el Vértice Lacreu.

Al ver por la noche las hogueras de nuestras tropas en las alturas, nos dimos cuenta, bien claramente, de que Barcelona estaba en nuestro poder.»

El Cuerpo de Urgel sigue su progresión pirenaica. El de Aragón, en un terreno erizado de dificultades, sin posible lucimiento exterior, sin espectacularidad, gana constantemente terreno en la dirección de Cardona, que es ocupada, y de Berga, vieja ciudadela del carlismo catalán en las guerras civiles del siglo XIX.

El 26 de enero, muy de mañana, el Cuerpo de Ejército de Navarra sube a las alturas del Tibidabo barcelonés y toma posiciones en la barriada de Vallvidrera. El Cuerpo Marroquí destaca al primer Batallón de Mérida, que coge de revés a las fuerzas de Vallvidrera. La 4.ª Bandera del Tercio dispersa a un Batallón que trataba de cerrar las entradas por las carreteras de Lérida y Tarragona.

A media tarde fuerzas de Navarra, acompañadas de un destacamento legionario, descienden por las laderas del Tibidabo y entran en Barcelona por la Plaza de la Bonanova; al mismo tiempo, los soldados del Cuerpo Marroquí, después de haber puesto en fuga algunos núcleos de carabineros rezagados, se descuelgan desde la montaña de Montjuich hacia las barriadas del puerto. Barcelona ha sido ocupada. Virtualmente, la guerra ha terminado el día 26 de enero de 1939.

«La caída de Tarragona —ha informado el jefe de Estado Mayor del Ejército rojo— era el triunfo completo de la maniobra iniciada por el enemigo el 23 de diciembre. Es decir, una victoria militar lograda en una maniobra de veinticuatro días de duración. Habíamos acumulado en la defensa todo lo que humanamente pudo obtenerse de la retaguardia y del frente. Habíamos puesto en juego todas nuestras posibilidades de maniobra y resistencia, agotando hasta el último hombre y el último fusil. Los mandos subordenados se habían comportado bien; en muchos casos extraordinariamente bien, porque todos sabían que defender Tarragona era indispensable militar y políticamente; pero la forma de la batalla empeñada en todo el frente desde el día 6 de enero era demasiado exigente. Si imperioso era defender Tarragona, no lo era menos contener al enemigo en las demás direcciones de penetración hacia Barcelona por Igualada, por Villafranca, por Manresa. Reunir las fuerzas en una zona para contratacar o resistir hasta el exterminio era ya —ya lo hemos dicho—, en el tiempo y en el espacio, imposible, y la moral no lo consentía. Era, por otra parte, querer cerrar una puerta a piedra y lodo mientras quedaban abiertas otras sobre el objetivo principal de la maniobra de conjunto, que era Barcelona. En la situación material y moral en que nos hallábamos, resistir cuatro, seis, diez días más ante Tarragona hubiera sido condenar a un copo gigantesco a nuestro Ejército, renunciando a la posibilidad de rehacerlo y de dotarle de medios

para defender el objetivo capital de la maniobra.



El General Yagüe y el General Barrón, en Barcelona

Aspirábamos a defender la línea del Llobregat, sobre la cual creíamos, erróneamente, que el enemigo reorganizaría su dispositivo antes de emprender el ataque a la plaza de Barcelona; y pensábamos hacerlo no sólo con la resistencia frontal, sino con dos ataques sobre los flancos de las direcciones principales de penetración que llevaba el enemigo. Desgraciadamente, éste no dio descanso a sus tropas; Manresa se perdería sin resistencia y nosotros no tendríamos tiempo ni medios automóviles y ferroviarios para realizar con la urgencia que los sucesos requerían las distribuciones de armamento y las necesarias concentraciones.

… … … … …

26 de enero. Barcelona cae en poder del enemiga El temido suceso se ha producido como un fenómeno natural. La resistencia ha sido escasa, por no decir nula. El enemigo ha podido entrar en la ciudad y proseguir su maniobra por el Oeste con la misma facilidad con que venía maniobrando en las jornadas anteriores.

… … … … …

La defensa exterior, a cargo del Ejército del Ebro en la línea del Llobregat, no pudo hacerse, como en las líneas precedente, por desarticulación de las fuerzas; las previsiones hechas para asegurar los puntos sensibles y las posiciones que cubrían la plaza no se cumplieron, porque la ruptura del frente por el Sur de Tarrasa y el avance no contenido por el llano dio a los defensores la sensación de envolvimiento. Por otra parre, la zona de bosque que rodea por el Oeste la ciudad facilitó la infiltración de los destacamentos enemigos hacia la arista montañosa de Vallvidrera y el Tibidabo. Dentro de la ciudad, las tropas que inicialmente debían asumir la defensa del lindero y el orden sólo respondieron en parte; el excelente comportamiento del Batallón de Ametralladoras y del Batallón de Retaguardia, de dos Compañías del Batallón de la Defensa de Costas y de algunos carabineros que hicieron frente en distintos puntos del lindero Sur a las tropas del Cuerpo Marroquí, que avanzaban sobre la plaza entre Esplugas y el mar, no bastaron para detener d ataque. Finalmente, una Orden del Ministerio de la Gobernación disponiendo la marcha a Gerona de los cinco Grupos de

Asalto que debían participar en la defensa y sostenimiento del orden interior, provocó la última crisis moral.

Barcelona había caído sin gloria»



Carros de combate entrando en Barcelona



La plaza de Cataluña al interpretarse el himno nacional

Paseo militar hasta la frontera de Francia

Los Cuerpos de Ejército que han rematado con tanto brillo la gran maniobra de Franco en Cataluña no se dan descanso. El 27 Gámbara marcha hasta Badalona; el Maestrazgo se pone en marcha hasta Vich por la carretera de Manresa; Aragón trata de alcanzar Berga; Muñoz Grandes apresura la ocupación de Seo de Urgel; Navarra y Marroquí se reorganizan

en Barcelona. Yagüe recibe la orden de prepararse para el traslado de su Cuerpo de Ejército al Centro de España; Solchaga debe enviar parte de sus fuerzas hacia la frontera francesa.

Gámbara divide sus fuerzas en dos columnas: una toma la carretera de la costa, y el 29 envuelve y rebasa Granollers; la otra marcha tomando como eje la carretera directa a Gerona. Los rojos tratan de constituir una línea defensiva en el río Ter. ¿Para dar tiempo a la huida de los dirigentes y de sus familias? ¿Para poner a salvo cuantiosos tesoros procedentes del saqueo? Las dos cosas se reducen a una sola. En todo caso, el propósito no tiene ningún interés militar.

El día 4 de febrero, el Cuerpo de Ejército de Navarra entra en Gerona, y en su ala derecha derrota al enemigo, que se dispone a defender el paso del río Tordera. García Valiño había ocupado Vich el día 1, y sus tropas dejaban atrás la inmensa mole de la Sierra del Montseny. Divisiones navarras que han relevado al Cuerpo Voluntario en el Ter se adueñan el 8 de Figueras, y el 9 llegan al puesto fronterizo del Perthus. En esas mismas jornadas Aragón toma Ripoll, Maestrazgo entra en Olot y Urgel en Puigcerdá.

A las 14,35 del día 10 los soldados de Muñoz Grandes izan la bandera española en el puerto de Bourg-Madame.

«Las operaciones —dice un Boletín— desde Seo de Urgel a Puigcerdá, acosando a un enemigo dispuesto a insistir en su resistencia, en un terreno muy abrupto y con la destrucción sistemática de puentes, alcantarillas y toda clase de obras de la carretera única que cruza el angosto valle, pueden citarse como un modelo por la rapidez de ejecución y por la organización perfecta del abastecimiento y de las evacuaciones, utilizando convoyes por relevos de cargas a lomo»

El 11 de febrero se procede a la ocupación del enclave de Llivia.

Han terminado las operaciones de Cataluña.

El Generalísimo, en una gran alocución, se dirige a los españoles rojos y les dice:

«Cuando teníais todo el oro de España, casi todos los depósitos de armas. las fábricas de material, de municiones y de pólvora, las minas más importantes de carbón y de hierro, todas las grandes instalaciones metalúrgicas, los grandes depósitos de víveres y de materias primas, las nueve décimas partes de la Marina de guerra, las tres cuartas partes de nuestras costas, centenares de aeroplanos y de tanques, un Ejército que solamente en fuerzas de choque disponía de 100.000 internacionales, y otro Ejército en el Norte, formado con lo mejor de las

organizaciones marxistas, bien equipado y bien vestido; cuando teníais en vuestra mano todos estos elementos, perdisteis cuantas batallas se libraron y fuisteis constantemente derrotados. Juzgad, pues, la situación ahora, que habéis perdido todo eso y que lo hemos ganado nosotros. Privados de fábricas, sin hierro y sin carbón, bloqueados por mar, impotente vuestra Escuadra, sin aviones en los aires, hambrientas vuestras masas, no podéis tener la menor esperanza. Estáis vencidos.»



Las banderas española y francesa en la línea fronteriza

El desarrollo de la batalla de Cataluña ha inspirado a un crítico francés los siguientes juicios:

«Los rojos no sólo han perdido una serie de batallas; han perdido además la cabeza y han mellado para siempre sus armas defensivas. ¿Forman un Ejército esas bandas de fugitivos desmoralizados, que un Mando incapaz no ha podido salvar del envolvimiento? ¿Constituyen un Estado Mayor esos jefes sin contacto con sus unidades, incapaces de reaccionar y de fijar en parte alguna una línea ni concebir una respuesta, ni darse cuenta de lo que les sucede? ¿Son un material ese conjunto de cañones enmudecidos? ¿Una aviación esas escuadrillas invisibles? ¿Una Intendencia esos servicios que dejan morir de hambre a los soldados? No; todo eso ya no es nada. El Ejército rojo ha muerto. Ninguna circunstancia, ninguna intervención podrá ya salvarle de una destrucción total y rápida, de una capitulación completa y sin condiciones.»



El General Solchaga y el General francés Fagalde conversando en la frontera de Perthus

No queremos terminar este capítulo sin dejar señal de algo que vale la pena de recordar siempre, porque corresponde a lo más profundo de la táctica marxista y ha sido la causa de los grandes desastres rojos: me refiero al engaño de las masas de combatientes como arma psicológica.

El día 25 de enero de 1939, cuando ya Barcelona estaba desbordada a consecuencia del movimiento que por el Noroeste de la ciudad dibujaba el Cuerpo de Ejército de Navarra y por el ataque que al Sur lanzaba el Marroquí, el Gobierno Negrín difundió por todo el mundo el siguiente comunicado:

«*Frente de Cataluña.* — Ha continuado la durísima batalla en todos los sectores de este frente con las mismas características que en días anteriores. Las tropas republicanas contienen heroicamente los violentos ataques de las fuerzas italianas y de las españolas que las secundan. El enemigo ha conseguido algunas ligeras rectificaciones de líneas a costa de grandes pérdidas»

¡Y ya estaban precipitándose todos los dirigentes hacia Francia!...

¿A qué insistir en lo que sabían que era una falsedad inmensa, y a qué continuar con la pesada cantinela de «las tropas italianas y las españolas que las secundan», si el mundo entero estaba informado de que los voluntarios italianos no representaban más del 4 por 100 de los efectivos totales de Franco?

La batalla de Cataluña ha dejado en manos de Franco 200.000 prisioneros, 242 cañones, 3.000 vehículos pesados, otros tantos ligeros, 100 aeroplanos, 300 motores de aviación, 3.500 ametralladoras, locomotoras, vagones, 20 millones de litros de gasolina, millares y millares de fusiles, cartuchería por millones, depósitos de víveres, etc.

Por la frontera de Port-Bou y de la Junquera ha entrado en Francia una gran parte del material de guerra que poseían los rojos o que acababan de recibir del extranjero.

¿Y ahora? ¿A qué esperarán los rojos que todavía guardan un frente de batalla en el Centro?

El Gobierno marxista se ha trasladado a territorio francés. Desde allí anuncia su propósito de continuar la guerra. ¡El mundo entero se asombra de semejante simpleza! Pero ¿Se trata solamente de Una simpleza? Dejemos los comentarios políticos, que no son propios de este libro.

La guerra —repetimos— estaba virtualmente acabada. Esto es tan evidente que nadie se molesta en discutir la afirmación. Barcelona era el final de la campaña. Allí estaba el remate de la liberación española.



Fuerzas nacionales en la frontera francesa

En las páginas del libro que ha escrito —y no publicado todavía—el joven ex combatiente rojo de quien hemos tratado en el capítulo final de la batalla del Ebro, encontramos este relato titulado «El camino de Barcelona», que ofrece singular interés:

«El Clan (Partido Comunista) se extendió por las ciudades y los pueblos que iban quedando —cada día uno menos— como un pulpo frío y calculador que coloca sus tentáculos en todas partes y estudia las últimas defensas y sus posibilidades de aprovecharlas. Los soldados no defendían las líneas de resistencia final. Aquellos hombres cansados por el miedo, llenos de hastío por la vida, sentábanse en las cunetas a descansar durante la noche, arrojaban el fusil al suelo y durante el día corrían hacia atrás más rápidamente aún que los conquistadores hacia adelante. Pero esta inexistencia de soldados no significaba nada para los fines que se perseguía. Ya no se trataba de ganar o perder; no era el problema de negociar una paz con la resistencia.

Movilizáronse siete reemplazos más. Hasta los hombres de cuarenta y cinco años. Estaban, pues, sobre las armas, 24 reemplazos, y cuatro más para fortificar. Padres, hijos y abuelos. El pueblo se partía de dolor. Y comenzaba a intuir con esa clarividencia de las horas graves el final de su terrible destino.

Una noche se escucharon los primeros cañonazos en la Plaza de Cataluña.

Todo el corazón de Barcelona tembló ante lo inminente. Comenzaron a salir, en su tercer éxodo, los coches gubernamentales, los funcionarios y los privilegiados de la fortuna militar.

Aquella misma fecha, abandonando las cosas que me estorbaban, entendiendo bien lo superfluo y lo necesario, ya repleto de esa triste caída de fantasmas y ungido del sentido de la familia y del hogar como no lo estuve nunca, corrí en busca de mi esposa y de mi hija.

En la Plaza de Cataluña, dentro del Hotel Colón, puso su puesto de mando el XV Cuerpo de Ejército. Le quedaban dos mil soldados haraposos y heridos. Pisaban 1as calles oscuras lo mismo que pisan los borrachos. Eran las cuatro de la madrugada, y el enemigo, silencioso, había tomado las lomas que rodean la capital, desde Montjuich hasta la Rabassada. No tenía más que extender la mano y entrar.

Por las calles rodaban sin luz los últimos tanques. No quedaban funcionarios públicos ni jefes políticos, ni siquiera militantes. La excepción era el Clan. Una caravana de hombres y mujeres salían sollozando, a pie, sin pan y sin abrigo, camino de la frontera francesa. Quedábanles por delante 150 kilómetros, y toda su angustia inmediata se cifraba en saber si andarían más rápidamente que la tropa en retirada.

A las cuatro de la madrugada llegué al Hotel Colón. El Jefe del XV Cuerpo de Ejército estaba caído sobre una butaca, con su gran cuerpo

aniquilado por el cansancio y la derrota Los soldados se insultaban unos a otros, nadie quería montar guardia; curábanse los heridos de mala manera, porque no había Sanidad. Dentro del *hall*, piafaban los caballos. El jefe era un antiguo conocido. Me tendió la mano fatigada.

—¿Qué haces aquí?

—Espero los últimos momentos. No creo que tarden mucho en llegar.

—Yo tampoco. Dentro de un par de horas trasladaremos el puesto de mando tres kilómetros adelante, en la carretera de Francia.

—De todas formas, tengo entendido que se piensa resistir.

—¿Y los soldados?

Sonrió tristemente:

—No los tengo.

—Los comunistas preparan un llamamiento al pueblo con la esperanza de que fortifiquen todas las entradas de Barcelona Ahora están concentrando sus militantes en edificios públicos. Hay órdenes muy severas.

—Yo marcho dentro de dos horas. Quedarse aquí, cuando el Ejército evacua, me parece estéril, además de criminal.

Nos dimos la mano. Ya no nos volveríamos a ver.

Al amanecer, en efecto, los residuos de la unidad se pusieron lentamente en marcha hacia los arrabales. El Hotel Colón fue invadido por una tropa de muchachitos asustados que, con los ojos llenos de angustia, contemplaban el desfile de aquellas últimas tropas. La ciudad quedaba inerme. Llegaron en un coche varios «trabajadores políticos» del Clan. Los concentraron en un salón y les arengaron.

«Barcelona es invencible. Ni ha caído en poder del enemigo, ni caerá. Sólo se marchan los traidores. Haremos de Barcelona un segundo Madrid. A partir de este momento, cada uno de vosotros es un héroe de su defensa; tomaréis un pico y un fusil. A las seis de la madrugada, en las puertas de las fábricas arengaréis a los obreros para que os sigan. Si Barcelona se defiende, mañana tendrá 40.000 fusiles. En dos horas hay que levantar a su alrededor un cinturón de piedras».

Toda la basura literaria del Clan se volcó sobre aquellas cabezas adolescentes, predestinadas al sacrificio. Había muchachas asustadas y nerviosas que se mantenían en pie por un heroísmo artificial, y sólo la

galvanización que producían aquellos tópicos en sus mentes primitivas impedían que las arrebatase la histeria; chiquillos que no acertaban ni a levantar los ojos del suelo; otros, más sagaces, aterrados por la hora y la presencia de los jefes de siempre, no se atrevían a denunciar aquella horrible pantomima.

Ni un solo obrero quiso fortificar; ni una sola mujer quiso manifestarse. Era una mañana de sol tibio; la última de la Barcelona comunista.»

Ultimas intentos de diversión roja

Aunque se trata de episodios que en sí mismos tuvieron gran interés desde el punto de vista táctico, no hemos de extendernos ahora en el relato de los últimos intentos de diversión estratégica proyectados por el Ejército rojo. Se trata de tres ataques, llevados a efecto con éxito diferente, pero que en definitiva no podían cambiar para nada el rumbo de la guerra. Son los restos del famoso «plan de conjunto».

Uno de ellos tuvo lugar en Extremadura. Fuerzas del VIII Cuerpo de Ejército quisieron estrangular el saliente de las líneas nacionales en la región de Cabeza de Buey. Flanqueando por el río Zújar, tomaron la dirección Monterrubio-Castuera. Los primeros pasos fueron afortunados. Su propósito era romper el frente nacional y tomar inmediatamente Monterrubio. Franco envió refuerzos inmediatamente, porque los efectivos del General Queipo de Llano eran escasos. Tres Divisiones, al mando del General García Escámez, reforzaron el frente, con la consigna de matar en flor la ofensiva roja. A duras penas se contuvo la primera embestida; cuando el frente estuvo fijado, los nacionales contratacaron, aprovechando la absurda situación en que se encontraban las fuerzas marxistas, encajonadas en una especie de embudo creado por su avance en cuña. El contrataque sorprende al enemigo, le envuelve y desarticula sus unidades. El delicadísimo problema de los flanqueos, mal resuelto por los rojos, les costó una grave derrota. Fue fácil estrangular aquella hernia. Millares de muertos y prisioneros quedaron en poder de los nacionales.

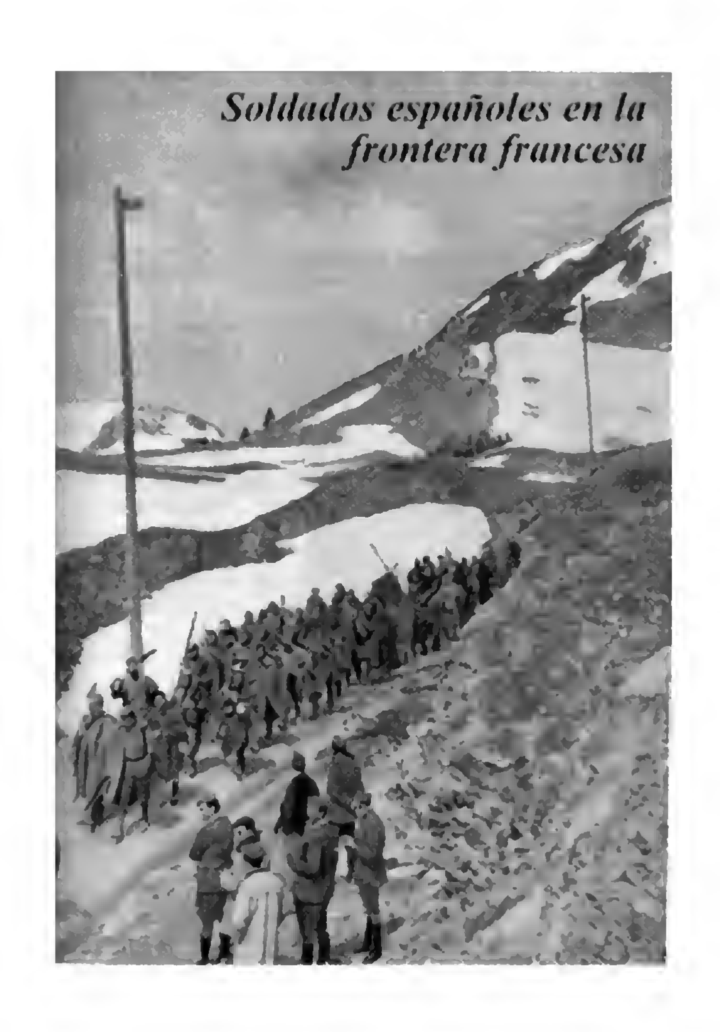
Otra diversión tuvo lugar en los primeros días de enero del 39 sobre el frente del Norte de Córdoba. Atacaron los rojos a la desesperada, y en veinticuatro horas avanzaron 20 kilómetros, sobre una extensión de 25. El día 5 se acercaron tanto a Peñarroya que por un momento se pensó que entrarían en la citada localidad. Poco importaba, a la altura en que se

encontraban las cosas, que Peñarroya cayese transitoriamente; pero el Ejército del Sur, dueño de sus resortes morales y decidido a no permitir ninguna ventaja, defendió las posiciones con ardor resolutivo. El 6 la situación fue inquietante para el sector atacado. La afluencia de fuerzas de apoyo paralizó, sin embargo, los ataques enemigos y el frente volvió a quedar estabilizado.

Tanto la intentona de Extremadura como la de Peñarroya merecerían un amplio relato. El autor no ha logrado documentación suficiente a la hora de redactar estas líneas.

La tercera diversión fue característicamente desastrosa. Tuvo lugar en Brunete y se emplearon en ella tres Divisiones del frente de Madrid. El Mando nacional, minuciosamente informado del plan marxista, dispuso las concentraciones artilleras adecuadamente; cuando las primeras oleadas de atacantes salieron de sus trincheras, el fuego de las baterías nacionales causó estragos atroces en las filas enemigas; tales, que allí mismo murió la intentona, sin que volviera a renovarse en los días siguientes.

Estos episodios, mezclados a la batalla de Cataluña, nos conducen hasta la maniobra final, que no fue tal maniobra, porque no hubo enemigo; me refiero a la operación general planeada por el Generalísimo para batir al Ejército enemigo del Centro, de Levante y del Sur. De ella nos hemos de ocupar en el capítulo siguiente.


Soldados españoles en la frontera francesa

CAPÍTULO X

LA GRAN MANIOBRA FINAL DEL GENERALÍSIMO. – LAS TROPAS NACIONALES ALCANZAN SUS ÚLTIMOS OBJETIVOS. – EL EJÉRCITO ROJO HA QUEDADO DESTRUÍDO. TERMINACIÓN DE LA GUERRA

Preparación de una batalla general. – El partido comunista y los vagabundos restos del Gobierno Negrín quieren continuar la guerra. – Las unidades rojas piden una rendición general. – El coronel Casado se proclamó dictador en Madrid y constituye un Consejo de Defensa. – Rebelión de los comunistas. – Los sucesos de Madrid. – Franco desencadena la ofensiva general y el Ejército rojo se desbanda. – Desplome marxista en todos los frentes y desaparición del ejército rojo. «La guerra ha terminado»

Aunque la guerra ha quedado «virtualmente terminada» después de la batalla de Cataluña, aún quedan núcleos de dirigentes marxistas que se empeñan en mantener la consigna de «resistir». ¿Para qué? ¿Con qué medios? ¿En virtud de qué esperanzas razonables? No se comprende.

Durante meses y meses los rojos han combatido inspirados en la esperanza de la conflagración europea, la cual les permitiría insertarse en un determinado sistema de alianzas internacionales, o por lo menos, de apoyos sólidos. Pero desde hace cuatro o cinco meses tales posibilidades se han esfumado en el horizonte. De todos los países que teóricamente parecían dispuestos a ayudarles, sólo quedan dos que, relativamente, mantienen sus compromisos: son Méjico y Rusia. ¡Triste panorama! ¡Más aún que triste, desolador! ¿Con Méjico y con Rusia cuentan los marxistas para prolongar la guerra? Pero, ¿dónde están las armas?, ¿dónde las municiones?, ¿dónde las provisiones de boca?, ¿dónde el equipo para las unidades combatientes?, ¿dónde, en fin, la indispensable moral de la retaguardia?

El Ejército de Franco se halla en posesión de una fe y de un entusiasmo lógicamente reforzados por las últimas victorias. En cambio, en las masas sometidas al Gobierno rojo se ha perdido todo: fe, ánimo,

combatividad, ilusión, y finalmente, confianza en los jefes, que en masa han huido al extranjero, mientras millares de combatientes, haraposos y hambrientos, han ido quedando a lo largo de los caminos y al través de los campos.

El Presidente de la República (Azaña), refugiado en la Embajada de París, ha comunicado su dimisión el día 3 de marzo. Aún no se ha aclarado todo lo que a este hecho se refiere; cómo se produjo, cuáles fueron sus trámites, cuál su relación con otras decisiones. Un remedo de la Comisión permanente de las Cortes se reunía en París y resolvía confiar la presidencia interina de la República fantasma al Presidente del Parlamento (Martínez Barrio). Presidente, Ministros y subsecretarios del Gobierno rojo erraban por distintas ciudades de Francia, sin ponerse de acuerdo, sin acerrar con ningún plan ni fijar un rumbo político. Entretanto, plenipotenciarios franceses e ingleses apremiaban las negociaciones de reconocimiento en Burgos.

El Grupo de Ejércitos del Centro (que comprendía a los del Centro, Levante y Sur) disponía, nominalmente, de muchas unidades; parece ser que existían sobre el papel unas 50 Divisiones; pero los parques de armamento y de municiones eran magros, y la posibilidad de reponerlos muy remota. La Flota de Cartagena había caído en la más completa desmoralización y propendía a «quemar las etapas» de la derrota.

Esta información, que minuciosamente detallada llegaba al Cuartel General del Generalísimo, con muchos otros informes que no interesan a la índole de este libro, movieron el ánimo de Franco a disponer las cosas para una batalla general contra el Grupo de Ejércitos rojos del Centro, pero sin prisas en cuanto a la ejecución, porque parecía normal y lógico que se produjera una rendición en masa, un abandono de la resistencia, aconsejado por todas las imaginables razones de naturaleza política, militar y económica.

El Caudillo de España pudo haber desencadenado su ofensiva inmediatamente después de la victoria de Cataluña; prefirió, sin embargo, esperar, porque con ello evitaba nuevos derramamientos de sangre nuevos sufrimientos y destrucciones de la riqueza de nuestro país.

El Presidente del Gobierno rojo, impulsado por reacciones que sólo se explican en plena desesperación, asumió poderes dictatoriales el día 3 de marzo de 1939, y en compañía de algunos jefes militares (Lister por ejemplo) se trasladó por vía aérea a la región central de España dispuesto a

organizar allí la resistencia a toda costa, hasta el agotamiento del último depósito de provisiones y hasta el sacrificio del último miliciano.

Quiso, indudablemente, dar un golpe de fuerza, y no diremos «un golpe de Estado», porque el Estado ya no existía, desde hace tiempo.

Llegaba, sin embargo, Negrín a la zona del Centro cuando todas sus posibilidades se habían acabado. Los jefes militares no querían la continuación de la guerra; no la querían tampoco los jefes subalternos fuera de aquellos que se hallaban directamente sometidos a la disciplina del partido comunista; el pueblo ansiaba la paz, fuese como fuese, porque no podía soportar por más tiempo la atroz pesadilla a que se hallaba sometido; las viejas disensiones entre las organizaciones sindicales comunistas y anarquistas se acentuaban por momentos, hasta alcanzar caracteres violentísimos; y, por fin, la huida de todos los dirigentes a Francia había producido en las masas dóciles una desilusión rayana en la ira porque se veían abandonadas a su suerte, mientras los máximos responsables ponían una frontera entre ellos y las consecuencias de la catástrofe que habían provocado.

Añádase a esto la labor intensa y tenaz que venían llevando a cabo las organizaciones nacionales hábilmente disimuladas en el interior de la zona roja, que a última hora se fueron adueñando de todos los resortes y precipitaron la descomposición de la resistencia.

No es, pues, sorprendente que cuando Negrín, acompañado de unos jefes comunistas, pretendió instaurar una dictadura entre Valencia, Cartagena y Madrid, encontrase rápidamente una respuesta inesperada en la rebelión de todos los elementos que no estaban conformes con él y que, de un modo o de otro deseaban la terminación de la lucha.

Entre esos elementos descollaba el coronel Segismundo Casado, jefe del Ejército rojo del Sur, antiguo profesor de la Escuela Superior de Guerra, hombre que venía siendo calificado, desde hacía tiempo, como afecto a las organizaciones de significación anarquista, y enemigo, por consiguiente, de los comunistas. Tampoco fue decisiva la adhesión a Negrín del jefe de Levante, «General Matallana», que no creía en la posibilidad de continuar la guerra. En cuanto al General Miaja, héroe a la fuerza, era demasiado cauto y realista para forjarse ilusiones. Miaja preparaba su evasión de España, lo disponía todo para huir en la última hora, y cuando fue preciso —para que sus planes no se frustraran— fingir adhesión al movimiento insurreccional del coronel Casado, lo hizo, aunque

sin poner en su actitud ningún entusiasmo ni tomar parte en los movimientos político-militares de la sublevación anticomunista.

Repentinamente, una entrevista celebrada entre Negrín y Miaja inclinó a éste nuevamente a la colaboración con los elementos comunistas, a cuya disciplina, después de todo, pertenecía oficialmente. Casado, ladino y hábil, celebró una conferencia telefónica con Miaja y le comunicó su propósito de que fuera él —Miaja— quien acaudillara el movimiento del Ejército del Centro, en el cual —decía Casado— no se había producido ninguna sublevación, sino simplemente una reacción a fin de reorganizar el Ejército y reforzar los resortes del mando. Decidieron reunirse los dos jefes militares, y como la situación de Madrid era archidelicada, opinó Casado que Miaja debía trasladarse a la capital, para lo cual comisionó a dos jefes —Ortega y Garijo— a fin de que acompañasen a Miaja en el viaje de Valencia a Madrid. Cayó Miaja en la treta, y cuando llegó a la jurisdicción de Casado, éste le hizo virtualmente prisionero y le obligó a dirigir alocuciones anticomunistas por medio de la «radio».

Pedían los Comités que el Gobierno hiciera acto de presencia, pero después del 1 de febrero, fecha en que todos los Ministros reuniéronse con el Presidente en el palacio madrileño de Lázaro Galdiano, ya no volvieron a aparecer por parte alguna. El propio Presidente interino de la República, llegado a Alicante en un avión desde Toulouse, perdióse de vista por el escotillón de la huida. Entonces se pensó que la diputado comunista Dolores Ibarruri (a) «La Pasionaria», se erigiese en Presidente y jefe del Estado, pero semejante intento coincidió con la sublevación comunista en Cartagena y con el golpe de fuerza del coronel Casado en Madrid.

La sublevación comunista de Cartagena, mandada por un madrileño de nombre Escanilla, era un verdadero contrataque frente a la actitud de una parte de la Flota y de valerosos grupos de falangistas que quisieron hacerse dueños de la ciudad y entregarla a las autoridades nacionales.

Demasiado esperanzados en el éxito de su plan, anunciaron a la España de Franco los propósitos que abrigaban, y desde uno de los puertos de Levante se encaminó hacia las aguas cartageneras una pequeña columna, a bordo del vapor «Castillo de Olite», el cual fue recibido a cañonazos por las baterías de la plaza y hundido a la vista del puerto.

Noticioso el coronel Casado de los sucesos de Cartagena, precipitó los de Madrid, de acuerdo con el «General Matallana», que había sido promovido al mando del Grupo de Ejércitos del Centro en sustitución de

Miaja, el cual, a su vez, recibió de Negrín —«in partibus infidelium»— el nombramiento de Generalísimo.

El coronel Casado había intimado con algunos Mandos anarquistas —concretamente con el ex albañil Cipriano Mera— en el frente de Guadalajara, donde el mencionado militar, que había sido jefe de operaciones de Largo Caballero —en la época en que éste era Ministro de la Guerra— mandaba dos Divisiones. Requirió, pues, Casado a Mera para que le ayudase a triunfar en Madrid. Matallana le envió algunas unidades desde Alicante. En esta ciudad aterrizó antes del 1 de marzo un avión en el que llegaban Lister, Modesto y «El Campesino», dispuestos a acaudillar las fuerzas que debían aplastar al coronel Casado. Una mujer francesa, portadora de un mensaje secreto de Thorez, secretado del partido comunista francés, comunicaba las últimas instrucciones de Dimitroff y de Stalin a los comunistas españoles.

Entablóse una lucha ardorosa en Madrid. Casado se había unido a Julián Besteiro, «líder» socialista conocido por su oposición a los métodos y a los programas de la Tercera Internacional. El mando de los comunistas fue asumido por el comandante Barceló, afiliado de antiguo a las organizaciones bolcheviques. (El comandante Barceló fue el que mandó las milicias que perdieron Toledo en agosto y septiembre de 1936, y el que asumió la responsabilidad del fusilamiento de Luis Moscardó, hijo del glorioso defensor del Alcázar.)

Ocho días de guerra de calles, de combates encarnizados casa por casa, reducto por reducto, en el interior de Madrid, necesitó Casado para ser dueño de la capital. Lo fue principalmente por la desorganización de sus enemigos transitorios y por el apoyo que le prestó una División anarquista, que desgajada del frente de Guadalajara y mandada por Cipriano Mera, se presentó en los alrededores de la capital y arrolló las resistencias de los Batallones de Barceló.

Hacia el 15 de marzo Casado, creyéndose en condiciones de negociar, hizo saber al Gobierno del Generalísimo que aspiraba a firmar la paz.

El 20 llegaron al aeródromo del Gamonal (Burgos) unos emisarios del Consejo de Defensa de Madrid. Celebróse una reunión en la que algunos jefes designados al efecto escucharon a los parlamentarios. No podía haber armisticio ni firma de paz, sino rendición sin condiciones. Un segundo viaje de los citados emisarios obtuvo iguales resultados.

En vista de que el enemigo no aceptaba la rendición incondicional y trataba de poner veladuras al triunfo militar total, decisivo, del Gene-

ralísimo, éste resolvió no esperar un instante más y desencadenó la ofensiva general que había preparado.

Antes, con ánimo de probar fortuna en un sector reducido, el General Saliquet, jefe del Ejército del Centro, mandó tantear el frente de la Casa de Campo, por si la resolución de resistir estuviera agotada en los Batallones rojos. Un desventurado episodio —cuyo esclarecimiento compete exclusivamente a la justicia militar— hizo que fracasara el sutil ensayo del General Saliquet, encomendado para su ejecución al coronel Losas como jefe de la 16 División.

¿Resistían los rojos? En tal caso no había más solución que atacar. Bastante tiempo había esperado Franco a que la cordura impusiera una solución menos violenta. La ofensiva se inició, en consecuencia, el 26 de marzo.

Plan de la batalla

Cincuenta y ocho Divisiones nacionales cubrían el frente desde el Norte de Valencia hasta la costa andaluza de Motril. Ese inmenso frente se hallaba distribuido entre los siguientes Ejércitos:

Levante (General Orgaz). — Integrado por los Cuerpos de Ejército de Galicia (Aranda), Castilla (Varela), Aragón (Moscardó), Urgel (Muñoz Grandes) y las Agrupaciones de Albarracín (Latorre) y Guadalajara (Perales).

Centro (General Saliquet).— Formado por los Cuerpos de Ejército de Madrid (Espinosa de los Monteros), Maestrazgo (García Valiño), Navarra (Solchaga), Tropas Voluntarias (Gámbara), Toledo (Ponte), Agrupación de Somosierra (Serrador) y Agrupación del Tajo (Mágica).

Sur (General Queipo de Llano). — Compuesto por los Cuerpos de Ejército de Extremadura (Solans), Granada (González de Espinosa), Córdoba (Duque de Sevilla), Marroquí (Yagüe) y Andalucía (Muñoz Castellanos).

El Ejército rojo, con 50 Divisiones sobre el papel y supuestas reservas fuertes, había dejado de ser una auténtica máquina de guerra por todas las razones que anteriormente hemos dejado expuestas.

El plan de Franco —sencillo, como las grandes operaciones clásicas — consistía en producir una serie de amplios ataques convergentes que,

estrangulando primeramente la inmensa bolsa de Extremadura y de Madrid, provocaran la caída de la capital y luego trajeran, como consecuencia, la ocupación de los territorios de Levante y del Sur.

Por su parte, los comunistas, en el caso de que hubiesen triunfado contra el coronel Casado, se disponían a pasar por las armas unas 40.000 personas en Madrid —¡aún más. Dios mío!—, destruir la capital mediante la colocación de minas en gran abundancia y replegarse hacia Levante, donde constituirían un frente defensivo, en espera de una fantástica ayuda rusa que se venía prometiendo a los milicianos.

Desplome del Ejército rojo

El día 26 de marzo el Cuerpo de Ejército Marroquí rompió violentamente el frente en el sector de Peñarroya. Antes, el general Yagüe, por medio de altavoces, había invitado a los rojos a la rendición. Repitió los razonamientos contenidos en la proclama que el Generalísimo había dirigido a toda la España roja. «Rendirse a la Patria victoriosa no es un deshonor. Vuestros dirigentes han huido. Es criminal prolongar un derramamiento de sangre sin ninguna esperanzan. Estos eran los motivos centrales de la arenga de Franco. No se produjo la reacción natural. Yagüe atacó a fondo.

«La zona de ruptura —dice un informe del General Barrón— estaba al Sur de la carretera de Hinojosa del Duque, a la altura de nuestras posiciones de Cabeza Mesada, y la dirección del ataque fue Santa Eufemia-Almadén.

Lanzadas al asalto nuestras tropas, apoyadas por los carros, se rompe el frente enemigo, no sin que éste oponga resistencia de infantería y de artillería, que nos ocasiona unas 50 bajas, entre ellas el último muerto, el teniente Aramendía, que llevaba dos años combatiendo en el Batallón 73.

Ocupadas las alturas de la Encinosa, núcleo principal de las organizaciones enemigas de su segunda línea, sobre las que se concentra furiosa su artillería, el avance es muy rápido, alcanzando en el día el río Guadarramillas.

Una columna motorizada que manda el coronel Rubio, formada por fuerzas de la 24 División y por tres unidades de la 13, rebasa a la infantería y ocupa Santa Eufemia, sosteniendo combate con una Brigada, último acto del jefe del Ejército rojo de Extremadura para contener lo inevitable.

El día 27 la motorizada avanza hasta ocupar Almadén y la infantería hasta rebasar el río Valdeazogues, a cinco kilómetros de Almadén, y llega, por la derecha, a la Alcudia.

Aquella noche nos dimos cuenta de que la guerra se había terminado. Un

camión nuestro, despistado, llegó a Chillón, que aún no habíamos ocupado, y se presentó al comandante militar para pedirle gasolina. Este, al darse cuenta de que los muchachos no son rojos, les dice: «No tengo gasolina; pero podéis esperar aquí a que mañana entren los nacionales, que están cerca, o ver si en el depósito de mi coche queda alguna». Los muchachos optaron por sacar la gasolina del coche y llegaron a Almadén.

Al día siguiente se ocupa Almadenejos, y el 29 una Agrupación llega a Ciudad Real en camiones y las otras a Puertollano, en trenes que pedimos por teléfono a los mismos rojos y que nos enviaron en seguida.



Columnas motorizadas en el rápido avance al Sur del Ebro

Desde Puertollano se hicieron excursiones para declarar en los pueblos cercanos el estado de guerra y se dio un paseo hasta Despeñaperros.

Por las carreteras avanzaban en todas direcciones milicianos hambrientos y cansados que buscaban comida y abrigo, maldiciendo de sus oficiales, que les habían abandonado huyendo con sus coches y les habían empujado a la huida y al hambre, en vez de entregarse con ellos en las posiciones que ocupaban, donde se les hubiera podido dar de comer más fácilmente y organizar su evacuación. Hicieron en este último momento lo más bajo que contra el honor militar puede hacer un oficial: abandonar a su tropa.»

A la derecha del Marroquí avanza el Cuerpo de Ejército de Andalucía, que también rompe el frente; 66.000 hombres irrumpen sobre la brecha abierta y destrozan todas las organizaciones enemigas. El primer día cae Pozoblanco, preparando las grandes profundizaciones de que habla en las líneas anteriores el General Barrón.

El día 27 de marzo se pone en marcha el Ejército del Centro sobre las líneas del Tajo. Tres Cuerpos de Ejército —Maestrazgo, Navarra y Tropas Voluntarias— invaden fácilmente toda la provincia de Toledo y se aproximan rápidamente a la carretera general de Alicante y Valencia.

Al final del día 27 son ya seis los Cuerpos de Ejército que están actuando.

El día 28 las tropas de la Ciudad Universitaria, alertadas para entrar en Madrid, observan enfrente un desusado movimiento.



Liberación de Madrid

La organización falangista de la capital, penosa y heroicamente montada durante el período de dominación roja, ha sabido aprovechar las circunstancias producidas por el movimiento comunista y se ha apoderado de los mandos. Grupos de camiones decorados con la bandera nacional y con la de la Falange Española recorren las calles de la capital al grito de «¡Franco!¡Franco! ¡Franco!» La 16 División, que guarnece la Ciudad Universitaria y la Casa de Campo, recibe orden de entrar en Madrid. A las once de la mañana, los primeros elementos que guarnecían la Ciudad Universitaria desembocan en las calles del barrio de Argüelles y en los Bulevares y van ocupando todos los edificios públicos. Poco después se hacen cargo de los depósitos de municiones, del armamento, que los milicianos depositan sin protesta en los lugares señalados, y de todos los servicios de la villa. La Bandera de Falange de Marruecos entra igualmente por el barrio obrero de Vallecas y establece sus puestos de control en las barriadas orientales de Madrid.



Oficiales y soldados del Ejército rojo se enregan a las fuerzas nacionales en la casa de Campo

Ese mismo día el Cuerpo Legionario ocupa Aranjuez y Ocaña. Más tarde cae Tarancón.



El Coronel Ríos Capapé en la calle del General Ricardos, al entrar en Madrid

El Ejército de Levante se pone en marcha, igualmente, con todas sus fuerzas. Galicia entra en Valencia; Castilla ocupa la huerta levantina; Aragón toma posesión de la Sierra y de la ciudad de Cuenca; Urgel adelanta las vanguardias hasta Alcalá de Henares.

Millares de combatientes comunistas se repliegan desordenadamente hacia Alicante y Cartagena, con la esperanza de una huida. Los destacamentos motorizados del Ejército nacional ganan terreno, abriéndose paso tranquilamente en medio de las masas de fugitivos, que ni siquiera intentan tocar el cerrojo del fusil.



Entrando por la calle de Alcalá



El monumento de la Cibeles durante la época roja

El 29 se rinden Jaén, Ciudad Real, Sagunto, Albacete. El 30, un oficial de la 3.ª Compañía de Radiodifusión y Propaganda se adelanta al grueso del Ejército y toma posesión de Alicante cuando en aquella ciudad hay todavía 10 ó 15.000 rojos armados. Pero ¿de qué sirven las armas cuando no existe moral que las sostenga? Detrás de ese oficial entra el Cuerpo de Tropas Voluntarias, que se instala oficialmente.

El día 1 de abril, el Cuartel General del Generalísimo lanza al mundo desde Burgos el siguiente comunicado oficial:

«En el día de hoy, cautivo y desarmado el Ejército rojo, nuestras tropas victoriosas han alcanzado sus últimos objetivos. La guerra ha terminado. Burgos, 1 de abril de 1939. Año de la Victoria—El Generalísimo, *Franco*.»

Un inmenso respiro de alegría y de satisfacción sacude a España entera. Una emoción incontenible se esparce por todos los países civilizados. La guerra de España, de liberación de España, se ha acabado;

su fin era el que inexorablemente debía ser con arreglo a las leyes de la lógica, de la moral y de la técnica. Ha triunfado quien debía triunfar: el Caudillo, poseedor de una técnica, capaz de una organización, intérprete de una política nacional, rector de una economía. En suma: el gran Jefe al frente de un gran pueblo.

Militarmente, los hechos que han sido tema de este libro han llegado al punto final.



Valencia, presencia el desfile de los vencedores

CAPÍTULO XI

RESUMEN Y CONSIDERACIONES GENERALES SOBRE LA VICTORIA NACIONAL

¿Cuáles son las razones de la victoria alcanzada por Franco? El capitán Bauer, del Ejército suizo, que visitó el frente nacional hacia fines del año 1937, ha escrito estas palabras:

«El Alto Mando no es una simple actividad intelectual que se manifiesta por medio de órdenes y de instrucciones multicopiadas. Es también, y en primer término, un impulso moral que se transmite como la onda eléctrica de arriba abajo en la escala jerárquica,

Cuando el Jefe irradia su energía, cuando comunica a los subordinados su propia resolución, cuando hace que el entusiasmo nazca en todas partes, cuando sabe poner la confianza en las personas que tiene a sus órdenes y discierne los méritos, ha cumplido una gran parte de su tarea. Después de cada guerra se ha discutido la razón o la sinrazón de esta o aquella decisión estratégica; pero lo que distingue a los grandes conductores de los talentos más vulgares es la unidad de espíritu que han sabido instituir en torno a ellos; son los actos de heroísmo que han provocado; es la superior calidad del valor que han exteriorizado en sus decisiones y que Napoleón llamaba «el valor de las dos de la madrugada».

Este es, como decía el mariscal Foch, el departamento de las fuerzas morales. Desde este punto de vista nadie puede dudar de que Franco es un gran Jefe. Lyautey, hace diez años, le reconocía como tal, y nosotros nos adherimos al juicio del gran africano.»

Efectivamente, la primera razón de la victoria de Franco se encuentra en la unidad de espíritu que desde el primer día supo crear y mantener en torno a su persona. La Nación le abrió un inmenso, inagotable crédito de confianza, hecha de fe, de esperanza y de adhesión afectiva. Para encontrar en la Historia de España un caso semejante de unión entre un pueblo y su Caudillo habría que remontarse a siglos muy lejanos. Jamás albergaron los ánimos nacionales la menor duda. El nombre de Franco y el concepto de «victoria» fueron, en todo instante, expresión de una sola doctrina y de un anhelo único. Por eso, lejos de discutirle jurisdicciones, regatearle

obediencia, limitarle el acatamiento y rozar la disciplina, los españoles nacionales no creían jamás colmado el nivel de su entusiasmo por Franco. Esto hizo que el Mando fuera auténtico mando y que todos los poderes, absolutamente todos, desde el militar al económico, se movieran bajo el imperio de una sola espada, al impulso de un solo pensamiento y al ritmo de un solo corazón. Franco, sin dejar de ser el gran Jefe militar que ganaba batallas concretas, era un símbolo; tocar el respeto y devoción que se le debía hubiese parecido a cualquier español de la zona nacional un crimen, en definitiva, un suicidio.

El propio Vicente Rojo, jefe de Estado Mayor Central del Ejercito marxista, ha dado las siguientes razones de la victoria de Franco:

«*Militares*.—La ciencia militar, el arte de la guerra, exigía el triunfo r Franco.

Los rojos carecieron de los medios materiales indispensables para el sostenimiento de la lucha.

La dirección técnica de la guerra, en el campo marxista era defectuosa en todo el escalonamiento del Mando.

Políticas.—La República no se había fijado un fin político, propio de un pueblo dueño de sus destinos o que aspiraba a serlo.

El Gobierno rojo fue impotente, por las influencias sobre él ejerció, para desarrollar una acción verdaderamente rectora de las actividades del país.

Los errores diplomáticos de los rojos dieron el triunfo a los nacionales antes de que se produjera la derrota militar.

Sociales y humana.—Franco logró la superioridad moral en el exterior y en el interior.

Supo asegurarse una cooperación internacional permanente y pródiga.

Síntesis.—Franco ha vencido por su superioridad, lograda por su acción y por los errores rojos.»

Si el jefe de Estado Mayor Central del Gobierno de Barcelona declara tan llanamente las razones de la victoria nacional, ¿para qué insistir por nuestra parte? Sin embargo, no estará de más poner los puntos sobre determinadas *íes*.

En efecto; la ciencia militar, el arte de la guerra, exigían el triunfo del Caudillo español. Pero la técnica no es pura magia ni milagro, sino sabiduría, trabajo constante, conocimiento de las situaciones que la guerra plantea, adaptación a las circunstancias, y ¡voluntad de vencer ! En resumen, interpretación personalísima aplicada a esa enorme convulsión de pasiones y de fuerzas ciegas que se llama «una guerra». La mejor

técnica, servida por una moral deficiente o por un ideal mezquino, suele quebrarse ante la superioridad ideal y moral del adversario.

La técnica, por sí sola, no hubiera asegurado el paso del convoy marítimo por el Estrecho de Gibraltar el día 5 de agosto de 1936. Al contrario: los técnicos eran, en principio, opuestos a la operación. Franco conjugó la técnica posible con una inmensa fuerza moral que fue el soberano motor de aquella jornada inolvidable.

Los medios técnicos no defendieron, aisladamente, el Alcázar de Toledo.

Ni hicieron de Belchite un santuario del heroísmo español. Ni se impusieron a la violentísima ofensiva roja de Brunete.

En Belchite, en Brunete, en Toledo y en el Estrecho de Gibraltar, la técnica —como en algunas otras ocasiones— estaba repartida en los dos campos; Franco tenía, en cambio, a su lado la moral y la fe.

Dicho esto por vía de aclaración, convengamos en que el Generalísimo fue, también, inmensamente superior a sus enemigos en el paro ámbito de la técnica militar. No tenía Ejército y creó uno magnífico; carecía de flota, y la hizo nacer del fondo de nuestros arsenales; no disponía de industrias de guerra y las organizó; faltaban cuadros de oficiales, y al final de la guerra tenía España 50.000 tenientes y alféreces procedentes de las Academias; salió a campaña con una estremecedora escasez de fusiles, de cartuchería y de vestuario, y cuando hubo pasado el tiempo indispensable los soldados de Franco tenían fusiles sobrantes, cartuchos en superávit enorme, iban equipados como en un gran Ejército europeo; se encontró sin Marina mercante, y a poco halló medio de pasear la bandera de España por las rutas comerciales del mar.

Consciente de lo que es un Ejército, impuso desde el primer día la más rigurosa subordinación de todas las demás fuerzas de la Nación a las necesidades de la guerra y al logro de la victoria.

Sabía el valor que tiene en toda guerra la conservación de la iniciativa, y si alguna vez la perdió, por uno de esos inevitables episodios de toda campaña, se esforzó ahincadamente en recobrarla, y la recobró, efectivamente, con rapidez vertiginosa. Así en Brunete, así en Teruel, así en el Ebro.

La unidad de espíritu y de destino de todos los españoles incorporados a su causa fue de una autenticidad jamás desmentida. Por eso, el

rendimiento que daban los combatientes no tiene apenas par en la historia de las guerras.

«Yo no puedo olvidarme —palabras de un General extranjero— de aquellas soldados con rancho frío y en alpargatas que, aislados en las nieves de Teruel, seguían luchando como leones, sin que ninguno de ellos pronunciara una sola palabra de queja o de protesta.» Se refería a ciertos destacamentos que aislados, en efecto, por la acción del enemigo en alguna de las avanzadilla nacionales, no pudieron replegarse a sus posiciones sino después de veinticuatro horas de combate incesante.

Para que los combatientes llegaran a tan maravillosos grados de heroísmo y de sacrificio Franco puso en juego las fuerzas morales, que son el principal secreto de una guerra, y los resortes de la técnica con toda la importancia que merecen y la eficacia que su buen funcionamiento exige.

Con una calma y una prudencia ejemplares, con una serenidad que produce admiración, pero a la par con un coraje y con una decisión admirables, Franco supo dar tiempo al tiempo, colocar sólidamente los cimientos de una gran organización militar, jerarquizar los mandos con responsabilidad y autoridad completas; así llegó a disponer de un Ejército que no era una yuxtaposición de Divisiones o de Cuerpos de Ejército, sino un sistema nacional en marcha.

Pues ¿y qué decir de su política en relación con la retaguardia?

Asegurados el orden público y la obediencia de toda la población civil, Franco tuvo en cuenta que si a todo poder político le importa tener el constante respaldo de la opinión, esta unión con su pueblo es más decisiva en quien asume poderes absolutos e indiscutibles. Por eso, lejos de desdeñar el público parecer y de tratar a los españoles que le seguían como a una ciega y humilde manada que va haciendo su ruta bajo el látigo, Franco se acercó constantemente a escuchar los latidos del corazón del pueblo. Encontramos pruebas elocuentes en la política de precios que sostuvo para que la retaguardia, las familias de los combatientes, en suma, no fueran víctimas propiciatorias de especulaciones inmorales. La misma pausa con que procedió a las movilizaciones de los distintos reemplazos militares acusa un delicadísimo tacto en el Generalísinno. Jamás movilizó por movilizar; quiso atenuar siempre la conturbación que forzosamente produce en ciudades y aldeas el llamamiento de los reclutas. ¿Para qué acentuar el sacrificio, si no era absolutamente necesario a los fines de la victoria? Le preocupaba ardientemente el problema de la siembra y de la recolección; no quería campos yermos ni cosechas perdidas. Ni le

interesaba tener llenos de hombres los depósitos mientras aquellos hombres no tuvieran a mano el armamento indispensable y no hubiesen de ir a la lucha para decidir las batallas.

En estos principios de conducta moral, política y técnica, se inspiraba la misma elástica y articulada estrategia de Franco. Cuando no tuvo sino columnas ligeras, pero muy móviles y rápidas, impuso al enemigo un sistema de combates de tipo —perdónese la palabra— «colonial», y lo subordinó todo a la sorpresa, a la velocidad, al golpe invisible, al desconcierto que producen los desplazamientos inesperados y los insospechados despliegues. Cuando dispuso de un gran Ejército, maniobró con arreglo a la doctrina de una estrategia más recia y compleja. En los dos casos su talento militar demostró estar servido por los mejores conocimientos técnicos.

En el Generalísimo jamás se disociaban el político y el militar. A veces, la destrucción de una ciudad podía apresurar un triunfo; pero si existía alguna posibilidad de evitar nuevas destrucciones, reiteraba insistentemente las órdenes a fin de aminorar los desastres que la guerra causaba a la economía española. En más de una ocasión pudieron sus tropas invadir territorios fecundos, donde el combate era más directo y fácil; Franco prefirió maniobrar ampliamente, a riesgo de perder días y de aplazar la consecución del triunfo local, pero con la seguridad de que esa manera de proceder repercutiría saludablemente en la organización del país una vez que la guerra hubiese terminado.

Otra de las características del Caudillo fue —y sigue siendo— su reacción violenta contra el despilfarro del dinero de España y de los frutos de nuestra producción. Con celo que la Historia deberá registrar ha vigilado en todo instante los capítulos de gastos ocasionados por la lucha, y no ha tolerado que jamás se filtrara una sola peseta por vías inadecuadas. En la zona nacional no se ha dado el comisionista de compra de armamentos, ni el diplomático o el cónsul que en dos años pasan de la pobreza a la opulencia, ni el trasiego de materiales comprados a voleo por personas que hacen de la guerra un negocio. Así se explica que la economía de la España nacional alcanzara la solidez que el mundo conoce. A este propósito hay que recordar algunos datos curiosos. Por ejemplo:

En los primeros días del Movimiento alguien que desempeñaba un cargo oficial en Burgos sorprendió al General Mola sacando personalmente copias de sus órdenes en un aparato «cyclostile» porque ni siquiera tenía a mano el dinero para montar inmediatamente la necesaria oficina.

En aquel mismo tiempo, como cierto agregado comercial cambiara impresiones con un alto funcionario sobre las disponibilidades existentes en divisas extranjeras, se enteró espantado de que el Tesoro no contaba sino con ¡mil cuatrocientos dólares! Al día siguiente hubo que vender una partida de curtidos a cierto comerciante del Pirineo francés, que pagó al contado *setecientos mil francos.*

Por este orden podríamos enumerar muchos otros casos.

¿De dónde saca Vicente Rojo la afirmación de que los marxistas «carecieron de los medios materiales indispensables para el sostenimiento de la lucha»? ¿No tenían acaso todo el oro del Banco de España? ¿No estaban en sus manos las fábricas de material de guerra y casi todos los parques importantes? ¿No eran dueños de las nueve décimas partes de las zonas industriales? ¿No disponían de la Flota de guerra y prácticamente de toda la Marina mercante? ¿No se hallaban en su poder las fronteras? ¿No es cierto que la columna del teniente coronel Yagüe arrancó de Sevilla con tres baterías, y que al llegar cerca de Madrid se había apoderado de más de 80 piezas de artillería roja? ¿No recibió el Frente Popular centenares de aviones, millares de ametralladoras, millares también de camiones magníficos, decenas de millares de fusiles y millones de cartuchos y granadas?

El que carecía de los medios materiales indispensables para sostener la lucha era, por el contrario, el Generalísimo Franco. Pero hizo suyo el pensamiento de Zumalacárregui cuando se dirigió a sus primeros voluntarios: «Las armas y las provisiones están en poder del enemigo. Cuando le derrotemos, serán nuestras».

El Ejército de Franco ascendió de casi la nada a su magnífica realidad final.

El rojo pasó de una gran fuerza en potencia al aniquilamiento de todas sus energías.

Sucedió esto por todo lo que hemos dejado expuesto, y por muchas razones más que expondríamos si no temiéramos dar a estas páginas un tinte excesivamente político, impropio de los propósitos que nos han inspirado al escribir la obra presente.

Frente a esa moral de Franco la España roja se presentaba sin unidad de espíritu, dispersa, partida, desvencijada por la acción de numerosas organizaciones políticas y sociales. Con sin igual locura, allá donde aparecía un técnico se presentaba en el acto un pistolero para asesinarle o un demagogo para reemplazarle. No se entendió jamás, ni aun en los

momentos más graves, lo que quiere decir la palabra «disciplina» ni su hermana, la palabra «subordinación». El derroche de dinero en la España roja constituye uno de los escándalos más bochornosos que ha presenciado Europa. (Véanse los alegatos de Luis Araquistain contra el Gobierno Negrín). Miles de millones de pesetas desaparecieron en el pozo sin fondo de una Administración montada en parte sobre la ineptitud y en parte sobre la desenfrenada codicia, compañera del robo y del saqueo. Cargamentos extraordinarios de armamento no sirvieron sino para aumentar los parques nacionales. La falta de un ideal auténtico mantuvo siempre la combatividad de los milicianos —salvo casos especiales de unidades fanatizadas— por debajo del nivel necesario para sostener largos combates.

En suma: las fuerzas morales y el dominio de la técnica son la clave de la victoria de Franco. Sólo quien las posee puede aspirar al triunfo en la guerra. Armas, servicios, retaguardia, funcionarios, todo el país nacional confió plenamente en la técnica de Franco y se puso al servicio de esas fuerzas morales. De esos servicios y de esas armas hemos de decir algo, por vía de muy somero resumen, antes de cerrar las páginas de esta HISTORIA MILITAR.

Marina de guerra

No sabría encontrar las palabras adecuadas para pedir a los marinos de guerra de España que me excusen de tratar aquí acerca de las proezas que han llevado a cabo, de los sacrificios que han hecho y de los fundamentales servicios que han prestado a la Causa de la Victoria nacional.

He dudado mucho en este punto. De una parte, me parecía lógico dedicar unas páginas a referir algunas operaciones de guerra en que la Marina ha sido el factor preponderante y decisivo; de otra, he temido que el tema quedase empequeñecido. Se han publicado desde hace dos años algunos libros muy sugestivos acerca de la participación que nuestra Flota de guerra ha tenido en la campaña; falta, sin embargo, la historia circunstanciada que están pidiendo los méritos de la Marina.

Si las deidades editoriales me son propicias y alguien con mejor pluma y mayores conocimientos no me aventaja en el tiempo, tengo el propósito de referir en una «Historia de la Marina de guerra española desde 1936 a 1939» todo aquello que es no sólo honor insigne de nuestra Patria,

sino elemento indispensable para entender adecuadamente las complejidades de la guerra civil ganada por Franco.

Con sólo resumir los gloriosos episodios que han quedado sugestivamente recogidos en varios libros (el de José Antonio y Ricardo Jiménez Arnau o el de Víctor Solá y Carlos Martel, por ejemplo), podría llenar páginas y más páginas. Pero el carácter que he tratado de dar a estas páginas históricas no me autoriza a recoger aquí capítulos episódicos, que sólo por excepción indispensable he dedicado a las hazañas del Ejército de tierra.

Los pormenores del Alzamiento en los puertos de España, el inmenso sacrificio de los centenares de jefes y oficiales y asesinados, la creación de una Marina de guerra partiendo de un pequeño destructor y de la posibilidad de utilizar algunos navíos más importantes; las inconcebibles hazañas de los «bous» armados, la técnica y el coraje de las operaciones de bloqueo en el Cantábrico, el bloqueo en el Mediterráneo, los combates con unidades de la Escuadra roja, la constante batalla contra los submarinos de Cartagena; las relaciones con las Flotas extranjeras, la constitución de una gran base en Palma de Mallorca, el trabajo inverosímil de las flotillas de hidroplanos, el hundimiento dramático del «Baleares», la organización, en suma, de una Escuadra frente a la superioridad material en que los rojos se encontraban, exigen estudios largos, datos muy complejos, para que no resulte liquidada en quince o veinte páginas una gesta como la de los marinos españoles, que con ocasión de la guerra civil han alcanzado tales niveles de grandeza moral y de excelencias técnicas, tanta gloria y gallardía históricas, que no hay en el mundo entero quien no los haya situado junto a los héroes más esclarecidos de las guerras marítimas.

Quede, pues, en estas líneas el obligado y emocionadísimo recuerdo, y ojalá podamos un día escribir unas páginas más meditadas, y repletas de los necesarios documentos, la historia auténtica de lo que España, en trance de salvación, ha debido a los jefes y a las tripulaciones de nuestras navíos de guerra.

Aviación

Todo aviador tiende al «douhetismo», o sea al entusiasmo por las doctrinas de Douhet, supremo teorizador de la guerra aérea.

Comenta el mencionado tratadista la revolución que se ha producido en el arte de la guerra por la aparición del Ejército del Aire. Esa revo-

lución —según Douhet— alcanza profundidades mayores de las que suponen los técnicos actuales. Hasta el advenimiento de la lucha aérea los Ejércitos y las Escuadras eran a manera de corazas encargadas de proteger la vida normal y el trabajo regular de la retaguardia. Detrás de los buques o de las tropas los pueblos podían continuar desarrollando tranquilamente sus habituales iniciativas.

Pero he aquí que la Aviación hace acto de presencia, y por ese solo hecho se transforma el panorama de los objetivos militares.

Mediante el empleo del avión se puede llevar el ataque hasta el corazón mismo de los países en guerra.

Los aviones deben buscar, empleando el procedimiento de los vuelos en masa, la destrucción de cuantos elementos de vida existan en una nación que guerrea; al propio tiempo son factores directos de una profunda desmoralización pública, que puede obligar a un enemigo a suspender sus proyectos de guerra y a solicitar la paz.

Agregan muchos aviadores, siguiendo a Douhet, que la guerra aérea sería la única compensadora, porque la rapidez de su resolución evitaría los enormes sacrificios propios de una larga lucha en la tierra o en el mar; por consiguiente, no se daría el caso —tan conocido en la historia de nuestros tiempos— de una victoria ruinosa y catastrófica para los propios beneficiarios del triunfo. Los objetivos del ataque aéreo serían los grandes núcleos de población, sobre los cuales se insistiría incansablemente por medio de bombardeos fulminantes y atroces, hasta conseguir que los habitantes de un país se dispersaran, como un pueblo maldito, o se rindieran bajo los efectos de un terror insuperable. Esas doctrinas llevan a la curiosa consecuencia de que la misión de los Ejércitos de tierra y de las Flotas pasarían en cierto modo a segundo término, mientras los aviones se encargaban de precipitar las soluciones finales.

No es ésta la ocasión adecuada para insistir en el estudio del «douhesismo», pues acontecimientos venideros se encargarán de fijar los límites del problema y su exacto alcance. En todo caso, tenía razón el General Kindelán al afirmar que durante la guerra de España no fue posible emplear el arma aérea con la debida amplitud y con lo mejor de su poderío, por la consideración de que en una guerra civil hay que respetar patrióticamente objetivos que serían esenciales a lo largo de una guerra internacional. Durante la lucha civil de España no podía ser objetivo de los aviadores nacionales la destrucción de cuanto significaba vida y aliento en la retaguardia roja, porque con ello se acrecentaba el porcentaje de

empobrecimiento de nuestro pueblo. Al otro lado de las líneas rojas esperaban a Franco territorios propios, poblaciones españolas, y lejos de querer llevarles la muerte, aspiraba el Generalísimo a ensancharles los caminos hacia una vida mejor. Los bombardeos se limitaron, por consiguiente, a los lugares designados con el nombre de «establecimientos o zonas de carácter estrictamente militar». Si alguna vez fue necesario apurar el método, cúlpese a los que cubrían fábricas de municiones o núcleos de fortificación entre apacibles casas habitadas por la población civil.

Cuando en julio de 1936 empezó la guerra de liberación de España, el Ejército nacional, mucho mejor dotado de principios morales que de instrumentos directos de combate, se encontró, naturalmente, paupérrimamente provisto de Aviación. Las dos últimas semanas de julio y todo el mes de agosto fueron de gran amargura para los pilotos de Franco. No contaban apenas más que con el propio heroísmo y con un espíritu de sacrificio a cuyo servicio ponían la capacidad técnica y la habilidad en la maniobra. Frente a las escuadrillas —mediocres, sin duda— que presentaban los rojos, no podían oponer los aviadores nacionales otra cosa que el constante milagro. La Escuadra cierra el paso del Estrecho de Gibraltar. El Ejército africano parece incomunicado con las ciudades de Andalucía. Es en ese instante cuando la Aviación nacional empieza a hacer verdadero prodigios. Sobre aviones que debieran ser baja en el servicio llegan a Sevilla los primeros núcleos de tropas de Marrueco, El teniente de navío, aviador Ruiz de la Puente, con otros compañeros de las escuadrillas de «hidros», alcanza los confines de la gloria. El capitán Vara de Rey —descendiente del héroe de Caney, junto a Santiago de Cuba— rinde prácticamente el aeródromo de Tablada (Sevilla). Carlos Haya, «as» de «ases», que había de morir por España en la batalla de Teruel, salva y redime críticas necesidades a bordo de un «Douglas» que guía con mano admirable.

Otros pilotos inician los bombardeos a larga distancia. El comandante Rubio ganó ardientemente la base aérea de León. Reunió allí unos cuantos «Bregues» atacados de senectud e improvisó en nave corsaria una avioneta de turismo. Unos cuantos pilotos llegaron en vuelo desde los aeródromos rojos. En el campo de Tablada nacieron las primeras unidades verdaderamente coherentes y sistemáticamente eficaces. Mediante esfuerzos inauditos queda constituida la primera Brigada del Aire con material moderno adquirido en el extranjero. El núcleo fundamental de esta Brigada está constituido por aparatos de bombardeo dotados de gran

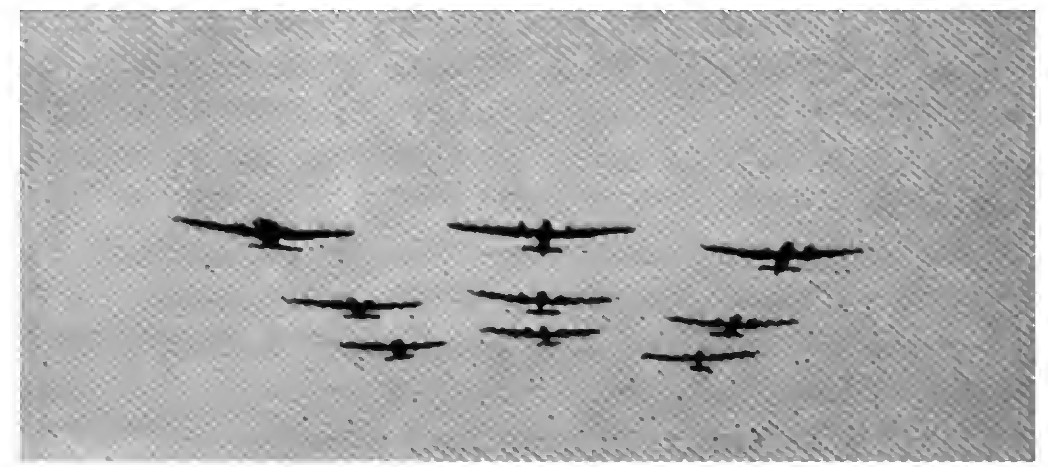
fuerza ofensiva. Se trata, sin embargo, de aviones un poco lentos. Será necesario sustituirlos, porque en el campo rojo han hecho su aparición los «Ratas» y los «Curtis».

Se iniciaron los grupos de grandes «cazadores». En el frente nacional se asiste a la creación de la «cadena» o sistema especial de ametrallamiento mediante picados en círculo. El primer jefe «cadenero», Martín Campos, cae muerto en el frente de Santander.

García Morato, extraordinario arquetipo de aviadores, crea técnicas españolas de caza en el frente del Jarama.

Con motivo de la batalla de Teruel llega la Aviación española a la grandeza de su organización. Antes se había mostrado decisiva en la ruptura del «cinturón de hierro» de Bilbao y en otras operaciones sobre diversos frentes. Pero Teruel es la cumbre. La Brigada del Aire, aquella que se insinuó en Sevilla, pasa a convertirse en un Ejército aéreo bien ordenado y muy eficaz. El gran bombardeo estratégico, el bombardeo táctico, la «Caza» y el acompañamiento, se integran en un gran resumen de poderío.

El suelo de España es duro y áspero para la guerra. Aspero y duro es también el cielo. Los climas se quiebran en diferencias bruscas; las alturas no permiten volar jamás 400 ó 500 kilómetros sin que salgan al paso violentas variaciones atmosféricas. Pero si como en la tierra es propicia España para la maniobra inteligente, para la sorpresa y el inesperado giro de la imaginación creadora, lo es también entre las barrocas nubes.



Alas azules sobre el frente del Ebro

Por eso, los pilotos españoles dieron durante toda la guerra ejemplo de lucha inesperada, de combate original, y crearon la modalidad del acompañamiento inmediato o «cadena», que todos los países del mundo

deberán imitar cuando de veras muevan sus Ejércitos a una batalla o al asalto de una posición enemiga.

«El gran bombardeo» tomó importantes proporciones en España durante la primavera de 1937. Entonces empezaron a utilizarse los potentes y velocísimos aviones pesados. Gracias a su rapidez de vuelo y a sus defensas autónomas, no necesitaban ir siempre protegidos por aviones de «caza». Esos aviones recuerdan en cierto modo la misión de los grandes acorazados en el mar.

Su misión es el bombardeo de los centros vitales del enemigo. A una orden del Mando están dispuestos a lanzar toneladas y toneladas de explosivos. Es el bombardeo que llamaríamos «estratégico». Esos mismos aviones pueden tomas parte en otros bombardeos de índole «táctica», colaborando con la artillería en la destrucción y en la pulverización de las líneas fortificadas. Siempre que se emplean aparatos muy modernos se puede prescindir de la protección de la «caza», porque la velocidad y el armamento propios protegen por sí mismos a los «acorazados del aire». Cuando el bombardeo táctico se lleva a cabo con aviones de calidad militar inferior a la apuntada, la relativa lentitud de la marcha y la maniobra exigen fuertes protecciones de las escuadrillas de «caza».

Esta última modalidad de la guerra aérea, la «caza», es la más brillante y espectacular; la que el público comenta con más pasión, la que despierta entusiasmos más fervorosos; la que aparece a los ojos del mundo con penachos más románticos. Dos son los objetivos primordiales de la «caza»: defender la retaguardia y las líneas del frente contra los aparatos enemigos y dominar el espacio aniquilando a los «cazadores» contrarios. Protege los bombardeos tácticos y vigila determinadas zonas sobre las cuales no debe aparecer jamás ningún peligro por vía aérea. En España y en todo el mundo, los «cazadores» son los combatientes más nimbados de luminosa fama. Guynemer fue el ídolo de Francia en la Gran Guerra; Richthofen reunió todas las admiraciones de Alemania.

La aviación «de acompañamiento» o «cadena» es de origen típicamente español. Nació entre nuestros pilotos. Es una especie de escalón intermedio entre las fuerzas de tierra y las del aire. Podíamos decir que tiene algo de una «Infantería aérea». Casi llega a ocupar las trincheras enemigas mediante el fuego de sus ametralladoras y el riego de sus pequeñas bombas. Colabora tan de cerca con las tropas terrestres que, en cuanto a la interpretación militar de su misión, se confunde con ellas No se admirará jamás suficientemente a los pilotos de las «cadenas». Su

conocimiento del terreno debe ser completo; su estudio de lo-planes del Mando, perfecto; su sistema de enlace con las tropas de extrema vanguardia, exacto. Se trata de un ataque que reviste extraordinaria eficacia en las fases ofensivas; en la defensiva corta rápidamente los vuelos del empuje enemigo y tiende a dispersarlo. Parece que la «cadena», como elemento y método de colaboración en la batalla, está llamada a alcanzar insospechado desarrollo.

Una de las lecciones que se infieren de la guerra de España es la extraordinaria capacidad que el joven combatiente español posee para distinguirse en todas las fases y circunstancias de la lucha aérea.

Pese a la disciplina y sentido orgánico que, a medida que transcurre el tiempo, caracteriza la guerra en el aire, no deja de quedar un margen muy amplio para la iniciativa individual; esto contribuye de manera extraordinaria a poner en juego las virtudes más importantes de nuestros pilotos, inclinados todos ellos a la genialidad y a la iniciativa creadora. Admiración de todos los técnicos extranjeros han sido los mozalbetes de veinte años que en un dos por tres se convertían en maravillosos «cazadores», en bombarderos y observadores de primer orden. Al verse solo, en el espacio, frente a las innumerables incógnitas que este género de guerra plantea, se sentían como exaltados hasta sus últimas y máximas potencias, y se constituían en verdaderos modelos.

Ninguna de las técnicas, algunas muy complicadas, que la Aviación presenta, era obstáculo a la rapidísima obtención de los resultados más amplios.

Es todavía pronto para sacar de la guerra de España otras conclusiones de carácter general sobre el papel y la misión de los aviones en una guerra entre potencias igualmente armadas. Todo parece indicar que no ha llegado a ser todavía el arma decisiva de que nos habla Douhet; pero faltan muchas experiencias, entre ellas la de emplearlos en masas muy grandes, que cuenten por millares y produzcan fenómenos de destrucción, súbitos e incoercibles, sobre las ciudades de una retaguardia. En esto, como en otras muchas experiencias, la cautela aconseja esperar los procesos de la guerra europea.

En cuanto a la guerra de España, importa declarar que el predominio de los pilotos nacionales no se debió, en general, al mejor material o al número de aviones desplegados, sino a la preparación técnica de los combatientes y a la prodigiosa moral que les impulsaba en medio del combate.

Acerca de algunos otros extremos relacionados con la guerra aérea —suministros por medio de aviones, etc.—, hemos consignado pequeñas observaciones en varios capítulos de este libro. Respecto a los problemas militares que plantea la independencia territorial de España y su posible colaboración —si el caso llega— con otras potencias en una guerra internacional, ha quedado probada la inmensa eficacia que la aviación de gran bombardeo estratégico podría tener dadas las condiciones geográficas y topográficas de la Península ibérica. No es ocasión de entrar aquí en el examen de tan importantes problemas, que, por otra parte, merecen plumas positivamente técnicas y estudios muy concretos.

Aviación legionaria

Constituida con efectivos muy semejantes en número a los de la «Legión Cóndor», la Aviación legionaria ha escrito en la guerra de España páginas de epopeya. Aun cuando todas sus manifestaciones fueron dignas de la máxima admiración, hay que reconocer que fue en la «caza» donde los pilotos italianos conquistaron las máximas victorias. Se diría que la juventud legionaria, nutrida de anhelos revolucionarios, encontraba en esa forma de lucha un constante incentivo y ocasión propicia para desarrollar las cualidades esenciales de todo un pueblo. No quiere esto decir que el servicio de bombardeos no estuviera señalado por heroísmos resplandecientes y por éxitos que han dejado bajo nuestro cielo recuerdos inmarcesibles, sino que es en la «caza» donde una juventud formada con arreglo a principios y doctrinas de combate halló el mejor medio de probar su moral y su denuedo. La aviación legionaria ha sido digna del Cuerpo de Tropas Voluntarias. Su heroísmo no admire superación.

«Legión Cóndor»

Como corresponde a una fuerza alemana, la «Legión Cóndor», iniciada modestamente en cuanto a sus efectivos, hasta convertirse en una gran unidad, mostró en España todas las virtudes típicas del pueblo germánico. Su organización autónoma, su sistema de transmisiones, su establecimiento de mandos, de servicios auxiliares, de cartografía y de información, pueden considerarse como modelos en el género. A medida que las circunstancias iban transformando el panorama de la guerra, se fueron repudiando aparatos inferiores para reemplazarlos por «últimos

modelos» de magnífico rendimiento. Lo mismo en el bombardeo que en la caza, los pilotos alemanes dieron pruebas de un valor sereno, de una preparación admirable y de una insuperable noción de la responsabilidad. La división de la caza o el combate en dos zonas o sectores —el combate, propiamente dicho y la persecución— ofrecieron resultados militares considerables. Los vuelos nocturnos fueron, igualmente, señal del nivel que ha logrado la aviación alemana; sus trescientos muertos de la guerra de España —en cifras aproximadas— acreditan el brío con que tomaron parte en el combate.



Un "Heinkel III" de la legión Cóndor

«Legión portuguesa»

Sería imperdonable que no quedara en estas páginas, como señal de gratitud y de admiración, el recuerdo de la «Legión portuguesa» o «Legión de los Viriatos». Fue, entre todas las fuerzas integradas por voluntarios extranjeros, la que sufrió proporcionalmente mayor número de bajas. Desde el instante de su constitución se distinguieron los combatientes portugueses por su entusiasmo, su espíritu de sacrificio y su decisión en la lucha. La emoción que tal conducta despierta se avalora más y más al considerar que los voluntarios de Portugal se movieron en todo momento a impulsos del desinterés. Sólo el ideal les trajo a la guerra de España, y en el servicio de ese ideal hallaron la adecuada satisfacción. Tierra española cubre los restos de aquellos muertos que cayeron por España, por la civilización y por la Fe.

Entre todos los soldados, el que histórica y tradicionalmente simboliza al «combatiente» por esencia, presencia y potencia, es el de Infantería. Conocida es la broma de todos los Ejércitos de Europa; podríamos resumida parodiando una frase de Renán: «On est toujours embusqué de quelq'un»; siempre se es emboscado respecto de alguien. Para el soldado de Infantería que vive entre el fango de las trincheras o bajo el ardiente sol que achicharra el parapeto, es emboscado el artillero de campaña; para éste lo es el de la artillería de grueso calibre; para éste el ingeniero, y para el ingeniero el de Intendencia, y así sucesivamente hasta llegar a la calificación de «emboscado» que recibe el piloto de «caza» o de bombardeo, a pesar de vivir en terrible y perpetuo desafío con la muerte.

Pero, bromas a un lado, es el caso que la denominación de «soldado de Infantería» equivale especialmente a la de «combatiente máximo».

De todas las Armas, la Infantería es la que tiene más honda tradición en el Ejército español. No solamente por ser la que más lejos se remonta en la Historia de la civilización y de las guerras, sino porque en ella se revelaron desde tiempo inmemorial las calidades más directas de la raza.

Aníbal prefería a los españoles como soldados «de a pie» para cubrir el centro de sus despliegues y dispositivos, mientras la Caballería africana o gala atacaba en los flancos. «La redoutable infanterie espagnole», dijo Bossuet en una famosa oración fúnebre aludiendo a la que mandó el conde de Fuentes en Rocroi contra los soldados del Príncipe de Conde.

Y en toda ocasión, decir «Infantería española» ha sido enunciar una especie de dogma militar.



Infantes curtidos al sol y el viento de España

Era corriente en Europa, antes de la última guerra civil, el concepto de que la Infantería de España se caracterizaba especialmente por sus condiciones casi fabulosas para la defensiva, y que secundariamente era excelente en el ataque.

Solía decirse que los dos Ejércitos defensivos mejores de Europa eran —en el orden que se citan— el español y el turco. En cambio, se definía al soldado francés como preferentemente ofensivo y secundariamente bueno para la defensiva. Del alemán se opinaba que la gran escuela militar prusiana había sabido amalgamar en una sola personalidad las virtudes ofensivas y defensivas.

Siempre nos parecieron un poco absurdas y caprichosas semejantes generalizaciones. El soldado francés —preferentemente ofensivo según las interpretaciones difundidas por diferentes tratadistas— fue, sin embargo, el de la defensa de Verdún. El español —preferentemente defensivo, según los autores aludidos— fue el de los enardecidos asaltos al «cinturón de hierro» de Bilbao, a las líneas fortificadas del Ebro o a las organizaciones, largamente preparadas, del frente de Cataluña.

Sin embargo, debemos declarar que las cualidades de orden defensivo de nuestro soldado de Infantería descollaron especialmente en los primeros meses de la guerra: Alcázar de Toledo, Oviedo, Santa María de la Cabeza, Huesca, montes de Teruel, defensa de Córdoba, Villarreal... Esas cualidades se transformaron en magnífica pujanza ofensiva una vez que Franco creó y organizó los cuadros de mando indispensables. La defensiva, al fin y al cabo más inerte, aun cuando no esté desprovista del sentido de la maniobra, exige, por lo general, menos vivacidad técnica; la ofensiva demanda mayor imaginación y elasticidad intelectual en los mandos. Un núcleo de soldados puede defenderse en un parapeto con sólo extraer fuerzas morales y físicas de su propio ser, aunque al final sucumba gloriosamente; ese mismo núcleo, para manifestarse ofensivamente, necesita estar guiado y conducido por hombres de espíritu superior, capaces de interpretar bien y de aplicar adecuadamente el arte de la guerra. La efectividad del soldado francés o del alemán no reside —al menos de una manera absoluta— en sus condiciones personales tanto como en la calidad de los cuadros que Alemania y Francia poseen y han poseído desde hace tiempo. Buena prueba de ello encontramos en la propia guerra española. Junto a unos Batallones caracterizados por su capacidad para defenderse y para resistir indefinidamente disponía España de varias

unidades voluntarias, mandadas por voluntarios igualmente y creadas con fines principales de ataque, de agresión en el combate.

Me refiero al Tercio o Legión y a las Tropas Regulares Indígenas. Organizadas ofensivamente, ¿no es evidente que llegaron a ser, como tropas de choque y de ofensiva, tan maravillosas como las mejores que jamás hayan existido en cualquier Ejército del mundo, y que a veces superaban las mayores calidades conocidas? ¿Por qué? Sencillamente, por el espíritu que presidía su existencia y desarrollo, así como por los mandos que las encuadraban. En consecuencia, llegamos a la conclusión de que, en principio, el soldado español posee condiciones extraordinarias, lo mismo para atacar que para defenderse.

Esta teoría ha quedado comprobada y confirmada en el curso de la guerra de España. Cuando todos los cuadros de mando, por la experiencia adquirida en las batallas, llegaron al grado de preparación y de eficacia que primitivamente eran característica especial de los jefes y oficiales del Tercio o de las Tropas Regulares Indígenas, resultó que cada uno de los Batallones organizados a base de recluta forzosa poseía los mismos quilates de combatividad que cualquiera de las Banderas de la Legión o de los Tabores moros. «Ya, en el Ejército español todo es Tercio», nos dijo un día, en su puesto de mando, un General.

Y no hay inconveniente en afirmar que, fundamentalmente, el Ejército de España, desde el punto de vista de su «material humano» (¡cruel definición del soldado!), supera a muchos e iguala a los más brillantes y capaces.

Ese combatiente que no teme ni al frío ni al asfixiante sol, que maniobra de día o de noche, que marcha y contramarcha sin exigir descanso, que anhela, naturalmente, el rancho caliente, pero está dispuesto a combatir días y días alimentado con rancho frío; que calla y lucha en medio de las tempestades de nieve o sometido a temperaturas tropicales; a quien no alteran demasiado los acontecimientos propicios, pero tampoco conturban con exceso los infortunados; que acepta la, más duras condiciones de la vida en campaña y es en todo momento dueño de una moral de acero, ese soldado —repetiré palabras extranjeras— que «guarneciendo una posición, al verse cercado, continúa haciendo fuego sin manifestar la menor alteración nerviosa y se dispone a dirigir sus fuegos hacia la retaguardia cortada, como antes los dirigía hacia la vanguardia atacante», es un caso excepcional de humana pujanza. Empleado en una guerra por capitanes de universal condición, como Franco, llega a

rendimientos y resultados increíbles. El ha sido el nervio y el eje de la victoria; para él han de ser las máximas devociones y en él debemos depositar las mejores confianzas relativas al futuro; como que es, ni más ni menos, la representación auténtica y profunda del histórico pueblo español.

En la España roja, sólo de tarde en tarde, al amparo de algún cuadro técnico un poco preparado, han podido los milicianos —pueblo de España también— revelar sus condiciones de ofensiva; en cambio, fiados a la tenacidad de su propio ser, nos han ofrecido casos de defensiva nada desdeñables. Valgan como ejemplo los montes de Teruel, la Sierra de Espadán, la de Javalambre, las de Pandols y Caballs, la de Monsech...

Caballería

No cumple a la significación de este libro entrar en el amplio debate suscitado a partir de la guerra mundial de 1914 sobre el mayor o menor empleo de la Caballería en la batalla. Nos limitaremos a señalar los acusados servicios y brillantes colaboraciones que en la guerra de España ha prestado a las demás Armas y a la causa común de la victoria.


División de Caballería avanza en orden disperso en el frente de Aragón

La organización del Arma de Caballería estaba en julio de 1936 reducida a términos esqueléticos. El esfuerzo que el General Monasterio, asistido de excelentes colaboradores, llevó a cabo para montar una División completa fue extraordinario. La dificultad de encontrar ganado en condiciones apropiadas, el problema de los piensos, los gravísimos obstáculos que en algunos de los teatros de operaciones presentaba la falta de agua, y la creación y adaptación de todos los órganos auxiliares que el

Arma demanda, exigieron atenciones y sacrificios que España no puede olvidar. Desde el punto de vista de la maniobra en la batalla, han pasado a los capítulos más rutilantes de la historia de nuestro Ejército la marcha efectuada al través de la Sierra de Gredos a fin de establecer el vitalísimo enlace entre los Ejércitos del Centro y del Sur, el magnífico flanqueo organizado para cubrir el avance de las columnas de Varela desde Toledo a Madrid y contener los reiterados ataques que lanzaba el enemigo con el intento de llegar a las líneas de comunicaciones del Tajo; el rápido movimiento que coronó la gran operación convergente en las orillas del río Alfambra; la irrupción en la zona aragonesa de Letux y Lécera, cuando se iniciaba la gran batalla de Aragón; en fin, todas las importantes asistencias prestadas con motivo de la conquista del Maestrazgo y de las victorias del Ebro y de Cataluña... Sea cual sea el porvenir del Arma no hay duda de que su participación en la guerra de 1936 a 1939 ha sido magnífica.

Artillería

En varios de los capítulos anteriores hemos resumido actuaciones de la Artillería y hemos dicho cómo desde la nada llegó a tener la importancia que en una guerra moderna le corresponde. Con todos los parques y las fábricas de primer orden en poder del enemigo, la Artillería nacional parecía condenada al fracaso. Sin embargo, la maravillosa tenacidad y el incesante trabajo inteligente de sus jefes, oficiales y soldados, hizo un verdadero milagro. Cuando se recuerda el momento en que el capitán Alarcón de la Lastra salía de Sevilla con sus tres baterías improvisadas; cuando volvemos el recuerdo a las angustias de la marcha sobre Irún y sobre San Sebastián, época en que frecuentemente tenía que actuar una sola pieza, que era reclamada por distintas columnas al mismo tiempo, asombra contemplar los resultados que luego fueron alcanzados.

El General D. Carlos Martínez Campos, comandante general de Artillería del Ejército del Norte, figura y personalidad importante e ilustre de nuestra guerra, ha escrito:

«De las 4 baterías de San Marcial se pasó poco después a 20 para romper el semicerco de Vitoria; a 30, luego, para rebasar la línea de Bilbao; a 40 para vencer en Santander; a 100 para aniquilar la resistencia de Teruel, y a cerca de 200 para determinar, frente al Segre y a Toledo, el desmoronamiento que dio lugar a la victoria. Fueron respetados nuestros viejos materiales de 7,5, 10,5 y 15,5, base orgánica indispensable para el apoyo a la Infantería y de interés extraordinario, a falta

de otros medios más potentes, para intentar demoliciones y contrabatir las piezas que teníamos enfrente.»

Más de un millón de disparos hicieron las piezas nacionales durante la batalla del Ebro. La organización industrial, en la que cabe tanta parte y tan gran honor al General García Pallasar, llegó a producir, por medios exclusivamente españoles, 800.000 proyectiles por mes, cifra que rebasaba con mucho las necesidades normales de la guerra. La rapidez del transporte de baterías, los cambios de asentamiento de agrupaciones completas llevados a cabo durante una noche a distancias de más de 150 kilómetros, la exactitud y potencia de las concentraciones, la organización de bases y depósitos, las obras de disimulo, que en alguna ocasión llegaron a transformar hábilmente incluso perfiles del paisaje, el rápido dominio de piezas especiales, y, en fin, la técnica y el valor con que se sirvieron siempre los fuegos solicitados por el Mando, a veces frente a densidades superiores del enemigo, haciendo maravillas de traslado al través de los ríos o sobre montañas y derrumbaderos imponentes, son títulos que nuestros cuadros artilleros han ganado para siempre y que acreditan su excepcional capacidad y preparación.



Cargando una pieza de artillería del Ceuerpo de Ejército Marroquí

Estado Mayor y movilización

Sería injusto omitir la actividad y acierto con que los servicios del Estado Mayor han funcionado durante la guerra, e igualmente haríamos agravio a la equidad si antes de terminar estas páginas no volviéramos a

mencionar el triunfo logrado por la Jefatura de Reclutamiento, Instrucción y Movilización. En el Cuartel General del Generalísimo desempeñaba el más alto puesto relacionado con el Estado Mayor el General Martín Moreno; la Movilización, con su añadidura obligada de Recuperación, quedó a cargo del General D. Luis Orgaz. Igual que los demás organismos del Ejército, el Estado Mayor inició la guerra sin ninguna clase de elementos. Toda la cartografía y los mejores archivos estuvieron desde el primer día en poder de los rojos. Fue necesario, pues, crear los centros cartográficos indispensables e ir preparando para cada batalla los mapas que el Mando requería.

Aquellos núcleos iniciales que se alzaron el 18 de julio de 1936 se transformaron a lo largo de la guerra en 60 Divisiones con sus efectivos al completo. Esto dice mucho más que todos nuestros comentarios acerca del trabajo desarrollado por el Estado Mayor.

La fotogrametría y la fotografía aérea han sido utilizados intensamente por los cartógrafos y se ha llegado en este punto a resultados muy considerables.

Igualmente se hubo de proceder a la organización de los servicios informativos secretos empleando los sistemas del contacto directo con el enemigo, los informes de la observación, las fotografías de los aviadores, los servicios de escucha radiotelefónica y radiotelegráfica, la de criptación, el resorte fecundísimo de los españoles residentes en la zona roja y enemigos del marxismo, la radiogoniometría, los que llamaremos métodos periféricos, los servicios en el extranjero..., todo ello con éxitos inestimables. Dice Vicente Rojo, jefe de Estado Mayor Central del Ejército marxista, que mientras Franco preparaba la batalla del Ebro, el servicio de espionaje dirigido desde Barcelona llegó a introducir agentes secretos en los camiones que transportaban tropas nacionales hacia las zonas de concentración. No hemos de traer aquí datos concluyentes acerca de los servicios de información organizados por el Cuartel General del Generalísimo, pero a título de muestra diremos que antes de la batalla de Teruel los Mandos dispusieron de amplios croquis en los que aparecía perfectísimamente definido todo el despliegue enemigo, batallón por batallón, desde la frontera pirenaica de Aragón hasta el sector de Albarracín. Y añadiremos que en la conquista de algunos pueblos importantes ejercían funciones considerables sobre la masa roja oficiales del Ejército de Franco que poco antes se habían trasladado desde alguno de los frentes al centro de la zona enemiga; y así pudo darse el caso de que

tenientes o capitanes del Tercio se encontraran muy sorprendidos viendo que les recibía inesperadamente alguno de sus compañeros de Bandera.

La captura de barcos cargados de material, la sorpresa llevada a cabo sobre aviones recién llegados a los aeródromos rojos, y otros muchísimos hechos de parecida índole, son motivos bien serios para afirmar que la información de nuestro Estado Mayor fue, en general, excelente.

Cincuenta mil oficiales provisionales salieron de las Academias rápidamente creadas en distintos lugares de España. Esas Academias fueron las siguientes:

Infantería:

Capitanes: Tauima.

Tenientes: Toledo.

Alféreces: Avila, Granada, Pamplona, Riffien y Fuentecaliente.

Sargentos: Tafalla, Jerez, San Roque, Vitoria, Miranda y Soria.

Caballería:

Tenientes y alféreces: Valladolid.

Artillería:

Capitanes, tenientes y alféreces: Segovia.

Sargentos Medina del Campo.

Ingenieros:

Tenientes: San Sebastián.

Alféreces: Burgos.

Sargentos: Zaragoza.

Intendencia:

Tenientes y alféreces: Burgos.

Estado Mayor:

Tenientes auxiliares:

Automovilismo:

Sargentos: La Coruña.

Batallones de Trabajadores:

Oficiales: Pamplona.

Guerra Química:

Oficiales: Salamanca.

Estos fueron los viveros de esa legión de la oficialidad provisional, que ha sido nueva revelación de las calidades españolas y asombro de cuantos han estudiado el problema de nuestra guerra. Caracterizada la estrategia y la táctica de Franco por una extraordinaria flexibilidad en el planteamiento de la maniobra y de los métodos operativos, el servicio de Estado Mayor ha tenido que rendir y ha rendido, en efecto, un trabajo excepcionalmente delicado, como lo exigía la fuerte y sutil técnica militar del Generalísimo.

Intendencia

Jamás había afrontado la Intendencia española un esfuerzo como el que se le ha exigido en la última guerra; no sólo par la cifra de hombres movilizados y por la extensión del frente, sino por la necesidad de dar cumplimiento a las constantes instrucciones y a los minuciosísimos cuidados del Generalísimo respecto de la tropa. Franco no está jamás dispuesto a excusar el menor abandono ni descuido en relación con sus soldados. Subsistencias, vestuario, prendas de abrigo y manto los combatientes necesitan para afrontar los rigores de la guerra. habían de quedar servidos a su debido tiempo y en los lugares indicados. Sólo en circunstancias de áspero combate se aceptaba que las vanguardias dispusieran solamente de ranchos en frío; fuera de esos casos, y aunque todos los elementos de la Naturaleza se conjurasen para hacer difícil y penoso el servicio, era preciso que en las líneas se sirviera un abundante y bien condimentado rancho caliente. Hubo que organizar por todas partes estaciones-almacén, estaciones reguladoras, de abastecimiento, depósitos y centros de entrega, parques y secciones de ganado, etc. La presencia de tropas musulmanas exigía la preparación de carne apropiada al gusto y a los hábitos de los moros.



La misión de la intendencia es dura y abnegada. Una unidad de abastecimiento.

La Intendencia ha movilizado más de 200.000 vagones cargados con toda clase de artículos para la tropa. De esos vagones, 35.000 han transportado trigo, 30.000 han llevado cargas de pienso, 10.000 se han destinado a legumbres y arroz, 4.500 al transporte de azúcar, 4.000 al aceite; el número de cabezas de ganado vacuno servido al Ejército alcanza la cifra de 500.000, a las que añadiremos 400.000 cabezas de ganado lanar, 50.000 de cerda, y aún nos quedaría por reseñar los millares de vagones que han circulado cargados de leña, paja, sal, y de docenas de millones de latas de conserva.

El servicio de Intendencia ha tenido que ocuparse de las siguientes fabricaciones, entre otras muchas:

Cucharas	2.325.000
Camas	104.000
Borceguíes (pares)	6.475.000
Alpargatas (pares)	6.700.000
Camisas	6.750.000
Calzoncillos	6.525.000
Vasos	1.000.000
Platos	2.350.000
Cantimploras	1.575.000
Guerreras y cazadoras	4.400.000
Pantalones	5.600.000
Jerseys	2.052.000
Capotes	1.750.000
Mantas	2.003.000

Correajes 1.500.000

Automovilismo y transportes

Uno de los espectáculos más impresionantes de la guerra de España ha sido el de los convoyes-automóviles. Si alguien hubiese sugerido el 18 de julio de 1936 la posibilidad de que fuera necesario organizar las interminables teorías de camiones, características de las batallas de Aragón, del Ebro, de los socorros de Teruel, Oviedo y Huesca, o de las concentraciones y traslados de tropas operados en cualquiera de los frentes, le hubiésemos tenido por demente. La España nacional no disponía de dinero inicial para inversiones tan considerables; nadie imaginaba que sería preciso acudir a las fábricas de automóviles de los Estados Unidos a fin de lograr el envío de miles y miles de vehículos pesados.

Mediada la guerra, la organización de los transportes automóviles en la zona nacional era digna de los máximos elogios.

Cinco Batallones de Automóviles, capaz cada uno de transportar una División completa, con todos sus servicios, permitieron acudir a todas partes y atender a las necesidades fulminantes que planteaban las batallas. Aparte de este servicio, otras agrupaciones de camiones atendían a las más varias necesidades y ayudaban a resolver situaciones muy delicadas; doscientos camiones fueron uno de los secretos de la reacción nacional en Brunete. Y así en otros casos. Días y noches enteros pasaran sin que los conductores de camiones y los servicios auxiliares pidieran el más pequeño descanso; la visión que Franco tuvo de la importancia de la motorización y de la mecanización representa una de las anticipaciones decisivas con que el Generalísimo sorprendió a los rojos.

Ingenieros

Como homenaje a los ingenieros militares de España vamos a reproducir aquí la opinión, que podríamos ampliar si no temiéramos hacer interminable este volumen, del capitán Bauer, perteneciente al Ejército suizo:

«Quizá lo más notable que hemos visto en la campaña española ha sido el trabajo de los ingenieros militares. Desde el punto de vista de las transmisiones, hay que decir que el día 16 de agosto de 1937, cinco horas después de la toma de Reinosa,

cruzábamos ya con las patrullas telefónicas que iban tendiendo los alambres de árbol en árbol y alcanzaban así las primeras líneas.

El trabajo de los zapadores es también un modelo de rapidez. En Asturias, diez meses después de la liberación de Oviedo, todos los puentes habían sido reconstruidos en cemento, las carreteras reparadas y aun mejoradas en su trazado. Los caminos montañosos que serpentean entre Grado y Oviedo se habían transformado para convertirlos en carreteras accesibles a los camiones y disimuladas a la vista del enemigo, bien encajonándolas en una trinchera profunda, bien disimulándolas con vallas de alambre cubiertas de hojarasca. En Bilbao, y en la zona del «cinturón de hierro», sólo dos veces tuvimos que desviarnos para evitar los puentes destruidos por los rojos y que no habían podido ser todavía reparados entre el 19 de junio y el 15 de agosto de 1937. Al día siguiente de la toma de Reinosa la gran carretera de Palencia estaba ya completamente abierta a la circulación de automóviles.



Una central telefónica

En suma: hemos podido comprobar por todas partes una gran actividad y una notable ingeniosidad, y creemos que hay que rechazar hacia el depósito de las leyendas la famosa despreocupación española con que nos han corrompido los oídos durante mucho tiempo.



La eficacia de los pontoneros nacionales es extraordinaria

Hemos visitado detalladamente las trincheras de la Ciudad Universitaria. Estamos allí en el reino de la trinchera estrecha, profunda y sinuosa, que avanza pequeños ramales donde están instalados los puestos de escucha y las armas automática, El fondo estaba cubierto de traviesas de madera y de trozos de piedra procedentes de las ruinas. Todo, como decimos, limpio y bien concebido, y reducida al mínimo su ocupación. Los hombres que no estaban atrincherados al abrigo de las construcciones se encontraban refugiados en abrigos subterráneos.»

Le faltó al capitán Bauer asomarse al innumerable trabajo que los ingenieros militares realizaron en materia de trincheras, nidos de ametralladoras, asentamiento de baterías, arreglo de caminos, apertura de otros nuevos y, finalmente, al éxito del Servicio Militar de Ferrocarriles, cuya labor, en lo que se refiere a la reparación de puentes y de tendidos, no cabe en unas líneas. Recordaremos, por vía de muestra, la reconstrucción del puente de Sariñena, sobre el río Alcanadre, en 29 días, y la del largo puente de Monzón en dos meses.

Sanidad

También sobre este servicio ha escrito el capitán Bauer, diciendo:

«Según lo que hemos visto en el frente de Madrid, el servicio sanitario

funcionaba como funcionaria en Suiza si sobreviniese una guerra. Los heridos del campo de batalla son retirados a la retaguardia inmediata, curados y provistos de una ficha con destino a los médicos de otros escalones sanitarios. Los poco graves y los muy graves son curados en los hospitales del frente. Hemos visto los aparatos que se emplean, y todos son de modelos modernos. La serenidad y calma más completas, y una gran limpieza, reinaban en aquellas salas de un convento convertido en hospital, donde rojos y blancos eran curados al mismo tiempo. Aquellos que están en condiciones de tolerar las molestias de un viaje son evacuados muy lejos del frente. Desde el punto de vista de la higiene, la situación nos ha parecido satisfactoria.»

Servicio de radiodifusión y propaganda

Extraordinariamente interesante ha sido la experiencia llevada a cabo en España en el orden de la propaganda dirigida al enemigo. No podemos referirnos ahora a la que se ha hecho fuera de España —que esto es motivo para otros estudios—, sino de la que ha tenido lugar en el mismo frente.

El primero que empleó la radiodifusión como elemento importantísimo de lucha —¡y con qué resultados tan maravillosos!— fue el General Queipo de Llano en Sevilla. Parecido método siguió en Oviedo el General Aranda. Los rojos dedicaron asimismo una parte considerable de sus esfuerzos a guerrear por medio de las estaciones de «radio».

Un comandante de Ingenieros —el señor Arias Paz— hízose con una instalación de aficionado en La Coruña en los primeros días de la guerra. Desde Galicia se trasladó a Toledo. Aquel ensayo, aquel embrión, se convirtió en una fuerte organización militar, con la colaboración civil del Ministerio de la Gobernación. Un coche de turismo que en La Coruña se había utilizado para la propaganda comercial por medio de altavoces fue el punto de partida para montar grandes equipos móviles de propaganda en los frentes. Se instalaron altavoces de trinchera, con un amplificador y su micrófono; de ese modo se predicaba la doctrina de la Causa nacional a pocos metros de los parapetos enemigos.

En el frente de Madrid se constituyó la primera Compañía de Radiodifusión y Propaganda, que distribuyó equipos en todos los sectores madrileños de guerra. Los locutores fueron seleccionados entre aquellos núcleos de combatientes especialmente calificados para estas tareas. La Compañía se estableció en la primera línea y allí constituyó su base; al cabo de algún tiempo llegó a tener organizados ocho equipos de locutores. Al principio, esta nueva arma de guerra era recibida con recelo por los jefes de unidades, pero la eficacia demostrada y el entusiasmo puesto en el

áspero trabajo acabaron por imponerse. Mediada la guerra los equipos de locutores eran ardorosamente solicitados por los jefes de las grandes unidades. Comprendióse entonces que el servicio no debía reducirse al frente de Madrid, y se crearon nuevas Compañías.

Técnicos alemanes imitaron los equipos móviles de España, inspirándose en los planes adoptados por el Mando nacional.

El problema de los combustibles

El problema petrolífero que se planteó a la España nacional el día 18 de julio de 1936 fue el siguiente:

La Junta Técnica de Burgos contaba con existencias de petróleos (combustibles y lubricantes) para unos dos o tres meses. Carecía de contratos de abastecimiento, pues, lógicamente, los que existían seguían cumpliéndose en beneficio de la Campsa de Madrid, que ostentaba el título de «legal». No disponía Burgos de las divisas necesarias para que le fuera fácil comprar en cualquier mercado, ni de barcos para transportar lo que, en el caso más favorable, pudieran suministrarle los grandes países productores, poco dispuestos a la simpatía hacia el Gobierno de Franco.

Tenía a su disposición, evidentemente, la producción de la Compañía Española de Petróleos de Tenerife, pero esa producción no era suficiente, ni aun suponiendo que el trabajo de su refinería se pudiera sostener en régimen de normalidad. Por otra parte, la importación de crudos que dicha Compañía necesitaba estaba expuesta a las mismas eventualidades que las demás compras destinadas al Gobierno de Burgos.

La situación era, indudablemente, muy inquietante, sobre todo cuando se cayó en la cuenta de que habíamos entrado en un proceso de «guerra larga». Las operaciones militares, hoy por hoy, son imposibles sin el petróleo y, por consiguiente, la falta de este producto comprometía la victoria.

Pero debe tenerse en cuenta que en caso de guerra no basta con obtener suministro de petróleo, sino que ese suministro ha de ser prácticamente ilimitado, seguro y regular. Mucho más en el caso de España, dado que la capacidad de almacenamiento de todos y cada uno de los productos petrolíferos es limitada, y, en consecuencia, necesitamos un suministro muy sostenido. Es decir, no basta con traer enormes cantidades en un momento determinado; hay que importar petróleo «cuando quepa» en los depósitos, a fin de tenerlos siempre llenos.

En los primeros tiempos de la guerra, un petrolero transportaba alrededor del 20 por 100 de nuestra capacidad de almacenamiento.

A medida que avanzó la guerra el problema se agravó, porque habiendo aumentado las necesidades del consumo no se acrecentaron las posibilidades de depósito, máxime si se tiene en cuenta que el Mando nacional encontró destruidas algunas de las instalaciones importantes.

Hubo que estudiar una organización autonómica de las regiones en cuanto a las subsistencias de petróleo. La red de instalaciones ya existente fue una de las fortunas del país, porque permitió a las localidades del interior vivir durante un cierto tiempo independientes de los puertos y de los depósitos de las costas.

Cuando en estas líneas tratamos del «petróleo» en general, no olvidamos que son varios los tipos de combustible y lubricantes que en caso de guerra hay que importar separadamente, con medios de transporte distintos y con facilidades de recepción independientes. Para que el lector tenga una idea aproximada de lo que vamos diciendo, véase una relación de los productos más importantes en que había que pensar desde el primer día:

1. Gasolina de turismo.
2. Gasolina para aviación.
3. Keroseno o petróleo para el alumbrado.
4. Gas-oil para motores Diesel pesados.
5. Gas-oil para motores de aviación.
6. Mazout o fuel-oil para la industria pesada.
7. Mazout o fuel-oil para los buques de guerra.
8. Seis o siete tipos de lubricantes para máquinas estáticas y vehículos de tierra, mar y aire.
9. Asfaltos, parafinas y grasas, etc.

Van enumerados siete tipos que por su gran volumen hay que traer a granel en buques-tanques; los restantes vienen envasados en bidones y transportados en buques mercantes. ¡La España nacional no tenía ni buques mercantes ni petroleros que pudieran navegar bajo un pabellón *no reconocido!* Las dos o tres unidades de buques-tanques a disposición de Franco se dedicaron al tráfico de Tenerife a Cádiz y a la redistribución en régimen de cabotaje por los puertos dominados. Estos eran, al principio, Sevilla, Vigo y La Coruña, además de Cádiz. En seguida —a mediados de septiembre—, Pasajes.

El consumo en los primeros tiempos de la guerra era de 20 millones de kilos mensuales; aumentó constantemente hasta llegar —a fines de 1937— al doble; en 1938 se importó un total de más de 770.000 toneladas de todos los petróleos, por un valor de más de 12 millones de dólares. Estas cifras dan idea de la situación que había planteada a fines del año 1936.

Para resolver esa situación había que tener en cuenta las circunstancias siguientes: no teníamos ningún contrato de suministro y, por el contrario, Franco había de sufrir una influencia de sentido, naturalmente, negativo; no había buques, ni apenas puertos bajo el Mando nacional; no existía seriamente el crédito organizado... En el comercio del petróleo el crédito es raro, por no decir nulo; aun en tiempos normales, las transacciones se llevan a cabo mediante el depósito del valor de los cargamentos en un Banco antes de que el buque sea cargado en el país de origen.

Todas estas enormes dificultades fueron superadas. A veces, con una economía superior a la que pueda lograrse en épocas de paz. Los turistas y viajeros que han recorrido la España nacional durante la guerra habrán podido observar que en el transcurso de la lucha no han encontrado el más leve indicio de escasez de gasolina, sin alteración del precio anterior a las hostilidades. Si el público, supeditado a las necesidades militares, encontraba ante sí esta realidad, hay que suponer que el Estado obtendría mayores ventajas para el suministro exigido por los servicios oficiales.

Cualquiera de las grandes Compañías mundiales vendedoras de petróleo tiene capacidad sobrada para abastecer un mercado diez veces superior al de España sin alteración sensible de su régimen normal. Este hecho hizo que los ojos nacionales se volvieran hacia algunos suministradores norteamericanos, dueños del 65 por 100 del petróleo que en el mundo se produce.

Una gestión afortunada cerca de una gran Compañía de antiguo conocida resolvió el problema, aunque dicha Compañía estaba ligada a la Campsa roja por un contrato. La mencionada Sociedad, comprendiendo perfectamente el sentido del Movimiento español —fundamentalmente anticomunista y de independencia patria— se ofreció a los requerimientos de Burgos, vendió al Gobierno de Franco todos los productos que necesitaba la Junta Técnica y puso su flota a la disposición del Alzamiento. Cuando se le consultó sobre la forma de pago contestó, en telegrama cursado un día de octubre de 1936: «No se preocupen del pago».

No relataremos aquí las interesantísimas incidencias a que este servicio dio lugar en relación con el Gobierno de los Estados Unidos, ni las dificultades que fue necesario vencer tanto en el terreno social como en el comercial. El hecho es que las autoridades militares encontraron casi resuelto este gravísimo problema del combustible, y las Fuerzas del Aire han podido consumir más de 100 millones de litros sin que jamás se haya interrumpido el suministro. Mientras tanto, los rojos, con dinero, barcos y organización inicial, con Rusia a su lado y la «legalidad democrática», han presentado el caso —comprobado en determinados partes de existencias— de haber reducido el «stock» de algunas de sus regiones (Valencia) al consumo de veinticuatro horas, después de haber racionado el suministro, elevado el precio y suprimido la venta de gasolina para el turismo.

Final

Dos sentencias clásicas resumen las directrices del Generalísimo como Caudillo de España en la guerra de 1936 a 1939. Una de ellas es de Tito Livio y se refiere a los fundamentos morales de una guerra; la otra de Tácito, y alude a los fundamentos técnicos del arte militar.

Escribe Tito Livio:

«Es justa una guerra cuando la hacen aquellos para quienes resulta indispensable; lo es para quienes no pueden poner le esperanza de su vida sino en las armas, después de haber ensayado y agotado todos los demás elementos de equidad y de justicia.»

He aquí la razón moral de la decisión de Franco en la hora del Alzamiento.

Escribe Tácito:

«Una gran parte de la sabiduría militar consiste en observar la imprudencia y la temeridad del enemigo para transformarlas en propia seguridad y victoria.»

Flexibilidad, arrojo, prudencia y explotación del éxito en la ofensiva; y por lo que se refiere a la defensiva, economía de fuerzas, disminución de pérdidas, aumento de las del enemigo y explotación del terreno de tal manera que en él encuentren todas las ventajas las tropas propias y resulten contrariados los planes contrarios. He aquí los principios que han guiado en el ámbito puramente militar la estrategia de Franco.

El día 1 de abril de 1939 este Caudillo obtuvo una de las grandes victorias castrenses, políticas y morales que iluminan la Historia de España.

Unas horas después entrábamos en la tremenda hora de la paz y de la reconstrucción.

FIN

DEL TOMO TERCERO Y ÚLTIMO